



## Ray BRADBURY

## Contenido:

### Reseña biográfica y bibliográfica

Al final del noveno año

Aunque siga brillando la luna

Decorado en la noche

El asesino

El Dragón

El enano

El gran juego blanco y negro

El lago

El pueblo donde nadie baja

En el expreso, al Norte

En la noche

Eran morenos y de ojos dorados

Fénix Brillante

Icaro Montgolfier Wright

Idilio del Gordo y la Flaca

Interim

La costa

La guadaña

La llamada

La mezcladora de cemento

La multitud

Llegarán suaves lluvias

Los hombres de la Tierra

Remedio para melancólicos

Reunión de familia

Sueño de fiebre

Tiempo de partir

Un cetro final, una corona duradera

Usher II

RESEÑA BIOGRAFICA DE

# Brian W. Aldiss

(De Wikipedia)

**Ray Douglas Bradbury** nacido el 22 de agosto de 1920 es uno de los autores de ciencia ficción y fantasía más representativos.



Ray Bradbury en 1976

Nació en Waukegan, Illinois en Estados Unidos, desde donde su familia se mudó varias veces hasta establecerse finalmente en Los Ángeles en 1934. Bradbury fue un ávido lector en su juventud además de un escritor aficionado. No pudo asistir a la universidad por razones económicas. Para ganarse la vida, comenzó a vender periódicos. Posteriormente se propuso autoeducarse a través de libros y empezó a escribir cuentos en una máquina de escribir. Sus primeros trabajos los vendió a revistas a comienzo de los 40.

Existe un asteroide llamado (9766) Bradbury en su honor.

## Características de su obra

Se considera a sí mismo "un narrador de cuentos con propósitos morales". Sus obras a menudo producen en el lector una angustia metafísica, desconcertante, dado que reflejan la convicción de Bradbury de que el destino de la humanidad es "recorrer espacios infinitos y padecer sufrimientos agobiadores para concluir vencido, contemplando el fin de la eternidad."

Un clima poético y un cierto romanticismo son otros rasgos persistentes en la obra de Ray Bradbury, si bien sus temas están inspirados en la vida diaria de las personas.

Si bien a Bradbury se le conoce como escritor de ficción científica, él mismo ha declarado que no es escritor de ciencia ficción si no de fantasía y que la única novela que de ciencia ficción ha escrito es Fahrenheit 451.

## **Obras más notables**

Crónicas marcianas (1950)

El hombre ilustrado (1951)

Fahrenheit 451 (1953)

Las manzanas doradas del sol (1953)

El país de octubre (1955)

El vino del estío (1957)

Remedio para melancólicos (1960)

## AL FINAL DEL NOVENO AÑO

-Bueno -dijo Sheila durante el desayuno, mientras comía una tostada y se examinaba el cutis en el reflejo distorsionado de la cafetera-, llegó el último día del último mes del noveno año.

Thomas, su marido, parapetado detrás del The Wall Street Journal, levantó los ojos, no vio nada que mereciera la atención y retornó a su puesto.

-¿Cómo?

-Decía que se acaba de terminar el noveno año y ahora tienes una esposa totalmente nueva. O, mejor dicho, tu antigua mujer ya no está. Así que no creo que sigamos casados.

Thomas arrojó el diario sobre los huevos revueltos aún sin probar, inclinó la cabeza a uno y otro lado y dijo:

-¿Que no seguimos casados?

-No. Eso fue otro tiempo, otro cuerpo, otra Sheila. -La mujer untó otra tostada con manteca y comenzó a comerla, muy dueña de sí.

-Un momento! -El marido se dio ánimo con un trago de café-. Explícate.

-Bueno, querido Thomas, ¿no te acuerdas de haber leído, cuando éramos chicos o después, que cada nueve años... creo que eran nueve... el cuerpo, como una activa fábrica de genes y cromosomas, se renueva por completo? ¿Las uñas, el bazo, los tobillos, los codos, el vientre, el trasero, los lóbulos de las orejas, todo, molécula a molécula...?

-Por favor, no des más vueltas -rezongó él-. ¡Al grano, mujer, al grano!

-A lo que voy, querido Tom -contestó ella tras tragar el último bocado de la tostada-, es a que con este desayuno acabo de reconstituir mi alma y mi psiquis, de regenerar totalmente la piel, la sangre y los huesos. Esta persona que tienes sentada frente a ti no es la mujer con la que te casaste...

-¡Cuántas veces lo dije!

-No bromees.

-¿Es que estás hablando en serio?

-Déjame terminar. Si podemos dar crédito a las investigaciones médicas, al cabo de nueve años no queda en esta criatura que participa de este desayuno conmemorativo ni una ceja, ni una pestaña, ni un poro, ni un hoyuelo, ni un folículo que tengan la menor relación con aquella vieja Sheila Tompkins que se casó a las 11 de la mañana de un sábado hace exactamente nueve años. Son dos mujeres diferentes. Una, sometida al yugo de un hermoso ejemplar masculino que cuando hojea el Journal saca la mandíbula como si fuera una caja registradora. La otra, ahora que ya pasó un minuto del plazo, emancipada. ¡Bien...!

Se puso de pie de un salto, dispuesta a marcharse.

-¡Espera! -El marido tomó otro sorbo de café-. ¿Adónde vas?

Ya rumbo a la puerta, ella respondió:

-Afuera. Me voy. Y, ¿quién sabe?, ¡quizá para siempre!

-¿Emancipada? ¿Qué son esas estupideces? ¡Vuelve acá! ¡Siéntate!

Ante la vacilación de la mujer, él adoptó su voz de domador de fieras.

-¡Me debes una explicación, carajo! ¡Siéntate!

Ella se volvió lentamente.

-Sólo el tiempo necesario para trazarte un cuadro de la situación -dijo.

-Hazlo, entonces. ¡Siéntate!

La mujer se acercó y posó la vista en su plato.

-No dejé ni una miga.

El marido se levantó, corrió a la mesita, sirvió más huevos revueltos y apoyó el plato con brusquedad delante de ella.

-¡Ahí tienes! Habla con la boca llena.

La mujer hundió el tenedor en la comida.

-Ya te darás cuenta de adónde quiero llegar, Tomasino, ¿no?

-¡Carajo! ¡Yo creía que eras feliz!

-Sí, pero no extraordinariamente feliz.

-¡Esas son tonterías de la luna de miel!

-Es cierto, ¿te acuerdas?

-Pero eso pertenece al pasado. Estamos en el presente. Bueno, ¿y...?

-Todo el año lo sentí venir. Cuando estaba acostada, sentía una comezón en la piel. Los poros se me abrían como miles de bocas diminutas, la transpiración me brotaba a chorros, el corazón me galopaba. Tenía palpitaciones en las zonas más insólitas, el cuello, las muñecas, los tobillos y los talones. Me sentía como una estatua de cera enorme que se estaba derritiendo. Después de la medianoche, tenía miedo de encender la luz del baño y encontrar en el espejo a una desconocida que se había vuelto loca.

-¡Sí, sí! -El marido se sirvió cuatro terrones de azúcar, revolvió el café y bebió del plato lo que se había derramado-. ¡Abrevia!

-Hora tras hora, todas las noches y, más adelante, también durante el día, sentía como si estuviera en medio de una tormenta de verano, como si una lluvia caliente borrara mi viejo ser para revelarme una persona nueva. Percibía cada gota de suero, cada glóbulo rojo o blanco, cada impulso eléctrico de las terminales nerviosas de mi cuerpo que se volvía a encordar y a templar. Una médula nueva, pelo nuevo para peinar, hasta huellas digitales nuevas... No me mires así. Tal vez no me hayan cambiado las huellas digitales. Pero sí todo lo demás. ¿Lo ves? ¿No soy como una obra recién esculpida, recién pintada por el Creador?

El marido la recorrió con una mirada fría y lacerante como una navaja.

-Lo único que veo es que estás delirando como Carlota, la loca. Veo una mujer excitada por el frenesí de la madurez. ¿Por qué no lo dices de una buena vez? ¿Quieres divorciarte?

-No necesariamente.

-¿¿No necesariamente?!

-Quiero... irme, no más.

-¿Adónde?

-Algún lugar habrá -respondió ella en tono vago, mientras dibujaba surcos con el tenedor en los huevos revueltos.

-¿Hay otro hombre? -preguntó él por fin, empuñando los cubiertos.

-No todavía.

-¡Ah, menos mal! Me quedo mucho más tranquilo. -Exhaló un profundo suspiro-. Ahora, ¡a tu cuarto!

-¿Perdón? -dijo ella, parpadeando.

-Vas a quedarte encerrada el resto de la semana.

Vete a tu cuarto. Y nada de teléfono ni de televisión ni...

Ella se puso de pie.

-¡Hablas como mi papá cuando yo iba al colegio!

-¡Dios me libre! -El marido se rió con voz queda.

-¡Tienes razón! ¡Sube a tu cuarto! ¡Ya! Y te vas a quedar sin almorzar, jovencita. Para la cena te voy a dejar un plato junto a la puerta. Y cuando aprendas a portarte bien, te devolveré las llaves del auto. Por lo pronto, ¡sube! ¡Desconecta el teléfono y entrégame el reproductor de discos compactos!

-¡Pero esto es intolerable! No soy una niña. Soy una mujer madura.

-Inmadura. No evolucionaste. Involucionaste. Si esa teoría de mierda es cierta, tuviste nueve años de regresión. ¡Fuera de mi vista! ¡A tu cuarto!

Con el semblante pálido, la mujer echó a correr rumbo a la escalera enjugándose las lágrimas.

Cuando estaba por llegar arriba, el marido puso un pie en el primer escalón, se sacó la servilleta del cuello y la llamó sin alzar la voz.

-Espera...

Ella se detuvo, expectante, pero sin volverse.

-Sheila -dijo él al cabo de un momento. Ahora sus mejillas también estaban surcadas por lágrimas.

-¿Sí? -dijo ella en un susurro.

-Te quiero.

-Ya lo sé. Pero no alcanza.

-Sí que alcanza. Escúchame.

Sheila seguía esperando, escaleras arriba.

El marido se frotó la cara, como si quisiera extraer alguna certeza a fuerza de masajes. Con movimientos casi frenéticos, la mano trataba de desenterrar algo alrededor de los ojos y de la boca.

Y, de pronto, prorrumpió en un grito casi involuntario.

-¡Sheila!

-Me mandaste a mi habitación.

-¡No te vayas!

-¿Qué quieres que haga, entonces?

El rostro del marido comenzó a relajarse, los ojos se fijaron en una solución, la mano se apoyó en la baranda que llevaba hacia donde estaba su mujer dándole la espalda.

-Si lo que dices es cierto...

-Es cierto -murmuró ella-. Cada célula, cada poro, cada pestaña. Nueve años...

-Sí, ya sé, sí. Pero escúchame.

Tragó saliva para digerir mejor la solución que comenzó a enunciar con voz débil, luego con mayor firmeza y, por fin, con creciente seguridad.

-Si te pasó lo que dijiste...

-Me pasó -dijo ella en un hilo de voz, con la cabeza gacha.

-Bien, entonces... también me pasó a mí.

-¿Cómo? -Sheila alzó apenas la cabeza.

-No es algo que les suceda a algunos, no más, ¿no? Les ocurre a todos, a todo el mundo. Y si es así, bueno, mi cuerpo estuvo cambiando a la par que el tuyo durante estos últimos nueve años. Cada folículo, cada uña, toda la dermis y la epidermis o como sea. Nunca me di cuenta. Pero tiene que haber sido así. - Su mujer había erguido la cabeza y los hombros. Continuó hablando más rápido-. Y si eso es verdad, por Dios, yo también soy un ser renovado. El viejo Tom, Thomas, Tommy o Tomasino quedó atrás, como la piel que mudan las serpientes.

Sheila abrió los ojos, con atención, y él se apresuró a terminar lo que tenía que decir.

-Así que los dos somos seres nuevos. Tú eres la mujer distinta y hermosa que tenía ganas de encontrarme este último año. Y yo soy el hombre que estabas por salir a buscar. ¿Me equivocó? ¿No es así?

Tras un instante de vacilación, ella asintió con una leve, casi imperceptible inclinación de la cabeza.

-Piedad -rogó él con voz suave.

-No me llamo Piedad.

-Ahora sí. A mujer nueva, a cuerpo nuevo, nombre nuevo. Así que acabo de elegirte uno. Piedad.

Tras un momento, ella preguntó:

-Y, entonces, ¿cómo te llamas tú?

-Déjame pensar -se mordió el labio y sonrió-. ¿Qué te parece Franco? Para ser franco, querida, esto sí que me importa muchísimo.

-Franco -murmuró ella-. Franco y Piedad. Piedad y Franco.

-No sé si pegan, pero no suena tan mal. ¿Piedad?

-¿Qué?

-¿Quieres casarte conmigo?

-¿Cómo?

-Te pregunté si quieres casarte conmigo. Hoy mismo. Dentro de una hora. ¿Qué te parece al mediodía?

Ella por fin se volvió para mirarlo desde la escalera con el rostro recién bronceado y refrescado.

-Claro que sí.

-Y nos vamos a ir por ahí un tiempito a hacer tonterías.

-No. Quedémonos acá, no más. Acá va a ser maravilloso.

-Vamos, baja entonces -dijo él, tendiéndole la mano-. Tenemos otros nueve años por delante antes de volver a cambiar. Baja y termina tu desayuno de bodas. ¿Piedad...?

Ella bajó los escalones, le tomó la mano y sonrió.

-¿Y el champagne? -preguntó.

**Cuento sacado del libro "Más rápido que la vista", de Editorial Emecé.**

## AUNQUE SIGA BRILLANDO LA LUNA

Cuando por primera vez salieron del coche al aire de la noche, hacía tanto frío que Spender empezó a juntar la seca leña marciana y preparó una pequeña hoguera. No habló de celebraciones; recogió la leña, la encendió, y miró cómo ardía.

En el resplandor que iluminaba el aire enrarecido de aquel seco mar de Marte, miró por encima del hombro y vio el cohete que los había traído a todos, al capitán Wilder y a Cherokee y Hathaway y Sam Parkhill y a él mismo, a través de un oscuro y silencioso espacio estrellado hasta este mundo irreal y muerto.

Jeff Spender esperaba a que empezara el ruido. Miraba a los otros y esperaba el momento en que se pusieran a saltar alrededor y gritar. Ocurriría tan pronto como dejaran de sentirse aturdidos por ser los primeros hombres en Marte. Ninguno decía nada, pero muchos de ellos esperaban quizá que las otras expediciones hubieran fracasado y que ésta, la cuarta, fuese la primera. No eran malintencionados, y sin embargo lo pensaban. Allí, de pie, pensaban en la fama y el honor, mientras los pulmones se les iban acostumbrando a la atmósfera enrarecida, casi intoxicante cuando uno se movía con demasiada rapidez.

Gibbs se acercó a la hoguera recién encendida.

-¿Por qué no utilizamos el fuego químico de la nave en lugar de esa leña?

-¿Qué más da? -respondió Spender sin alzar la mirada.

No estaría bien hacer ruido, en esa primera noche de Marte, introducir un aparato extraño, brillante y tonto como una estufa. Sería una suerte de blasfemia importada. Ya habría tiempo para eso; ya habría tiempo para tirar latas de leche condensada a los nobles canales marcianos; ya habría tiempo para que las hojas del New York Times volaran arrastrándose por los solitarios y grises fondos de los mares de Marte; ya habría tiempo para dejar pieles de plátano y papeles grasientos en las estriadas, delicadas ruinas de las ciudades de este antiguo valle. Habría tiempo de sobra para eso. Y Spender se estremeció por dentro al pensarlo.

Alimentó la hoguera moviendo las manos sobre ella como en una ofrenda a un gigante muerto. Habían descendido en la inmensa tumba de una civilización desaparecida. El más simple respeto exigía que pasaran en silencio esa primera noche.

-Esto no es mi idea de una fiesta. -Gibbs se volvió hacia el capitán Wilder-. Capitán, creo que podríamos repartir nuestras raciones de ginebra y carne y animarnos un poco.

El capitán Wilder volvió los ojos hacia una ciudad muerta a casi dos kilómetros de distancia.

-Todos estamos cansados -dijo con aire ausente, como si estuviese pensando en la ciudad y hubiera olvidado a los tripulantes-. Tal vez mañana por la noche. Hoy podemos estar satisfechos de haber recorrido todo ese espacio sin que algún meteoro atravesara las mamparas y sin perder un solo hombre.

Los tripulantes caminaban de aquí para allá. Eran veinte; apoyaban un brazo sobre el hombro de algún otro o se ajustaban los cinturones. Spender los observaba. No estaban contentos; habían arriesgado sus vidas en una gran aventura, y ahora querían emborracharse y gritar, disparar sus armas de fuego y mostrar así qué hombres admirables eran, hombres que habían abierto un agujero en el espacio y habían venido a Marte montados todo el tiempo en un cohete.

Pero nadie gritaba.



El capitán dio una orden en voz baja. Uno de los hombres corrió a la nave y volvió con unas latas de comida que se abrieron y sirvieron sin mucho ruido. Los hombres de la tripulación comenzaron a hablar. El capitán se sentó en el suelo y contó para ellos la larga travesía. Ya lo sabían todo, pero era agradable oírlo ahora como algo superado y felizmente concluido. No querían hablar del viaje de vuelta. Cuando alguien lo nombró, los demás le dijeron que se callara. Las cucharas se movían al doble claro de luna; la comida sabía bien y el vino todavía mejor.

Hubo una pincelada de fuego en el cielo nocturno y un instante después el cohete auxiliar descendió más allá del campamento. Spender observó cómo se abría la portezuela, y cómo Hathaway, el médico-geólogo (todos los tripulantes tenían dos especialidades, para ganar espacio en el cohete), salía y se acercaba lentamente al capitán.

-¿Y bien? -dijo el capitán Wilder.

Hathaway clavó la mirada en las ciudades que centelleaban a lo lejos de la luz de las estrellas.

-Esa ciudad de ahí, capitán, está muerta y ha estado muerta durante muchos miles de años. Lo mismo se aplica a esas otras tres también en las colinas. Pero una quinta ciudad, señor, a trescientos kilómetros de aquí...

-¿Qué le ocurre?

-Hace una semana estaba aún habitada.

Spender se incorporó.

-Marcianos -dijo Hathaway.

-¿Y dónde están ahora?

-Muertos -continuó Hathaway-. Entré en una casa. Creí que estaba vacía desde hacía siglos, como esas otras ciudades y esas otras casas. Dios mío, cuántos cadáveres. Era como caminar en una pila de hojas de otoño. Ramas secas y cenizas de papel de diario, nada más. Y recientes. Esos cadáveres no tienen más de diez días.

-¿Visitó alguna otra ciudad? ¿Encontró alguna cosa viva?

-Nada en absoluto. Así que fui a inspeccionar las otras ciudades. De estas cinco ciudades, cuatro han estado vacías durante miles de años. No sé qué puede haberles sucedido a las gentes del lugar. Pero en la quinta ciudad no había más que eso: cadáveres, miles de cadáveres.

-¿De qué murieron? -preguntó Spender acercándose.

-No lo creerá usted.

-Diga, ¿qué los mató?

-La varicela -dijo Hathaway.

-¡Dios mío, no!

-Sí. Lo he comprobado. La varicela. Atacó a los marcianos como nunca ha atacado a los terrestres. Supongo que tenían otro metabolismo. Los quemó hasta ennegrecerlos, y los secó hasta transformarlos en copos quebradizos. Y sin embargo, fue varicela. Así que las tres expediciones, la de York, la del capitán Williams y la del capitán Black tienen que haber llegado a Marte. ¡Sabe Dios qué ha sido de ellos! Pero por lo menos sabemos qué les hicieron ellos involuntariamente a los marcianos.

-¿No vio otras señales de vida?

-Es posible que algunos marcianos, si fueron listos, hayan huido a las montañas. Pero quedan muy pocos, y nunca serán un problema, puedo asegurarlo. Este planeta está acabado.

Spender se volvió y sentándose junto al fuego miró largo rato el movimiento de las llamas. "¡Varicela!, Señor, ¡parecía increíble! Una raza se desarrolla durante un millón de años, se civiliza, levanta ciudades como esas de ahí, hace todo lo que puede por ennoblecerse y embellecerse, y luego muere. Parte de esa raza muere lentamente, dentro del ciclo de su propia existencia, con dignidad. ¡Pero el resto! ¿Ha muerto el resto de los marcianos de una enfermedad de nombre adecuado o de nombre terrorífico o de nombre majestuoso? ¡No, por todos los santos, no! ¡Tenía que ser varicela, una enfermedad infantil, una enfermedad que en la Tierra no mata ni a los niños! No, eso no está bien, no es justo. ¡Es como decir que los griegos murieron de paperas, o los orgullosos romanos, de pie de atleta en sus hermosas

colinas! ¡Si por lo menos les hubiéramos dado tiempo de preparar sus mortajas, de tenderse, de arreglarse, de encontrar alguna otra razón para morir...! ¡No esta sucia y estúpida varicela! ¡No concuerda con esta arquitectura, no concuerda con todo este mundo!"

-Bueno, Hathaway, coma usted algo.

-Gracias, capitán.

Y en seguida todo se olvidó. Los hombres hablaron entre ellos.

Spender los miraba fijamente, con el plato de comida entre las manos. El suelo se enfriaba. Las estrellas se acercaban, brillantes.

Cuando alguien hablaba en un tono demasiado alto, el capitán replicaba en voz baja, y todos hablaban también quedamente, imitándolo.

El aire olía a limpio y nuevo. Spender no se movió durante un largo rato, disfrutando del aire. Había en él muchas cosas que no podía identificar: flores, elementos químicos, polvos, vientos. -¿Y aquella vez, en Nueva York, cuando conseguí aquella rubia? ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! ¡Ginnie! - gritó Biggs-. ¡Ginnie!

Spender se endureció por dentro. Le temblaban las manos. Los ojos se le movieron detrás de las escasas y delgadas pestañas.

-Y Ginnie me dijo... -siguió diciendo Biggs.

Los otros rugieron.

-¡Y le solté un tortazo! -gritó Biggs alzando una botella.

Spender dejó el plato en el suelo. Escuchó el viento fresco que le susurraba en los oídos. Miró los blancos y helados edificios marcianos a orillas del mar seco.

-¡Qué mujer, qué mujer! -Biggs se vació la botella en la boca abierta-. ¡Nunca hubo otra igual!

El olor del cuerpo sudoroso de Biggs flotaba en el aire. Spender dejó que el fuego muriera.

-¡Eh, anima un poco ese fuego, Spender! -dijo Biggs echándole una breve ojeada y volviendo en seguida a la botella-. Bueno, una noche Ginnie y yo...

Un hombre llamado Schoenke exhibió un acordeón y zapateó, al compás de la música, levantando polvo alrededor.

-¡Ajuuu! ¡Vivaaa!

-¡Huii! -rugieron los otros.

Tiraron al suelo los platos vacíos. Tres de ellos se pusieron en fila y levantaron las piernas como coristas, bromeando a gritos. Los otros aplaudieron y aullaron pidiendo algo más. Cherokee se quitó la camisa y mostró el pecho desnudo, sudando mientras giraba como un torbellino. La luz de las lunas le brillaba en el pelo corto y en las mejillas jóvenes y bien afeitadas.

En el fondo del mar, el viento movió unos tenues vapores, y lo grandes rostros de piedra de las montañas miraron el cohete plateado y el pequeño fuego.

El ruido aumentaba. Otros hombres se unieron a los saltos. Alguien tocó una armónica: algún otro sopló en un peine envuelto en papel de seda. Se abrieron y se bebieron veinte botellas más.

Biggs se movía de un lado a otro sacudiendo los brazos, dirigiendo a los bailarines.

-¡Vamos, señor! -le gritó Cherokee al capitán, gimoteando una canción.

El capitán tuvo que unirse a la danza. No quería hacerlo. Estaba muy serio. Spender lo observaba y pensaba: ¡Pobre hombre, qué noche está pasando! No saben qué hacen. Antes

de venir a Marte tenían que haberlos metido en un programa de adiestramiento para que aprendieran a mirar y a caminar y a estar tranquilos unos pocos días.  
-¡Basta! -imploró el capitán, y se sentó diciendo que estaba agotado.

Spender observó al capitán. El pecho no se le movía subiendo y bajando con rapidez. Tampoco tenía la cara sudorosa.

Acordeón, armónica, vino, gritos, bailes, canciones, rondas, ruido de cacerolas, risas.

Biggs se acercó tambaleándose a la orilla del canal marciano. Llevaba seis botellas vacías y las fue tirando una a una a las profundas aguas azules del canal. Las botellas se hundieron en el agua con un sonido hueco y ahogado.

-Yo te bautizo, yo te bautizo, yo te bautizo... -tartamudeó Biggs con una voz pastosa-, yo te bautizo Biggs, Biggs, canal Biggs...

Spender se incorporó, saltó sobre la hoguera, y antes que los otros alcanzaran a moverse, dio un golpe a Biggs en los dientes y otro golpe en una oreja. Biggs se dobló y cayó en las aguas del canal. Luego Spender esperó en silencio a que Biggs volviese a la orilla de piedra. Cuando Biggs apareció ya los demás sujetaban a Spender.

-¡Eh, Spender! ¿Qué mosca te ha picado? -le preguntaban.

Biggs salió del agua chorreando. Al ver que los otros sujetaban a Spender, dijo:

-Bueno -y dio un paso adelante.

-Basta -dijo el capitán Wilder.

Los hombres soltaron a Spender. Biggs se detuvo y miró al capitán.

-Bueno, Biggs, vaya y cámbiese de ropa. Y ustedes, ¡adelante con la fiesta! Spender, venga conmigo.

Siguieron la fiesta. Wilder se alejó y se volvió hacia Spender.

-¿Podría explicarme qué ha pasado? -le preguntó.

Spender miraba hacia el canal.

-No lo sé. Sentía vergüenza... Por Biggs, por todos nosotros, por ese ruido... Señor, ¡que espectáculo!

-El viaje ha sido largo. Necesitan un poco de diversión.

-¿Y el respeto, capitán? ¿No entienden lo que es correcto?

-Usted está cansado, Spender, y ve las cosas de otra manera. Le pondré una multa de cincuenta dólares.

-Está bien, capitán. Pensé en ellos. En ellos que nos miran mientras hacemos el ridículo.

-¿Ellos?

-Los marcianos, muertos o vivos.

-Muertos, la mayoría al menos -dijo el capitán-. ¿Usted cree que saben que estamos aquí?

-¿Acaso lo más viejo no se entera siempre de la llegada de lo nuevo?

-Quizás. Habla como si creyera en los espíritus.

-Creo en las obras, y hay muchas obras en Marte. Hay calles y casas, e imagino que también habrá libros, y grandes canales, y relojes, y cuerdas, si no para caballos quizá para animales domésticos de doce patas, ¿quién sabe? En todas partes veo cosas usadas. Cosas que fueron tocadas y manejadas durante siglos.

"Si usted me pregunta si creo en el espíritu de las cosas usadas, le diré que sí. Ahí están todas esas cosas que sirvieron algún día para algo. Nunca podremos utilizarlas sin sentirnos incómodos. Y esas montañas, por ejemplo, tienen nombres... Nunca nos serán familiares; las bautizaremos de nuevo, pero sus verdaderos nombres son los antiguos. La gente que vio cambiar estas montañas las conocía por sus antiguos nombres. Los nombres con que bautizaremos las montañas y los canales resbalarán sobre ellos como agua sobre el lomo de un pato. Por mucho que nos acerquemos a Marte, jamás lo alcanzaremos. Y nos pondremos

furiosos, ¿y sabe usted qué haremos entonces? Lo destrozaremos, le arrancaremos la piel y lo transformaremos a nuestra imagen y semejanza.

-No arruinaremos este planeta -dijo el capitán-. Es demasiado grande y demasiado hermoso.

-¿Cree usted que no? Nosotros, los habitantes de la Tierra, tenemos un talento especial para arruinar las cosas grandes y hermosas. No pusimos quioscos de salchichas calientes en el templo egipcio de Karnak sólo porque quedaba a trasmano y el negocio no podía dar grandes utilidades. Y Egipto es una pequeña parte de la Tierra. Pero aquí todo es antiguo y diferente. Nos instalaremos en alguna parte y lo estropearemos todo. Llamaremos al canal, canal Rockefeller; a la montaña, pico del rey Jorge, y al mar, mar de Dupont; y habrá ciudades llamadas Roosevelt, Lincoln y Coolidge, y esos nombres nunca tendrán sentido, pues ya existen los nombres adecuados para estos lugares.

-Ésa será la tarea de ustedes, los arqueólogos: encontrar los viejos nombres. Nosotros los usaremos.

-Unos pocos hombres contra todos los intereses comerciales... -Spender miró las montañas de hierro-. Ellos saben que estamos aquí esta noche, escupiendo en el vino de ellos, y puedo imaginar cómo nos odian.

El capitán meneó la cabeza.

-No hay odio aquí. -Escuchó el sonido del viento-. Por el aspecto de estas ciudades, parece que eran seres graciosos, hermosos y sabios. Aceptaron lo que traía el destino. Admitieron resignados la muerte de la raza y no se lanzaron en el último momento a una guerra desesperada que hubiese destruido sus ciudades. Las que hemos visto hasta ahora están intactas. Es probable que no nos presten atención; como si fuésemos niños que juegan en un jardín, conociendo y comprendiendo a los niños por lo que son. Y, además, quizá Marte nos haga mejores.

"¿Observó usted, Spender, la rara tranquilidad de los hombres hasta que Biggs los obligó a animarse? Parecían humildes y asustados. El espectáculo que nos rodea no puede ponernos contentos. Ante él, parecemos niños, niños de pantalón corto, orgullosos y divertidos, alborotando con cohetes y átomos de juguete. Pero algún día la Tierra será como Marte es ahora. La vida en Marte nos devolverá la cordura; será como una lección práctica de civilización. Aprenderemos de Marte. Y ahora, tranquilícese. Volvamos con los demás y simulemos alegría. La multa de cincuenta dólares queda en pie.

La fiesta no prosperaba. El viento, que venía del mar muerto, se movió alrededor de los tripulantes, y alrededor del capitán y de Jeff Spender que se acercaban al grupo. El viento tiró del polvo y el cohete brillante y tiró del acordeón, y el polvo se metió en la armónica desafinada y en los ojos de los hombres, y el viento cantó con un sonido agudo. Y así como había llegado, el viento murió.

Pero también la fiesta había muerto.

Las figuras tiasas de los expedicionarios se alzaban contra el cielo frío y oscuro.

-¡Vamos, señores, vamos! -gritó Biggs saltando de la nave con un uniforme limpio y evitando mirar a Spender. Su voz resonó como en un anfiteatro vacío. Una voz solitaria-. ¡Vamos!

Nadie se movió.

-¡Vamos, Whitie, tu armónica!

Whitie sopló un acorde extraño y desafinado. Sacudió la armónica y se la guardó en un bolsillo.

-¿Qué clase de fiesta es ésta? -inquirió Biggs.

Alguien apretó un acordeón. El acordeón gimió como un animal moribundo. Eso fue todo.

-Muy bien; mi botella y yo celebraremos nuestra propia fiesta.

En cuclillas, apoyado en el cohete, Biggs bebió empujando la botella.

Spender, inmóvil, lo observó largo rato. Luego los dedos le subieron lentamente a lo largo de la pierna temblorosa y palparon el estuche del arma.

-Los que quieran, pueden venir conmigo a la ciudad -anunció el capitán-. Dejaremos un centinela aquí en el cohete e iremos armados por si acaso.

Los hombres se consultaron. Catorce querían ir. Biggs se incluyó entre ellos, riendo y agitando la botella. Los otros seis se quedaron en el campamento.

-¡Allá vamos! -gritó Biggs.

El grupo avanzó en silencio. Llegaron al límite de la ciudad dormida y muerta. A la luz de las lunas mellizas, las sombras de los expedicionarios eran dobles. Parecía que nadie respiraba. Pasaron así varios minutos. Esperaban a que algo se moviera de pronto en la ciudad muerta, una forma gris que se levantaría inesperadamente entre las ruinas, un fantasma ancestral que cruzaría galopando el fondo vacío del mar en un antiguo corcel acorazado, de imposible progeie, de increíble descendencia.

Los ojos y la mente de Spender poblaron las calles. Unas siluetas se movían como vapores azules por las avenidas empedradas y había débiles murmullos, y unos extraños animales se escurrían por las arenas de color gris rojizo. Alguien saludaba desde las ventanas (moviendo lentamente la mano como si estuviese sumergido en un agua intemporal), a unas sombras que se arrastraban en el espacio bajo las torres plateadas por las lunas. Una música sonaba en algún oído interior, y Spender imaginó las formas de los instrumentos que evocaban esa música. Era un país encantado.

-¡Eh! -gritó Biggs, muy erguido, con las manos alrededor de la boca abierta-. ¡Eh! ¡Vosotros, los del pueblo!

-¡Biggs! -advirtió el capitán.

Biggs se calló.

Avanzaron por una avenida embaldosada. Ahora todos hablaban en voz baja, pues era como entrar en una vasta biblioteca al aire libre o en un mausoleo habitado por el viento y sobre el que brillaban las estrellas. El capitán habló sin levantar la voz. Se preguntó adónde habían ido los marcianos, qué habían sido y quiénes eran sus reyes, y cómo habían muerto. Se preguntó en voz alta cómo habían construido esta ciudad para que soportara el peso de los siglos, y si alguna vez habrían visitado la Tierra. ¿Serían ellos los antepasados de los hombres que habían aparecido en la Tierra diez mil años atrás? ¿Y habrían amado y odiado con amores y odios similares a los terrestres, y habrían cometido las mismas tonterías cuando hicieron tonterías?

-Lord Byron -dijo Jeff Spender.

El capitán se volvió y lo miró.

-¿Lord qué?

-Lord Byron, un poeta del siglo diecinueve. Hace mucho tiempo escribió un poema que parece inspirado por esta ciudad y por cómo los marcianos tienen que sentirse si aún son capaces de sentir. Pudo haberlo escrito el último poeta marciano.

Los expedicionarios continuaban inmóviles, de pie sobre sus sombras.

-¿Qué dice el poema, Spender? -preguntó el capitán.

Spender cambió de posición, extendió la mano como recordando, entornó los ojos un momento, y en seguida se puso a recitar con voz lenta y apagada, y los hombres escucharon todo lo que decía:

*Así que nunca más pasearemos  
tan tarde de noche,  
aunque el corazón siga enamorado,  
y aunque siga brillando la luna*

La ciudad inmóvil era alta y gris. Los rostros de los hombres estaban vueltos hacia la luz.

*Pues la espada gasta la vaina,  
y el alma gasta el pecho,  
y el corazón tiene que pararse a tomar aliento,  
y el amor mismo ha de descansar.  
Aunque la noche fue hecha para amar,  
y el día vuelve demasiado pronto,  
nunca más pasearemos  
a la luz de la luna.*

Los terrestres estaban de pie, en silencio, en el centro de la ciudad. Era una noche clara. No se oía ningún sonido, excepto el viento. Debajo de ellos se extendía una plaza enlosada que imitaba formas de animales y seres antiguos. Los hombres contemplaron los dibujos.

De la garganta de Biggs salió un ronco ruido. Con la mirada turbia, se llevó las manos a la boca; cerró los ojos, se dobló hacia delante, y un líquido espeso le llenó la boca, se derramó, y cayó ruidosamente sobre las losas del patio, cubriendo los dibujos. Biggs repitió esto dos veces. Un penetrante olor a vino invadió el aire fresco de la noche.

Nadie se movió para auxiliar a Biggs, que siguió vomitando.

Spender lo miró durante un momento; luego se volvió y echó a andar por las avenidas de la ciudad, solo, a la luz de las lunas. Ni una sola vez se volvió a mirar a los hombres agrupados en la plaza.

Los expedicionarios volvieron a las cuatro de la mañana. Se tendieron sobre unas mantas y cerraron los ojos, respirando el aire apacible. El capitán Wilder, sentado cerca del fuego, lo alimentaba de vez en cuando con ramas secas.

Dos horas después McClure abrió los ojos.  
-¿No duerme, capitán?

El capitán sonrió vagamente.  
-Espero a Spender.

McClure reflexionó.  
-¿Sabe, señor? No creo que vuelva. No sé por qué, pero tengo esa impresión. Nunca volverá.

McClure se envolvió en sus mantas y se durmió otra vez. El fuego crepitó y se apagó.

Pasó una semana, y Spender aún no había vuelto. El capitán envió unos hombres a buscarlo, pero regresaron diciendo que no sabían adónde podría haber ido. Ya volvería cuando se le pasara el berrinche. Era un cabeza dura, dijeron. ¡Que se fuera al diablo!

El capitán no decía nada, pero anotaba todo en el cuaderno de bitácora...

Una mañana que podía haber sido la de un miércoles, la de un jueves o la de cualquier otro día en Marte, Biggs estaba sentado a orillas del canal, de cara al sol, con los pies colgando en el agua fresca.

Un hombre se acercó caminando a lo largo de la orilla. La sombra del hombre cayó sobre Biggs. Biggs alzó los ojos.  
-¡Bueno, que me condenen! -exclamó.  
-Soy el último marciano -dijo el hombre sacando un arma de fuego.  
-¿Qué dices? -preguntó Biggs.  
-Voy a matarte.

-Basta. ¿Qué broma es esa, Spender?  
-Levántate y recíbela en el estómago.  
-Por amor de Dios, aparta esa arma.

Spender apretó el gatillo sólo una vez. Se oyó un leve zumbido Durante unos instantes Biggs permaneció sentado a orillas del agua; luego se inclinó hacia delante y cayó. El cadáver flotó con lenta indiferencia bajo las lentas corrientes del canal. Se oyó un hueco gorgoteo, y luego nada.

Spender guardó el arma y se alejó en silencio. El sol brillaba sobre Marte, le calentaba el dorso de las manos y se le deslizaba por las mandíbulas apretadas. No corrió; caminó como si nada hubiera cambiado excepto la luz del día. Bajó hasta el cohete. Algunos de los hombres tomaban un desayuno recién preparado bajo un albergue construido por Cookie.

-Ahí viene el ermitaño -dijo alguien.  
-¡Hola, Spender! ¿De dónde sales?

Los cuatro hombres sentados a la mesa observaron al hombre que los miraba en silencio.  
-Tú y tus condenadas ruinas -rió Cookie, revolviendo una sustancia negra en una olla-. Pareces un perro en un campo de huesos.  
-Es posible -dijo Spender-. He estado averiguando cosas. ¿Qué dirían si les contase que encontré a un marciano rondando por ahí?

Los cuatro hombres bajaron los tenedores.

-¿De veras? ¿Dónde?

-No importa dónde. Permitan que les haga una pregunta: ¿Cómo se sentirían si fuesen marcianos y viniera alguien y se pusiera a devastar el planeta?

-Yo sé muy bien cómo me sentiría -respondió Cherokee-. Llevo en mis venas sangre cherokee. Mi abuelo me contó muchas cosas del territorio de Oklahoma. Si hay algún marciano por los alrededores, yo estoy con él.

-¿Y qué dicen los demás? -preguntó Spender, cauteloso.

Ninguno contestó. El silencio era bastante elocuente. Agarra lo que puedas, lo que encuentras es tuyo; si el contrario te ofrece la otra mejilla, abofetéalo sin miedo, etcétera.

-Bueno -les dijo Spender-; he encontrado un marciano.

Los hombres lo miraron entornando los ojos.

-Allá arriba, en una ciudad muerta. No esperaba verlo. Ni siquiera intenté buscarlo. Ignoro lo que hacía allí. He vivido cerca de una semana en la ciudad de un valle pequeño, aprendiendo a leer los libros antiguos y contemplando las viejas obras de arte. Y un día vi a este marciano. Estuvo allí un momento y luego desapareció. No volvió hasta el día siguiente. Yo estaba allí, estudiando la vieja escritura, y el marciano reaparecía una y otra vez, siempre más cerca. Hasta que un día en que aprendí a descifrar el idioma marciano, asombrosamente simple y además hay pictografías que ayudan, el marciano apareció ante mí y dijo: "Dame tus botas". Le di mis botas y dijo: "Dame tu uniforme y todo tu equipo". Se los di y me pidió mi revólver, y entonces dijo: "Ahora acompáñame y mira lo que pasa". Y el marciano vino al campamento, y ahora está aquí.

-No veo a ningún marciano -dijo Cherokee.

-Lo siento mucho.

Spender sacó su arma, y se oyó un zumbido apagado. La primera bala alcanzó al hombre de la izquierda, la segunda y la tercera a los que estaban a la derecha y en el centro de la mesa. Cookie, de cara al fuego, se volvió horrorizado y recibió la cuarta bala. Cayó de espaldas sobre las llamas y se quedó allí mientras las ropas le empezaban a arder.

El cohete yacía a la luz del sol. Tres de los hombres estaban sentados, inmóviles, con las manos sobre la mesa. El desayuno se enfriaba ante ellos. Cherokee miraba a Spender, aturdido e incrédulo.

-Puedes venir conmigo -dijo Spender.

Cheroke no contestó.

-Puedes estar a mi lado en este asunto.

Spender esperó.

Al fin, Cheroke pudo hablar.

-Tú los mataste -dijo, atreviéndose a mirar a los hombres.

-Se lo merecían.

-¡Estás loco!

-Quizá. Pero puedes venir conmigo.

-¿Ir contigo? ¿Para qué? -exclamó Cheroke, pálido, con ojos húmedos-. ¡Vete, fuera de aquí!

El rostro de Spender se endureció.

-De todos ellos, creí que tú entenderías.

-¡Fuera de aquí!

Cheroke echó mano a su arma.

Spender disparó por última vez y Cheroke dejó de moverse.

Spender se tambaleó. Se pasó la mano por el rostro sudoroso, miró el cohete y de pronto se echó a temblar, de pies a cabeza. La reacción física fue tan abrumadora que estuvo a punto de caer. Parecía haber despertado de un estado de hipnosis, de una pesadilla. Se sentó y se concentró unos momentos, y le dijo al temblor que se fuera.

-¡Basta! ¡Basta! -le ordenó a su cuerpo. Se le estremecían y sacudían todos los músculos-. ¡Basta! -se dijo otra vez, y exprimió mentalmente el cuerpo hasta que todo el temblor le salió afuera. Las manos, inmóviles, reposaban ahora en las tranquilas rodillas.

Se levantó, y con movimientos precisos se ató a la espalda una caja de provisiones. La mano le tembló otra vez.

-¡No! -dijo con firmeza, y el temblor desapareció.

Luego, caminando rígidamente, Spender se alejó, solitario, entre las rojas y tórridas colinas.

El sol subía ardiendo por el cielo. Una hora más tarde el capitán salió del cohete en busca de unos huevos con jamón. Iba a saludar a los cuatro hombres sentados a la mesa, cuando de pronto se detuvo. Había en el aire un tenue olor a humo de arma. El cocinero yacía tendido de espaldas sobre la hoguera, y el desayuno parecía helado.

Un instante después, Parkhill y otros dos bajaron del cohete. El capitán los detuvo, fascinado por el silencio de los hombres y la manera en que estaban sentados a la mesa.

-Llaman a los hombres, a todos -dijo.

Parkhill echó a correr a lo largo del canal.

El capitán tocó a Cheroke. Cheroke se volvió lentamente y cayó de la silla. La luz del sol le ardió sobre el pelo corto y los pómulos salientes.

Llegaron los hombres.

-¿Quién falta?

- Todavía Spender, señor. Encontramos a Biggs flotando en el canal.

-¡Spender!

El capitán miró las colinas que se alzaban a la luz. El sol le descubrió los dientes, la boca torcida en una mueca.



-Maldita sea -dijo con cansancio-. ¿Por qué no vino a hablar conmigo?  
-¿Por qué no conmigo? -exclamó Parkhill, con los ojos brillantes-. ¡Le hubiera metido una bala en el maldito cerebro, eso hubiera hecho, lo juro por Dios!

El capitán Wilder hizo una seña a dos de los hombres.  
-Traigan palas -les dijo.

Cavaron las fosas fatigados por el calor. Mientras el capitán volvía las páginas de la Biblia, un viento cálido sopló desde el fondo del mar vacío, lanzando nubes de polvo a las caras de los hombres. El capitán cerró su libro, y alguien empezó a echar lentas corrientes de arena sobre los cuerpos amortajados.

Volvieron al cohete, probaron los mecanismos de los rifles, se echaron a la espalda pesados paquetes de granadas, y observaron si las armas salían con facilidad de las fundas. Cada uno de ellos exploraría cierto sector de las colinas. El capitán los dirigía sin levantar la voz, sin un ademán, con las manos colgando a los costados.  
-En marcha -dijo.

Spender vio que una tenue nube de polvo se levantaba en distintos lugares del valle y supo que la persecución había comenzado. Dejó a un lado el fino libro de plata que estaba leyendo, sentado cómodamente en una piedra plana. Las páginas del libro, delgadas como gasas, eran de plata, pintadas a mano en negro y oro. Era una obra de filosofía, de por lo menos diez mil años de antigüedad, que había encontrado en un pueblo marciano del valle. Abandonaba el libro de mala gana.

Durante unos instantes pensó: "¿Para qué? Me quedaré aquí leyendo hasta que vengan y terminen conmigo". Después de matar a los seis hombres había sentido un confuso aturdimiento, luego náuseas, y por fin una extraña paz. Pero ahora, mientras contemplaba las estelas de polvo de sus perseguidores, también la paz se desvanecía, y volvía a sentir aquel resentimiento.

Bebió de la cantimplora un poco de agua fresca. Luego se levantó, se estiró, bostezó, y escuchó el maravilloso silencio del valle. Qué hermoso sería si él y algunos de sus amigos terrestres pudieran instalarse aquí, pasar aquí la vida, sin ruidos ni preocupaciones.

Llevó el libro consigo en una mano y la pistola cargada en la otra. Un arroyo corría rápidamente sobre un lecho de rocas y piedras blancas, y allí se desnudó y se metió en el agua un rato. Luego se vistió, sin darse prisa y recogió el arma.

El tiroteo comenzó aproximadamente a las tres de la tarde, cuando Spender estaba arriba en las colinas. Lo siguieron a través de tres pequeños pueblos marcianos. Más arriba de los pueblos, esparcidas como guijarros, había unas quintas en donde antiguas familias marcianas habían encontrado un prado o un arroyo, habían construido una piscina de mosaicos, una biblioteca y un patio con un surtidor. Spender nadó media hora en una piscina de agua de lluvia, esperando a sus perseguidores.

Cuando abandonaba la casa, sonaron los primeros disparos. A pocos metros de distancia, el azulejo de un muro saltó hecho trizas. Echó a correr, avanzó por entre unos riscos, se volvió, disparó el arma, y un hombre rodó por el polvo.

Lo envolverían en una red, en un círculo. Spender lo sabía. Lo rodearían, estrecharían el cerco y lo atraparían. ¿Por qué no utilizaban las granadas? Una orden del capitán Wilder, y empezaría el bombardeo.

"Pero soy un buen hombre y no quieren destrozarme -pensó Spender-. Así opina el capitán. Me quiere con un solo agujero. ¿No es raro? Quiere que mi muerte sea limpia. Y no una porquería. ¿Por qué? Porque me comprende. Y por ese motivo está decidido a arriesgar la vida de unos cuantos buenos muchachos que me agujerearán limpiamente la cabeza. ¿No es así?"

Sonó una ráfaga de nueve o diez disparos. Unos trozos de roca saltaron alrededor. Spender hacía fuego con mano firme, a veces mientras leía el libro de plata.

El capitán, rifle en mano, corrió bajo la ardiente luz del sol. Spender lo siguió con la mirada de la pistola, pero no disparó. En cambio se volvió e hizo saltar de un tiro el borde superior de la roca donde White estaba apostado. Se oyó un grito de furia.

De pronto, el capitán se detuvo. Llevaba un pañuelo blanco en la mano. Les dijo algo a sus hombres, y soltando el rifle, subió por la falda de la colina. Spender estaba allí tendido. Se puso de pie con el arma en la mano.

El capitán se acercó y se sentó en una piedra calcinada por el sol sin mirar una sola vez a Spender.

Poco después metió la mano en el bolsillo de la camisa, buscando algo. Los dedos de Spender se crisparon sobre el arma.

-¿Un cigarrillo? -preguntó el capitán.

-Gracias -respondió Spender tomando uno.

-¿Fuego?

-Tengo.

Echaron una o dos bocanadas en silencio.

-Hace calor -dijo el capitán.

-Así es.

-¿Se encuentra cómodo aquí arriba?

-Mucho.

-¿Cuánto tiempo cree que podrá resistir?

-El que me lleve matar a doce hombres, poco más o menos.

-¿Por qué no nos mató a todos esta mañana, cuando se le presentó la ocasión? Hubiera sido fácil, usted lo sabe.

-Lo sé. Sentí náuseas. Cuando uno quiere hacer algo terrible se miente a sí mismo. Se dice uno que todos los demás están equivocados. Bueno, en cuanto empecé a disparar contra ellos, comprendí que sólo eran unos necios y que no debía matarlos. Pero ya era demasiado tarde. No pude continuar, entonces subí hasta aquí con la esperanza de volver a creer en la mentira, de enfurecerme y empezar de nuevo.

-¿Ya está resuelto?

-No mucho. Bastante.

El capitán estudió su cigarrillo.

-¿Por qué lo hizo?

Tranquilamente Spender dejó el arma en el suelo.

-Porque he visto que los marcianos tenían algo que nosotros nunca soñamos tener. Se detuvieron donde nosotros debíamos habernos detenido hace un siglo. He paseado por sus ciudades y comprendo a esta gente y me gustaría llamarlos mis antepasados.

El capitán señaló con un movimiento de cabeza un grupo de edificios.

-Es magnífico ese pueblo.

-No es sólo eso. Sí, sus ciudades son hermosas. Los marcianos sabían cómo unir el arte y la vida. El arte fue siempre algo extraño entre nosotros. Lo guardamos en el cuarto del loco de la familia, o lo tomamos en dosis dominicales, tal vez mezclado con religión. Bueno, estos marcianos tenían arte, y religión y todo.

-Usted cree que habían llegado al fondo de las cosas, ¿no es así?

-Estoy seguro.

-Y por eso empezó a masacrarnos.

-Cuando yo era pequeño mis padres me llevaron a la ciudad de México. Siempre recordaré el comportamiento de mi padre, vulgar y fatuo. A mi madre no le gustaba tampoco aquella gente porque eran morenos y no se bañaban a menudo. Mi hermana ni les hablaba. Sólo a mí me gustaban realmente. Y puedo imaginarme a mi madre y mi padre aquí en Marte haciendo otra vez lo mismo...

"Para el norteamericano común, lo que es raro no es bueno. Si las cañerías no son como en Chicago, todo es un desatino. ¡Cada vez que lo pienso! ¡Oh, Dios mío, cada vez que lo pienso! Y luego... la guerra. Usted oyó los discursos en el Congreso antes de que partiéramos. Si todo marchaba bien, esperaban establecer en Marte tres laboratorios de investigaciones atómicas y varios depósitos de bombas. Dicho de otro modo: Marte se acabó, todas estas maravillas desaparecerán. ¿Cómo reaccionaría usted si un marciano vomitase un licor rancio en el piso de la Casa Blanca?

El capitán no decía nada, pero escuchaba.

-Luego vendrán los otros grandes intereses. Los hombres de las minas, los hombres del turismo -continuó Spender-. ¿Recuerda usted lo que pasó en México cuando Cortés y sus magníficos amigos llegaron de España? Toda una civilización destruida por unos voraces y virtuosos fanáticos. La historia nunca perdonará a Cortés.

-Hoy usted tampoco se ha comportado muy bien, Spender -observó el capitán.

-¿Qué podía hacer? ¿Discutir con usted? Estoy solo contra todos los granujas codiciosos y opresores que habitan la Tierra. Vendrán a arrojar aquí sus cochinas bombas atómicas, en busca de bases para nuevas guerras. ¿No les basta haber arruinado un planeta y tienen que arruinar otro más? ¿Por qué han de ensuciar una casa que no es suya? Esos fatuos charlatanes. Cuando llegué aquí no sólo me sentí libre de toda esa supuesta cultura, sino también de la moral y las normas y las costumbres terrestres. Mis coordenadas son distintas, pensé. Lo único que tengo que hacer es matarlos y luego vivir mi propia vida.

-Pero no le salió bien -dijo el capitán.

-No. A la hora del desayuno, después de mi quinto asesinato, descubrí que a pesar de todo no soy un hombre totalmente nuevo, totalmente marciano. No pude desprenderme con tanta facilidad de todo lo que aprendí en la Tierra. Pero ahora me siento tranquilo otra vez. Los mataré a todos. Eso retrasará el viaje del próximo cohete unos cinco años. Este cohete es el único que tienen. En la Tierra esperarán un año, dos años. Sin noticias de nosotros, temerán construir una nueva nave. Antes lanzarán al espacio un centenar de modelos experimentales, para evitar otro fracaso.

-Sí, así sería.

-Por otra parte, un buen informe suyo, si usted vuelve, acelerará la invasión del planeta. Con un poco de suerte viviré hasta los sesenta años. Las expediciones que lleguen a Marte, aquí me encontrarán. Vendrá una sola nave cada vez, aproximadamente una por año, con una tripulación no mayor de veinte hombres. Me haré amigo de ellos y les explicaré que nuestro cohete estalló cierto día. Proyecto volarlo en cuanto termine mi tarea de esta semana. Los mataré a todos. Marte seguirá intacto durante el próximo medio siglo. Tal vez los terrestres renuncien al fin. ¿Recuerda cómo se cansaron de construir zepelines que caían en llamas uno tras otro?

-Lo ha previsto todo -admitió el capitán.

-Sí, señor.

-Pero nosotros somos muchos. Dentro de una hora cerraremos el cerco. Dentro de una hora morirá.

-He encontrado algunos pasajes subterráneos y un refugio que ustedes jamás descubrirán. Viviré allí algún tiempo, y cuando ustedes se descuiden, saldré y los iré cazando, uno a uno.

El capitán inclinó la cabeza.

-Cuénteme algo de esa civilización -dijo señalando con la mano las ciudades de la montaña.

-Sabían cómo vivir con la naturaleza, y cómo entenderla. No trataron de ser sólo hombres y no animales. Cuando apareció Darwin cometimos ese error. Lo recibimos con los brazos abiertos y también a Huxley y a Freud, deshaciéndonos en sonrisas. Después descubrimos que no era posible conciliar las teorías de Darwin con nuestras religiones, o por lo menos así pensamos.

Fuimos unos estúpidos. Quisimos derribar a Darwin, Huxley y a Freud pero eran inamovibles. Y entonces, como unos idiotas, intentamos destruir la religión.

"Lo conseguimos bastante bien. Perdimos nuestra fe y empezamos a preguntarnos para qué vivíamos. Si el arte no era más que la derivación de un deseo frustrado, si la religión no era más que un engaño, ¿para qué la vida? La fe había explicado siempre todas las cosas. Luego todo se fue por el vertedero, junto con Freud y Darwin. Fuimos y somos todavía un pueblo extraviado.

-¿Y estos marcianos encontraron el camino? -preguntó el capitán.

-Sí. En Marte aprendieron a combinar ciencia y religión para que funcionaran juntas, y se enriquecieron así mutuamente, sin contradecirse.

-Una solución ideal.

-Así es. Me gustaría mostrarle cómo lo hicieron.

-Mis hombres me esperan.

-Media hora bastará. Avíseles, capitán.

El capitán titubeaba. Al fin se levantó y lanzó una orden a los que estaban al pie de la colina.

Spender lo llevó a una aldea marciana de edificios de mármol

Pulido y fresco, decorados con frisos de hermosos animales: felinos de patas blancas, símbolos solares de patas amarillas, estatuas de criaturas que parecían toros, estatuas de hombres y mujeres, y de perros enormes delicadamente cincelados.

-He aquí la respuesta, capitán.

-No entiendo.

-Los marcianos descubrieron el secreto de la vida entre los animales. El animal no discute su vida, vive. No tiene otra razón de vivir que la vida. Ama la vida y disfruta de la vida. Observe la estatuaria; cómo los símbolos animales se repiten una y otra vez.

-Parece algo pagano.

-Al contrario, son símbolos divinos, símbolos de vida. También en Marte el hombre había llegado a ser demasiado humano, y no bastante animal. Los hombres de Marte comprendieron que si querían sobrevivir tenían que dejar de preguntarse de una vez por todas: "¿Para qué vivir?" La respuesta era la vida misma. La vida era la propagación de más vida, y vivir la mejor vida posible. Los marcianos comprendieron que se preguntaban "¿Para qué vivir?" en la culminación de algún período de guerra y desesperanza, cuando no había respuestas. Pero cuando la civilización se tranquiliza y calla, y la guerra termina, la pregunta se convierte en insensata de un modo nuevo. La vida es buena entonces, y las discusiones son inútiles.

-Me parece que los marcianos eran bastante ingenuos.

-Sólo cuando les convenía. Renunciaron a empeñarse en destruirlo todo, humillarlo todo. Combinaron religión, arte y ciencia, pues en verdad la ciencia no es más que la investigación de un milagro inexplicable, y el arte, la interpretación de ese milagro. No permitieron que la ciencia aplastara la belleza. Se trata simplemente de una cuestión de grados. Un hombre de la Tierra piensa: "En ese cuadro no hay realmente color. Un físico puede probar que el color es sólo una forma de la materia, un reflejo de la luz, no la realidad misma". Un marciano, mucho más inteligente, diría: "Este cuadro es hermoso. Nació de la mano y la mente de un hombre inspirado. El tema y los colores vienen de la vida. Es una cosa buena".

Hubo una pausa. Sentado al sol de las primeras horas de la tarde, el capitán miraba con curiosidad el pueblo fresco y silencioso.

-Me gustaría vivir aquí -dijo.

-Puede hacerlo, si quiere.

-¿Me está invitando?

-¿Acaso alguno de sus hombres comprendería verdaderamente todo esto? Son cínicos profesionales, y para ellos es demasiado tarde. ¿Por qué quiere volver junto a ellos? ¿Para vivir con el rebaño? ¿Para comprarse un giróscopo, como cualquiera de sus vecinos? ¿Para oír música con una libreta de notas y no con las entrañas? Ahí abajo, en uno de los patios, hay un cilindro de música marciana de cincuenta mil años de antigüedad. Todavía se oye. Es una

música incomparable. Usted podría escucharla. Hay también libros. Yo ya los leo. Podría usted descansar y leerlos

-Parece maravilloso, Spender.

-Pero usted no va a quedarse.

-No. Gracias, sin embargo.

-Y seguramente no me dejarán tranquilo. Tendré que matarlos a todos.

-Es usted optimista.

-He encontrado un motivo para luchar y vivir. Eso me hace más peligroso. He encontrado algo que es para mí como una religión. Como aprender a respirar otra vez. Sentir en la piel la caricia del sol, dejar que el sol trabaje en uno, escuchar música, leer un libro. ¿Qué me ofrece en cambio la civilización de usted?

El capitán cambió de postura. Meneó la cabeza.

-Lamento mucho todo esto, lo lamento de veras.

-También yo. Creo que será mejor que lo lleve de vuelta y que empiece a preparar el ataque.

-Sí.

-Capitán, yo no voy a matarlo. Cuando todo haya terminado, usted seguirá con vida.

-¿Cómo?

-Desde un principio decidí no tocarlo.

-Pero...

-Lo voy a librar de los demás. Cuando hayan muerto, quizá cambie usted de opinión.

-No -dijo el capitán-. Llevo en mis venas demasiada sangre terrestre. No dejaré de perseguirlo.

-Aun cuando pueda quedarse aquí.

-Es curioso, pero sí, aun así. No sé por qué, no me lo he preguntado. Bueno, nos separamos aquí. -Habían vuelto al sitio en donde se habían encontrado-. ¿Quiere usted acompañarme sin resistirse, Spender? Es mi última oferta.

-No, gracias. -Spender extendió una mano-. Espere un momento. Si usted gana, hágame un favor. Trate de postergar la destrucción de este planeta, al menos durante cincuenta años. Hasta que los arqueólogos hayan tenido una buena oportunidad. ¿Lo hará usted?

-Se lo prometo.

-Y por último, si le sirve de algo, recuérdeme como un neurótico que enloqueció un día de verano y que nunca recobró la razón. Así será más fácil para usted.

-Así lo haré. Adiós, Spender. Buena suerte.

-Es usted un hombre raro -comentó Spender, mientras el capitán bajaba por el sendero, azotado por el viento caluroso.

El capitán se reunió con sus hombres cubiertos de polvo. Miró el sol con los ojos entornados, respirando con dificultad.

-¿Hay algo para beber? -preguntó. Alguien le puso en las manos una botella fresca-. Gracias. -Bebió y se enjugó los labios-. Bueno -prosiguió-. Anden con cuidado. Disponemos de un tiempo ilimitado y no quiero perder más hombres. Hay que matarlo. No quiso bajar. Si es posible, mátenlo de un solo tiro. No lo hagan pedazos. Terminen pronto.

-Voy a meterle una bala en el maldito cerebro -dijo Sam Parkhill.

-No, tiren al pecho -dijo el capitán. Recordó el rostro fuerte y resuelto de Spender.

-El cochino cerebro... -continuó Parkhill.

El capitán le alargó la botella con un movimiento brusco.

-Ya oyó lo que dije. Tiren al pecho.

Parkhill murmuró algo entre dientes.

-Vamos -dijo el capitán.

Volvieron a desplegarse, lentamente al principio, luego de prisa por las cálidas laderas. De pronto se encontraban en frescas cavernas que olían a musgo; de pronto en lugares abiertos y rocosos, que olían a sol sobre piedra.

"Odio la astucia cuando uno no se siente realmente astuto, ni quiere serlo -pensaba el capitán-. No puedo enorgullecerme de ir espiando por ahí y jactarme de que llevo a cabo grandes

planes. Odio pensar que estoy cumpliendo con mi deber cuando no estoy seguro de que sea así. Al fin y al cabo, ¿quiénes somos nosotros? La mayoría siempre tiene razón, ¿no es así? Siempre, siempre. Jamás se equivoca, ni un breve e insignificante momento. En diez millones de años jamás se equivocó. ¿Qué es esa mayoría y quiénes la forman? ¿Qué piensa? ¿Cómo emprendió este camino? ¿Cambiará alguna vez? ¿Y por qué demonios he caído en esta putrefacta mayoría? No me siento a gusto. ¿Será claustrofobia, temor a las muchedumbres, o sentido común? ¿Es posible que un hombre tenga razón, aunque el resto del mundo opine que ellos tienen razón? No lo pensemos. Sometámonos, animémonos, y apretemos el gatillo. ¡Vaya, y vaya!"

Los hombres corrían y se agachaban, corrían y se agazapaban en las sombras. Mostraban los dientes, fatigados por el aire enrarecido, un aire que no había sido hecho para correr. El aire era tenue y tenían que descansar cinco minutos cada vez, jadeando, mientras unas manchas negras les bailaban delante de los ojos. Devoraban el aire delgado, nunca satisfechos, y cerraban con fuerza los párpados. Al fin se incorporaban, y alzando los fusiles desgarraban el aire enrarecido del verano con agujeros de sonido y calor.

Spender, inmóvil, sólo hacía fuego de cuando en cuando.

-¡Voy a saltarle los cochinos sesos! -aulló Parkhill, echando a correr por la ladera.

El capitán levantó el fusil y apuntó a Sam Parkhill. En seguida bajó el arma, y la contempló horrorizado.

-¿Qué iba a hacer? -se preguntó mirando la mano inerte. Había estado a punto de matar a Parkhill por la espalda-. Dios mío -murmuró.

Vio que Parkhill seguía corriendo y se arrojaba al suelo, poniéndose a salvo.

Una red de hombres que corrían estaban envolviendo a Spender. En la cima, detrás de dos rocas, Spender yacía agotado por la atmósfera enrarecida y con grandes manchas de sudor bajo los brazos. El capitán vio las dos rocas. Había entre ellas un intersticio de unos diez centímetros que mostraba el pecho de Spender.

-¡Eh! - gritó Parkhill-. ¡Sal de ahí! ¡Tengo una bala para tu cabeza!

El capitán Wilder esperaba. "¡Vamos, Spender! -se decía-. Escápate como me dijiste antes. Sólo tienes unos minutos. Escápate. Dijiste que lo harías. Escóndete en esos subterráneos que has encontrado y quédate allí meses, años, leyendo tus hermosos libros y bañándote en las piscinas de los templos. Vete, muchacho. Vete antes de que sea tarde."

Spender no cambió de postura.

-¿Qué le pasará? -se preguntó el capitán.

Tomó el fusil y observó a los hombres que corrían escondiéndose. Miró las torres del immaculado pueblo marciano, como piezas de ajedrez finamente cinceladas, caídas en la tarde. Vio las rocas, y entre ellas el pecho de Spender.

Parkhill se había lanzado al ataque, gritando con furia.

-No, Parkhill -dijo el capitán-. No puedo permitirselo. Ni usted ni ninguno de los otros. No. Ninguno de ustedes. Yo solo.

Levantó el fusil y apuntó.

"¿No me estoy ensuciando las manos? -pensó-. ¿Está bien que sea yo quien lo haga? Sí, lo está. Sé lo que hago y por qué. Sólo yo puedo hacerlo, y no sé si después podré seguir con vida."

Le hizo una seña a Spender con la cabeza.

-Vete -dijo en un susurro que nadie oyó-. Te doy treinta segundos más. Treinta segundos...

El reloj le latía en la muñeca. El capitán lo miraba. Los hombres corrían agazapados. Spender no se movía. El reloj latió mucho tiempo con mucho ruido, en los oídos del capitán.

-¡Vete! ¡Vete, Spender! ¡Rápido!

El rifle apuntaba. El capitán tomó aliento.

-¡Spender! -murmuró.

Y apretó el gatillo.

Una débil polvareda asomó entre las rocas y se elevó a la luz del sol. Eso fue todo. Los ecos del estampido se desvanecieron.

El capitán Wilder se incorporó y llamó a sus hombres.

-Está muerto.

Los otros no lo creyeron

Desde donde estaban no se podía ver aquella fisura entre las rocas. Vieron correr al capitán colina arriba, solo, y pensaron o que era un valiente o que había enloquecido.

Unos minutos después, los hombres subieron detrás del capitán. Se juntaron alrededor del cadáver y uno de ellos dijo:

-¿En el pecho?

El capitán bajó los ojos.

-En el pecho -contestó. Bajo el cuerpo de Spender las rocas habían cambiado de color-. ¿Por qué habrá esperado? ¿Por qué no escapó como decía? ¿Por qué se dejó matar?

-¿Quién sabe? -dijo uno.

Spender yacía con las manos crispadas: una sobre el rifle, la otra sobre el libro de plata que brillaba al sol.

"¿Seré yo el culpable? -pensó el capitán-. ¿Por qué no quise ceder? ¿Aborrecía Spender la idea de matarme? ¿Acaso soy distinto de los otros? Pensó que podía confiar en mí. ¿Hay otra respuesta?"

Ninguna. Se agachó al lado del cuerpo silencioso.

"Tengo que cumplir mi parte -se dijo-. No puedo abandonarlo. Si se reconocía en mí, y por eso no pudo matarme, qué tarea difícil me espera. Así es, sí, así es. Soy Spender ahora. Sin embargo, yo pienso antes de abrir fuego. No mato. Trato de entenderme con la gente. No pudo matarme porque yo era él mismo, aunque con ciertas diferencias."

El capitán sintió el calor del sol en la nuca. Se oyó decir a sí mismo:

-Si por lo menos hubiera hablado conmigo antes de matar... Habríamos encontrado una solución.

-¿Qué solución? -preguntó Parkhill-. No hay solución posible con esa gente.

El zumbido del calor cubría la tierra, salía de las rocas, bajaba del cielo.

-Tiene razón -dijo el capitán-. Tal vez Spender y yo hubiéramos podido entendernos. Pero Spender y usted y todos los demás, no, nunca. Es mejor que haya muerto. Pásenme esa cantimplora.

El mismo capitán sugirió el sarcófago vacío. Habían encontrado Un antiguo cementerio marciano. Pusieron a Spender en el cajón de plata, con ceras y vinos de diez mil años de antigüedad, y le cruzaron las manos sobre el pecho. Lo último que vieron de él fue un rostro tranquilo.

Permanecieron un momento en la antigua cripta.

-Creo que sería bueno para ustedes que pensarán en Spender de vez en cuando -dijo el capitán.

Salieron de la cripta y cerraron la puerta de mármol.

A la tarde siguiente, Parkhill se dedicó a hacer ejercicios de tiro al blanco en una de las ciudades muertas, rompiendo los cristales de las ventanas y volando las puntas de las frágiles torres.

El capitán lo sorprendió y le hizo saltar los dientes de un puñetazo.

F I N



## DECORADO EN LA NOCHE

Los escenarios de los estudios cinematográficos se alzaban detrás de altos muros verdes. El sol quemaba y tensaba las telas de los decorados durante el día y la niebla humedecía y aflojaba las mismas telas por la noche. En la "rue de la Paix" reinaba el silencio. En Piccadilly Circus, los pajaritos picoteaban las migajas dejadas por un electricista durante la filmación de una película unos meses atrás. Podía observarse el lugar donde la lluvia había envejecido realmente los edificios nuevos que representaban otros antiguos. Múltiples técnicos habían trabajado durante años para envejecer estos escenarios de Oslo, Viena, Dnieperpetrovsk, Singapore, Dublín... y ahora el tiempo finalizaba la tarea convirtiendo aquel proceso en un arte.

Era ya muy tarde. Reinaban las sombras alargadas y el frío. Era la primavera, pero los árboles de cartón no exhibían sus vástagos, esperando adquirir belleza y barniz gracias a los técnicos. Era sólo una media primavera. El cielo era benigno, pero la tierra necesitaba un director que, como Cristo, pudiese golpear las rocas con su varita y un apropiado talonario de cheques, para provocar magnificencias, colores y un burbujeo de espectáculos naturales.

El hombre estaba en la sombra, sin hacer nada. Se inclinó, recostándose contra un poste telefónico, con las manos en los costados, inexpresivo el rostro.

Otro hombre más joven rodeó una esquina de la plaza, cerca de la "catedral de Notre Dame", pasó delante de un Banco americano, una hacienda española, y atisbó por cada puerta, buscando algo y claramente preocupado.

Los dos hombres se encontraron. El que buscaba retrocedió un paso, y luego corrió adelante.

—¡Matt... estás aquí!

Matt, el que estaba recostado contra el poste, en la sombra, no habló, no se movió, no agitó un solo párpado.

El individuo más joven pareció aturdido y añadió, mirando la sombra:

—¿Eres tú, Matt? —parecía dudarle. El que estaba junto al poste miraba a los lejos. Al cabo de un instante entreabrió los labios para decir:

—Hola.

—Matt, soy yo... Paul. No pensé en buscar en este lugar. Se me ocurrió hoy. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Mucho tiempo —contestó Matt, mirando al cielo. Paul alargó una mano.

—¿Desde diciembre?

—Más aún.

—Fue en diciembre cuando desapareciste.

—Más aún —repitió el hombre que estaba en la sombra, quedamente.

—¡Pero es... es imposible! —el joven Paul rió, tolerante—. ¡No desapareciste hasta diciembre!

El hombre que estaba junto al poste no cambió de postura.

—Te sorprenderla saber cuánto tiempo llevo aquí. Esto me gusta.

—Bien, ahora vendrás a casa. Vera te perdona.

—Ya estoy en casa.

—Vera se alegrará mucho de verte.

—¿Quién es?

—Vámonos, Matt.

El hombre de la sombra no se movió.

—Por favor, quita la mano de mi brazo. Paul. No iré contigo. Ya no pertenezco allí. No me gusta aquello. Yo soy de aquí. Este es mi hogar. Aquí conozco a todo el mundo.

—Estás cansado.

—Estoy descansando —ni una sola vez durante la conversación había mirado al joven—. Si saliera de aquí me cansaría. Jamás me sentí tan descansado como ahora.

—¿No estás solo?

—No. Estaba solo con Vera, Tom y los demás. Iba con ellos y siempre me divertía. Será mejor que vuelvas a su lado. Paul.

—Vine a buscarte y no me iré —se obstinó el joven.

—Entonces, supongo que soy yo quien tendrá que marcharse —repuso el hombre desde la sombra—. Buenas noches, Paul.

Y cuando el hombre dio media vuelta en la sombra, su espalda, su espina dorsal y su nuca no fueron nada más que un conjunto de puntales y zoquetes que lo mantenían de una pieza y daban sustancia a la masa de cartón de su postiza parte delantera.

Se desvaneció lentamente por entre los oscuros edificios.

## EL ASESINO

La música se movía con él por los blancos pasillos. Pasó ante una puerta de oficina: *La viuda alegre*. Otra puerta: *La siesta de un fauno*. Una tercera: *Bésame otra vez*. Dobló en un corredor. *La danza de las espadas* lo sepultó bajo címbalos, tambores, ollas, sartenes, cuchillos, tenedores, un trueno y un relámpago de estaño. Todo quedó atrás cuando llegó a una antesala donde una secretaria estaba hermosamente aturdida por la Quinta de Beethoven. Pasó ante los ojos de la muchacha como una mano; ella no lo vio.

La radio pulsera zumbó.

—¿Sí?

—Es Lee, papá. No olvides mi regalo.

—Sí, hijo, sí. Estoy ocupado.

—No quería que te olvidases, papá —dijo la radio pulsera.

*Romeo y Julieta* de Tchaikovsky cayó en enjambres sobre la voz y se alejó por los largos pasillos.

El psiquiatra caminó en la colmena de oficinas, en la cruzada polinización de los temas. Stravinsky unido a Bach, Haydn rechazando infructuosamente a Rachmaninoff, Schubert golpeado por Duke Ellington. El psiquiatra saludó con la cabeza a las canturreantes secretarias y a los silbadores médicos que iban a iniciar el trabajo de la mañana. Llegó a su oficina, corrigió unos pocos textos con su lapicera, que cantó entre dientes, luego telefoneó otra vez al capitán de policía del piso superior. Unos pocos minutos más tarde, parpadeó una luz roja, y una voz dijo desde el cielo raso:

—El prisionero en la cámara de entrevistas número nueve.

Abrió la puerta de la cámara, entró, y oyó que la cerradura se cerraba a sus espaldas.

—Váyase —dijo el prisionero, sonriendo.

La sonrisa sobresaltó al psiquiatra. Una sonrisa soleada y agradable, que iluminaba brillantemente el cuarto. El alba entre lomas oscuras. El mediodía a medianoche, aquella sonrisa. Los ojos azules chispearon serenamente sobre aquella confiada exhibición de dientes.

—Estoy aquí para ayudarlo —dijo el psiquiatra frunciendo el ceño.

Había algo raro en el cuarto. El médico había titubeado al entrar. Miró alrededor. El prisionero se rió.

Si está preguntándose por qué hay aquí tanto silencio, deshice la radio a puntapiés.

Violento, pensó el doctor.

El prisionero le leyó el pensamiento, sonrió, y extendió una mano suave.

—No, sólo con las máquinas que chillan y chillan.

En la alfombra gris se veían pedazos de cable y lámparas de la radio de pared. Sintiendo sobre él aquella sonrisa como una lámpara calorífera, el psiquiatra se sentó frente a su paciente, en un silencio insólito que era como la amenaza de una tormenta.

—¿Es usted el señor Albert Brock que se llama a sí mismo El Asesino?

Brock asintió agradablemente.

—Antes de empezar. —Se movió con rapidez y sin ruido y le sacó al doctor la radio pulsera. La mordió como si fuese una nuez, y la radio crujió y estalló. Brock se la devolvió al médico con si le hubiese hecho un favor—. Es mejor así.

El psiquiatra se quedó mirando el arruinado aparato.

—Su cuenta—de daños y perjuicios está creciendo.

—No me importa —sonrió el paciente—. Como dice la vieja canción: *¡No me importa lo que pasa!* El hombre tarareó.

¿Empezamos? —dijo el psiquiatra.

—Muy bien. Mi primera víctima, o una de las primeras, fue el teléfono. Un crimen espantoso. Lo eché en el sumidero mecánico de mi cocina. Puse el aparato en punto medio. El pobre teléfono murió por estrangulación lenta. Luego maté a tiros el televisor.

—Mmm —dijo el psiquiatra.

—Le disparé seis tiros en el cátodo. Se oyó un hermoso tintineo, como una araña de luces que cae al piso. —Linda imagen.

—Gracias, siempre soñé con ser escritor.

—¿Por qué no me dice cuando empezó a odiar el teléfono?

—Me aterrorizaba ya en la infancia. Un tío mío lo llamaba la máquina de los fantasmas. Voces sin cuerpo. Me ponía los pelos de punta. Más tarde, nunca me sentí cómodo. El teléfono me parecía un instrumento impersonal. Si a él se le ocurría, dejaba que la personalidad de uno fuese por sus cables. Si no lo quería así, lo mismo le sacaba a uno la personalidad hasta que por el otro extremo salía una voz de pescado frío, toda acero, cobre, plásticos, sin calor, sin realidad. Es fácil decir alguna inconveniencia cuando se habla por teléfono; el teléfono cambia el significado de las frases. Y al fin uno se entera de que se ha ganado un enemigo. Luego, por supuesto, el teléfono es algo tan *conveniente*. Ahí está, exigiendo que uno llame a alguien que no quiere que lo llamen. Mis amigos estaban siempre llamando, llamando, llamándome. Demonios, no me dejaban tiempo para nada. Cuando no era el teléfono, era la televisión, la radio, el fonógrafo. Cuando no era la televisión, la radio o el fonógrafo eran las películas en el cine de la esquina, películas proyectadas en nubes bajas, con publicidad. Ya no llueve más agua, llueve espuma de jabón. Cuando no eran los anuncios en nubes de alta visibilidad, era la música de Mozzek en todos los restaurantes; música y anuncios en los ómnibus que me llevaban al trabajo. Cuando no era la música, eran los intercomunicadores de la oficina, y la cámara de horror de una radio pulsera desde donde mis amigos y mi mujer me llamaban cada cinco minutos. ¿Qué hay en esas conveniencias que las hace parecer tan tentadoramente convenientes? El hombre común piensa: Aquí estoy, dispongo de tiempo, y aquí en mi muñeca hay un teléfono pulsera. ¿Por qué no llamar al viejo Joe, eh? "¡Hola, hola!" Quiero mucho a mis amigos, a mi mujer, la humanidad. Pero cuando mi mujer me llama para preguntarme: "¿Dónde estás ahora, querido?", y un amigo me llama y dice: "¿Conoces este chiste verde? Parece que una vez un tipo..." Y un desconocido me llama y grita: "Esta es la encuesta Encuentra—Rápido. ¿Qué caramelo de goma está masticando en este instante?" ¡Bueno!

—¿Cómo se sentía durante la semana?

—Al borde del precipicio. Aquella misma mañana hice eso en la oficina.

—¿Qué fue?

—Eché un vaso de agua en el intercomunicador. El psiquiatra anotó en su libreta.

—¿Y el sistema se cerró?

—¡Magníficamente! ¡El cuatro de julio en ruedas! Dios mío, las estenógrafas corrían de un lado a otro como perdidas. ¡Qué confusión!

—¿Se sintió mejor durante un tiempo, eh?

—¡Muy bien! Al mediodía se me ocurrió cerrar la radio pulsera en la calle. Una voz aguda me gritaba: "Encuesta popular número nueve. ¿Qué almuerzo usted?" En ese mismo momento, ¡se acabó la radio pulsera!

—¿Se sintió mejor aún, eh?

—¡Cada vez mejor! —Brock se frotó las manos—. ¿Por qué no iniciar, pensé, una revolución solitaria, liberando al hombre de ciertas "conveniencias"? "¿Conveniente para quién?" grité. Conveniente para los amigos. "Eh, Al, te llamo desde el bar de Green Hills. Acabo de abrir una botella de whiskey, Al. Hermoso día. Ahora estoy tomando unos tragos. ¡Pensé que te gustaría saberlo, Al!" Conveniente para mi oficina, de modo que cuando ando trabajando en mi coche, la radio no pierde el *contacto* conmigo. ¡Contacto! Palabra tímida. Contacto, demonios. ¡Estrujamiento. Manoseo, mejor. Aporreo y masajeo. Uno no puede dejar el coche sin avisar: "Me he detenido en la estación de gasolina para ir al cuarto de baño." "Muy bien, Brock, ¡rápido!" "Brock, ¿por qué tarda tanto?" "Lo siento, señor." "Que no se repita, Brock." "¡No, señor!" ¿Sabe usted que hice, doctor? Compré un cuarto kilo de helado de chocolate y lo eché en el transmisor de radio del coche.

—¿Tuvo alguna razón especial para echar en el aparato helado de chocolate?

Brock pensó un momento y sonrió.

—Es mi helado favorito.

—Oh —dijo el doctor.

—Pensé, demonios, lo que es bueno para mí es bueno también para el transmisor.

—¿Y por qué echar *helado* en la radio?

—Hacía calor.

El doctor calló un momento.

—¿Y qué vino luego?

—Luego vino el silencio. Dios, era *hermoso*. Aquella radio del auto codeando todo el día. Brock, venga aquí, Brock, vaya allá, Brock, llame, Brock, escuche, muy bien, Brock, hora de almorzar, Brock, ha terminado el almuerzo, Brock, Brock, Brock, Brock. Bueno, aquel silencio fue como si me hubiese echado helado en las orejas.

—Parece que le gusta mucho el helado.

—Me paseé en el auto disfrutando del silencio. Es la franela más blanda y suave del mundo. El silencio. Una hora entera de silencio. Yo paseaba en el coche, sonriendo, sintiendo aquella franela en mis oídos. ¡Me emborraché de libertad!

—Continúe.

—Entonces se me ocurrió lo de la máquina portátil de diatermia. Alquilé una, y aquella noche subí con ella al ómnibus que me llevaría a casa. Todos los viajeros hablaban con sus mujeres por la radio pulsera diciendo: "Ahora estoy en la calle Cuarenta y tres, ahora en la Cuarenta y cuatro, aquí estoy en la Cuarenta y nueve, ahora doblamos en la Sesenta y una." Un marido maldecía: "Bueno, sal de ese bar, maldita sea y vete a casa a preparar la cena. ¡Estoy en la Setenta!" Y una radio de transistores tocaba *Cuentos de los bosques de Viena*, y un canario cantaba una canción acerca de una sopa de cereales. En ese momento... ¡encendí mi aparato de diatermia! ¡Estática! ¡Interferencia! Todas las mujeres separadas de los maridos que habían acabado una dura jornada en la oficina. ¡Todos los maridos separados de sus mujeres que acababan de ver cómo sus chicos rompían una ventana! Talé los *Bosques de Viena*. El canario se atragantó. ¡Silencio! Un terrible, inesperado silencio. Los pasajeros del ómnibus tuvieron que afrontar la posibilidad de conversar entre ellos. ¡El pánico! ¡Un pánico puro y animal!

—¿Se lo llevó la policía?

—El ómnibus tuvo que detenerse. Después de todo, la música había desaparecido, maridos y mujeres habían perdido contacto con la realidad. Un pandemonio, un tumulto, y un caos. ¡Ardillas que chillaban en sus jaulas! Llegó una patrulla, me descubrieron rápidamente, me endilgaron un discurso, me multaron, y me mandaron a casa, sin el aparato de diatermia, en un santiamén.

—Señor Brock, ¿puedo sugerirle que su conducta hasta ese momento no había sido muy... práctica? Si no le gustaban las radios de transistores, o las radios de oficina, o las radios de auto, ¿por qué no se unió a alguna asociación de enemigos de la radio, firmó petitorios, o luchó por normas legales y constitucionales? Al fin y al cabo, *estamos* en una democracia.

—Y yo —dijo Brock— estoy en lo que se llama una minoría. Me uní a asociaciones, firmé petitorios, llevé el asunto a la justicia. Protesté todos los años.

Todos se rieron. Todos *amaban* las radios y los anuncios. Yo estaba fuera de lugar.

—Entonces tenía que haberse conducido como un buen soldado, ¿no le parece? La mayoría manda.

—Pero han ido demasiado lejos. Si un poco de música y "mantenerse en contacto" es agradable, piensan que mucha música y mucho "contacto" será diez veces más agradable. ¡Me volvieron loco! Llegué a casa y encontré a mi mujer histérica. ¿Por qué? Porque había perdido todo contacto conmigo durante medio día. ¿Recuerda que bailé sobre mi radio pulsera? Bueno, aquella noche hice planes para asesinar la casa.

¿Pero quiere que lo escriba así? ¿Está seguro?

—Es semánticamente exacto. Había que enmudecerla. Mi casa es una de esas casas que hablan, cantan, tararean, informan sobre el tiempo, leen novelas, tintinean, entonan una canción de cuna cuando uno se va a la cama. Una casa que le chilla a uno una ópera en el baño y le enseña español mientras duerme. Una de esas cavernas charlatanas con toda clase de oráculos electrónicos que lo hacen sentirse a uno poco más grande que un dedal, con cocinas que dicen: "Soy una torta de durazno, y estoy a punto" o "Soy un escogido trozo de carne asada, ¡sácame!", y otros cantitos semejantes. Con camas que lo mecen a uno y lo sacuden para despertarlo. Una casa que *apenas* tolera a los seres humanos, se lo asegura. Una puerta de calle que ladra: "¡Tiene los pies embarrados, señor!" Y el galgo de un vacío electrónico que lo sigue a uno olfateándolo de cuarto en cuarto, sorbiendo todo fragmento de uña o ceniza que uno deja caer. ¡Jesucristo! ¡Jesucristo!

—Cálmese —sugirió el psiquiatra.

—¿Recuerda aquella canción de Gilbert y Sullivan, *Lo he anotado en mi lista, y jamás lo olvidaré?* pasé la noche anotando quejas. A la mañana siguiente me compré una pistola. Me

embarré los zapatos a propósito. Me planté ante la puerta de calle. La puerta chilló: "¡Pies sucios, pies embarrados! ¡Límpiese los pies! ¡Por favor sea aseado!" Le disparé un tiro por, el ojo de la cerradura. Corrí a la cocina, donde el horno lloriqueaba: "¡Apágüenme!" En medio de una tortilla mecánica, enmudecí la cocina. O cómo siseó y gritó: "¡Un corto circuito!" Entonces sonó el teléfono, como un murciélago. Lo eché en el sumidero mecánico. Debo declarar aquí que no tengo nada contra el sumidero. Lo siento por él, un dispositivo útil sin duda, que nunca dice una palabra, ronronea como un león somnoliento la mayor parte del tiempo, y digiere nuestros restos. Lo arreglaré. Luego fui y maté el televisor, esa bestia insidiosa, esa Medusa, que petrifica a un billón de personas todas las noches con una fija mirada, esa sirena que llama y canta y promete tanto, y da, al fin y al cabo, tan poco, y yo mismo siempre volviendo a él, volviendo y esperando, hasta que ... ¡pum! Como un pavo sin cabeza, mi mujer salió chillando a la calle. Vino la policía, ¡Y aquí estoy!

Brock se echó hacia atrás, feliz, y encendió un cigarrillo.

—¿Y no pensó usted, al cometer esos crímenes, que la radio pulsera, el transmisor, el teléfono, la radio del ómnibus, los— intercomunicadores, eran todos alquilados, o pertenecían a algún otro?

—Lo haría otra vez, que Dios me proteja.

El psiquiatra se quedó inmóvil bajo el sol de aquella beatífica sonrisa.

—¿Y no quiere que lo ayude la Oficina de Salud Mental? ¿Está preparado a soportar las consecuencias?

—Esto es sólo el comienzo —dijo el señor Brock—. Soy la vanguardia de unos pocos cansados de ruidos y órdenes y empujones y gritos, y música en todo momento, en todo momento en contacto con alguna voz de alguna parte, haz esto, haz aquello, rápido, rápido, ahora aquí, ahora allá. Ya veremos. La rebelión comienza. ¡Mi nombre hará historia!

—Mmm.

El psiquiatra parecía pensativo.

—Llevará tiempo, por supuesto. Era tan agradable al principio. La sola idea de esas cosas, tan prácticas, era maravillosa. Eran casi juguetes con los que uno podía divertirse. Pero la gente fue demasiado lejos, y se encontró envuelta en una red de la que no podía salir, ni siquiera advertía que estaba dentro. Así que dieron a sus nervios otro nombre "La vida moderna", dijeron. "Tensión", dijeron. Pero recuérdelo, se ha echado la semilla. Me conocen en todo el mundo gracias a la TV, la radio, las películas. Es una ironía. Eso fue hace cinco días. Un billón de personas me conoce. Revise las columnas de las finanzas. Un día notará algo. Quizá hoy mismo. ¡Una alza repentina en las ventas de helado de chocolate!

—Entiendo —dijo el psiquiatra.

—¿Puedo volver a mi hermosa celda privada, donde podré estar solo y en silencio durante seis meses?

—Sí —dijo el psiquiatra en voz baja.

—No se preocupe por mí —dijo el señor Brock incorporándose—. Me voy a entretener un tiempo metiéndome ese blando, suave y callado material en las orejas.

—Mmm —dijo el psiquiatra yendo hacia la puerta.

—Saludos —dijo el señor Brock.

—Sí —dijo el psiquiatra.

Apretó el botón oculto de acuerdo con la clave. La puerta se abrió, el psiquiatra salió del cuarto, la puerta se cerró. El psiquiatra atravesó oficinas y corredores. Los primeros veinte metros de su marcha fueron acompañados por *El tamboril chino*. Luego se ovó *Tzigana*, *Passacaglia* y *fuga en algo menor*, *El taso del tigre*, *El amor es como un cigarrillo*. Sacó la radio pulsera rota del bolsillo como una manta religiosa muerta. Entró en su oficina. Sonó un timbre. Una voz vino del cielo raso:

—¿Doctor?

—Acabo de terminar con Brock.

—¿Diagnóstico?

—Parece completamente desorientado, pero jovial.

Rehúsa aceptar las más simples realidades de su ambiente, y cooperar con ellas.

—¿Pronóstico?

—Indefinido. Lo dejé disfrutando con un trozo de material invisible.

Llamaron tres teléfonos. Un duplicado de su radio pulsera zumbó en un cajón del escritorio como una langosta herida. El intercomunicador lanzó una luz rosada y un clic-clic. Llamaron tres teléfonos. El cajón zumbó. Entró música por la puerta abierta. El psiquiatra, tarareando entre dientes, se puso la nueva radio pulsera en la muñeca, abrió el intercomunicador, habló un momento, atendió un teléfono, habló, atendió otro teléfono, habló, atendió un tercer teléfono, habló, tocó el botón de la radio pulsera, habló serenamente y en voz baja, con una cara descansada y tranquila, mientras se oía música y las luces se apagaban y encendían, los dos teléfonos llamaban otra vez, y él movía las manos, y la radio pulsera zumbaba, y los intercomunicadores conversaban, y uñas voces hablaban desde el, techo. Y así siguió serenamente el resto de una larga y fresca tarde de aire acondicionado; teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera, intercomunicador, teléfono, radio pulsera...

# EL DRAGÓN

La noche soplaba en el pasto escaso del páramo. No había ningún otro movimiento. Desde hacía años, en el casco del cielo, inmenso y tenebroso, no volaba ningún pájaro. Tiempo atrás, se habían desmoronado algunos pedruscos convirtiéndose en polvo. Ahora, sólo la noche temblaba, en el alma de los dos hombres, encorvados en el, desierto, junto a la hoguera solitaria; la oscuridad les latía callada mente en las venas, les golpeaba silenciosamente en las muñecas y en las sienas.

Las luces del fuego subían y bajaban por los rostros despavoridos y se volcaban en los ojos como jirones anaranjados. Cada uno de los hombres espiaba la respiración débil y fría y los parpadeos de lagarto del otro. Al fin, uno de ellos atizó el fuego con la espada.

- ¡No, idiota, nos delatarás!

- ¡Que importa! -dijo el otro hombre-. El dragón puede olerlos a kilómetros de distancia. Dios, hace frío. Quisiera estar en el castillo.

- Es la muerte, no el sueño, lo que buscamos...

- ¿Por que? ¿Por que? ¡El dragón nunca entra en el pueblo!

- ¡Cállate, tonto! Devora a los hombres que viajan solos desde nuestro pueblo al pueblo vecino.

- ¡Que se los devore y que nos deje llegar a casa!

- ¡Espera, escucha!

Los dos hombres se quedaron quietos.

Aguardaron largo tiempo, pero solo sintieron el temblor nervioso de la piel de los caballos, como tamboriles de terciopelo negro que repicaban en las argollas de plata de los estribos, suavemente, suavemente.

- Ah... -El segundo hombre suspiró-. Qué tierra de pesadillas. Todo sucede aquí. Alguien apaga el sol; es de noche. Y entonces, y entonces, ¡oh, Dios, escucha! Este dragón dicen que tiene ojos de fuego, y un aliento de gas blanquecino; se lo ve arder a través de los páramos oscuros. Corre echando rayos y azufre, que mando el pasta. Las ovejas, aterradas, enloquecen y mueren. Las mujeres dan a luz criaturas monstruosas. La furia del dragón es tan inmensa que los muros de las torres se conmueven y vuelven al polvo. Las víctimas, a la salida del sol, aparecen dispersas aquí y allá, sobre los cerros. ¿Cuántos caballeros, pregunto yo, habrán perseguido a este monstruo y habrán fracasado, como fracasaremos también nosotros?

- ¡Suficiente te digo!

- ¡Más que suficiente! Aquí, en esta desolación, ni siquiera sé en qué año estamos.

- Novecientos años después de Navidad.

- No, no -murmuró el segundo hombre con los ojos cerrados-. En este páramo no hay Tiempo, hay sólo Eternidad. Pienso a veces que si volviéramos atrás, el pueblo habría desaparecido, la gente no habría nacido todavía, las cosas estarían cambiadas, los castillos no tallados aún en las rocas, los maderos no cortados aún en los bosques; no preguntes cómo sé; el páramo sabe y me lo dice. Y aquí estamos los dos, solos, en la comarca del dragón de fuego. ¡Qué, Dios nos ampare!

- ¡Si tienes miedo, ponte tu armadura!

- ¿Para qué? El dragón sale de la nada; no sabemos dónde vive. Se desvanece en la niebla; quién sabe a dónde va. Ay, vistamos nuestra armadura, moriremos ataviados.

Enfundado a medias en el coiselete de plata, el segundo hombre se detuvo y volvió la cabeza.

En el extremo de la oscura campiña, henchido de noche y de nada, en el corazón mismo del páramo, sopló una ráfaga arrastrando ese polvo de los relojes que usaban polvo para contar el tiempo.

En el corazón del viento nuevo había soles negros y un millón de hojas carbonizadas, caídas de un árbol otoñal, más allá del horizonte. Era un viento que fundía paisajes, modelaba los huesos como cera blanda, enturbiaba y espesaba la sangre, depositándola como barro en el cerebro. El viento era mil almas moribundas, siempre confusas y en tránsito, una bruma en una niebla de la oscuridad; y el sitio no era



sitio para el hombre y no había año ni hora, sino sólo dos hombres en un vacío sin rostro de heladas súbitas, tempestades y truenos blancos que se movían por detrás de un cristal verde: el inmenso ventanal descendente, el relámpago. Una ráfaga de lluvia anegó la hierba; todo se desvaneció y no hubo más que un susurro sin aliento y los dos hombres que aguardaban a solas con su propio ardor, en un tiempo frío.

- Mira... -murmuró el primer hombre-. Oh, mira, allá...

A kilómetros de distancia, precipitándose, un cántico y un rugido, el dragón.

Los hombres vistieron las armaduras y montaron los caballos, en silencio. Un monstruoso ronquido quebró la medianoche desierta, y el dragón, rugiendo, se acercó, y se acercó todavía más. La deslumbrante mirada amarilla apareció de pronto en lo alto de un cerro, y en seguida, desplegando un cuerpo oscuro, lejano, impreciso, pasó por encima del cerro y se hundió en un valle.

- ¡Pronto!

Espolearon las cabalgaduras hasta un claro.

- ¡Por aquí pasa!

Los guanteletes empuñaron las lanzas y las viseras cayeron sobre los ojos de los caballeros.

- ¡Señor!

- Sí, invoquemos su nombre.

En ese instante, el dragón rodeó un cerro. El monstruoso ojo ambarino se clavó en los hombres, iluminando las armaduras con destellos y resplandores bermejos. Hubo un terrible alarido quejumbroso, y un ímpetu demoledor, y la bestia prosiguió su carrera.

- ¡Dios misericordioso!

La lanza golpeó bajo el ojo amarillo sin párpado, y el hombre voló por el aire. El dragón se le abalanzó, lo derribó, lo aplastó, y el hombro negro lanzó al otro jinete a unos treinta metros de distancia, contra la pared de una roca. Gimiendo, gimiendo siempre, el dragón pasó, vociferando, todo fuego alrededor y debajo: un sol rosado, amarillo, naranja, con plumones suaves de humo ennegecedor.

- ¿Viste? - gritó una voz -. ¿No te lo había dicho?

- ¡Sí! ¡Sí! ¡Un caballero con armadura! ¡Lo atropellamos!

- ¿Vas a detenerte?

- Me detuve una vez; no encontré nada. No me gusta detenerme en este páramo. Me pone la carne de gallina. No sé qué siento.

- Pero atropellamos algo.

El tren silbó un buen rato; el hombre no se movió. Una ráfaga de humo dividió la niebla.

- Llegaremos a Stokely a horario. Más carbón, ¿eh, Fred?

Un nuevo silbido, que desprendió el rocío del cielo desierto. El tren nocturno, de fuego y furia, entro en un barranco, trepó por una ladera y se perdió a lo lejos sobre la tierra helada, hacia el Norte, desapareciendo para siempre y dejando un humo negro y un vapor que pocos minutos después se disolvieron en el aire quieto.

En Remedio para melancólicos

FIN

## EL ENANO

Aimee observó el cielo, serenamente.

La noche era una de esas noches de verano calurosas e inmóviles. El muelle de cemento estaba desierto; las lámparas eléctricas en hilera, rojas, verdes, amarillas, ardían como insectos en el aire sobre las maderas desnudas. Los encargados de los distintos kioscos de la feria estaban de pie, como muñecos de cera derretida, los ojos ciegamente fijos, sin hablar, todo a lo largo de la calle. Dos clientes habían pasado una hora antes. Esas dos criaturas solitarias estaban ahora en la rueda de la muerte, aullando cuando la rueda bajaba como una sonda en la noche encendida, dando vueltas y vueltas en el vacío.

Aimee cruzó lentamente la playa con unas gastadas anillas de madera pegadas a las manos húmedas. Se detuvo detrás de la casilla de billetes del Laberinto de Espejos. Se vio a sí misma grotescamente desfigurada en tres espejos ondulados fuera del Laberinto. Más allá, en el pasillo, se desvanecían mil fatigadas réplicas de sí misma: imágenes de calor entre tanta clara frescura.

Entró en la casilla y se quedó mirando largo rato el delgado pescuezo de Ralph Baughart. El hombre apretaba un cigarro apagado entre los dientes largos, amarillos e irregulares y extendía unos naipes gastados sobre el estante de la casilla.

Cuando la rueda de la muerte gimió y cayó otra vez en su terrible derrumbe, Aimee pensó que había llegado el momento de hablar.

—¿Qué clase de gente sube a la rueda?

Ralph Baughart mordisqueó el cigarro treinta segundos.

—Gente que quiere morir. Esa rueda es el aparato de muerte más accesible.—Baughart se quedó escuchando los débiles sonidos del rifle en la galería de tiro.— Todo este condenado negocio de la feria es una locura. Por ejemplo, ese enano, ¿lo viste? Todas las noches deja aquí su moneda y entra corriendo en el Laberinto de los Espejos y no para hasta el cuarto de Louies el Retorcido. Hubieras visto allí su cabecita de muñón. ¡Dios mío!

—Oh sí —dijo Aimee recordando—. Me pregunto siempre cómo se sentirá un enano. Me da lástima cada vez que lo veo.

—Podría arrugarlo como un acordeón.

—¡Por favor!

—Dios. —Ralph le palmeó un muslo a Aimee con la mano libre.— Cómo te preocupas por gentes que no conoces. —Meneó la cabeza y rió entre dientes.— El enano y su secreto. Sólo que él no sabe que yo sé, ¿entiendes? ¡Ah, muchacha!

Aimee sacudió nerviosamente los aros de madera que tenía en las manos húmedas.

—Hace calor esta noche.

—No cambies de tema. Vendrá, con lluvia o con sol.

Aimee se apoyó sobre el otro pie.

Ralph la tomó por el codo.

—¡Eh! ¿Estás loca? Quieres ver al enano, ¿no es cierto? ¡Quieta! —Ralph se volvió.— ¡Ahí viene!

La mano del enano, velluda y oscura, apareció como una mano independiente, y alcanzó la ventanilla con la moneda de plata.

—¡Una! —dijo la persona invisible, de aguda voz de niño.

Involuntariamente, Aimee se inclinó hacia adelante.

El enano la miró abriendo los ojos, y pareció como si fuese sólo un hombre feo, de pelo oscuro, ojos oscuros, que había sido metido en una prensa de uva, y estrujado y amasado, apretujado y plegado, agonía sobre agonía, hasta quedar reducido a una masa estropeada y

descolorida, una cara abotagada e informe, una cara que despertará con los ojos muy abiertos a las dos, las tres y las cuatro de la mañana, derrumbada sobre la cama, mientras sólo el cuerpo duerme.

Ralph rompió en dos un billete amarillo.

–¡Una!

El enano, como asustado por una tormenta próxima, se subió las negras solapas de la chaqueta, cubriéndose el cuello, y se alejó rápidamente, balanceándose. Un momento después, diez mil enanos extraviados y errantes se retorcieron en las superficies de los espejos, como frenéticas cucarachas oscuras, y al fin desaparecían.

–¡Deprisa!

Ralph empujó a Aimee a lo largo de un oscuro pasillo detrás de los espejos, palmeándole la espalda, retrocediendo por el túnel hasta un delgado tabique con un orificio.

–Es una maravilla –rió Ralph entre dientes–. Vamos..., mira.

Aimee titubeó, luego acercó la cara al tabique.

–¿Lo ves? –susurró Ralph.

Aimee sintió cómo le golpeaba el corazón. Pasó un minuto. Allí estaba el enano, en medio del cuartillo azul. Tenía los ojos cerrados. Aún no estaba preparado para abrirlos. Ahora, ahora abrió los ojos y miró el espejo alto, y sonrió. Parpadeó, brincó, se puso de perfil, hizo una reverencia y bailó torpemente.

Y el espejo repitió todos los movimientos con un cuerpo alto y delgado, con una enorme mueca y una vasta repetición del baile, que terminó en un gigantesco saludo.

–Todas las noches lo mismo –susurró Ralph en el oído de Aimee–, ¿no es una maravilla?

Aimee volvió la cabeza y miró fijamente a Ralph, un largo rato, y no dijo nada. Luego, como si no pudiera dominarse, movió la cabeza lentamente, muy lentamente, para mirar otra vez por el orificio. Retuvo el aliento. Sintió que se le humedecían los ojos.

Ralph le dio un codazo, susurrando.

–Eh, ¿qué hace el tipejo ahora?

Una hora más tarde bebían café en la casilla de los billetes, sin mirarse, cuando el enano salió de los espejos. Se sacó el sombrero y se acercó a la casilla, pero cuando vio a Aimee se alejó rápidamente.

–Quería algo –dijo Aimee.

–Sí. –Ralph aplastó ociosamente el cigarrillo.– Y sé qué quería. Pero no se atrevió a preguntar. Una noche me dijo con esa voccecita chillona: «Apuesto a que esos espejos son caros». Bueno, me hice el tonto. Dije que sí, que eran caros. El enano me miró como esperando, y yo no abrí la boca y él se fue a su casa, pero a la noche siguiente dijo: «Apuesto a que esos espejos cuestan cincuenta, cien dólares». Apuesto a que sí, dije. Y tendí las cartas para un solitario.

–Ralph –dijo Aimee.

Ralph abrió los ojos.

–¿Por qué me miras de ese modo?

–Ralph, ¿por qué no le vendes uno de tus espejos extra?

–Oye, Aimee, ¿te digo yo cómo tienes que manejar tu galería de anillas?

–¿Cuánto cuestan esos espejos?

–Puedo conseguirlos de segunda mano a treinta y cinco dólares.

–¿Por qué no le dices entonces dónde puede comprarse uno?

–Aimee, no eres inteligente. –Ralph puso una mano en la rodilla de Aimee. La muchacha apartó la rodilla.– Aunque le diga dónde puede ir, ¿crees que se comprará uno? Nunca. ¿Y por qué? Porque es orgulloso. Si supiera que yo lo veo delante del espejo, en el cuarto de Louies, no vendría nunca más. Finge que entra en el Laberinto para divertirse, como los otros. Pretende que no le importa ese cuarto especial. Espera siempre a que los negocios marchen más en la feria, en las últimas horas de la noche, y así tiene el cuarto para él solo. Sabe Dios

con qué se entretiene los días que viene mucha gente. No, señor, no se atreverá a comprarse ningún espejo, en ninguna parte. No tiene amigos, y aunque los tuviera no les pediría que le compraran una cosa como ésa. Orgullo, por Dios, orgullo. Si me lo preguntó a mí es sólo porque no conoce prácticamente a ningún otro. Además, míralo: no tiene bastante para comprarse un espejo. Podría ahorrar, pero hoy no hay mucho sitio para un enano. No hay exceso de demanda, fuera de los circos.

–Me siento mal, me siento triste. –Aimee se quedó mirando la plataforma vacía.– ¿Dónde vive?

–En una trampa para moscas, cerca de los muelles. *Los Brazos del Ganges*. ¿Por qué?

–Estoy sencillamente enamorada de él, ya que lo preguntas.

Ralph mostró los dientes que apretaban el cigarro.

–Tú y tus graciosísimos chistes.

Una noche cálida, una mañana calurosa y un mediodía ardiente. El mar era una lámina de lentejuelas y vidrio fundido.

Aimee llegó caminando por los callejones cerrados de la feria, a orillas del mar tibio, buscando la sombra, llevando bajo el brazo media docena de revistas blanqueadas por el sol. Abrió una puerta descascarada y llamó en la cálida oscuridad.

–¿Ralph? –Fue por el pasillo negro detrás de los espejos, taconeando sobre el piso de madera.–¿Ralph?

Alguien se movió perezosamente en el catre de lona.

–¿Aimee?

Ralph se sentó y enroscó una lámpara débil sobre la mesa de tocador.

Miró a Aimee, entornando los ojos.

–¡Eh! Pareces el gato que se comió al canario.

–Ralph, vine a hablarte del hombrecito.

–Del enano, querida Aimee, del enano. Un hombrecito nace así, pequeño. Un enano es cuestión de glándulas.

–¡Ralph! He descubierto algo maravilloso de ese , hombre.

–Dios santo –dijo Ralph mirándose las manos, abriéndolas como testigos de su propia incredulidad–. ¡Esta mujer! Quién diablos da dos centavos por un horrible...

–¡Ralph! –Aimee mostró las revistas. Le brillaban los ojos.– ¡Es un escritor! ¡Piénsalo!

–Hace demasiado calor para pensar.

Ralph se tendió en el catre y se quedó mirando a Aimee, sonriendo débilmente.

–Pasaba casualmente por *Los Brazos del Ganges* y lo vi al señor Greeley, el gerente. Me contó que en el cuarto del señor Big<sup>1</sup> la máquina suena toda la noche.

Ralph estalló en carcajadas.

–¿Se llama así?

–Escribe cuentos policiales, y eso le alcanza para vivir. Encontré uno de sus cuentos en el kiosco de revistas de segunda mano, ¿y sabes una cosa, Ralph?

–Estoy cansado, Aimee.

–Este hombrecito tiene un alma del tamaño del mundo. ¡No le falta nada en la cabeza!

–¿Por qué no escribe entonces para revistas importantes, eh?

–Quizá porque tiene miedo. Quizá porque no sabe que puede. Ocurre a menudo. La gente no cree en sí misma. Pero apuesto a que si lo intentase podría venderle cuentos a cualquiera.

–¿Cómo no es rico?

–Quizá porque las ideas le vienen despacio, pues anda siempre deprimido. ¿Quién no lo estaría, siendo tan pequeño? Apuesto a que le cuesta dejar de pensar en que es pequeño y vive en una habitación barata.

---

<sup>1</sup> Grande

–¡Diablos! –gruñó Ralph–. Hablas como la abuela de Florence Nightingale.

Aimee abrió la revista.

–Te leeré parte del cuento. Hay tiros y gente dura, pero está contado por un enano. Pienso que los editores no sospecharon que el autor no inventaba. Oh, por favor, no te quedes así, Ralph. Escucha.

Aimee empezó a leer en voz alta.

Soy un enano y soy un asesino. Ambos términos son inseparables. Soy un asesino porque soy un enano.

El hombre a quien yo asesiné acostumbraba detenerme en la calle cuando yo tenía veintiún años, me alzaba en brazos, me besaba la frente, me cantaba una canción de cuna, me llevaba a la carnicería, me ponía en la balanza y gritaba: «¡Mira, pesa menos que tu pulgar, carnicero!».

Ve usted cómo nuestras vidas se encaminaban al crimen. ¡Este idiota, este perseguidor de mi carne y de mi alma!

En cuanto a mi infancia: mis padres eran pequeños, pero no enanos de veras, de ningún modo. Vivíamos en la casa de mi padre, una casa de muñecas, algo asombroso que se parecía a una tarta de bodas coruscante: cuartitos, sillitas, cuadros en miniatura, camafeos, bolitas de ámbar con insectos dentro, todo minúsculo, ¡diminuto!

El mundo de los gigantes estaba lejos; era un rumor desagradable más allá de la pared del jardín. ¡Pobre papá! ¡Pobre mamá! Sólo querían lo mejor para mí. Me guardaban para ellos como un florero de porcelana pequeño y valioso, en ese mundo de hormigas, los cuartos de colmena, la biblioteca microscópica, el país de las puertas de escarabajo y ventanas de polilla. Sólo ahora entiendo la desmesurada psicosis de mis padres. Pensaban quizá que vivirían siempre, conservándome como una mariposa en una caja de vidrio. Pero primero murió mi padre, y luego un incendio devoró la casita, el nido de avispas, y todos los espejos de sellos postales y los armarios de dedal. Mamá también desapareció. Y yo, solo, mirando las brasas que se apagaban, me encontré arrojado a un mundo de monstruos y titanes, preso en el terreno resbaladizo de la verdad, arrastrado, empujado y aplastado al pie de la montaña.

Tardé un año en acostumbrarme. El trabajo en una feria parecía inconcebible. No encontraba sitio para mí en el mundo. Y luego, hace un mes, el Perseguidor entró en mi vida, me calzó un bonete en la cabeza inocente, y les gritó a los amigos: ¡Quiero presentarles a la mujercita!

Aimee dejó de leer. Miró a un lado y a otro. Le temblaba la mano, y le alcanzó a Ralph la revista.

–Termina tú. El resto es una historia policial. Está muy bien. Pero ¿no te das cuenta? Ese hombrecito...

Ralph tiró la revista a un lado y encendió perezosamente un cigarrillo.

–Prefiero las novelas del Oeste.

–Ralph, tienes que leerlo. Necesita que alguien le diga qué bueno es, y lo anime a escribir más.

Ralph miró a la muchacha, ladeando la cabeza.

–¿Y a que no sabes quién se lo dirá? Bueno, bueno. Ahora somos la mano derecha del Salvador.

–¡Cállate!

–Piensa un poco, maldición. Si lo elogias creará que le tienes lástima. Te gritará y te echará del cuarto.

Aimee se sentó y pensó un momento, tratando de ver todas las caras del problema.

–No sé. Quizá tengas razón; oh, pero no es sólo lástima, de veras, Ralph. Aunque quizás a él le parezca eso. Habrá que tener mucho cuidado.

Ralph tomó a la muchacha por el hombro y la sacudió pellizcándola suavemente.

–Diablos, diablos. Déjalo. No te pido más. No sacarás nada en limpio, sólo dificultades. ¡Dios, Aimee, nunca te vi tan terca! Mira, pasemos el día juntos, tú y yo. Almorzamos, compramos gasolina y nos vamos por la costa lo más lejos posible; nadamos, cenamos, vemos algún buen espectáculo en un pueblo cualquiera... Al diablo con la feria. ¿Qué te parece? Todo un día sin preocupaciones. Tengo ahorrados un par de dólares...

–Claro, no puedo olvidar que él es diferente –dijo Aimee mirando la oscuridad–. Es algo que nosotros no seremos nunca, tú y yo, y toda la gente de la costa. Qué gracioso. La vida lo condenó a ser espectáculo de feria, y sin embargo ahí está, pisando tierra firme. Y la vida nos preparó a nosotros para que no tuviésemos que trabajar en las ferias, pero aquí estamos, sin embargo, en un muelle asomado al mar. A veces parece que nos encontramos a un millón de kilómetros de la costa. ¿Cómo se explica, Ralph, que nosotros tengamos los cuerpos y él el cerebro, y que se le ocurran cosas que nunca sospechamos?

–¡No oíste nada de lo que dije! –exclamó Ralph.

Aimee tenía los ojos entornados y retorció las manos sobre el regazo. Alzó la cabeza hacia Ralph que se había puesto de pie, y hablaba como desde muy lejos:

–No me gusta esa expresión astuta que tienes.

Aimee abrió el bolso lentamente, sacó un rollo de billetes y se puso a contar.

–Treinta y cinco, cuarenta. Bien. Llamaré por teléfono a Billie Fine y le pediré que le mande uno de esos espejos altos al señor Bigelow, a *Los Brazos del Ganges*. Sí, lo haré.

–¿Qué dices?

–Piensa qué maravilloso será para él, Ralph, tenerlo en su propio cuarto, y mirarse cuantas veces quiera. ¿Puedo usar tu teléfono?

–Adelante, vuélvete loca.

Ralph se volvió rápidamente y se alejó por el túnel. Una puerta se cerró de golpe.

Aimee esperó; luego, al cabo de un rato, alargó la mano hacia el teléfono y empezó a llamar, con una lentitud dolorosa. Hacía una pausa entre un número y otro, conteniendo el aliento, cerrando los ojos, pensando cómo se sentiría uno siendo pequeño en el mundo, y que luego alguien le enviara a uno un espejo especial. Un espejo para el cuarto donde uno podía ocultarse con la propia imagen luminosa aumentada, y escribir cuentos y cuentos, sin salir al mundo sino cuando era indispensable. Cómo sería estar, sólo entonces, con toda la maravillosa ilusión en el cuarto. ¿Se sentiría uno feliz o triste? ¿Ayudaría eso a escribir, o sería un nuevo impedimento? Sacudió la cabeza hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás. De este modo por lo menos no habría ningún testigo espiando. Noche tras noche, quizá levantándose secretamente a las tres de la fría madrugada, uno podía guiñarse un ojo y bailar y sonreír y saludarse, alto, tan alto, tan hermoso y alto en el espejo brillante.

Una voz en el teléfono dijo:

–Billie Fine.

–¡Oh, Billie! –gritó Aimee.

La noche cayó sobre el muelle. El océano yacía oscuro y ruidoso bajo las tablas. Ralph, frío y de cera en el ataúd de cristal –los ojos fijos y la boca dura–, echaba las cartas. Una pirámide de colillas crecía junto al codo del hombre. Cuando Aimee llegó a la luz caliente de las lámparas rojas y azules, sonriendo, saludando con la mano, Ralph siguió poniendo las cartas en la mesa, muy lentamente.

–¡Hola, Ralph! –dijo Aimee.

–¿Cómo anda ese asunto amoroso? –le preguntó Ralph sorbiendo un vaso sucio de agua helada–. ¿Cómo está Charles Boyer? ¿O es Cary Grant?

–Acabo de comprarme un sombrero nuevo –dijo la joven, sonriendo–. Dios, ¡qué bien me siento! ¿Sabes por qué? ¡Billie Fine le enviará un espejo mañana! ¿No te imaginas ya la carita del hombrecito?

–No tengo mucha imaginación.

–Oh, Dios mío, hablas como si fuera a casarme con él.

–¿Por qué no? Puedes llevarlo a todas partes en una maleta. La gente pregunta: ¿Dónde está tu marido? Y tú abres la valija y gritas: ¡Aquí está!, como si fuera una corneta de plata. Lo sacas del recipiente cuando te dé la gana, tocas una melodía, lo guardas de nuevo y le pones un cajón de arena en el porche de atrás.

–Me sentía tan bien... –dijo Aimee.

–El mundo es benévolo –dijo Ralph apretando la boca, sin mirarla–. Be–né–vo–lo. Supongo que todo esto empezó cuando yo lo espiaba por ese agujero, matándome de risa. ¿Por eso mandaste el espejo? La gente como tú me ronda siempre con músicas devotas, quitándome toda alegría.

–Recuérdame que no te visite nunca más, pidiéndote que me invites a una copa. Prefiero andar sola que mal acompañada.

Ralph emitió un largo suspiro.

–Aimee, Aimee. ¿No entiendes que no puedes ayudarlo? Está chiflado. Y esa ocurrencia disparatada que has tenido es como decirle: Adelante, sigue siendo un chiflado, yo te ayudaré.

–Es bueno equivocarse una vez en la vida, si crees que le haces bien a alguien –dijo Aimee.

–Dios me libre de los que hacen bien, Aimee.

–¡Basta, basta! –gritó Aimee, y en seguida calló.

Ralph guardó silencio unos minutos, y al fin se incorporó apartando el vaso donde había marcas de dedos.

–¿Me atiendes la casilla un rato?

–Claro, ¿por qué?

Aimee vio diez imágenes blancas y frías de Ralph que se alejaban por los pasillos vítreos, entre espejos, imágenes de bocas duras y dedos que se movían nerviosamente.

Se quedó sentada en la casilla un minuto, escuchando el tictac de un reloj, y luego, de pronto, se estremeció. Volvió los naipes cara arriba, uno a uno, esperando. Un martillo golpeaba una y otra vez, lejos, en el interior del Laberinto; un silencio, otra espera, y luego diez mil imágenes que se plegaban y desplegaban y desaparecían.

Ralph paseándose, mirando diez mil imágenes en la casilla. Aimee oyó la risa débil de Ralph que subía por la rampa.

–Bueno, ¿qué te ha puesto de tan buen humor? –preguntó, inquieta.

–Aimee –dijo Ralph descuidadamente–, no nos peleemos. ¿Dijiste que Billie Fine le mandará ese espejo al señor Big?

–No estarás planeando una broma.

–¿Yo? –Ralph sacó a Aimee de la casilla y tomó las cartas, canturreando, con los ojos brillantes.– No yo, oh no, no yo.

No la miró y se puso a barajar los naipes, rápidamente.

Aimee se quedó detrás de Ralph, y sintió un temblor en el párpado derecho. Cruzó y descruzó los brazos. Pasó un minuto. No se oían otros sonidos que el del océano debajo del muelle, la respiración de Ralph, el susurro de las cartas. Había calor en el cielo, y nubes espesas. Lejos, sobre el mar, asomaban los relámpagos.

–Ralph –dijo Aimee al fin.

–Calma, Aimee –dijo Ralph.

–¿Y el paseo que querías hacer por la costa?

–Mañana –dijo Ralph–. Quizás el mes próximo. Quizás el año próximo. El viejo Ralph Baughart tiene mucha paciencia. No estoy preocupado, Aimee, mira. –Extendió una mano.– Estoy tranquilo.

Aimee esperó a que el estruendo de un trueno se apagara sobre el mar.

–No quiero que te enojés, eso es todo. No quiero que pase nada malo, prométemelo.

El viento, ya caliente, ya frío, sopló a lo largo del muelle, trayendo un olor de lluvia. Se oyó el tictac del reloj. Aimee empezó a transpirar pesadamente, mirando cómo los naipes se movían y

movían. A la distancia se oía el ruido de los proyectiles que daban en los blancos y los disparos de las pistolas en la galería.

Y entonces apareció.

Moviéndose como un pato, a lo largo del solitario concurso, bajo las lámparas de insectos, la cara retorcida y oscura, caminando trabajosamente. Avanzó así largo rato, observado por Aimee. La muchacha quería decirle: Es tu última noche, la última vez que sufrirás viniendo aquí, la última vez que Ralph te espiará. Tenía ganas de gritar y reírse y decírselo a Ralph en la cara. Pero calló.

–¡Hola, hola! –gritó Ralph–. ¡Hoy invita la casa! ¡Esta noche, gratis! ¡Función especial para los viejos clientes!

El enano alzó la cabeza, sorprendido, volviendo a un lado y a otro los ojos negros, confuso. Los labios se le movieron formando la palabra gracias, y se fue llevándose una mano al cuello, tironeándose de las solapitas, alzándolas para cubrirse la garganta convulsa y apretando secretamente la moneda con la otra mano. Mirando hacia atrás, asintió con un leve movimiento de cabeza, y en seguida una docena de caras reducidas y torturadas ardieron con un color oscuro y raro a la luz de las lámparas, y erraron por los corredores de vidrio.

–Ralph –Aimee lo tomó por el brazo–. ¿Qué pasa?

Ralph mostró los dientes.

–Estoy siendo benévolo, Aimee. Benévolo.

–Ralph –dijo Aimee.

–Calla –dijo Ralph–. Escucha.

Esperaron dentro de la casilla en el silencio largo y cálido.

Luego, lejos, apagado, un grito.

–¡Ralph! –dijo Aimee.

–¡Escucha! ¡Escucha! –dijo Ralph.

Hubo otro grito, y otro y luego otro, y una sacudida y un golpe y una rotura, y una huida por el laberinto. Allí, allí, chocando y rebotando, de espejo en espejo, chillando histéricamente y sollozando, con lágrimas en la cara, boquiabierto y jadeante, apareció el señor Bigelow. Salió de pronto al aire ardiente de la noche, mirando alrededor desordenadamente, lloriqueó y corrió muelle abajo.

–Ralph, ¿qué ocurrió?

Ralph se sentó riéndose y palmoteándose los muslos. Aimee lo abofeteó.

–¿Qué hiciste?

Ralph reía, ahora entre dientes.

–Vamos. Te mostraré.

Y Aimee entró en el laberinto, y corrió entre los espejos calientes y blancos, mirándose la pintura de los labios, como un ruego rojo que se repetía mil veces en ardientes cavernas de plata, donde mujeres histéricas y raras, muy parecidas a ella misma, seguían a un hombre sonriente y rápido.

–¡Vamos! –gritaba el hombre.

Y los dos llegaron a un cuartito que olía a polvo.

–¡Ralph! –dijo Aimee.

Los dos se detuvieron en el umbral del cuartito donde había estado el enano todas las noches, un año entero. Los dos se detuvieron donde el enano se había detenido todas las noches, antes de abrir los ojos y ver enfrente aquella imagen maravillosa.

Aimee entró lentamente, arrastrando los pies, en el cuartito sombrío.

Habían cambiado el espejo.

En el espejo nuevo la gente normal era pequeña, pequeña, pequeña; incluso la gente alta parecía pequeña y oscura y se encogía cada vez más cuando uno avanzaba, y Aimee se quedó allí pensando y pensando que si la gente grande parecía allí pequeña, Dios, qué le había hecho el espejo a un enano oscuro, a un enano sorprendido y solitario.



Se volvió trastabillando. Ralph la miró.

–Ralph –dijo la muchacha–. Dios, ¿por qué lo hiciste?

–¡Aimee, vuelve!

Aimee escapó entre los espejos, llorando. Las lágrimas le nublaban los ojos y le costó encontrar la puerta, pero al fin salió. Miró parpadeando el muelle desierto, echó a correr en una dirección y luego en otra, y al fin se detuvo. Ralph apareció detrás, hablando, pero era como una voz que venía del otro lado de un muro, tarde, de noche, remota y extranjera.

–No me hables –dijo Aimee.

Alguien llegó corriendo por el muelle. Era el señor Kelly, de la galería de tiro.

–Eh, ¿no vieron a un hombrecito? ¡Acaba de robarme una pistola, cargada, y escapó antes que yo le pusiera la mano encima! ¿No me ayudan a buscarlo?

Y Kelly se fue de prisa, volviendo la cabeza, mirando entre las tiendas de lona, y desapareció bajo las lámparas brillantes, azules, rojas y amarillas.

Aimee se balanceó hacia adelante y hacia atrás y dio un paso.

–Aimee, ¿adonde vas?

Aimee miró a Ralph como si acabaran de doblar una esquina, dos extraños que pasan y chocan.

–Me parece –dijo– que voy a ayudar a buscar.

–No podrás hacer nada.

–Trataré, de todos modos. Oh, Dios, Ralph, todo esto es por mi culpa. ¡No debí telefonearle a Billie Fine! No debí encargarle el espejo, y enojarte tanto como para que hicieras lo que hiciste. No debí ir a la habitación del señor Big, ni comprar esa cosa loca. Voy a encontrarlo, aunque sea lo último que yo pueda hacer en la vida.

Volviéndose lentamente, con las mejillas húmedas, vio los espejos ondulados que se alzaban frente al Laberinto. La imagen de Ralph se reflejaba en un espejo, y Aimee no podía apartar los ojos. Miraba con una desaprensiva y temblorosa fascinación, boquiabierta.

–Aimee, ¿qué ocurre? ¿Qué estás...?

Ralph torció el cuerpo mirando hacia donde miraba Aimee. Se sobresaltó.

Frunció el ceño ante el espejo enceguecedor.

Un hombrecito feo, horrible, de medio metro de alto, de cara pálida y aplastada bajo un viejo sombrero de paja, le devolvió la mirada frunciendo el ceño. Ralph se quedó allí inmóvil, mirándose fijamente, furioso, las manos caídas a los costados.

Aimee caminó lentamente, y luego apresuró el paso, y luego echó a correr. Corrió por el muelle desierto. El viento caliente sopló, echándole encima gotas de lluvia cálida, continuamente, mientras ella corría.

**FIN**

## EL GRAN JUEGO BLANCO Y NEGRO

La gente cubrió las graderías detrás de los alambres, esperando. Nosotros, los chicos, salimos chorreando del lago, corrimos entre las casas blancas, chillando, y nos sentamos en las gradas, dejando marcas húmedas. El sol cálido caía entre los altos robles alrededor del campo de baseball. Nuestros padres y madres, con pantalones de golf o ligeros vestidos de verano, nos riñeron y nos ordenaron que nos quedásemos quietos.

Miramos expectantes hacia el hotel y la puerta trasera de la gran cocina. Unas pocas mujeres de color empezaron a cruzar el campo moteado de sombras, y diez minutos más tarde, en las lejanas graderías de la izquierda, bullía el color de las caras y brazos recién lavados. Luego de todos estos años, cada vez que recuerdo ese día, puedo oír los sonidos que hacía aquella gente. En el aire cálido, aquel sonido, cada vez que hablaban, era como un suave movimiento de arrullos de paloma.

Todos se agitaron divertidos, y estallaron risas en las gradas de la derecha, que se elevaron en el claro azul del cielo de Wisconsin. La puerta de la cocina se abrió de par en par y salieron corriendo los grandes y pequeños, oscuros y ruidosos mozos negros de uniforme, porteros, guardias de ómnibus, marineros, cocineros, lavacopas, jardineros y cuidadores de campos de golf. Se acercaron haciendo cabriolas, mostrando los finos y blancos dientes, orgullosos de sus nuevos uniformes de rayas rojas, alzando y bajando los zapatos brillantes sobre la hierba verde mientras pasaban ante las graderías y se internaban con perezosa rapidez en el campo, llamando a todos y todo.

Nosotros los chicos chillamos. ¡Allí estaban Long Johnson, el hombre que cortaba el césped, y Cavanaugh, el hombre de la droguería, y Shorty Smith y Pete Brown y Jifi Miller!

¡Y allí estaba Big Poe! ¡Nosotros los chicos gritamos, aplaudimos!

Big Poe era el hombre que estaba tan alto junto a la máquina de copos de maíz todas las noches, en el pabellón de baile de un millón de dólares, más allá del hotel a orillas del lago. Todas las noches yo le compraba maíz a Big Poe y él me echaba montones de crema.

Pateé y aullé.

—¡Big Poe! ¡Big Poe!

Y Big Poe me miró y estiró los labios para mostrar los dientes, y me saludó con la mano, y lanzó una carcajada.

Y mamá miró a la derecha, a la izquierda, y detrás de nosotros con ojos preocupados y me golpeó el codo.

—Chist —dijo—. Chist.

—Bueno, bueno —dijo la señora que estaba junto a mi madre abanicándose con un periódico doblado—. Qué día para los sirvientes de color, ¿eh? La mejor época del año. Se pasan el verano esperando el gran juego Blanco y Negro. Pero esto no es nada. ¿Ha visto usted la fiesta del cake-walk?

—Tenemos entradas —dijo mamá—. Para esta noche en el pabellón. Nos costaron un dólar cada una. Me parecieron bastante caras.

—Pero yo siempre dije —afirmó la mujer— que una debe gastar una vez al año. Y vale la pena verlos bailar. Tienen naturalmente...

—Ritmo —dijo mamá.

—Esa es la palabra —dijo la señora—. Ritmo. Eso tienen. Bueno, si viera usted a las camareras de color en el hotel. Han estado comprando sedas en la gran tienda de Madison desde hace un mes. Y se han pasado todos los minutos libres cosiendo y riéndose. Y he visto algunas de las plumas que compraron para los sombreros. De color vino y mostaza y azules y violetas. Oh, ¡será un espectáculo!

—Han estado aireando sus chaquetas de smoking —dijo—. ¡Las he visto colgadas de alambres detrás del hotel toda la semana!

—Mire cómo hacen cabriolas —dijo mamá—. Parece que pensasen que van a ganarles a nuestros hombres.

Los hombres de color corrían hacia arriba y hacia abajo y gritaban con sus voces altas y aflautadas y sus voces graves, perezosas e interminables. En el centro del campo uno podía ver el relampagueo de sus dientes, los desnudos brazos levantados que se balanceaban y golpeaban los costados del cuerpo, mientras saltaban y corrían como conejos, exuberantes.

Big Poe tomó un doble puñado de palos, se los llevó a su gran hombro de toro, y echó a caminar con la cabeza hacia atrás, la boca abierta en una amplia sonrisa, moviendo la lengua cantando:

—... para bailar me sacaré los zapatos, cuando toquen los Jelly Roll Blues; mañana a la noche en el baile de la ciudad oscura...

Big Poe subía y bajaba las rodillas, moviendo los palos como bastones musicales. Una ola de aplausos y risas suaves vino de las graderías de la izquierda, donde todas las rizadas jóvenes de color, de brillantes ojos castaños, esperaban alegres y anhelantes. Se movían rápidamente, de un modo gracioso y blando. Se reían como pájaros tímidos; saludaban a Big Poe agitando las manos y una de ellas gritó con una voz aguda:

—¡Oh, Big Poe! ¡Oh, Big Poe!

La sección blanca se unió cortésmente al aplauso cuando Big Poe terminó su baile.

—¡Eh, Poe! —aullé otra vez.

—¡Cállate, Douglas! —me dijo mamá.

Ahora los hombres blancos aparecían corriendo entre los árboles con sus uniformes puestos. Hubo un estruendo de aplausos y gritos en nuestras graderías y mucha gente se puso de pie. Los hombres blancos corrieron por el campo verde como relámpagos blancos.

—¡Oh, allá está el tío George! —dijo mamá—. ¿No tiene un magnífico aspecto?

Y allá estaba mi tío George, corriendo y tropezando, con un equipo que no le caía muy bien pues tío es barrigón, y tiene unos carrillos que le cuelgan siempre sobre el cuello de la camisa. Corría tratando de respirar y sonreír al mismo tiempo, levantando sus rollizas piernecitas.

—Qué bien están todos —se entusiasmó mamá.

Desde las graderías, yo observaba sus movimientos. Mamá estaba sentada a mi lado, y pienso que comparaba y pensaba también, y lo que veía la asombraba y desconcertaba. Con que facilidad había venido corriendo la gente oscura, como esos antílopes y ciervos que se mueven lentamente en las películas de África, como criaturas de un sueño. Habían llegado como brillantes animales de un hermoso color castaño, animales que ignoraban que estaban vivos, pero vivían. Y cuando corrían extendiendo sus graciosas piernas, perezosas e intemporales, seguidas por los grandes brazos abiertos y los dedos flojos, y sonreían en el viento, sus caras no decían "¡Mírenme correr! ¡Mírenme correr!" No de ningún modo. Sus caras decían soñadoramente: "Señor, pero qué agradable es correr. ¿Ven cómo el suelo se desliza suavemente bajo mis pies? Dios, qué bien me siento. Los músculos se me mueven como aceite en los huesos, y no hay mayor placer en el mundo que el de correr". Y corrían. No había otro propósito en sus carreras que la alegría y la vida.

Los hombres blancos corrían trabajando, como trabajaban en todas las cosas. Uno se sentía turbado al verlos, pues estaban demasiado vivos en un sentido equivocado. A los negros no les importaba si uno le observaba o no; vivían, se movían. Jugaban con tanta seguridad que no pensaban en ninguna otra cosa.

—Sí, nuestros hombres están tan bien —dijo mi madre, repitiéndose a sí misma bastante desanimada mente.

Había mirado, había comparado los equipos. Había advertido en su interior que fácilmente se movían los hombres de color en sus uniformes, y qué tensamente nerviosamente, estaban embutidos, apretados y estrujados los hombres blancos en sus trajes. Creo que la tensión empezó entonces. Creo que todos advirtieron qué ocurría. Vieron cómo los hombres blancos parecían senadores en traje de verano. Y admiraron el gracioso descuido de los hombres oscuros. Y, como ocurre siempre en estos casos, la admiración se transformó en envidia, celos, irritación. Las conversaciones cambiaron.

—Ese es mi marido, Tom. ¿Por qué no levanta los pies? Está ahí y no se mueve.

—No te preocupes, no te preocupes. ¡Ya lo verás cuando llegue el momento!

—Eso digo yo. Mire a mi Henry, por ejemplo. Henry no se moverá continuamente, pero cuando estalla una crisis... ya lo verá usted. Oh... me gustaría que saludara con la mano por lo menos. ¡Eh, eh! ¡Hola, Henry!

—¡Miren cómo juega ese Jimmie Cosner! Miré. Un hombre blanco, de mediana estatura, pecoso y pelirrojo, estaba haciendo payasadas en el campo. Sostenía un palo en equilibrio sobre la frente. Se oyeron risas en las graderías blancas. Pero se parecían a esas risas que se le escapan a uno cuando uno se siente turbado por alguien.

El árbitro ordenó comenzar el juego.

Se echó una moneda. Los negros golpearían primero.

—Maldita sea —dijo mi madre.

Los hombres de color corrieron felices por el campo.

Big Poe fue el primero en golpear. Yo grité entusiasmado. Big Poe tomó el palo en una mano como un mondadientes y caminó ociosamente hasta su puesto y se puso el palo al hombro, sonriendo a lo largo de la pulida superficie de la madera a las gradas donde estaban las mujeres de color con sus claros

vestidos floreados, moviendo las piernas que colgaban entre las filas de asientos como tostadas barras de jengibre, y los cabellos que les caían en rizos sobre las orejas. Big Poe miraba especialmente la forma pequeña y delicada como un hueso de pollo de su amiga Katherine. Katherine era la que hacía las camas en el hotel y los pabellones a la mañana, la que golpeaba la puerta como un pájaro y preguntaba cortésmente si uno había acabado de soñar, pues si así había sido, ella se llevaría todas las viejas pesadillas y traería otras nuevas... Por favor, úselas una por vez, gracias. Big Poe sacudía la cabeza mirándola, como si no pudiese creer que ella estaba allí. Luego se volvió, con una mano balanceando el palo y la izquierda colgando flojamente para aguardar los tiros de prueba. Las pelotas pasaron siseando, se metieron en la boca abierta del catcher, y fueron devueltas. El árbitro lanzó un gruñido. El próximo tiro iniciaría el juego.

Big Poe dejó que la primera pelota pasara a su lado.

—¡Strike! —anunció el árbitro.

Big Poe les guiñó el ojo a la gente blanca. ¡Bum!

—¡Strike! —gritó el árbitro.

La pelota vino por tercera vez.

De pronto, Big Poe fue una máquina lubricada que piraba sobre un eje, la mano que colgaba se alzó y tomó el palo por el mango, el palo giró, y se encontró con la pelota. ¡Juac! La pelota subió hacia el cielo, más allá de la línea ondulante de los robles, hacia el lago, donde un velero blanco se deslizaba silenciosamente. ¡La multitud aulló, y yo con más fuerza! Allí fue el tío George, corriendo sobre sus piernas rollizas, con medias de lana, empequeñeciéndose a lo lejos.

Big Poe se quedó un momento mirando cómo se alejaba la pelota. Luego echó a correr. Dio la vuelta al campo saltando, y de regreso a su puesto saludó a las muchachas de color natural y felizmente con una mano, y ellas lo saludaron, chillando, desde sus asientos.

—Son gente muy desconsiderada —dijo mi madre. —Pero así es el juego —dije—. Han tenido sólo dos outs.

—Pero los tantos son siete a cero —protestó mi madre.

—Bueno, espere a que tiren nuestros hombres —dijo la señora junto a mi madre, apartando una mosca con una mano de pálidas venas azules—. Esos negros son demasiado pesados.

—¡Strike! —dijo el árbitro mientras Big Poe blandía el palo.

—Toda la semana pasada en el hotel —dijo la señora junto a mi madre, mirando fijamente a Big Poe— el servicio ha sido simplemente terrible. Las doncellas no hablaban más que del baile, y cuando una quería un poco de agua helada tardaban media hora en traerla. Se pasaban el día cosiendo.

—¡Primera pelota! —dijo el árbitro. La mujer se agitó inquieta.

—Espero que esta semana termine pronto —dijo.

—¡Segunda pelota! —dijo el árbitro.

—¿Pero qué piensan? —preguntó mi madre—. ¿Están locos?

—Y a la mujer que estaba a su lado—: Así es. Estuvieron raros toda la semana. Anoche tuve que pedirle dos veces a Big Poe que me pusiera más crema en mi maíz. Creo que quería ahorrar dinero o algo parecido.

—¡Tercera pelota! —gritó el árbitro.

La mujer junto a mi madre gritó de pronto y se abanicó furiosamente con el periódico.

—Bueno, se me acaba de ocurrir. ¿No sería terrible que ganaran ellos? Son capaces, ¿sabe usted? Son capaces.

Mi madre miró el lago, los árboles y luego se miró las manos.

—No sé por qué había de intervenir el tío George. Está haciendo el tonto. Douglas, ve a decirle a George que abandone ahora mismo. Es malo para su corazón.

—¡Afuera! —le gritó el árbitro a Big Poe.

—Ah —suspiraron las graderías.

Big Poe dejó caer su palo suavemente y caminó a lo largo de la línea del cuadrilátero. Los hombres blancos parecían irritados, con las caras rojas y grandes, islas de sudor bajo las axilas. Big Poe me miró. Le guiñé el ojo. El me devolvió el guiño. Comprendí entonces que no había sido tan torpe.

Long Johnson iba a tirar ahora por el equipo de color.

Se acercó balanceándose a la pelota, moviendo los dedos para desentumecerlos.

El primer hombre blanco que iba a golpear era uno llamado Kodimer, que vendía trajes en Chicago todo el año.

Long Johnson tiró sobre el campo con una fácil y regulada precisión.

El señor Kodimer giró sobre sí mismo. El señor Kodimer guadañó el aire. Al fin el señor Kodimer arrojó la pelota a la tercera línea.

—Afuera, a la tercera base —dijo el árbitro, un irlandés llamado Mahoney.

El segundo hombre fue un joven sueco llamado Moberg. La pelota se elevó y bajó en el centro del campo donde la tomó un negro rollizo que no parecía gordo porque corría como una lisa y redonda bola de mercurio.

El tercer hombre fue un camionero de Milwaukee. Lanzó rectamente la pelota al centro del campo. Un buen golpe. Pero trató de superarse a sí mismo. Cuando llegó a la segunda base allí estaba Emancipated Smith con una bola blanca en su oscura, oscura mano, esperando.

Mi madre se echó hacia atrás en su asiento, resoplando.

—Bueno, ¡nunca lo hubiese creído!

—Está haciendo calor —dijo la señora vecina—. Me parece que daré un paseo por el lago. Hace demasiado calor para estarse sentada y mirar un juego tonto. ¿No me acompañaría, señora?

El juego siguió así durante seis turnos.

Los tantos eran once a cero, y Big Poe había salido tres veces a propósito. En la última mitad del quinto Jimmie Cosner fue a golpear por nuestro bando otra vez. Había estado ensayando toda la tarde, haciendo payasadas, dando directivas, diciéndole a todos a donde iba a disparar aquella píldora una vez que pudiese alcanzarla. Cruzó el campo ahora, confiado y con una voz de corneta. Llevaba seis palos en sus manitas, y los examinaba críticamente con sus brillantes ojitos verdes. Eligió uno, dejó caer los otros, corrió a su puesto, arrancando islitas de hierba verde con sus zapatos claveteados. Se echó hacia atrás la gorra sobre el polvoriento pelo rojo.

—¡Miren esto! —les gritó a las mujeres—. ¡Miren qué lección les doy a los oscuros! ¡Ya-ja!

Long Johnson movió el brazo como una lenta serpentina. Parecía una serpiente en la rama de un árbol, que se desenredaba y se lanzaba bruscamente hacia uno. La mano de Johnson se extendió de pronto, abierta, como colmillos negros, vacía. Y la píldora blanca cruzó el campo con el sonido de una navaja.

—¡Strike!

Jimmie Cosner dejó caer su palo y miró fijamente al árbitro. Durante un rato no dijo nada. Luego escupió deliberadamente cerca del pie del catcher, recogió otra vez el amarillo palo de arce, y lo balanceó de modo que el sol lo envolvió en un nervioso halo. Al fin se lo puso en el hombro delgado, abriendo y cerrando la boca sobre los dientes manchados de nicotina.

¡Clap! sonó el guante del catcher.

Cosner se volvió, abriendo los ojos.

El catcher, como un mago negro, con brillantes dientes blancos, abrió el aceitado guante. Allí como el capullo de una flor blanca, estaba la pelota.

—¡Strike dos! —dijo el árbitro, lejos, al sol.

Jimmie Cosner dejó el palo en la hierba y se llevó las pecosas manos a las caderas.

—¿Quiere decirme que eso fue un tiro?

—Eso dije —asintió el árbitro—. Recoja el palo.

—Para dárselo por la cabeza —dijo Cosner bruscamente.

—¡Juegue o salga del campo!

Jimmie Cosner movió la boca como para juntar bastante saliva, la tragó enojado, y lanzó un amargo juramento. Inclinandose, alzó el palo y se lo llevó al hombro como un mosquete.

¡Y allí venía la pelota! Había nacido pequeña y ahora crecía hacia él. ¡Bam! Una explosión del palo amarillo. La pelota subió y subió en una espiral. Jimmie corrió hacia la primera base. La pelota hizo una pausa, como si estuviese pensando en la gravedad, allá arriba, en el cielo. Una ola se alzó y rompió en la costa del lago. La multitud aullaba. Jimmie corría. La pelota se decidió al fin y bajó. Un hombre alto y delgado la recibió torpemente. La pelota resbaló a la hierba, fue recogida otra vez, y llevada rápidamente a la primera base.

Jimmie vio que iba a salir. Así que saltó con los pies adelante hacia la base.

Todos vieron cómo sus zapatos claveteados golpeaban el tobillo de Big Poe. Todos vieron la sangre roja. Todos oyeron el grito, el chillido, y vieron las pesadas nubes de polvo.

—¡No salí! —protestó Jimmie dos minutos más tarde.

Big Poe estaba sentado en el suelo. El médico se inclinó, probó el tobillo de Big Poe, diciendo —Mmm— y —No me gusta—, y echó en la herida una medicina y envolvió el tobillo en una venda.

El árbitro miró a Cosner.

—¡Fuera del campo!

—¡Váyase al diablo! —dijo Cosner. Y se quedó allí, en la primera base, sacando y metiendo los carrillos, brincando a los lados las manos pecosas—. No me sacó. ¡No me moveré de aquí! ¡A mí no me va a sacar ningún negro!

—No —dijo el árbitro—. Lo va a sacar un blanco. Yo. ¡Arnera!

—¡Dejó caer la pelota! ¡Hubo infracción! ¡No me sacó!

El árbitro y Cosner se miraron con furia.

Big Poe alzó los ojos desde el suelo donde estaban curándole el tobillo. Habló con una voz suave y grave observando serenamente a Cosner.

—Sí, no lo saqué, señor árbitro. Déjelo. No lo saqué.

Yo estaba allí. Lo oí todo. Yo y otros chicos habíamos corrido al campo para ver. Mi madre me gritaba que volviese a las graderías.

—Sí, no lo saqué —dijo otra vez Big Poe.

Todos los hombres de color gritaron.

—¿Qué te pasa, muchacho negro? ¿Te golpeaste la cabeza?

—Ya me oyeron —replicó Big Poe en voz baja, y mirando al doctor que le vendaba el tobillo—. No lo saqué. Déjenlo.

El árbitro lanzó un juramento.

—Muy bien, muy bien, ¡que se quede!

El árbitro se alejó por el campo, muy tieso, con el cuello rojo.

Ayudaron a levantarse a Big Poe.

—Mejor que no apoye el pie —previno el doctor.

—Puedo caminar —murmuró Big Poe.

—Mejor que no juegue.

—Puedo jugar —dijo Big Poe suavemente, sacudiendo la cabeza. Unas vetas húmedas se le secaban bajo los ojos blancos—. Jugaré bien. —No miraba a ninguna parte—. Jugaré bien.

—Oh —dijo el hombre de color de la segunda base, con una voz rara.

Todos los negros se miraron unos a otros, miraron a Big Poe, luego a Jimmie Cosner, el cielo, el lago, la multitud. Regresaron lentamente a sus puestos. Big Poe apenas tocaba el suelo con su pie lastimado, balanceándose. El doctor le dijo algo. Pero Big Poe lo despidió con un ademán.

El árbitro llamó al bateador.

Nos instalamos otra vez en las graderías. Mi madre me pellizó la pierna y me preguntó por qué no podía quedarme quieto. Hacía cada vez más calor. En la costa del lago rompieron tres o cuatro olas más. Detrás del alambrado las señoras se abanicaban las caras húmedas y los hombres corrieron sus traseros hacia adelante en las tablas y sostuvieron unos periódicos sobre los ojos ceñudos para mirar a Big Poe que se alzaba como un pino gigantesco en la primera base, y a Jimmie Cosner a la inmensa sombra de aquel árbol oscuro.

El joven Moberg se acercó a batear por nuestro equipo.

Se oyó un grito, un grito solitario, como de un pájaro sediento, que se elevó sobre la hierba resplandeciente.

—¡Vamos, sueco, vamos, sueco!

Era Jimmie Cosner quien llamaba. Las graderías le clavaron los ojos. Las cabezas oscuras giraron sobre sus húmedos pivotes; las caras negras se volvieron hacia él, mirándolo, observando su delgada espalda, nerviosamente arqueada.

—¡Vamos, sueco! ¡Démosles una lección a los muchachos negros! —rió Cosner.

La voz de Cosner murió arrastrándose. Hubo un completo silencio. Sólo se oyó el ruido del viento entre los altos y brillantes árboles.

—Vamos, sueco, hazles tragar la vieja píldora.

Long Johnson que iba a tirar la pelota inclinó la cabeza. Lentamente, deliberadamente, observó a Cosner. Cruzó luego una mirada con Big Poe, y Jimmie Cosner vio la mirada y calló, tragando saliva.

Long Johnson no se apresuró a tirar.

Cosner esperaba.

Long Johnson preparaba el tiro.

Jimmie Cosner retrocedió hasta el almohadón, se besó la mano, y golpeó con ella suavemente el centro del almohadón. Luego alzó los ojos y miró alrededor sonriendo.

Long Johnson dobló y alzó un largo brazo articulado, curvó unos amantes y oscuros dedos sobre la pelota de cuero, echó el brazo hacia atrás y... Cosner bailó en la primera base, saltando hacia arriba y abajo como un mono. Long Johnson no lo miraba. Sus ojos apuntaban secretamente, tímidos y divertidos

a un lado. En seguida, sacudiendo la cabeza, asustó a Cosner que retrocedió hasta el almohadón. Cosner esperó allí con una mirada burlona.

La tercera vez que Johnson fue a tirar, Cosner había salido ya del almohadón y corría hacia la segunda base.

La mano de Johnson se lanzó hacia delante. Bum golpeó la pelota en el guante de Poe en la primera base.

Todo pareció inmóvil. Durante un segundo.

El sol en el cielo, el lago y sus botes, las gradas, la mano de Johnson en el aire luego de haber tirado, la pelota, Big Poe con la pelota en su poderosa mano negra, los jugadores que miraban agachados la escena. Y lo único móvil en todo aquel mundo de verano era Jimmie Cosner que corría, levantando polvo.

Big Poe se inclinó hacia adelante, apuntó a la segunda base, echó hacia atrás la poderosa mano derecha, y arrojó la blanca pelota rectamente a lo largo de la línea hasta que alcanzó la cabeza de Jimmie Cosner.

Inmediatamente, se rompió el hechizo.

Jimmie Cosner estaba tendido en la hierba. La gente bullía en las gradas. Se oían juramentos, y gritos de mujeres, y un ruido de maderas mientras los hombres bajaban corriendo por las tablas de las graderías. El equipo de color desapareció del campo, Jimmie Cosner se quedó allí, tendido. Big Poe, con una cara inexpresiva, dejó lentamente la escena apartando hombres blancos como broches de ropa cuando trataban de detenerlo. Los alzaba simplemente y los tiraba lejos.

—¡Vamos, Douglas! —chilló mamá, agarrándome el brazo—. ¡Vamos a casa! ¡Pueden tener navajas! ¡Oh!

Aquella noche, luego del tumulto de la tarde, mis padres se quedaron en casa leyendo revistas. Todas las casas de alrededor estaban iluminadas. Nadie había salido. A lo lejos se oía música. Me deslicé por la puerta trasera, internándome en la madura oscuridad del verano, y corrí hacia el pabellón de baile. Todas las luces estaban encendidas, y tocaba la música.

Pero no había gente blanca a las mesas. Nadie había venido al baile.

Sólo había gente de color. Mujeres con elegantes vestidos de seda rojos y azules y medias nuevas y guantes blancos, con sombreros adornados de plumas moradas, y hombres de chaquetas brillantes. La música estallaba afuera, arriba, abajo, alrededor del salón. Y riendo y echando las piernas al aire estaban Long Johnson y Cavanaugh y Jiff Miller y Pete Brown, y, cojeando, Big Poe, con Katherine, su amiga, y todos los otros cortadores de césped y barqueros y porteros y camareras, todos en la pista y a la vez.

Había tanta oscuridad alrededor del pabellón; las estrellas brillaban en el cielo negro, y yo estaba afuera, con la nariz aplastada contra los vidrios, mirando mucho, mucho tiempo, silenciosamente.

Me fui a la cama sin decirle a nadie lo que había visto.

Me acosté simplemente en la oscuridad oliendo las manzanas maduras y oyendo el lago, y escuchando la música maravillosa, débil y distante. Poco antes dormirme escuché otra vez aquellas líneas:

—... para bailar me sacaré los zapatos, cuando toquen los Jelly Roll Blues, mañana a la noche en el baile de la ciudad oscura.

FIN

## EL LAGO

Un cielo a mi medida arrojado sobre el lago Michigan; sobre la arena amarilla, algunos críos gritones botando pelotas; una o dos gaviotas, una madre critica y yo huyendo de una ola y encontrando este mundo nublado y húmedo.

Subí corriendo por la playa.

Mamá me frotó con una esponjosa toalla.

-Quédate aquí y sécate -dijo.

Me quedé allí y observé cómo el sol evaporaba las gotas de agua de mis brazos. Las sustituí por carne de gallina.

-Hace viento -dijo mamá-. Ponte el jersey.

-Espera que vea mi carne de gallina -dije.

-Harold --dijo mamá.

Me embuté en el jersey y contemplé alzarse y caer las olas sobre la playa. Pero no desmañadamente, sino adrede, con una especie de verde elegancia. Ni siquiera un hombre borracho podría derrumbarse con la misma elegancia que aquellas olas.

Eran los últimos días de septiembre, cuando las olas se vuelven tristes sin ninguna razón. Con sólo seis personas en ella, la playa aparecía demasiado larga y solitaria. Los críos habían dejado de botar la pelota Porque también el viento les ponía tristes, silbando como silbaba, y permanecían sentados, sintiendo avanzar el otoño por la larga playa.

Todos los puestos de perritos calientes estaban cerrados con maderas doradas, clausurando los olores a mostaza, a cebolla y a carne, del largo y alegre verano. Era como clavetear el verano dentro de una hilera de féretros. Uno tras otro, los puestos bajaron sus toldos, cerraron con candados sus puertas, y el viento llegó y barrió la arena, borrando los millones de huellas de pisadas de julio y agosto. Así era en septiembre, no quedaba nada más que la señal de mis zapatillas de tenis, de goma, y los pies de Donald y Delaus Schabold y su padre bajaron por la curva del agua.

Cortinas de arena soplaban sobre las aceras, y el tiovivo estaba tapado con lonas, con todos los caballos paralizados entre el cielo y la tierra en sus barras de latón, mostrando los dientes, galopando. Con sólo la música del viento deslizándose a través de la lona.

Yo estaba allí. Todos los demás estaban en la escuela. Yo no. Mañana estaría de camino hacia el oeste, atravesando en un tren los Estados Unidos. Mamá y yo habíamos llegado a la playa para pasar un último y breve momento.

Había algo en la soledad que me hizo desear alejarme.

-Mamá, quiero correr por la playa.

-De acuerdo, pero date prisa en volver, y no te acerques al agua.

Corrí. La arena giraba bajo mis pasos y el viento me levantaba. Ya se sabe cómo es eso al correr, los brazos extendidos mientras se siente como velas entre los dedos, causadas por el viento. Como alas.

Mamá apartada en la distancia, sentada. Pronto no fue más que una mota oscura y yo me encontraba completamente solo. Permanecer solo es una novedad para un niño de doce años. Está acostumbrado a verse siempre rodeado de gente. El único modo de estar solo está en su mente. Por eso es por lo que los niños se imaginan cosas tan fantásticas. Hay tantas personas a su alrededor, diciéndoles lo que tienen que hacer y cómo, que los niños tienen necesidad de



escaparse a correr por aunque sólo sea en su mente, para encontrarse en su propio mundo con sus propios valores diminutos.

De manera que yo estaba realmente solo.

Me metí en el agua y sentí el frío en el vientre. Antes, con la multitud, no me había atrevido a mirar. Pero ahora... un hombre serrado por la mitad. Un mago. El agua es así. Se siente como si uno estuviera serrado por la mitad, y que una parte se disuelve como si fuera azúcar. Agua fría, y de vez en cuando una ola que rompe elegantemente, con una ostentación de encajes.

Pronuncié su nombre. La llamé una docena de veces:

-¡Tally! ¡Tally! ¡Oh, Tally!

Es curioso, pero uno espera respuestas a sus llamadas cuando es joven. Uno siente que lo que piensa tiene que ser real. Y, a veces, quizá eso no es tan erróneo. Pensé en Tally, nadando en el agua en el pasado mayo, con sus trenzas colgando, rubia. Se fue riéndose, y el sol caía sobre sus pequeños hombros de doce años. Pensé en el agua que permanecía quieta, en el bañero saltando al agua, en la madre de Tally gritando, y en que Tally nunca salió...

El bañero intentó convencer a Tally de que saliera, pero no salió. El bañero regresó con sólo hebras de entre sus grandes dedos huesudos, y Tally desapareció. Ya no se sentaría más frente a mí en la escuela, ni perseguiría la pelota en las losas de la calle las noches de verano. Se había internado demasiado y el lago no le permitiría regresar.

Y ahora, en el solitario otoño, cuando el cielo era enorme y el agua era enorme y la playa tan larga, yo habla bajado por última vez, solo.

Grité su nombre una y otra vez.

-¡Tally! ¡Oh, Tally!

El viento soplaba suavemente en mis oídos, como sopla en la boca de las conchas marinas, haciéndoles murmurar. El agua subió y se abrazó a mi pecho y luego a mis rodillas, y subió y bajó, absorbiendo la arena bajo mis talones.

-¡Tally! ¡Oh, Tally, vuelve!

Yo sólo tenía doce años. Pero sabía lo mucho que amaba a Tally. Era ese amor anterior a todo significado del cuerpo y de la moral. Era ese amor que estaba hecho de todos los días calurosos pasados en la playa y de los tranquilos días en la escuela. Todos los largos días de otoño de los pasados años, cuando yo le llevaba los libros a casa desde la escuela.

-¡Tally!

Grité su nombre por última vez. Tirité. Sentí el agua en la cara y no supe cómo había llegado allí. Las olas no habían subido a esa altura.

Volviéndome, me retiré a la arena y me quedé allí durante media hora, esperando un destello, una señal, un pequeño indicio que me recordara a Tally. Luego, como una especie de símbolo, me arrodillé e hice un castillo de arena, hermoso y alto, como los que Tally y yo habíamos hecho tantas veces. Pero esta vez sólo hice la mitad. Luego me levanté.

-Tally, si me oyes, ven y haz tú lo que falta.

Empecé a caminar hacia la lejana mota que era mamá. El agua avanzó en círculos sucesivos y se mezcló con la arena del castillo, desmoronándolo poco a poco en la uniformidad original.

No pude evitar pensar que no hay castillos que uno edifique en la vida que alguna ola no desmorone.

Subí silenciosamente por la playa.

Un tiovivo, a lo lejos, cascabeleaba débilmente, pero era sólo el viento.

Salí en el tren al día siguiente.

Atravesamos los campos de trigo de Illinois. El tren tiene escasa memoria. Pronto lo deja todo atrás. Olvida los ríos de la niñez, los puentes, los lagos, los valles, las casas de campo, los dolores y alegrías. Los va esparciendo detrás y se hunden en el horizonte.

Mis huesos se alargaron y se cubrieron de carne; mi mente se cambió en otra más vieja; me despojé de la ya no era apropiada; cambié la escuela primaria por el instituto, y los libros del colegio por los libros de Derecho. Y entonces hubo una joven en Sacramento y hubo palabras y besos. Fué con mis estudios de Derecho.

Continué con mis estudios de Derecho. Tenía a la sazón veintidós años y casi había olvidado cómo era el Este.

Margaret sugirió que nuestro aplazado viaje de luna de miel fuera en esa dirección.

El tren actúa en dos sentidos, como la memoria. Devuelve rápidamente todas aquellas cosas que uno dejó atrás hace muchos años.

Lake Bluff, una ciudad de diez mil habitantes, surgió perfilada contra el cielo. Margaret estaba encantadora con su precioso vestido nuevo. Se dedicó a observarme al tiempo que yo miraba mi viejo mundo. Sus fuertes y blancas manos sujetaron las mías mientras el tren se deslizaba en la estación de Bluff y sacaban nuestro equipaje.

¡Hay que ver lo que cambian los años los rostros y cuerpos de las personas! Cuando paseamos por la ciudad, cogidos del brazo, no reconocí a nadie. Había rostros que traían recuerdos. Recuerdos de excursiones por barrancos. Rostros con pequeñas risas, procedentes de escuelas primarias ya cerradas, y columpiándose en balancines, y subiendo y bajando en subibajas. Pero no hablé. Me limité a pasear y mirar y llenarme de aquellos recuerdos, como hojas amontonadas en otoño para ser quemadas.

Pasamos allí días felices. Dos semanas en total, volviendo a visitar juntos todos los lugares. Pensé que amaba mucho a Margaret. Por lo menos pensé que la amaba.

Era uno de los últimos días y habíamos bajado a pasear por la costa. El año no estaba tan avanzado como aquel de hacía muchos años, pero en la playa se advertían las primeras señales de abandono. La gente dispersaba, varios de los puestos de perritos calientes habían cerrado y el viento, como siempre, zumbaba.

Casi vi a mamá sentada en la arena tal como solía sentarse. De nuevo tenía el sentimiento de querer estar solo. Pero no podía decidirme a decírselo a Margaret. Me limité a cogerme a ella y esperé.

Era tarde. La mayor parte de los niños se había ido a casa, Y sólo unos pocos hombres y mujeres permanecían tomando el sol, acariciados por el viento.

La barca del bañero subió a la orilla. El bañero salió de ella con algo en los brazos.

Me estremecí. Contuve la respiración y me sentí pequeño, sólo con doce años, muy pequeño, muy infinitesimal. y asustado. El viento aullaba. No veía a Margaret. Sólo podía ver la playa, al bañero emergiendo lentamente de su barca con un saco gris en sus manos, no muy pesado, y su cara, casi tan gris y arrugada.

-Quédate aquí, Margaret -dije, sin saber por qué lo decía.

-Pero ¿por qué?

-Quédate aquí, eso es todo...

Bajé lentamente por la arena hacia donde estaba el bañero. El hombre me miró.

-¿Qué es eso? -le pregunté.

El bañero se quedó mirándome durante un largo rato, sin poder hablar. Dejó el saco gris en la arena -el agua murmuró a su alrededor- y retrocedió.

-¿Qué es? -insistí.

-Está muerta -dijo el bañero tranquilamente.

Esperé.

-Raro -dijo él en voz baja-. La cosa más rara que he visto jamás. Lleva muerta... mucho tiempo.

Repetí sus palabras.

-¿Mucho tiempo?

-Diez años, diría yo-. Este año no se ha ahogado ningún niño. Desde 1933 se han ahogado aquí doce niños, pero recuperamos los cuerpos de todos ellos a las pocas horas. De todos menos de uno, que yo recuerde. Este cuerpo, que debe de llevar diez años en el agua. No es... agradable.

-Abra el saco -dije, sin saber por qué.

El viento era más fuerte. El bañero toqueteó el saco torpemente.

-Me parece que es una niña pequeña, porque todavía lleva trenzas. No hay mucho más que decir.

-¡Vamos, ábralo! -grité.

-Es mejor que no lo haga -dijo, y quizá vio el aspecto de mi rostro-. Era una niña pequeña...

Abrió el saco lo justo.

La playa estaba desierta. Solamente el cielo y el viento y el agua y el otoño. La miré.

Dije algo, una y otra vez. El bañero me miró.

-¿Dónde la encontró? -pregunté.

-Abajo, en la playa, en agua profunda. Es mucho, mucho tiempo para ella, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

-Sí, lo es. Oh, Dios, sí lo es.

Las personas crecen, pensé. Yo he crecido. Pero ella no ha cambiado. Ella es todavía pequeña. Ella es todavía joven. La muerte no permite crecer ni cambiar. Ella es todavía joven. Todavía tiene el pelo rubio. Será siempre joven, y yo la amaré siempre, oh Dios, la amaré siempre.

El bañero ató el saco de nuevo.

Pocos minutos después, yo paseaba solo por la playa. Encontré algo que verdaderamente no esperaba.

-Este es el lugar donde el bañero descubrió su cuerpo -me dije a mí mismo.

Allí, al borde del agua, permanecía el castillo de arena, sólo a medio construir. Tally y yo solíamos hacer castillos. Ella, medio. Y yo, medio.

Lo miré. Allí era donde habían encontrado a Tally. Me arrodillé junto al castillo de arena y vi las pequeñas huellas de pies que procedían del lago y que volvían al lago de nuevo... y no retornaban nunca.

Entonces... me di cuenta.

-Te ayudaré a acabarlo -dije.

Así lo hice. Construí el resto del castillo muy lenta y luego, levantándome, me di la vuelta y me alejé para no ver cómo se desmoronaba en las olas, como todas las cosas se desmoronan.

Volví por la playa hacia donde una mujer extraña llamada Margaret me esperaba, sonriendo...

## EL PUEBLO DONDE NADIE BAJA

Atravesando el territorio de los Estados Unidos, de noche, de día, en tren, se pasa como un relámpago por pueblos desiertos donde no baja nadie. Es decir, nadie que no sea de allí, nadie que no tenga raíces en esos cementerios rurales se toma jamás la molestia de visitar las estaciones solitarias, o de prestar atención a los paisajes solitarios. Yo hablaba de esto con un compañero de viaje, viajante también, en el tren de Chicago a Los Ángeles, mientras cruzábamos Iowa.

–Es cierto –dijo el hombre–, la gente baja en Chicago; allá bajan todos. La gente baja en Nueva York, Boston, en Los Ángeles. Los que no viven allí van a ver, y vuelven para contar. ¿Pero qué turista bajó alguna vez en Fox Hill, Nebraska, para *verla*? ¿Usted? ¿Yo? ¡No! No conozco a nadie, no tengo negocios allí, no es un sitio saludable, y entonces, ¿para qué?

–¿No sería un cambio fascinante –dije– planear de pronto unas vacaciones realmente distintas? ¿Elegir una aldea perdida de las llanuras, donde uno no conozca a nadie e ir allí porque sí?

–Se moriría usted de aburrimiento.

–¡No me aburre pensarlo! –Espíe por la ventanilla–. ¿Qué estación es la próxima?

–La bifurcación Rampart.

Sonreí.

–Suenan bien. Podría bajar ahí.

–Es usted un mentiroso y un tonto. ¿Qué busca? ¿Aventuras? ¿Romance? Vaya, salte del tren. Diez segundos después se dirá que ha sido un idiota, tomará un taxi y nos perseguirá hasta el pueblo próximo.

–Puede ser.

Observé el vertiginoso desfile de los postes telefónicos, uno tras otro, uno tras otro. Lejos, los contornos borrosos de un poblado.

–Sin embargo, no lo creo –me oí decir.

El viajante me miró, ligeramente sorprendido.

Pues lenta, muy lentamente, yo empezaba a ponerme de pie. Busqué mi sombrero. Noté que mi mano buscaba a tientas mi única maleta. Yo mismo estaba sorprendido.

–¡Espere! –dijo el viajante–. ¿Qué hace?

De pronto, el tren entró en una curva. Me tambaleé. A la distancia vi la cúpula de una iglesia, un bosque frondoso, un campo de trigo estival.

–Parece que voy a bajar del tren –dije.

–Siéntese □ dijo mi compañero.

–No –dije yo–. Hay algo en ese pueblo. Iré a ver. Tengo tiempo. En realidad, no necesito estar en Los Ángeles antes del lunes próximo. Si no bajo del tren ahora, siempre me preguntaré qué habré perdido, qué dejé escapar cuando tuve la oportunidad de verlo.

–Era una simple charla. No hay nada allí.

–Se equivoca □ dijo–. Hay algo.

Me puse el sombrero y alcé el maletín.

–Por Dios –dijo el viajante–. Creo que lo hará, realmente.

El corazón me latía apresuradamente. Me ardían las mejillas.

El tren silbó. El tren corría por las vías. ¡El pueblo estaba cerca!

–Deséeme buena suerte –dije.

–¡Buena suerte!

Corrí gritando, en busca del guarda.

Apoyada en la pared de la estación había una silla vieja y descascarada. En esa silla, tan flojamente que se hundía dentro de la ropa, estaba sentado un hombre de unos setenta años. El esqueleto parecía estar clavado allí desde que habían construido la estación. El sol le había quemado la piel de la cara y le había grabado en las mejillas unos pliegues de lagarto y unas arrugas que le achicaban los ojos. El cabello le flotaba como una ceniza blanca al viento del estío. La camisa azul, descolorida, de cuello abierto, y que dejaba ver unos vellones blancos rizados, era pálida como el cielo del crepúsculo. Los zapatos estaban ampollados como si los hubiese abandonado para siempre a la boca de un horno. La sombra debajo del hombre era un dibujo de tinta negra, permanente.

Bajé del tren y los ojos del hombre fueron de una puerta a otra y se detuvieron, sorprendidos, en mí.

Pensé que iba a saludarme.

Pero sólo hubo un repentino cambio de color en los ojos velados; un cambio químico que era un reconocimiento. No obstante, no movió los labios, ni un párpado, ni un dedo. Una forma invisible se había movido dentro del hombre.

El tren se puso en marcha y yo tuve un pretexto para seguirlo con los ojos. No había nadie más en el andén. Ningún auto esperaba junto a la oficina clausurada, tapizada de telarañas. Sólo yo había abandonado el trueno de acero para poner el pie en las olas desvencijadas del andén de madera.

El tren silbó sobre la colina,

¡Tonto!, pensé. Mi compañero tenía razón. El tedio que ya sentía en este lugar sería espantoso. Muy bien, pensé, tonto, sí, pero huir, ¡jamás!

Arrastré mi maleta por el andén sin mirar al viejo. Cuando pasé a su lado, la delgada estructura cambió de posición, y esta vez pude oír el movimiento. Los pies del viejo bajaron y golpearon las tablas enmohecidas.

Yo seguí caminando.

–Buenas tardes –dijo una voz apagada.

Supé que no me miraba a mí, y que sólo veía la vastedad sin nubes del cielo incandescente.

–Buenas tardes –dije.

Eche a andar por el sendero que llevaba al pueblo. Cincuenta metros más adelante, miré hacia atrás.

El viejo, siempre sentado, miraba el sol, como preguntándole algo.

Apresuré el paso.

Avancé por el soñoliento pueblo vespertino, absolutamente solitario y anónimo: una trucha que nadaba río arriba, sin tocar las riberas del río claro, la vida que corría alrededor.

Mis sospechas se confirmaron: Era un pueblo donde nunca sucedía nada, sólo esto.

A las cuatro en punto, se golpeaba la puerta de la ferretería y un perro salía a revolcarse en el polvo del camino. A las cuatro y media, una pajilla sorbía el vacío en el fondo de un vaso de soda, y en el silencio del bar se oía el ruido de una catarata. A las cinco, los chicos y los guijarros se zambullían en el río del pueblo. A las cinco y quince, las hormigas desfilaban a la luz oblicua del sol, bajo los olmos.

Y sin embargo –me volví lentamente–, en alguna parte de este pueblo debe haber algo que vale la pena. Yo sabía que estaba allí. Tenía que seguir caminando y buscando, y lo encontraría.

Caminé y miré.

Durante toda la tarde no hubo más que un elemento constante, inmutable: el viejo de los pantalones descoloridos y la camisa azul nunca estaba demasiado lejos. Cuando me senté en el bar, se quedó afuera lanzando escupidas de tabaco que rodaban por el polvo como bolas de escarabajos. Me detuve junto al río, y el hombre se agachó en la orilla, como si fuera a lavarse, y metió las manos en el agua. Luego, a eso de las siete y media de la tarde, cuando yo recorría por séptima u octava vez las calles silenciosas, oí a mi lado unas leves pisadas.

Miré, y vi que el viejo caminaba a mi lado, mirando hacia adelante, con una brizna seca entre los dientes manchados.

–Fue una larga espera –dijo en voz baja.

A la luz crepuscular, proseguimos la marcha.

–Una larga espera –dijo–, en el andén de la estación.

–¿Usted? –dije.

Asintió entre las sombras de los árboles.

–Yo.

–¿Esperaba a alguien en la estación?

–Sí –dijo–. A usted.

–¿A mí? –La sorpresa debió notárseme en la voz –¿Pero por qué?... Nunca me vio antes, en toda su vida.

–¿Dije que lo había visto? Sólo dije que lo esperaba.

Estábamos a la orilla del pueblo. El viejo dio media vuelta, y yo volví con él a lo largo de la ribera ensombrecida, hacia las vías por donde pasan los trenes nocturnos, cuando van hacia el este, cuando van hacia el oeste, y que rara vez se detienen.

–¿Quiere saber algo de mí? –pregunté, de pronto–. ¿Es usted el *sheriff*?

–No, no soy el *sheriff*. Y no, no quiero saber nada de usted. –El viejo se metió las manos en los bolsillos. El sol se había ocultado. El aire era frío de pronto–. Me sorprende que haya llegado al fin; nada más.

–¿Le sorprende?

–Me sorprende... –dijo–, y me complace.

Me detuve bruscamente y lo miré a la cara.

—¿Cuántos años estuvo sentado en ese andén?

—Veinte. Año más, año menos.

Yo sabía que decía la verdad. La voz del viejo era tan serena y natural como el río.

—¿Esperándome a mí? —pregunté.

—O a alguien como usted.

Seguimos caminando en la creciente oscuridad.

—¿Qué le parece nuestro pueblo?

—Agradable —dijo—, tranquilo.

—Agradable, tranquilo. —El viejo asintió—. ¿Le gusta la gente?

—La gente parece agradable y tranquila.

—Sí —dijo—. Agradable, tranquila.

Yo quería regresar, pero el viejo siguió hablando y caminamos juntos en la oscuridad cada vez más inmensa, las olas de campo y de pradera, más allá del pueblo.

—Sí —dijo el viejo—. El día que me jubilé, hace veinte años, me senté en el andén de la estación y allí me quedé, sentado, sin hacer nada, esperando a que ocurriera algo, no sabía qué, no sabía, no sabía decirlo. Pero cuando por fin sucedió, entonces supe, miré y dije, sí, señor, eso es lo que yo esperaba. ¿Un descarrilamiento? No. ¿Alguna vieja amiga que vuelve al pueblo después de cincuenta años? No. No. Es difícil decirlo. Alguien. Algo. Y parece que tiene relación con usted. Me gustaría poder explicárselo...

—¿Por qué no lo intenta? —dijo.

Aparecían ya las estrellas. Seguimos caminando.

—Bueno —dijo el hombre lentamente—. ¿Se conoce usted bien por dentro?

—¿Habla usted de mi estómago, o psicológicamente?

—Ésa es la palabra. Hablo de su cabeza, de su cerebro. ¿Sabe mucho de *eso*?

El pasto susurraba bajo mis pies.

—Un poco.

—¿Odia a mucha gente?

—A alguna.

—Todos odiamos. Es normal odiar, creo, y no sólo odiar, pues aunque no hablemos de eso, ¿no es cierto que a veces queremos golpear a la gente que nos hace daño, y hasta matarla?

—No pasa una semana sin que uno lo piense —dijo—, aleje la idea.

—Nos pasamos la vida alejando ideas —dijo el viejo—. El pueblo dice esto y aquello, mamá y papá dicen esto o aquello, la ley dice esto y lo otro. Y así uno aleja la idea de una muerte y de otra y de otras dos. Cuando se llega a mi edad uno tiene un montón de muertes metidas en la cabeza. Y a menos que uno vaya a la guerra, nunca pasa nada que le permita sacárselo de encima.

—Algunos hombres cazan animales salvajes o patos —dijo—. Otros boxean o practican esgrima.

—Y otros no. Hablo de los que no. Yo. Me he pasado la vida salando cadáveres, conservándolos en hielo, en mi cabeza. A veces uno se enfurece con un pueblo y con la gente del pueblo por tener que apartar las cosas de ese modo. Y simpatiza con el hombre de las cavernas que gritaba de pronto como un demonio y le daba a alguien un mazazo en el cráneo.

—Y esto, ¿adónde lleva?...

—¿Y esto adónde lleva? A todos nos gusta matar a alguien, una vez en la vida, para librarnos, como quien dice, de ese enorme peso, de esos asesinatos mentales que nunca nos atrevimos a cometer. Y una vez en la vida, el hombre tiene una oportunidad. Alguien que corre frente al automóvil y él se olvida de los frenos y sigue avanzando. Nadie puede probar nada en esta clase de cosas. Ni siquiera el hombre mismo se confiesa la verdad. Simplemente no pisó el freno a tiempo. Pero usted y yo sabemos qué pasó realmente, ¿no es cierto?

—Sí —dijo. El pueblo estaba lejos ahora. Cruzamos un puente de madera, sobre un arroyo, junto al terraplén del ferrocarril.

—Bien —dijo el viejo mirando el agua, —el único asesinato que vale la pena es ése en que nadie puede sospechar quién lo cometió ni por qué, ni quién es la víctima, ¿no le parece? Pues bien, la idea se me ocurrió hace veinte años. No lo pienso todos los días, ni siquiera todas las semanas. A veces pasan meses, pero la idea es ésta: un tren se detiene aquí todos los días, a veces ni siquiera uno. Bueno, si usted quiere matar a alguien tendrá que esperar, ¿no le parece? Años y años, hasta que llegue al pueblo un hombre absolutamente desconocido, un desconocido que baja del tren sin motivo ninguno, un hombre a quien nadie conoce y que no conoce a nadie en el pueblo. Entonces, solo entonces, pensé, sentado allí, en la silla de la estación, uno puede levantarse y cuando no hay nadie cerca, matarlo y echarlo al río. Lo

encontrarían a muchos kilómetros río abajo. A lo mejor no lo encuentran nunca. A nadie se le ocurriría venir a la bifurcación Rampart a buscarlo. No iba allí. Iba a otro lugar. Bueno, ésa es mi idea. Y reconocí al hombre en el mismo instante en que usted bajó del tren. Lo reconocí, con tanta claridad...

Yo había dejado de caminar. Era noche cerrada. La luna no saldría hasta dentro de una hora.

—¿Sí? —dije.

—Sí —dijo él. Vi que movía la cabeza y contemplaba las estrellas—. Bueno, ya he hablado bastante. —Se me acercó y me tocó el codo. La mano del viejo estaba caliente, como si la hubiese tenido frente a una estufa antes de tocarme. La otra mano, la derecha, estaba oculta, apretada y cerrada, en el bolsillo—. He hablado bastante.

Algo chilló.

Volví bruscamente la cabeza.

Arriba, un fugitivo tren nocturno cruzó como un cuchillo por los rieles invisibles, sembrando luz sobre el cerro, el bosque, los sembrados, el caserío, el campo, las zanjas, las praderas, surcando la tierra y el agua, y se alejó ululando, y finalmente desapareció. Los rieles trepidaron un rato. Después, silencio.

El viejo y yo, de pie, nos miramos en la oscuridad.

La mano izquierda del viejo seguía aferrada a mi codo. La otra mano estaba siempre oculta.

—¿Puedo decir algo? —pregunté finalmente.

El viejo asintió.

—Acerca de mí mismo —dije. Tuve que hacer una pausa. Me faltaba el aliento—. Es curioso. A menudo he pensado lo mismo que usted. Hoy mismo, cuando atravesábamos el campo, pensé, qué perfecto, qué perfecto, qué maravillosamente perfecto podría ser. Me fue mal en los negocios, últimamente. Mi mujer, enferma. Mi mejor amigo murió la semana pasada. El mundo en guerra. Yo endeudado. Me haría tanto bien...

—¿Qué? —dijo el viejo, con la mano en mi brazo.

—Bajar del tren en un pueblo —dije— donde nadie me conozca, con el revólver bajo el brazo, y buscar a alguien y matarlo y enterrarlo y volver a la estación y seguir viaje y regresar a casa, y ni el más astuto sabría jamás quién lo hizo, jamás. Perfecto, pensé, un crimen perfecto. Y bajé del tren.

Nos quedamos allí, en la oscuridad, durante otro minuto, mirándonos. Tal vez cada uno de nosotros escuchaba el corazón del otro, que latía rápidamente, muy rápidamente en verdad. El mundo giraba a mis pies. Apreté los puños. Sentía que yo iba a caerme. Quería chillar como el tren. Pues descubrí de pronto que yo no había inventado una historia para salvarme del viejo. Todas las cosas que acababa de decirle eran ciertas. Y ahora sabía por qué había bajado del tren y había recorrido el pueblo de un lado a otro. Sabía lo que había estado buscando.

Oí la respiración corta y agitada del viejo. Me aferraba el brazo como si estuviera a punto de caerse. Apretaba los dientes. Se inclinó hacia mí cuando yo me incliné hacia él. Hubo un terrible instante de silencio, de tensión inmensa, como antes de una explosión.

Finalmente, el viejo habló, como abrumado bajo el peso de una carga.

—¿Cómo sé que tiene un revólver bajo el brazo?

—No lo sabe, es claro. —Mi voz era borrosa—. No puede estar seguro.

Esperé. Pensé que el viejo iba a desmayarse.

—¿Es así, entonces? —dijo.

—Es así, entonces —dije.

El viejo cerró los ojos. Cerró la boca.

Luego de cinco segundos, muy lentamente, pesadamente, logró apartar la mano de mi brazo, también inmensamente pesado. Se miró entonces la mano derecha, y la sacó, vacía, del bolsillo. Nos separamos lentamente, y echamos a caminar a ciegas, totalmente a ciegas, en la oscuridad.

La señal nocturna que anunciaba un pasajero en el andén chisporroteó sobre las vías. El tren dejó la estación y me asomé y miré hacia atrás.

El viejo estaba allí, sentado, en la silla apoyada en el muro, vestido con una camisa y unos pantalones descoloridos y la cara quemada por el sol y los ojos blanqueados por el sol. No me miró cuando pasó el tren. Miraba hacia el este, a los desiertos rieles por donde mañana o al día siguiente, o al otro día llegaría un tren, algún tren, cualquier tren. Los ojos ciegamente inmóviles miraban el este. El viejo parecía tener cien años.

El tren ululó.

De pronto viejo yo también, me asomé, entornando los ojos.



La oscuridad que nos había acercado nos separaba ahora. El viejo, la estación, el pueblo, el bosque se perdieron en la noche. Durante una hora me quedé allí, en el viento y el estrépito, mirando toda aquella oscuridad.

F I N

Título Original: *The Town Where No One Got Off* © 1958.

Traducción de Francisco Abelenda.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.

## EN EL EXPRESO, AL NORTE

Fue en el Expreso Oriente que se dirigía al norte desde Venecia hasta Calais, pasando por París, donde la anciana advirtió la presencia de un fantasmagórico pasajero.

Obviamente era un viajero que agonizaba por causa de alguna terrible enfermedad.

Ocupaba el compartimiento 22 del tercer vagón contando desde atrás, se hacía servir la comida allí y sólo a la hora del crepúsculo se levantaba para sentarse en el coche comedor rodeado de luces eléctricas y el sonido de los cristales y las risas de las mujeres.

El pasajero llegó esa noche, moviéndose con terrible lentitud, y se sentó al otro lado del corredor donde estaba esta mujer entrada en años, con su pecho como una fortaleza, la frente serena, los ojos con una amabilidad que se había ido endulzando con el tiempo.

Al lado de aquella mujer había una maleta negra de médico y un termómetro metido en su masculino bolsillo-solapa.

La palidez de aquel hombre fantasmal hizo que su mano izquierda trepara hasta su bolsillo para palpar el termómetro.

-¡Dios mío! -susurró la señorita Minerva Halliday.

Pasó el jefe del comedor. Ella le tocó el hombro y señaló a aquel pasajero con un ademán.

-Discúlpeme, pero, ¿adónde se dirige ese pobre hombre?

-Calais y Londres, señora. Si Dios quiere.

Y se alejó de prisa.

Minerva Halliday, a quien ya se le había ido el apetito, observó aquel esqueleto hecho de nieve.

El hombre y la vajilla tendida sobre su mesa parecían una sola cosa. Los cuchillos, tenedores y cucharas canturreaban con un sonido frío de plata. Él escuchaba, fascinado, como si escuchara el sonido de su propia alma mientras la vajilla se arrastraba, se tocaba y repiqueteaba; un tintineo de otra esfera. Tenía las manos apoyadas sobre su falda como si fueran mascotas solitarias y cuando el tren se balanceó al compás de una curva abrupta, su cuerpo, negligente, se balanceó hacia un lado y hacia otro, tambaleándose...

Cuando el tren tomó una curva más pronunciada se golpeó la vajilla de plata. Una mujer de una mesa lejana gritó mientras reía:

-¡No puedo creerlo!

A lo que un hombre respondió con otro grito y una risotada más fuerte:

-¡Yo tampoco!

Esta coincidencia hizo que el fantasmal pasajero sufriera un terrible derretimiento. La risa dubitativa había penetrado en sus oídos.

Era evidente que se encogía. Sus ojos se ahuecaban y casi se podía percibir un vapor frío saliendo de su boca.

La señorita Minerva Halliday, consternada, se inclinó hacia adelante, extendió una mano y se oyó decir:

-Yo sí creo.

El efecto fue instantáneo.

El fantasmal pasajero se irguió en su silla. El color regresó a sus blancas mejillas. Los ojos se le iluminaron con el rebrote del fuego. Su cabeza giró hacia el otro lado del corredor y observó a esa mujer maravillosa que curaba con las palabras solamente.

Curiosamente sonrojada, la vieja enfermera de pecho grande y cálido, sorprendida, se levantó y se marchó apresurada.

No pasaron cinco minutos cuando Minerva Halliday oyó al jefe de comedor que corría por el corredor, golpeando las puertas y susurrando. Cuando pasó por su puerta abierta, la miró.

-¿Es usted...?

-No -respondió adivinando-. No soy médico sino enfermera diplomada. ¿Es por el pobre hombre del coche comedor?

-¡Sí! ¡Sí! Por favor, señora, venga por acá.

Habían llevado al fantasmal viajero hasta su compartimiento.

Al llegar, Minerva Halliday espió hacia el interior.

Allí estaba desparramado el extraño hombre, con sus ojos marchitos cerrados, la boca como una herida sin desangrar, y la cabeza traqueteando al compás de los viajes del tren como único vestigio de vida.

«¡Dios mío! Está muerto», pensó.

-Lo llamaré si lo necesito -dijo en voz alta.

El jefe de comedor se fue.

La señorita Minerva Halliday cerró sigilosamente la puerta corrediza y se volvió para examinar al muerto, porque estaba segura que estaba muerto. Y sin embargo...

Pero finalmente se atrevió a acercarse y a tocarle las muñecas por donde corría tanta agua helada. Se echó hacia atrás, como si sus dedos se hubiesen quemado con hielo seco. Luego se inclinó hacia adelante y susurró en la cara del hombre pálido:

□ Escúcheme con atención, ¿sí?

Como respuesta, Minerva Halliday creyó oír el palpar helado de un único latido de corazón.

-No sé cómo puedo adivinarlo. Sé quién es y de qué está enfermo...

El tren tomó una curva. La cabeza del hombre se inclinó como si su cuello estuviese roto.

-Le diré por qué agoniza -murmuró-. Agoniza por una enfermedad..., por la gente.

Los ojos del enfermo se abrieron de golpe, como si le hubiesen atravesado el corazón con una bala.

-La gente de este tren lo está matando. Esa es su enfermedad.

Algo parecido a una respiración se agitó detrás de la herida cerrada de la boca del hombre.

-Sssí...

Le tomó con fuerza la muñeca para buscarle el pulso:

-Usted viene de algún país del centro de Europa, ¿no? De algún lugar donde las noches son largas y donde la gente escucha cuando sopla el viento, ¿verdad? Pero ahora las cosas han cambiado y usted trata de escapar viajando, pero...

-El fantasmal pasajero se marchitó.

-¿C-c-cómo... lo... -susurró, -sabe...?

-Soy una enfermera especial con una memoria especial. Yo vi..., yo conocí a alguien como usted cuando tenía seis años...

-¿Lo vio? -exhaló el hombre pálido.

-En Irlanda, cerca de Kileshandra. En la casa de mi tío, que tenía cien años, llena de lluvias y brumas. Allí estaba caminando por el techo una noche y había ruidos en el corredor como si se hubiera desatado una tormenta y por fin esa sombra entró en mi habitación. Se sentó en mi cama y el frío de su cuerpo me dio frío. Recuerdo y estoy segura que no fue un sueño, porque la sombra que vino a sentarse a mi cama y habló en un susurro..., era muy parecida... a usted.

Con los ojos cerrados, desde lo más profundo de su alma ártica, el viejo enfermo languideció al preguntar:

□ Y..., ¿quién..., qué..., soy yo?

-Usted no está enfermo. No se está muriendo... Usted es...

El silbato del Expreso Oriente aulló en la lejanía.

-... un fantasma -concluyó.

-¡Sssí! -exclamó.

Era un vasto grito de necesidad, reconocimiento y corroboración. Casi se yergue por completo.

-¡Sí!

Cuando de pronto entró un joven sacerdote, ansioso por cumplir con su deber. Los ojos brillantes, los labios húmedos, la mano aferrada a su crucifijo. Miró con detenimiento la figura derrumbada del fantasmal pasajero y preguntó:

-¿Puedo...?

-¿Darle la extremaunción? -El antiguo pasajero abrió un ojo como la tapa de una cajita de plata-. ¿Usted? No. -El ojo del pasajero se volvió hacia la enfermera-: ¡Ella!

-¡Señor! -exclamó el joven sacerdote.

Dio un paso atrás, tomó el crucifijo como si fuera la cuerda de un paracaídas, giró y se alejó apresuradamente.

Dejando a la vieja enfermera examinando a su cada vez más extraño paciente, que finalmente dijo:

-¿Cómo podrá ayudarme?

-Bueno -dijo con una risita modesta-. Debemos encontrar un modo.

Con otro aullido, el Expreso Oriente enfrentó nuevos kilómetros de noche, bruma y niebla y los atravesó con un alarido.

-¿Va a Calais? □preguntó Minerva Halliday.

-Más lejos, a Dover, Londres o quizás a un castillo en las afueras de Edimburgo donde pueda estar a salvo...

-Eso es casi imposible. -Bien pudo haberle disparado en el centro del corazón-. No. ¡No! Espere, espere -exclamó-. Quiero decir que es imposible sin mí. Viajaré con usted hasta Calais y Dover.

-Pero usted no me conoce.

-Es verdad, pero yo lo soñé de chica, mucho antes de haber conocido a alguien como usted, en las nieblas y lluvias de Irlanda. A los nueve años solía explorar los páramos en busca del sabueso de Baskerville.

-Sí -respondió el pasajero fantasmal-. Usted es inglesa y los ingleses creen.

-Es cierto. Más que los norteamericanos que dudan. ¿Los franceses? ¡Unos cínicos! Los ingleses son los mejores. Casi no existe una vieja casa londinense que no tenga su triste señora niebla llorando antes del amanecer.

Cuando de pronto la puerta del compartimiento, sacudida por una larga curva en el camino, se abrió de par en par. Una embestida de charla ponzoñosa, de conversación delirante, de lo que sólo podía ser una risa irreligiosa entró inundándolos desde el corredor. El pasajero fantasmal se marchitó.

Levantándose de un salto, Minerva Halliday fue a cerrar la puerta y se volvió para observar a su compañero de viaje con la familiaridad de toda una vida de encuentros insomnes.

-Ahora -preguntó-, ¿quién es usted exactamente?

El pasajero fantasmal, viendo en su rostro el rostro de una triste pequeña que bien pudo haber conocido años atrás, le reseñó su vida:

-«Viví» en un lugar en las afueras de Viena durante doscientos años. Para sobrevivir a las amenazas de ateos y verdaderos creyentes tuve que esconderme en bibliotecas entre pilas de libros llenos de polvo para alimentarme de mitos y cuentos de terror. Viví orgías de pánico y terror a medianoche por los caballos que se desbocaban, los perros que ladraban y los gatos que catapultaban... migas sacudidas de las tapas de los féretros. A medida que pasaban los años, mis compatriotas del mundo invisible fueron desapareciendo uno tras otro mientras los castillos se derrumbaban o los nobles alquilaban sus jardines encantados a los clubes de mujeres o a empresarios hoteleros. Desalojados, nosotros, los fantasmales deambuladores del mundo nos sumergimos en el alquitrán, en las ciénagas y en los campos del descreimiento, duda, escarnio o simplemente burla. Como la población y la falta de fe se duplicaba día a día, todos mis amigos espectrales huyeron. Yo soy el último y aquí estoy tratando de cruzar Europa en tren para buscar la torre de un castillo seguro y bañado en lluvia, donde los hombres suelen asustarse como corresponde del hollín y del humo de las almas vagabundas. ¡Mi vida por Inglaterra y Escocia!

Su voz se volvió silencio.

-¿Y cómo se llama? □preguntó Minerva finalmente.

-No tengo nombre □susurró-. Miles de nieblas han visitado a mi familia. Miles de lluvias han mojado mi tumba. Las marcas del cincel se borraron con la humedad, el agua y el sol. Mi nombre desapareció entre las flores, el pasto y el polvo de mármol. -Abrió los ojos-. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué quiere ayudarme?

Minerva sonrió cuando oyó la respuesta correcta escapándose por entre sus labios:

-Nunca en mi vida hice una travesura.

-¡Una travesura!

-Mi vida transcurrió como la de un búho relleno. No fui monja y sin embargo no me casé. Dedicada al cuidado de una madre inválida y un padre casi ciego, me consagré a los hospitales, las camas sepulcrales, los gritos nocturnos y los remedios que no huelen precisamente a perfume para los hombres. De modo que yo también tengo algo de fantasma, ¿no? Y ahora, esta noche, con mis sesenta y seis años, por fin encontré un paciente

magníficamente distinto, fresco, absolutamente nuevo. ¡Señor! ¡Qué desafío! ¡Qué carrera! Lo acompañaré para ayudarlo a ahuyentar a la gente del tren, a atravesar las multitudes de París, luego en el viaje por mar, a salir del tren, a subir al ferry. Será sin duda una...

□-¡Una travesura! -exclamó el pasajero fantasmal, sacudido por espasmos de risa.

-¿Travesura? Sí, eso es. Pero -agregó Minerva Halliday□, en París, no comen a los que hacen travesuras aun cuando asan a los sacerdotes, ¿verdad?

Él cerró los ojos y murmuró:

-¿En París? Ah..., sí.

El tren aulló. La noche pasó.

Y llegaron a París.

En cuanto llegaron, un niño de no más de seis años pasó corriendo junto a ellos y se quedó paralizado de frío. Miró al pasajero fantasmal y el pasajero fantasmal le devolvió un recuerdo de témpanos de hielo antártico. El niño soltó un grito y huyó. La vieja enfermera abrió la puerta de golpe para observar lo que ocurría.

El niño le farfullaba a su padre en el otro extremo del corredor. El padre se abalanzó por el corredor a los gritos:

-¿Qué está pasando acá? ¿Quién se atrevió a asustar a mi...?

Se detuvo. Desde la puerta clavó la mirada en aquel pasajero fantasmal del Expreso Oriente, que en ese momento decidió frenar.

-... hijo -concluyó.

El pasajero fantasmal le devolvió una mirada serena con sus ojos gris niebla.

-Yo. -El francés dio un paso hacia atrás, mojándose los labios sin poder creerlo.

-¡Perdóneme! ¡Lo siento!

Y giró para salir corriendo, al tiempo que le daba un empujón a su hijo.

-Siempre haciendo lío. ¡Vamos!

Cerraron la puerta.

-¡París! -resonó un eco en el tren.

-Silencio y de prisa -recomendó Minerva Halliday mientras guiaba a su antiguo amigo a la plataforma plagada de malos humores y equipajes mal colocados.

-¡Me estoy derritiendo! □exclamó el pasajero fantasmal.

-Se le pasará en el lugar adonde vamos ahora. -Sacó una canasta de picnic y corrió al milagro del último taxi que aguardaba.

Llegaron al cementerio Père Lachaise bajo un cielo tormentoso. El portón estaba cerrado. La enfermera hizo tintinear un puñado de francos. El portón se abrió.

Una vez adentro, deambularon en paz entre los diez mil monumentos. Había tanto mármol frío y tantas almas ocultas que la vieja enfermera sintió un repentino mareo, un dolor en la muñeca y un frío vertiginoso que le corría por el lado izquierdo del rostro. Meneó la cabeza en señal de rechazo. Y caminaron entre las lápidas.

-¿Dónde haremos el picnic? -preguntó.

-En cualquier lugar -replicó Minerva Halliday-. Pero, ¡cuidado! Porque este es un cementerio francés. Lleno de cínicos. Ejércitos de ególatras que quemaron a personas de fe y que al año siguiente fueron a su vez quemados en la hoguera por profesar su fe. Por eso, escoja bien. Elija. -Caminaron. El pasajero fantasmal señaló un lugar.

-Esta primera lápida. Abajo: nada. Una muerte sin siquiera un susurro de tiempo. La segunda tumba: una mujer, una creyente reservada porque amaba a su marido y quería volver a verlo en la eternidad..., un murmullo de espíritu, el latir de un corazón. Mejor. Esta tercera tumba pertenece a un escritor de historias policiales que trabajaba para una revista francesa. Pero amaba las noches, la bruma, los castillos. Esta tumba tiene la temperatura ideal, como un buen vino. Sentémonos aquí, mientras usted decanta la champaña y esperamos hasta volver al tren.

Minerva Halliday le ofreció un vaso llena de felicidad.

-¿Puede beber?

-Puedo probar -lo aceptó-. Lo único que se puede hacer es probar.

El pasajero fantasmal casi «se muere» cuando dejaron París. Un grupo de intelectuales, recién salidos de sus seminarios sobre la «náusea» sartreana y los acalorados debates sobre Simone de Beauvoir, atravesó los corredores, dejando tras ellos un aire hirviente y vacío.

El pálido pasajero palideció aún más.

La segunda parada después de París, ¡otra invasión! Una ola de alemanes subió a bordo: su falta de fe en espíritus ancestrales, sus dudas acerca de la política se revelaban a viva voz. Algunos hasta llevaban libros titulados «¿Estuvo Dios alguna vez en nuestra patria?».

El fantasma del Expreso Oriente se hundió más en sus huesos radiográficos.

-¡Dios mío! -exclamó Minerva Halliday, corrió a su compartimiento de donde no tardó en volver y arrojó una cascada de libros variados.

□¡Hamlet! □exclamó-. Su padre, ¿no? Canción navideña. Cuatro fantasmas. Cumbres borrascosas. Kathy vuelve, ¿sí? ¿Para hechizar la nieve? Y Otra vuelta de tuerca y..., Rebecca! Y mi preferido..., La pata de mono. ¿Cuál?

Pero el fantasma del Expreso Oriente no pronunció una sola palabra del espectral Marley. Sus ojos estaban cerrados, la boca zurcida con carámbanos.

-¡Espere! -exclamó Minerva Halliday. Y abrió el primer libro...

Donde Hamlet, apoyado contra la pared del castillo, oyó el quejido del fantasma paterno, y entonces Minerva leyó las siguientes palabras:

«¡Está próxima la hora en que debo restituirme a las sulfúreas y torturantes llamas!»

Y luego leyó:

«Yo soy el alma de tu padre, condenada por cierto tiempo a andar errante de noche...»

Y otra vez:

«Si tuviste alguna vez amor a tu querido padre... ¡Oh Dios!... ¡Véngale de su infame y monstruoso asesinato...!»

Y nuevamente:

«...el más infame asesinato...»

Y el tren avanzaba en la noche mientras Minerva Halliday pronunciaba las últimas palabras del fantasma del padre de Hamlet:

«...Adiós...»

«...Adiós, adiós. Acuérdate de mí...»

Y Minerva repitió:

«...acuérdate de mí...»

Y el fantasma del Expreso Oriente tembló. Ella fingió no advertirlo, pero tomó otro libro:

«Marley estaba muerto, para empezar...»

Sus manos volaban como pájaros entre los libros.

«Soy el Fantasma de la Navidad del Pasado...»

Luego:

«El Fantasma Rickshaw se deslizó desde la bruma y avanzó a tropezones por la niebla...»

Y, ¿no se oía acaso un eco muy débil de cascos de caballo sonando detrás, dentro de la boca del fantasma del Expreso Oriente?

«El latido incesante bajo los maderos del corazón del anciano», siguió Minerva suavemente.

De repente, como un salto de rana, se oyó el primer pulso débil del corazón del fantasma del Expreso Oriente después de más de una hora.

Los alemanes aglomerados en el corredor dispararon una artillería de descreimiento.

Pero ella se encargó de suministrar el remedio:

«El sabueso ladró en el páramo...»

Y el eco de ese ladrido, ese grito tan lejano, subió desde el alma de su compañero de viaje, gimiendo desde su garganta.

Mientras avanzaba la noche y la luna se alzaba en el cielo y una Mujer vestida de Blanco atravesaba el paisaje y la vieja enfermera hablaba y contaba y un murciélago que se convertía en lobo y luego en lagarto trepaba a la pared de la frente del pasajero fantasmal.

Y por fin el tren se adormeció en silencio y Minerva Halliday dejó caer el último libro con el estruendo de un cuerpo que se desploma en el piso.

-Requiescat in pace -susurró el pasajero del Expreso Oriente; sus ojos, cerrados.

-Sí -asintió Minerva con una sonrisa-. Requiescat in pace. -Y durmieron.

Y por fin llegaron al mar.

Había niebla, que se convirtió en bruma, que se transformó en llovizna, como una lluvia de lágrimas que cae de un cielo infinito.

Esto logró que el pasajero fantasmal abriera y desengomara la boca, que murmurara palabras de gratitud por aquel cielo encantado y por aquella costa visitada por olas de

fantasmas mientras el tren se deslizaba dentro de la estación, donde pronto tendría lugar una mudanza masiva; un tren atestado de gente convertido en un barco atestado de gente.

El fantasma del Expreso Oriente se mantuvo apartado; la última figura de aquel tren auto-embrujado.

-¡Un momento! -exclamó, con voz suave y lastimera-. ¡El barco! Ese barco no tiene ni un lugar donde poder ocultarme. Y, ¡la aduana!

Pero los vistas aduaneros apenas miraron el rostro pálido y nevado bajo la gorra y las orejeras oscuras, y rápidamente le hicieron la señal a aquella alma glacial para que subiera al ferry.

Para sentirse rodeado de voces mudas, hombros indiferentes, multitudes que se empujaban mientras el barco se balanceaba y se mecía y la enfermera veía cómo los frágiles trozos de hielo del pasajero se derretían una vez más.

Un grupo de chicos que andaba vociferando por ahí le dio la idea.

-¡Vamos! ¡Rápido!

Y estuvo a punto de levantar y arrastrar al hombre de mimbre tras los chicos y chicas.

-No -clamó el antiguo pasajero-. ¡El ruido!

-Es un ruido especial. -La enfermera lo arrastró hacia una puerta-. ¡Es un remedio! ¡Por aquí!

El hombre miró perplejo a su alrededor.

-Pero esto es un salón de juegos -murmuró.

Ella lo guió hasta el centro mismo del griterío y las corridas.

-¡Niños! -gritó Minerva Halliday.

Los niños se detuvieron congelados.

□-Llegó la hora de contar cuentos!

Estaban a punto de comenzar a correr otra vez cuando Minerva agregó:

-¡Cuentos de fantasmas!

Señaló como por casualidad al pasajero fantasmal, cuyos pálidos dedos de polilla sujetaron la bufanda que rodeaba su garganta helada.

-¡Todos sentados! -gritó la enfermera.

Los chicos cayeron a plomo en el suelo. Alrededor del pasajero del Expreso Oriente, como indios rodeando una tienda, todos observaron aquella figura por donde las ventiscas silbaban extrañas temperaturas en su boca jadeante.

El pasajero flaqueó. Minerva Halliday se apresuró a decir:

-Ustedes creen en los fantasmas, ¿no es verdad?

-Sí -resonó el grito unánime-. ¡Sí!

Fue como si una baqueta hubiese atravesado su columna vertebral. El pasajero del Expreso Oriente se irguió. En sus ojos destellaron los brillos inflexibles más quebradizos. Rosas invernales florecieron en sus mejillas. Y cuanto más se inclinaban los niños expectantes, más alto se erguía y más cálida era su expresión. Con un dedo glacial señaló el rostro de los niños.

-Yo... -susurró-. Yo... -una pausa-, les voy a contar un cuento de terror. Acerca de un fantasma de verdad.

-Sí. ¡Viva! -exclamaron los chicos.

Y comenzó a hablar y a medida que la fiebre de su lengua conjuraba sapos, atraía la bruma e invitaba a la lluvia, los chicos se abrazaban y se acercaban unos a los otros, una cama de alquitrán sobre la que el pasajero antiguo podía recostarse feliz. Y mientras él hablaba, la enfermera Halliday, apoyada contra la puerta, veía lo que él veía al otro lado del mar encantado, los acantilados fantasmales, los acantilados de tiza, los seguros acantilados de Dover y no muy lejos, a la espera, las torres susurrantes, las profundidades de los castillos murmurantes, donde los fantasmas eran como siempre lo habían sido en los serenos atillos expectantes. Al contemplar aquello, la vieja enfermera sintió que su mano subía por la solapa del bolsillo en busca del termómetro. Sintió su propio pulso. Una breve oscuridad le nubló los ojos.

De pronto uno de los chicos dijo:

-¿Y usted quién es?

Juntando su mortaja de hilos de telaraña, el pasajero fantasmal aguzó su imaginación y respondió.

El silbato del ferry que anunciaba la llegada interrumpió el largo relato de cuentos de medianoche. Los padres inundaron el lugar para recuperar a sus hijos olvidados y alejarlos del caballero del Expreso Oriente de ojos fantasmales cuya boca delirante los hacía temblar cuando susurraba y susurraba hasta que el ferry empujó la dársena y el último niño fue arrastrado, bajo protesta. Sólo quedaron el viejo y la enfermera en el salón de juegos y el ferry dejó de temblar sus deliciosos temblores, como si hubiese escuchado, oído y disfrutado los cuentos de medianoche.

En la explanada, el viajero del Expreso Oriente dijo, en tono enérgico.

-Ya no necesito ayuda para bajar. ¡Cuidado!

Y avanzó por la plancha. Y aun cuando los niños habían sido un tónico que le permitió recuperar el color, la altura y las cuerdas vocales, cuanto más se acercaba a Inglaterra, más firme era su paso y cuando por fin tocó la dársena, una pequeña y feliz explosión de sonido irrumpió de sus labios delgados y la enfermera, atrás, no frunció más el entrecejo y dejó que corriera hacia el tren.

Al verlo correr como un niño, no pudo más que quedarse henchida de alegría y algo más que alegría. Él corrió y el corazón de Minerva Halliday corrió con él. De pronto Minerva Halliday sintió una puñalada de sorprendente dolor y como si una tapa de oscuridad la golpeará y desvaneciera.

En su prisa, el pasajero fantasmal no advirtió que la vieja enfermera no estaba a su lado ni a sus espaldas; tan feliz corría.

Al llegar al tren se sujetó jadeante del picaporte del compartimiento. Sólo entonces sintió la ausencia y se dio vuelta.

Minerva Halliday no estaba.

Pero un instante después llegó, más pálida que antes, pero con una sonrisa increíblemente radiante. Minerva Halliday trastabilló y casi se cae. Esta vez fue él quien la ayudó.

-Querida señora -dijo-, ha sido usted tan gentil.

-Pero... □replicó Minerva serena, mirándolo, esperando que él la viera de verdad-, no vine a despedirme.

-¿Cómo...?

-Seguiré con usted -contestó.

-Pero..., ¿y sus planes?

-Cambiaron. Ahora tengo otro lugar adonde ir.

Giró la cabeza y miró por encima de sus hombros.

En el muelle, una multitud se aglomeraba rápidamente para observar el cuerpo de alguien que yacía sobre los tablones de madera. Hubo un murmullo de voces y alguien gritó. Se repitió la palabra «médico» varias veces.

El pasajero fantasmal observó a Minerva Halliday.

Luego miró a la multitud y al objeto causante de la alarma general: un termómetro roto descansaba entre los pies de la multitud. Volvió a mirar a Minerva Halliday, que seguía contemplando el termómetro roto.

-Mi queridísima compañera -dijo por fin el pasajero-. ¡Vamos!

Ella lo miró a los ojos.

-¿Travesuras?

-Travesuras -asintió él.

Y la ayudó a subir al tren, que no tardó en dar una sacudida acompañada por un estrépito y se alejó sibilante por las vías hacia Londres y Edimburgo y los páramos y los castillos y las noches oscuras y la eternidad.

-¿Quién era? -preguntó el pasajero fantasmal mirando hacia atrás a la multitud reunida en el muelle.

-¡Ay, Señor! -contestó la enfermera-. Nunca lo supe realmente.

Y el tren se marchó. Las vías demoraron veinte segundos exactos en dejar de temblar.

F I N

Título Original: *On the Orient, North* © 1988.

Escaneado, Revisado y Editado por Arácnido.

Revisión 2.



## EN LA NOCHE<sup>2</sup>

LA SEÑORA NAVÁRREZ gemía toda la noche, y los gemidos llenaban la casa de vecindad como una luz encendida en todos los cuartos, de modo que nadie podía dormir. La mujer mordía la almohada, rechinando los dientes, toda la noche, y retorció las manos delgadas, gritando:

—¡Joe, querido!—.

A las tres de la madrugada la gente de la casa, abandonando toda esperanza de que la mujer cerrase alguna vez la boca pintada de rojo, se levantó, furiosa y decidida, y se vistió para tomar un ómnibus que los llevase a la parte baja de la ciudad a algún cine nocturno. Allí Roy Rogers perseguía a los hombres malos a través de velos de tabaco rancio y hablaba sobre los suaves ronquidos de la sala oscura.

Al alba, la señora Navárrer aún sollozaba y chillaba.

Durante el día no era tan terrible. Entonces el coro de los niños que gritaban aquí o allí en la casa añadía un elemento que era casi armónico. Las máquinas de lavar se agitaban entonces ruidosamente en el porche de la casa, y mujeres con vestidos de felpilla, de pie en las empapadas tablas del porche, se transmitían rápidamente sus murmuraciones mexicanas. Pero de cuando en cuando, sobre las agudas voces, el lavado, los niños, uno podía oír a la señora Navárrer como una radio vociferante:

—¡Joe, oh, mi pobre Joe!

Ahora, al atardecer, los hombres llegaban con el sudor del trabajo bajo los brazos. Tendidos en frescas bañeras, por toda la casa, mientras se preparaban las comidas, maldecían y se llevaban las manos a las orejas.

—¡Todavía está en eso! —rabiaban desesperados. Un hombre hasta pateó la puerta—. ¡Cállese, mujer! —Pero sólo logró que la señora Navárrer gritara con más fuerza—. ¡Oh, ah! ¡Joe, Joe!

—¡Esta noche cenamos afuera! —les dijeron los hombres a sus mujeres.

En toda la casa, los utensilios de cocina volvieron a sus estantes y se cerraron las puertas mientras los hombres hacían correr a sus perfumadas mujeres llevándolas por los pálidos codos.

A medianoche, el señor Villanazul abrió su puerta vieja y descascarada, cerró los ojos y se quedó así un momento, balanceándose. A su lado estaba su mujer Tina, con tres hijos, y dos hijas, una en brazos.

—Oh, Dios —susurró el señor Villanazul—. Dulce Jesús, baja de la cruz y haz callar a esa mujer—. Entraron en el oscuro cuartito y miraron la luz azul de la vela que llameaba bajo un crucifijo solitario. El señor Villanazul sacudió filosóficamente la cabeza—. Está todavía en la cruz.

Estaban en cama como animales en el asador, y la noche de verano los rociaba con sus propios líquidos. La casa ardía con el grito de aquella mujer enferma.

—¡Me ahogo!

El señor Villanazul corrió por la casa, escaleras abajo hasta el porche, con su mujer, dejando arriba a los niños que tenían el grande y milagroso don de poder dormir a pesar de todo.

Unas figuras oscuras ocupaban el porche; una docena de hombres silenciosos, en cuclillas, con cigarrillos que humeaban y brillaban entre los dedos morenos, mujeres en batas de felpilla que trataban de aprovechar el escaso viento nocturno. Se movían como figuras de sueño, como alambres y rodillos envueltos fuertemente en ropas de momia. Tenían los ojos hinchados y las lenguas espesas.

—¿Y si entramos a su cuarto y la estrangulamos? —dijo uno de los hombres.

—No, eso no estaría bien —dijo una mujer—. Arrojámosla por una ventana.

Todos se rieron cansadamente.

El señor Villanazul parpadeaba perplejo. Su mujer se movía perezosamente a su lado.

—Uno podría pensar que Joe es el único hombre del mundo que se ha alistado en el ejército —dijo alguien, irritado—. ¡La señora Navárrer, bah! Este marido de ella pelará papas. ¡El hombre más seguro en infantería!

—Hay que hacer algo —dijo el señor Villanazul sorprendido ante la dura firmeza de su propia voz.

Todos lo miraron.

—No podemos seguir así otra noche —continuó el señor Villanazul bruscamente.

—Cuanto más le golpeamos la puerta, más grita —explicó el señor Gómez.

---

<sup>2</sup> En castellano en el original.

—Vino el cura esta tarde —dijo la señora Gutiérrez—. Lo llamamos desesperados. Pero la señora Navárez no le quiso abrir la puerta, a pesar de todos sus ruegos. El cura se fue. El oficial Gilvie le gritó, también, ¿pero creen ustedes que ella oyó algo?

—Debemos probar otro método, entonces —musitó el señor Villanazul—. Alguien debe mostrarse... simpático con ella.

—¿Y qué nuevo método sería ese? —preguntó el señor Gómez.

El señor Villanazul pensó un momento.

—Si al menos hubiese un hombre soltero entre nosotros —dijo al fin.

Dejó caer la frase como una piedra fría en un pozo profundo. Esperó a que llegara al fondo y que las ondas desapareciesen.

Todos suspiraron.

Era como si se hubiese levantado una brisa de verano. Los hombres se enderezaron un poco; las mujeres se movieron más rápidamente.

—Pero —replicó el señor Gómez echándose hacia atrás— todos somos casados. No hay solteros.

—Oh —dijeron todos, y se hundieron en el cauce vacío de la noche, y el humo se elevó en silencio.

—Entonces —dijo el señor Villanazul alzando los hombros, endureciendo la boca—, ¿tiene que ser uno de nosotros!

Otra vez sopló el viento de la noche, estremeciéndolos.

—¡No es hora de egoísmos! —declaró Villanazul—. ¡Uno de nosotros debe hacerlo! ¡O si no, pasaremos otra noche infernal!

La gente del porche se apartó del señor Villanazul, parpadeando.

—¿Usted lo haría, no es cierto, señor Villanazul? —preguntaron.

El hombre se endureció. El cigarrillo casi se le cayó de los dedos.

—Oh, pero yo... —objetó.

—Usted —dijeron los otros—. ¿Sí?

El señor Villanazul agitó febrilmente las manos.

—Tengo mujer y cinco hijos. ¡Uno aún no camina!

—Pero no hay solteros entre nosotros, y ha sido idea suya, y debe usted tener el coraje de sus convicciones, señor Villanazul —dijeron todos.

Villanazul calló, muy asustado. Echó unas rápidas miradas a su mujer.

Tina se balanceaba lentamente en el aire de la noche, mirando a su marido.

—Estoy tan cansada —se quejó.

—Tina —dijo él.

—Me moriré si no duermo —dijo Tina.

—Oh, pero, Tina —dijo él.

—Me moriré y habrá muchas flores y me enterrarán si no descanso —murmuró.

—Tiene mal aspecto —dijeron todos.

El señor Villanazul titubeó sólo un momento- Tocó los dedos calientes y flojos de su mujer. Le tocó los labios, la caliente mejilla.

Dejó el porche sin una palabra.

Podían oír sus pies que subía las polvorientas escaleras de la casa, y llegaban al tercer piso donde la señora Navárez gemía y gritaba.

Esperaron en el porche.

Los hombres encendieron nuevos cigarrillos y arrojaron lejos los fósforos, susurrando como el viento, y las mujeres se pasearon alrededor de un lado a otro, y todos hablaban con la señora Villanazul, ojerosa, apoyada contra la barandilla del porche.

—Ahora —murmuró uno de los hombres—, ¡el señor Villanazul ha llegado arriba!

Todos callaron.

—Ahora —siseó el hombre con un murmullo teatral—, ¡el señor Villanazul llama a la puerta! Tap, tap.

Todos escucharon, conteniendo el aliento.

Muy lejos se oyó un golpeteo.

—Ahora la señora de Navárez, ante esta intrusión, ¡se echa otra vez a llorar!

De arriba vino un grito.

—Ahora —imaginó el hombre, inclinado hacia adelante, moviendo delicadamente la mano en el aire—, el señor Villanazul ruega y ruega, dulcemente, en voz baja, ante la puerta cerrada.

La gente del porche alzó las barbillas, tratando de ver a través de tres pisos de madera y yeso hasta el tercer piso, esperando.

El grito se apagó.

—Ahora el señor Villanazul habla rápidamente, ruega, murmura, promete —susurró el hombre.

El grito se transformó en un sollozo, el sollozo en un gemido, y al fin no hubo más que un ruido de respiraciones y corazones que latían y oídos que escuchaban.

Luego de dos minutos de sudar y esperar, la gente del porche oyó que allá arriba se alzaba un cerrojo, se abría una puerta, y un segundo más tarde se cerraba con un murmullo.

La casa estaba en silencio.

El silencio vivía en todos los cuartos como una luz apagada. El silencio fluía como un vino fresa por los túneles de los pasillos. El silencio entraba por las puertas como una brisa fresca desde la bohardilla. Todos respiraron la frescura del silencio.

—Ah —suspiraron.

## ERAN MORENOS Y DE OJOS DORADOS

El metal del cohete se enfriaba en los vientos de la pradera. La tapa se alzó con un pop. De la relojería interior salieron un hombre, una mujer, y tres niños. Los otros pasajeros se alejaban ya, murmurando, por las praderas marcianas.

El hombre sintió que los cabellos le flotaban y que los tejidos del cuerpo se le estiraban como si estuviera de pie en el centro de un vacío. Miró a su mujer que casi parecía disiparse en humo. Los niños, pequeñas semillas, podían ser sembrados en cualquier momento, a todas las latitudes marcianas.

Los niños lo miraban, como la gente mira el sol para saber en qué hora vive.

-¿Qué anda mal? -preguntó la mujer.

-Volvamos al cohete.

-¿A la Tierra?

-¡Sí! ¡Escucha!

El viento soplabla como si quisiera quitarles la identidad. En cualquier momento el aire marciano podía sacarle a uno el alma, como una médula arrancada a un hueso blanco. El hombre se sentía sumergido en una sustancia química capaz de disolverle la inteligencia y quemarle la memoria.

Miraron las montañas marcianas que el tiempo había carcomido con una aplastante presión de años. Vieron las ciudades antiguas perdidas en las praderas, y que yacían como delicados huesos de niños entre los lagos ventosos de césped.

-Ánimo, Harry -dijo la mujer-. Es demasiado tarde. Hemos recorrido más de noventa millones de kilómetros.

Los niños de pelo amarillo llamaban al eco en la profunda cúpula del cielo marciano. Nada respondía; sólo el siseo apresurado del viento entre las briznas tiesas.

Las manos frías del hombre recogieron el equipaje. Un hombre de pie a la orilla de un mar, decidido a vadearlo, y a ahogarse,

-Vamos -dijo.

Fueron a la ciudad.

Se llamaban Bittering. Harry y su mujer Cora; Dan, Laura y David. Edificaron una casa blanca y tomaron buenos desayunos, pero el miedo nunca desapareció del todo. Acompañaba al señor Bittering y a la señora Bittering, como un intruso, en las charlas de medianoche, a la mañana, al despertar.

-Me siento como un cristal salino -decía Harry- arrastrado por un glaciar. No somos de aquí. Somos criaturas terrestres. Esto es Marte, y es para gente marciana. Escúchame, Cora, ¡compremos los pasajes para la Tierra!

Cora sacudía la cabeza.

-Algún día la bomba atómica destruirá la Tierra. Aquí estamos a salvo.

-¡A salvo, pero locos!

*Tic-toc, son las siete*, cantó el reloj parlante. *Hora de levantarse.*

Harry y Cora se levantaron.

A la mañana, Harry examinaba todas las cosas -el fuego del hogar, las macetas de geranios- como si temiera descubrir que faltaba algo. El periódico llegó caliente como una tostada en el cohete de las seis. Harry rompió el sello y puso el diario junto al plato del desayuno. Trató de mostrarse animado.

-Hemos vuelto a los días de la colonia -declaró-. Bueno, dentro de diez años habrá en Marte un millón de terráqueos. ¡Grandes ciudades, todo! Decían que fracasaríamos. Decían que los marcianos se resistirían a la invasión. ¿Pero encontramos a algún marciano? Ninguno. Oh, sí, encontramos las ciudades, pero estaban desiertas, ¿no es así? ¿No es así?

Un río de viento inundó la casa. Cuando las ventanas dejaron de temblar el señor Bittering tragó saliva y miró a los niños.

-No sé -dijo David-. Quizá haya marcianos aquí, y no los vemos. A veces, de noche me parece oírlos. Oigo el viento. La arena golpea la ventana. Me asusto. Y veo esas ciudades allá en las montañas donde vivieron hace tiempo los marcianos. Y me parece entonces que algo se mueve en esas ciudades, papá. Y me pregunto si a esos marcianos les gustará que estemos aquí. Me pregunto si no nos harán algo por haber venido.

-¡Tonterías! -El señor Bittering miró por la ventana-. Somos gente sana, decente. -Miró a sus hijos-. Todas las ciudades muertas tienen fantasmas. Recuerdos, quiero decir. -Observó las colinas-. Ves una escalera y te preguntas qué parecerían los marcianos cuando las subían. Ves pinturas marcianas y te preguntas cómo sería el pintor. Inventas así un fantasma, un recuerdo. Es perfectamente natural. La imaginación. -Hizo una pausa-. No habrás visitado las ruinas, ¿verdad?

-No, papá.

David se miró los zapatos.

-Bueno, entonces no vayas. Alcánzame el dulce.

-Sin embargo -dijo el pequeño David-, creo que aquí pasa algo.

Algo pasó aquella tarde.

Laura corrió entre las casas, llorando.

Llegó al porche tropezando como una ciega.

-¡Mamá, papá, la guerra, en la Tierra! -sollozó-. Acaba de oírse en la radio. Bombas atómicas cayeron en Nueva York. Los cohetes del espacio estallaron todos. No más cohetes a Marte, ¡nunca más!

La madre se abrazó a su marido y a su hija.

-¡Oh, Harry!

-¿Estás segura, Laura? -preguntó el padre, serenamente.

Laura lloraba.

-¡Estamos en Marte para siempre, para siempre!

Durante un largo rato sólo se oyó el sonido del viento en el atardecer.

Solos, pensó Bittering. Y apenas mil de los nuestros. Sin posibilidades de regresar. Ninguna. Absolutamente ninguna. El sudor le bañaba la cara, las manos; el calor del miedo le empapaba el cuerpo. Quería pegarle a Laura, quería gritarle: «¡No, mientes! ¡Los cohetes volverán!» En cambio la abrazó y le acarició la cabeza.

-Un día los cohetes volverán -dijo.

-Papá, ¿qué haremos?

-Ocuparnos de nuestras cosas, por supuesto. Cultivar campos, y criar hijos. Esperar. Seguir adelante hasta que la guerra termine, y los cohetes vengán otra vez.

Los dos niños entraron en el porche.

-Hijos -dijo Harry, mirando a lo lejos-. Tengo algo que decirles.

-Lo sabemos -dijeron los niños.

En los días siguientes, Bittering rondó a menudo por el jardín, a solas con su miedo. Mientras los cohetes habían tejido una tela de plata en el cielo, había podido aceptar a Marte. Siempre se decía: Mañana, si quiero, puedo comprar un pasaje y volver a la Tierra.

Pero ahora la tela había desaparecido. Las vigas derretidas y los cables sueltos de los cohetes yacían en montones, como piezas de un rompecabezas. Desterrados en el mundo extraño de Marte, de vientos de canela y aires vinosos, horneándose como hogazas de pan de jengibre en los veranos marcianos, conservados en despensas durante los inviernos marcianos. ¿Qué les pasaría a él y a los otros? Marte había estado esperando este momento. Ahora los devoraría.

Se arrodilló en el macizo de flores, con una pala en las manos nerviosas. Trabaja, pensó, trabaja y olvida.

Alzó los ojos y miró las montañas marcianas. Pensó en los antiguos y orgullosos nombres marcianos de esas cumbres. Los terrestres, caídos del cielo, habían contemplado las colinas, los ríos, los mares de Marte, todos anónimos, aunque tenían nombres. En otro tiempo los marcianos habían levantado ciudades, las habían bautizado; habían trepado a las montañas, las habían bautizado, habían navegado mares, los habían bautizado. Las montañas se

fundieron, los mares se secaron, las ciudades se derrumbaron. Sin embargo, los terrestres se habían sentido culpables cuando pusieron nuevos nombres a las colinas y valles antiguos.

El hombre vive de símbolos y de signos. Inventaron los nuevos nombres.

El señor Bittering se sintió muy solo y anacrónico al sol marciano, plantando flores terrestres en un suelo inclemente.

Piensa, sigue pensando. En otras cosas. No en la Tierra, ni en la guerra atómica, ni en los cohetes perdidos.

Transpiraba. Miró alrededor. Nadie lo veía. Se quitó la corbata. Qué audacia, pensó. Primero la chaqueta, ahora la corbata. La colgó cuidadosamente en un duraznero que había traído de Massachusetts.

Volvió a su filosofía de los nombres y las montañas. Los terrestres habían cambiado los nombres. Ahora había en Marte valles Hormel, mares Roosevelt, montañas Ford, planicies Vanderbilt, ríos Rockefeller. No estaba bien. Los colonizadores norteamericanos habían usado acertadamente los nombres de las antiguas praderas indias: Wisconsin, Minnesota, Idaho, Ohio, Utah, Milwaukee, Waukegan, Osseo. Nombres antiguos, significados antiguos.

Mirando fijamente las montañas, Bittering pensó: ¿Están ustedes ahí? ¿Ustedes, todos los muertos, los marcianos? Pues bien, aquí estamos nosotros, solos, desamparados. Vengan, échenos.

El viento sopló una lluvia de flores de durazno.

El señor Bittering tendió una mano curtida por el sol y ahogó un grito. Tocó los capullos, los recogió. Los dio vuelta, los tocó de nuevo, una y otra vez.

-¡Cora! -gritó.

Cora se asomó a la ventana. El señor Bittering corrió hacia ella.

-Cora, ¡estas flores! -Se las puso en la mano-. ¿Ves? Son distintas. Han cambiado. Ya no son flores de durazno.

-Para mí están bien -dijo Cora.

-No, no están bien. ¡Les pasa algo! No sé qué. ¡Un pétalo de más, una hoja, el color, el perfume!

Los niños aparecieron cuando el padre corría por el jardín, arrancando rábanos, cebollas y zanahorias.

-¡Cora, ven, mira!

Se pasaron de mano en mano las cebollas, los rábanos, las zanahorias.

-¿Te parecen zanahorias?

-Sí..., no. -Cora titubeó-. No lo sé.

-Han cambiado.

-Quizá.

-¡Sabes que sí! Cebollas, pero no cebollas, zanahorias, pero no zanahorias. El mismo sabor, pero distinto. Otro olor también. -El señor Bittering sintió los latidos de su propio corazón y tuvo miedo. Hundió los dedos en la tierra. -Cora, ¿qué pasa? ¿Qué es esto? Tenemos que cuidarnos. -Corrió por el jardín, tocando los árboles-. Las rosas. Las rosas. ¡Son verdes ahora!

Se quedaron mirando las rosas verdes.

Y dos días más tarde Dan llegó corriendo:

-Vengan a ver la vaca. La estaba ordeñando y entonces lo vi. Vengan, pronto.

Fueron al establo y miraron la vaca.

Le estaba creciendo un tercer cuerno.

Y frente a la casa, muy silenciosa y lentamente, el césped tomaba el color de las violetas primaverales. Una planta de la tierra, pero de color púrpura.

-Tenemos que irnos -dijo Bittering-. Si comemos esto, nos transformaremos también, quién sabe en qué. No puedo permitirlo. Sólo nos queda una cosa. Quemar las plantas.

-No están envenenadas.

-Sí, de un modo sutil, muy sutil. Un poquito, apenas. No hay que comerlas. -Miró desanimado la casa-. Hasta la casa. El viento le ha hecho algo. El aire la quemó. La niebla nocturna. Las maderas, todo tiene otra forma. Ya no es una casa terrestre.

-Oh, imaginaciones tuyas.

Harry se puso la chaqueta y la corbata.

-Me voy a la ciudad. Tenemos que hacer algo en seguida. Volveré.

-Espera, Harry -gritó la mujer.

Pero Bittering ya estaba lejos.

En la ciudad, en los escalones de la tienda de comestibles, a la sombra, los hombres sentados, con las manos en las rodillas, charlaban ociosamente.

El señor Bittering tuvo ganas de disparar una pistola al aire. ¡Qué hacen, imbéciles!, pensó. Sentados aquí. Sabrán ya que estamos clavados en este planeta. ¡Vamos, muévanse! ¿No tienen miedo? ¿Qué piensan hacer?

-Hola, Harry -dijeron todos.

-Escuchen -dijo Bittering-. Habrán oído las noticias, el otro día, ¿verdad?

Los hombres asintieron y se echaron a reír.

-Claro, Harry, claro.

-¿Y qué piensan hacer?

-Pero, Harry, no podemos hacer nada.

-¡Sí, construir un cohete!

-¿Un cohete, Harry? ¿Y volver a esa pesadilla? Oh, Harry.

-Pero ustedes *desean* volver. ¿Han visto las flores de durazno, las cebollas, el césped?

-Bueno, Harry, sí, creo que sí -dijo uno de los hombres.

-¿Y no te asustaste?

-No mucho, Harry, me parece.

-¡Idiotas!

-Vamos, Harry.

Bittering quería llorar.

-Tienen que ayudarme. Si nos quedamos aquí, todos nosotros cambiaremos. El aire. ¿No huelen? Hay algo en el aire. Un virus marciano, tal vez; una semilla, un polen. ¡Escúchenme!

Todos lo miraron.

-Sam -le dijo Bittering a uno de los hombres.

-Sí, Harry.

-¿Me ayudarás a construir un cohete?

-Harry, tengo todo un cargamento de metal y algunos planos. Si quieres trabajar en mi taller, con mucho gusto. Te venderé el metal a quinientos dólares. Trabajando solo, podrías construir un bonito cohete, en unos treinta años.

Todos se echaron a reír.

-No se rían.

Sam lo miró de muy buen humor.

-Sam -dijo Bittering-. Tus ojos...

-¿Qué pasa con mis ojos, Harry?

-¿No eran grises?

-Bueno, francamente, no recuerdo.

-Eran grises, ¿verdad?

-¿Por qué lo preguntas, Harry?

-Porque ahora son amarillentos.

-¿Sí? -dijo Sam, con indiferencia.

-Y estás muy alto y más delgado.

-Tal vez tengas razón, Harry.

-Sam, no debieras tener los ojos amarillos.

-Harry, ¿de qué color son *tus* ojos? -dijo Sam.

-¿Mis ojos? De color azul, naturalmente.

-Bueno, Harry, mira. -Sam le alcanzó un espejo de bolsillo-. Mírate los ojos.

El señor Bittering vaciló, y alzó el espejo y miró.

En las pupilas azules había débiles motitas de oro nuevo.

-Mira lo que hiciste -dijo Sam un momento después-. Rompiste el espejo.

Harry Bittering se instaló en el taller y empezó a construir el cohete. Los hombres se detenían junto a la puerta abierta y conversaban y bromeaban en voz baja. De cuando en cuando, ayudaban a Bittering cuando había que levantar una pieza demasiado pesada. Pero la mayor parte del tiempo se quedaban en la puerta sin hacer nada, mirándolo con unos ojos cada día más amarillos.

-Es la hora del almuerzo, Harry -le decían.

Cora le traía el almuerzo en una cesta de mimbre.

-No lo probaré -decía Harry-. Sólo comeré alimentos del congelador. Alimentos traídos de la Tierra. Nada de nuestra huerta.

Cora lo miró.

-No puedes construir un cohete.

-Trabajé en un taller, a los veinte años. Conozco el metal. Cuando empiece, los otros me ayudarán -dijo Bittering sin mirarla, extendiendo los planos.

-Harry, Harry -dijo Cora, desanimada.

-Tenemos que irnos, Cora. Tenemos que irnos.

El viento soplaba toda la noche en las desiertas praderas marinas, iluminadas por la luna, más allá de las ciudades ajedrezadas, tendidas en las playas desiertas desde hacía doce mil años. En la colonia terrestre, la casa de los Bittering se sacudía, cambiando.

El señor Bittering, acostado, sentía que los huesos se le movían, se transformaban, se fundían como el oro. Cora, tendida junto a él, tenía la piel bronceada por muchas tardes de sol. Era ahora morena y de ojos dorados, y los niños, metálicos en sus camas, y el viento salado rugía cambiando entre los viejos durazneros, el césped violeta, sacudiendo los pétalos verdes de las rosas.

El miedo del señor Bittering era incontenible. Le apretaba la garganta y el corazón. Le rezumaba en la humedad del brazo, de la sien, de la palma temblorosa.

En el este apareció una estrella verde.

Una palabra extraña brotó de los labios del señor Bittering.

-*Iorrt. Iorrt* -repitió.

Era una palabra marciana. El señor Bittering no sabía marciano.

Se levantó en medio de la noche y llamó a Simpson, el arqueólogo.

-Simpson, ¿qué significa la palabra *Iorrt*?

-Bueno, es el antiguo nombre marciano del planeta Tierra. ¿Por qué?

-Nada en especial.

El teléfono se le cayó de las manos.

-Hola, hola, hola, hola -seguía diciendo el aparato mientras Bittering miraba fijamente la estrella verde:- ¿Bittering? ¿Harry? ¿Estás ahí?

Los días estaban llenos de ruidos metálicos. Ayudado de mala gana por tres hombres, Bittering montó el armazón del cohete. Al cabo de una hora se sintió muy fatigado y tuvo que sentarse a descansar.

-La altura -comentó uno de los hombres jocosamente.

-Dime, Harry, ¿tú comes? -preguntó otro.

-Sí, como -dijo Bittering, colérico.

-¿Del congelador?

-¡Sí!

-Estás más delgado, Harry.

-¡No es verdad!

-Y más alto.

-¡Mientes!

Unos días después, Cora lo llevó aparte.

-Harry, las provisiones congeladas se acabaron. No queda absolutamente nada. Tendré que prepararte unos sandwiches con comida de Marte.

Harry se desplomó en una silla.

-Tienes que comer, Harry -dijo Cora-. Estás débil.

-Sí -dijo Bittering.

Tomó un sandwich, lo abrió, lo miró, y empezó a mordisquearlo.

-¿Por qué no descansas hoy? -dijo Cora-. Hace calor. Los chicos quieren ir a nadar a los canales y pasear. Ven con nosotros.

-No puedo perder tiempo. Estamos en un momento crítico.

-Una hora, nada más -insistió Cora-. Te hará bien nadar un rato.

Harry se puso de pie, sudoroso.

-Bueno, bueno. Déjame solo. Iré.



-Me alegro mucho, Harry.

El día era sereno, el sol ardiente. Un incendio inmenso, único, inmutable. Caminaron a lo largo del canal: el padre y la madre; los niños correteaban en trajes de baño. Hicieron un alto y comieron sandwiches de carne. Bittering miró la piel bronceada y los ojos amarillos de Cora y los niños, los ojos que antes no habían sido amarillos. Sintió un temblor, que desapareció en oleadas de calor mientras descansaba al sol. Estaba demasiado cansado para sentir miedo.

-Cora, ¿desde cuándo tienes los ojos amarillos?

Cora parecía perpleja.

-Siempre los tuve así, creo.

-¿No eran castaños? ¿No cambiaron de color en los tres últimos meses?

Cora se mordió los labios.

-No. ¿Por qué?

-No tiene importancia.

Hubo un silencio.

-Los ojos de los chicos -dijo Harry-. También son amarillos.

-A los niños, cuando crecen, les cambia el color de los ojos.

-Quizá también nosotros seamos niños. Al menos para Marte. Es una idea. -Bittering se echó a reír-. Creo que voy a nadar.

Saltaron al agua, y Bittering se dejó ir, hasta el fondo, como una estatua dorada, y allí descansó, en el silencio verde. Todo era agua serena y profunda, todo era paz. Sintió que la corriente lenta y firme lo llevaba fácilmente.

Si me quedo aquí bastante tiempo, pensó, el agua me abrirá y carcomerá la carne hasta mostrar los huesos de coral. Sólo quedará mi esqueleto. Y luego el agua hará cosas con mi esqueleto: cosas verdes, cosas acuáticas, cosas rojas, cosas amarillas. Cambios. Cambios. Cambios lentos, profundos, silenciosos. ¿Y no es lo mismo *allá, arriba*?

Miró el cielo sumergido sobre él, el sol que era ahora marciano, en otra atmósfera, otro tiempo y otro espacio.

Allá arriba, un río inmenso, pensó, un río marciano, y todos nosotros en el fondo, en nuestras casas de guijarros, en hundidas casas de piedra, como cangrejos ocultos, y el agua que nos limpia los viejos cuerpos y nos alarga los huesos y...

Se dejó ir a la superficie a través de la luz suave.

Dan, sentado en el borde del canal, miraba a su padre seriamente.

-*Utha* -dijo.

-¿Cómo? -preguntó el padre.

El chico sonrió.

-Bueno, papá, tú sabes. *Utha* en marciano significa padre.

-¿Dónde lo aprendiste?

-No lo sé. Por ahí. ¡*Utha*!

-¿Qué quieres?

El chico vaciló.

-Quiero..., quiero cambiarme el nombre.

-¿Cambiártelo?

-Sí.

La madre se acercó nadando.

-¿Qué tiene de malo el nombre Dan?

Dan se tironeaba de los dedos.

-El otro día tú me llamaste: Dan, Dan, Dan. Ni siquiera te oí. Ése no es mi nombre, pensé. Tengo un nombre nuevo.

El señor Bittering se tomó del borde del canal. Tenía el cuerpo frío, y el corazón le golpeaba lentamente.

-¿Qué nombre nuevo?

-*Linnl*. ¿No es bonito? ¿Puedo usarlo? Papá, por favor.

El señor Bittering se llevó la mano a la cabeza. Recordó el cohete absurdo, se vio trabajando a solas. Estaba solo hasta entre su propia familia, tan solo...

Oyó la voz de su mujer.

-¿Por qué no?

Y se oyó decir:

-Sí, puedes usarlo.

-¡Yaaa! -gritó el chiquillo-. Soy *Linnl. Linnl.*

Corría por la pradera, bailando y gritando.

El señor Bittering miró a su mujer,

-¿Por qué lo hicimos?

-No lo sé -dijo ella-. Me pareció una buena idea.

Fueron hacia las colinas. Pasearon por los viejos senderos de mosaicos, junto a las fuentes todavía vivas. Durante todo el verano una película de agua helada cubría los senderos. Chapoteando como en un arroyo, vadeando, los pies descalzos estaban siempre frescos.

Llegaron a una villa marciana con una hermosa vista al valle, en lo alto de un cerro. Vestíbulos de mármol azul, murales inmensos, una piscina. Una casa fresca en el caluroso estío. Los marcianos no habían creído en las grandes ciudades.

-Que bueno -dijo la señora Bittering- si pudiésemos instalamos aquí, en esta villa, a pasar el verano.

-Ven -dijo el señor Bittering-. Volvamos a la ciudad. Tengo que trabajar en el cohete.

Pero esa noche, mientras trabajaba, recordó la fresca villa de mármol azul. A medida que transcurrían las horas, el cohete le parecía menos importante.

Pasaron días, semanas, y el cohete quedó relegado, olvidado. La antigua fiebre había desaparecido. El señor Bittering se asustaba pensando cómo se había dejado estar. Pero el calor, la atmósfera, las condiciones de trabajo...

Oyó a los hombres que cuchicheaban en el porche del taller.

-Todo el mundo se marcha. ¿Te enteraste?

-Sí, todos se marchan. Y está bien así.

Bittering salió.

-¿Adónde se marchan?

Vio un par de camiones, cargados de niños y de muebles, que se alejaban por la calle polvorienta.

-A las villas -dijo el hombre.

-Sí, Harry. Yo también me marché. Y Sam, ¿no es cierto, Sam?

-Por supuesto. ¿Y tú, Harry?

-Tengo que trabajar, aquí.

-¡Trabaja! Podrías terminar el cohete en el otoño, cuando el tiempo es más fresco.

Bittering tomó aliento.

-Ya tengo lista la armazón.

-En el otoño será mucho mejor.

Las voces eran indolentes en el calor.

-Tengo que trabajar -dijo Bittering.

-En el otoño -insistieron los otros.

Y parecían tan sensatos, tan lógicos.

En otoño será mejor, pensó Bittering. Tengo tiempo de sobra.

¡No!, gritó una parte de sí mismo, muy adentro, desplazada, encerrada, sofocándose. ¡No!  
¡No!

-En el otoño -dijo.

-Vamos, Harry -dijeron todos.

-Sí -dijo Bittering, sintiendo que la carne se le fundía en el líquido aire caliente-. Sí, en el otoño. Entonces empezaré a trabajar de nuevo.

-Conseguí una villa cerca del canal *Tirra* -dijo un hombre.

-Te refieres al canal Roosevelt, ¿verdad?

-*Tirra*. El antiguo nombre marciano.

-Pero en el mapa...

-Olvidate del mapa. Ahora es *Tirra*. Bueno, descubrí un lugar en las montañas *Pillan*...

-La cordillera Rockefeller, querrás decir -observó Bittering.

-Las montañas *Pillan* -repitió Sam.

-Sí, sí -dijo Bittering, hundido en el aire caliente, hormigueante-. Las montañas *Pillan*.

Todos ayudaron a cargar el camión en la tarde calurosa y apacible del día siguiente. Laura, Dan y David llevaban paquetes. O, como ellos preferían que los llamasen, *Ttil*, *Linnl* y *Werr* llevaban paquetes.

Los muebles quedaron abandonados en la casa blanca.

-Quedaban muy bien en Boston -dijo la madre-, Y aquí, en la cabaña. Pero allá arriba, en la villa... No. Los dejaremos aquí para nuestra vuelta, en el otoño.

Bittering no decía nada.

-Tengo algunas ideas para el mobiliario de la villa -dijo después de un rato-. Muebles cómodos, grandes.

-¿Y tu enciclopedia? Me imagino que querrás llevarla.

El señor Bittering apartó los ojos.

-Vendré a buscarla la semana que viene.

Los padres se volvieron hacia Laura.

-¿Qué harás con los vestidos que te compramos en Nueva York? ¿Piensas llevarlos?

La niña los miró perpleja.

-¿Para qué? No. No los necesito.

Cerraron el gas, el agua, atrancaron las puertas y se alejaron. El padre echó una mirada al camión.

-Diantre, no llevamos casi nada -dijo-. Trajimos tantas cosas a Marte, y esto cabe en un puño.

Puso en marcha el camión.

Miró largamente la casa blanca, y tuvo el deseo de correr hacia ella, de tocarla, de decirle adiós, porque sentía que partía en un largo viaje, que abandonaba algo que nunca recuperaría, que nunca comprendería.

En ese momento Sam y su familia pasaron en otro camión.

-¡Hola, Bittering! ¡Aquí vamos!

El camión avanzó bamboleándose por la antigua carretera hacia las afueras de la ciudad. Otros sesenta camiones iban en la misma dirección. En el pueblo flotó un polvo grávido, silencioso. Las aguas azules del canal resplandecían al sol, y un viento sereno movía los árboles raros.

-¡Adiós, pueblo! -dijo el señor Bittering.

-Adiós, adiós -dijo la familia, agitando los brazos.

No miraron hacia atrás.

El verano reseco los canales. El verano avanzó como una llama por encima de las praderas. En la desierta colonia terrestre, la pintura de las casas se resquebrajó y descascaró. Los neumáticos de automóvil que habían sido las hamacas de los niños, en los jardines, colgaban como relojes de péndulo, detenidos en el aire ardiente.

En el taller el casco del cohete empezó a enmohecerse.

Había llegado el otoño. Desde la escarpa que coronaba la villa, el señor Bittering, muy moreno ahora, con los ojos muy dorados, contemplaba el valle.

-Es hora de regresar -dijo Cora.

-Sí, pero no iremos -dijo Bittering con calma-. No queda nada allí.

-Tus libros -dijo ella-. Tus ropas buenas. Tus *lles* y tus *ior uele rre*.

-La ciudad está desierta. Nadie regresa -dijo Bittering-. No hay ninguna razón para volver, ninguna.

La hija tejía tapices y los hijos tocaban canciones en flautas y gaitas antiguas. Las risas resonaban en la villa de mármol.

El señor Bittering echó una mirada a la colonia terrestre, en la profundidad del valle.

-Qué casas tan absurdas, tan ridículas edifican los hombres de la Tierra.

-No conocían nada mejor -murmuró la mujer-. Qué gente tan fea. Me alegra que se hayan ido.

Se miraron, sorprendidos por lo que acababan de decir. Se rieron.

-¿Adónde se han ido? -se preguntó Bittering en voz alta.

Miró de soslayo a su mujer. Dorada y esbelta como la hija. Cora lo miró a su vez, y él también parecía casi tan joven como el hijo mayor.

-No lo sé -dijo Cora.

-Tal vez el año próximo, o el otro, o el siguiente, regresemos al pueblo -dijo Bittering, con calma-. Ahora..., tengo calor. ¿Te gustaría nadar un rato?

Dieron la espalda al valle. Tomados del brazo, caminaron silenciosamente por un sendero de aguas claras y primaverales.

Cinco años más tarde cayó un cohete del cielo. Se posó, humeando, en el valle. Unos hombres descendieron gritando.

-¡Ganamos la guerra! ¡Hemos venido a rescatarlos! ¡Eh!

Pero el pueblo norteamericano, el pueblo de durazneros y teatros estaba mudo. En un taller vacío encontraron la armazón de un cohete, cubierta de herrumbre.

La tripulación recorrió las colinas. El capitán había establecido sus cuarteles en un bar abandonado. El teniente llegó con el informe.

-El pueblo está desierto, pero encontramos nativos en las colinas, señor. Gente muy morena. De ojos amarillos. Marcianos. Muy amables. Hablamos un poco con ellos, no mucho. Aprenden inglés rápidamente. Creo que nuestras relaciones serán sumamente cordiales.

-¿Morenos, eh? -murmuró el capitán. -¿Cuántos?

-Seiscientos, ochocientos quizá. Viven en las ruinas de mármol de las montañas, señor. Altos, sanos. Mujeres muy hermosas.

-¿No le dijeron qué les pasó a los terrestres que fundaron la colonia, teniente?

-No tienen la más remota idea.

-Curioso. ¿Le parece que los marcianos pueden haberlos matado?

-Parecen gente muy pacífica. Una peste probablemente, señor.

-Tal vez. Se me ocurre que nunca lo sabremos. Será cómo uno de esos misterios de los que hablan los libros.

El capitán miró el cuarto, las ventanas polvorientas, las montañas azules que se alzaban a lo lejos, los canales que se movían a la luz, y oyó el viento suave en el aire. Se estremeció. Luego, recobrándose, tocó con los dedos un mapa grande y nuevo que había desplegado sobre una mesa.

-Hay mucho que hacer, teniente. -La voz se arrastró mientras el sol se ponía detrás de las colinas azules-. Nuevas colonias. Minas, prospección de minerales. Especímenes bacteriológicos. Trabajo, tanto trabajo. Los viejos archivos se han perdido. Será una verdadera tarea dibujar los mapas, poner nuevos nombres a las montañas, a los ríos, a todo. Necesitamos imaginación... ¿Qué le parece si a estas montañas las llamamos las montañas Lincoln, a este canal el canal Washington, a estas colinas..., a estas colinas podemos ponerle el nombre de usted, teniente. Diplomacia. Y usted, en cambio, puede darle mi nombre a un pueblo. Cortesía ante todo. ¿Y por qué no llamar a esto el valle Einstein y a aquello...? Teniente, ¿me escucha?

El teniente apartó bruscamente los ojos del color azul y de la bruma serena de las colinas, más allá del pueblo.

-¿Cómo? ¡Oh, sí, sí, señor!

FIN

Título Original: *Dark They Were, and Golden-Eyed* © 1949.

Traducción de Francisco Abelenda.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.

# FÉNIX BRILLANTE

(Bright Phoenix)

## *PREFACIO:*

*En el año 1.947, cuando Ray Bradbury trataba de ser Ray Bradbury (faltaban tres años para ver publicadas sus Crónicas Marcianas), escribió un relato que fue sistemáticamente rechazado por todas las revistas a las que su autor tuvo a bien presentarlo. Este relato fue a parar al arcón de obras rechazadas (arcón que todo escritor tiene en su casa) hasta que pudo ser felizmente rescatado y publicado en el número de mayo de 1.963 de Fantasy & Science Fiction (maravilloso número dedicado en exclusiva a Ray Bradbury). Aunque Domingo Santos lo tradujo y lo incluyó en su antología Llorad por Nuestro Futuro, publicada por Acervo en 1.978, esta versión está traducida directamente de dicho número del Fantasy.*

Era un día de abril del año 2.022, la gran puerta de la biblioteca restalló, secamente, como un trueno. Hey, pensé.

Jonathan Barnes estaba en las cortas escaleras que ascendían hasta mi escritorio, enfundado en su uniforme de la Legión Unida que le caía tan mal como hacía veinte años.

Su altanera agresividad, marcada en su pausa, trajo a mi mente los diez mil discursos a los Veteranos que habían surgido de su boca en los innumerables desfiles en los que había participado, sudando y resoplando, en los banquetes de patriotas a base de pollo frío y guisantes, seguramente cocinados por él mismo, en todos sus proyectos abortados.

Jonathan Barnes subió con pesadez los peldaños de la escalera, marcando en cada pisada todo el peso de su corpulencia y de su recién adquirida autoridad. Los ecos, repercutiendo en la alta bóveda, le hicieron sin duda darse cuenta de lo burdo de sus modales ya que, cuando llegó junto a mi escritorio, su voz impregnada en alcohol fue apenas un susurro junto a mi rostro.

–Vengo a por los libros, Tom.

Rebusqué entre mis fichas-índice de forma casual.

–Ya le llamaré cuando estén preparados.

–Espere un momento... –dijo.

–Supongo que se refiere a los libros para la Obra Social de los Veteranos, ¿no?, para distribuir entre los hospitales.

–No, no –gritó–. He venido a por todos los libros.

Le miré, sin decir nada.

–Bueno –dijo–, casi todos.

Estuve a punto de parpadear mientras continuaba buscando entre las fichas-índice.

–La norma son diez volúmenes máximo por persona y vez. Aquí está. Además, su tarjeta de lector caducó cuando usted tenía treinta años... hace otros treinta años de ello. ¿Lo ve? –le tendí su ficha.

Barnes apoyó ambas manos en el escritorio e inclinó hacia mí su enorme corpachón.

–Lo que veo es que está usted intentando interferir –dijo. Su rostro se encendió, empezó a jadear–. ¡No necesito ninguna tarjeta de lector para efectuar mi trabajo!

Seguía hablando en susurros, pero había alzado la voz lo suficiente como para que una mirada de páginas blancas suspendieran sus aleteos bajo la luz verdosa de las lámparas en las enormes estancias de paredes de piedra. Algunos libros se cerraron con un sordo y casi imperceptible ruido.

Varios lectores alzaron unos rostros apacibles. Sus ojos, calmados por la quietud y el recogimiento de aquel lugar, pedían silencio, como los del tigre cuando acude a beber a las aguas tranquilas. Viendo aquellos ojos vueltos hacia nosotros, esos rostros serenos, pensé en los cuarenta años en que había vivido, trabajado, incluso dormido allí, entre las silenciosas vidas arropadas en terciopelo de todos aquellos personajes imaginarios. Siempre había considerado mi biblioteca, y la seguía considerando, como un oasis de frescor donde, procedentes del ruido y la febril actividad diaria, los hombres acudían a bañar sus mentes y a refrescar sus cuerpos en la verdosa luz y en la suave brisa de las páginas al ser giradas. Tras lo cual, ya más centrados, con las ideas más claras y los cuerpos más relajados, podían sumergirse de nuevo

en el ardiente horno de la realidad, la noche, el tráfico, la improbable vejez, la inevitable muerte. He visto a cientos de ellos penetrar en mi biblioteca con ojos alucinados para verlos salir después relajados y tranquilos. He visto a gentes buscándose en vano a sí mismas y hallando aquí la serenidad. He visto a realistas sumergirse aquí en el sueño y a soñadores hallar finalmente la realidad, en este refugio de piedra y mármol donde cada libro está marcado por el silencio.

–Sí –dije finalmente–. No le llevará mucho tiempo registrarse de nuevo. Rellene esta ficha y traiga dos referencias que sean solventes...

–No necesito referencias –dijo Jonathan Barnes–. ¡No para quemar libros!

–Al contrario –dije–. Para eso va a necesitar más.

–Mis hombres son mis referencias. Están fuera, esperando a los libros. Son peligrosos.

–Esos hombres siempre lo son.

–No, no, me refiero a los libros, estúpido. Los libros son peligrosos. Buen Dios, no hay dos que piensen lo mismo. Siempre los mismos malditos dobles sentidos. Siempre la misma torre de Babel y la misma saliva malgastada. Nosotros estamos aquí para clarificar, para simplificar, para sanear. Necesitamos...

–Perdón –dije, tomando un ejemplar de Demóstenes bajo mi brazo–. Es la hora de mi comida. ¿Me acompaña?

Estaba ya a medio camino de la puerta cuando Barnes, con los ojos desorbitados, pareció recordar el silbato de plata que colgaba de su cinturón; lo llevó hasta sus labios y lanzó un prolongado pitido.

Las puertas de la biblioteca se abrieron bruscamente. Una marea de hombres uniformados de negro penetraron ruidosamente escaleras arriba.

Les llamé la atención, con suavidad. Se detuvieron, sorprendidos.

–Sin hacer ruido –les indiqué

Barnes me sujetó del brazo.

–¿Se está oponiendo usted a nuestra actuación?

–No –dije–. Ni siquiera voy a pedirles la orden que les autoriza a esta invasión. Lo único que les pido es que guarden silencio mientras trabajan.

Los lectores se habían levantado de sus mesas ante el estrepitoso resonar de las pisadas. Les indiqué que volvieran a sentarse. Se enfrascaron de nuevo en sus lecturas, sin que ninguno volviera a levantar la vista hacia aquellos hombres, impecablemente uniformados de negro, que me miraban con una no fingida estupefacción. Barnes hizo un gesto con la cabeza. Los hombres avanzaron entonces con cuidado, de puntillas, hacia las distintas salas de la gran biblioteca. Con precaución extrema, procurando no hacer el menor ruido, abrieron las ventanas. Hablaban en susurros, tomaban los libros de sus estanterías y los iban arrojando al patio de abajo, todo en el más completo silencio. De tanto en tanto lanzaban miradas furtivas a los lectores que, iban volviendo las páginas de sus libros con tranquilidad, aunque ninguno osó tomar aquellos volúmenes, limitándose a vaciar las estanterías.

–Bien –dije.

–¿Bien? –repitió Barnes.

–Sus hombres pueden trabajar sin usted. Vamos fuera.

Y salí tan rápidamente que no tuvo más remedio que seguirme, ardiendo con preguntas no formuladas. Atravesamos el césped que rodeaba el edificio, allí había sido montado un horno portátil, una enorme parrilla negra de donde surgían rojizos chorros que se convertían en azuladas llamas, a las cuales los hombres precipitaban los pájaros silvestres y las aterciopeladas palomas que alzaban el vuelo en un frenético batir de alas antes de caer heridos de muerte, consumiéndose entre las terribles llamas. De todas las ventanas surgían aterrorizados pájaros, que caían al suelo y eran empapados en gasolina antes de ser arrojados a las destructivas y coloreadas llamas.

–Es extraño –murmuró Barnes, sorprendido–. Debería haber una multitud contemplando un espectáculo como este. Sin embargo no hay nadie. ¿Cómo lo explica usted?

Lo dejé con la palabra en el aire. Tuvo que correr para alcanzarme.

Llegamos al pequeño café del otro lado de la calle. Me senté a una mesa y Barnes, irritado, sin ningún motivo aparente, comenzó a gritar en cuanto ocupamos nuestras sillas:

–¡Camarero! ¡Rápido, he de volver inmediatamente al trabajo!

Walter, el propietario, se acercó con el menú en la mano.

Walter me miró.

Le guiñé un ojo.

Walter miró a Jonathan Barnes.

Walter dijo:

–Ven conmigo y sé mi amor, y probaremos de la felicidad el ardor.  
 –¿Qué? –Jonathan Barnes parpadeó.  
 –Llámeme Ismael –dijo Walter.  
 –Ismael –dije–, empezaremos con un café.  
 Walter volvió con el café.  
 –Tigre, tigre, brillante has de arder –dijo–, en la penumbra del bosque, al anochecer.  
 Barnes se quedó mirando al hombre que se alejaba con un paso casual.  
 –¿Qué demonios le ocurre? ¿Está loco?  
 –No –dije–. Pero sigamos con lo que me decía en la biblioteca. Explíqueme.  
 –¿Explicar? –dijo Barnes–. Dios mío, todos quieren saber las razones. Está bien, se lo explicaré: es un experimento de importancia capital. Esta ciudad nos servirá de prueba, si la quema de libros funciona aquí, funcionará en todas partes. No lo quemamos todo, no, no. Se habrá dado cuenta de que mis hombres tan sólo desalojan ciertas categorías de libros. Eliminamos alrededor de un 49'2 por ciento. Luego informaremos del éxito al comité central del gobierno...  
 –Excelente –dije.  
 Barnes se quedó mirándome fijamente.  
 –¿Cómo puede estar usted tan alegre?  
 –El problema de cualquier biblioteca –indiqué– es dónde meter los libros. Usted me ayuda a resolverlo.  
 –Creí que usted evidenciaría... miedo.  
 –Siempre he estado rodeado de gentuza.  
 –¿Perdón?  
 –Todas las cosas tienen nombre. Los que queman libros son gentuza.  
 –¡Maldita sea, soy el Jefe Censor de Green Town, Illinois!  
 Llegó un nuevo camarero, portando una humeante cafetera.  
 –Hola, Keats –dije.  
 –La estación de las brumas y el dulzor de la fruta madura –dijo el camarero.  
 –¿Keats? –preguntó el Jefe Censor–. Su nombre no es Keats.  
 –Oh, qué tonto soy –dije–. Este es un restaurante griego. ¿No es cierto, Platón?  
 El muchacho llenó mi taza.  
 –El pueblo dispone siempre de algún campeón que empuja hacia adelante y lo alimenta de grandezas... Esta y no otra es la raíz de la cual surge el tirano; cuando aparece el primero, es un protector.  
 Barnes se inclinó hacia adelante para mirar mejor al camarero que permaneció inmutable. Luego tomó su café y sopló.  
 –Como le decía, nuestro plan es tan simple como el que uno más uno son dos...  
 –Casi nunca he conocido a un matemático que fuera capaz de razonar –dijo el muchacho.  
 –¡Maldita sea! –Barnes dejó su taza sobre la mesa, con brusquedad–. ¡Paz! Lárgate de aquí antes de que pierda la paciencia, Keats, Platón... Holdridge, este es tu nombre. Ahora lo recuerdo: ¡Holdridge!  
 ¿Qué es toda esa jerga?  
 –Sólo imaginación –dije–. Vanidad.  
 –Maldita sea la imaginación y al infierno con la vanidad. Puede usted comer solo si quiere, me largo inmediatamente de esta casa de locos.– Y Barnes se tragó el café de un sorbo, mientras el dueño y el camarero lo miraban y al otro lado de la calle el fuego ardía con orgullo en las entrañas de la monstruosa parrilla. Nuestras silenciosas miradas hicieron que Barnes se estremeciera, con la taza en una mano y una gota de café colgando de su mentón.  
 –¿Por qué? ¿Por qué no gritan? ¿Por qué no luchan contra mí?  
 –Yo estoy luchando –dije, tomando el libro que había traído bajo mi brazo. Lo abrí por la página que decía DEMÓSTENES, dejé que Barnes viera bien el nombre, la enrollé en forma de cigarro, la prendí, contemplé la creciente llama y murmuré—: Aunque el hombre pueda escapar a todos los demás peligros, jamás podrá escapar completamente a aquellos que no reconocen, a una persona como él, el derecho a existir.  
 Barnes saltó, de pie, gritando, me arrancó el “cigarro” de la mano, lo pateó, y el salió del lugar dando un portazo.  
 Lo único que podía hacer era seguirle.  
 En la puerta, Barnes tropezó con un hombre ya anciano que entraba en el café. El viejo estuvo a punto de caer. Lo sostuve del brazo.  
 –Profesor Einstein –dije.

–Señor Shakespeare –respondió.

Barnes huyó.

Lo encontré de nuevo en el césped ante la antigua y hermosa biblioteca, donde los hombres de negro desprendían olor a gasolina a cada movimiento y seguían transportando brazadas de palomas abatidas, de moribundos faisanes, todo un otoño de oro y plata que caía de las altas ventanas. Y todo silenciosa, pausadamente. Mientras esta tranquila y casi serena pantomima continuaba, Barnes permanecía inmóvil, gritando en silencio, ahogando los gritos que pugnaban por surgir por entre sus dientes apretados, su lengua, sus labios, sus mandíbulas, acallándolos de modo que nadie los pudiera oír. Pero los gritos surgían igualmente de sus ojos muy abiertos, en relámpagos que estallaban en sus puños crispados y daban color a su rostro, ahora blanco, ahora rojo, mientras me miraba fijamente, miraba al café, a su maldito propietario y al terrible camarero que, desde la puerta, le hacían gestos amigables. El incinerador de Baal saciaba su enorme apetito, esparciendo chispas por todas partes, y Barnes contemplaba aquel ciego sol rojo que ardía y llameaba en su estómago.

–Ustedes –dije con voz suave a los hombres de negro, se detuvieron–. Recuerden las Ordenanzas Municipales: se cierra a las nueve en punto. Por favor, procuren terminar antes de entonces. No me gustaría quebrantar la ley... Buenas noches, señor Lincoln.

–Ochenta –dijo un hombre, pasando a nuestro lado–, y siete años...

–¿Lincoln? –el Jefe Censor se giró, lentamente–. Ese es Bowman. Charlie Bowman. Le conozco, Charlie, venga aquí un momento... Charlie... ¡Chuck!

Pero el hombre se había alejado, y los coches pasaban, y de tanto en tanto, mientras el fuego seguía ardiendo, algunos hombres me saludaban y yo les saludaba, y era “¡Hola señor Poe!”, o un gesto amable a algún extranjero cuyo nombre sonaba algo así como Freud, y nuestras voces eran alegres al saludarnos, y el señor Barnes se estremecía cada vez como si fuera atravesado por un dardo de fuego que continuara ardiendo en su interior y consumiera su vida. Y nadie se detenía a ver el espectáculo.

De pronto, por alguna razón oculta, el señor Barnes cerró los ojos, abrió mucho la boca, inspiró profundamente y gritó:

–¡Alto!

Los hombres, en el piso de arriba, dejaron inmediatamente de arrojar libros por las ventanas.

–Pero –dije–, aún no es la hora de cerrar.

–¡Es la hora de cerrar! ¡Todo el mundo fuera! –Profundos pozos habían devorado las pupilas de Jonathan Barnes. Hizo una seña, indicando que bajaran. Obedientes, todas las ventanas descendieron como otras tantas guillotinas, y se oyó el ruido de las contraventanas al cerrarse.

Los hombres de negro, la sorpresa reflejada en sus semblantes, descendieron y salieron fuera.

–Jefe Censor –metí en su mano la llave que no quería aceptar, le obligué a tomarla–, vuelva usted mañana, mantenga el silencio y termine con su trabajo.

Sus ahora insondables y vacíos ojos intentaron en vano mantener mi mirada.

–¿Cuánto... cuánto tiempo hace que dura...?

–¿Esto?

–Esto... y... esto... y ellos.

Intentó, sin éxito, señalar el café, los coches que pasaban, los tranquilos lectores que salían ahora de la acogedora biblioteca, saludando con la cabeza cuando pasaban a nuestro lado en el frío aire del anochecer, amigos, todos ellos amigos míos. Sus ciegos y crispados ojos devoraron la oscuridad que era ahora mi rostro, su lengua paralizada murmuró no sin esfuerzo:

–¿Creen ustedes, estúpidos, que van a engañarme a mí, a mí, a mí?

No contesté.

–¿Cómo pueden estar seguros –dijo– de que no voy a quemar gente, como ahora quemo libros?

No contesté.

Lo dejé de pie, inmóvil, allá en medio de la noche.

En la biblioteca, comprobé los últimos volúmenes de los que se iban, mientras la noche llegaba finalmente y la gran máquina de Baal seguía vomitando la humareda de su mugriento fuego sobre el alto césped allá donde el Jefe Censor permanecía inmóvil como una estatua de cemento, sin ver siquiera cómo sus hombres se marchaban. Su puño se levantó bruscamente y algo rápido y brillante fue a golpear contra el cristal de la puerta de entrada. Luego Barnes se giró y se fue tras el Incinerador que resonaba contra el pavimento, una panzuda urna funeraria que dejaba tras ella jirones de negros velos de duelo, humo, y olor a papel quemado.

Me senté y escuché.



En las salas de lectura más alejadas, sumidas en una débil penumbra, se oía aún un suave y otoñal tornar de hojas, el sonido de un brisa ligera, movimientos infinitesimales, el gesto de una mano, el destello de un anillo, el brillar de una pupila vivaz como la de una ardilla. Algún viajero nocturno se había demorado entre las estanterías ahora medio vacías. Con una tranquila serenidad, las aguas se deslizaban suavemente hacia un quieto y distante mar. Mi gente, mis amigos, uno por uno, salían del acogedor mármol, de la cálida luz verdosa, a una noche mejor de lo que nunca me hubiera atrevido a esperar.

A las nueve, salí para recoger la llave que Barnes había arrojado contra la puerta. Acompañé al último lector, un hombre viejo, hasta fuera, y mientras cerraba aspiró a pleno pulmón el frío aire, miró a la ciudad, a la hierba amarilleada por las chispas, y dijo:

—¿Crees que volverán?

—Dejemos que lo hagan. Ya estamos preparados para recibirlos, ¿no?

El anciano sujetó mi mano.

—Y el lobo cohabitará con el cordero, y el leopardo yacerá con el antílope, y el ternero y el joven león andarán juntos.

Bajamos juntos los últimos peldaños.

—Buenas noches, Isaías —dije.

—Buenas noches, señor Sócrates —dijo.

Y cada cual tomó su camino en la oscuridad.

*POSTFACIO (es absurdo que no exista esta palabra):*

*Sí, este relato es el embrión de lo que, seis años después, en 1.953, se convertiría en Fahrenheit 451. Puede ser simple, puede ser sólo una curiosidad, puede ser muchas cosas, pero sólo por una de sus frases ya creo que vale la pena. Una frase que, desgraciadamente, resume la actitud de muchas personas desde el principio de los tiempos hasta nuestros días:*

*“¿Cómo pueden estar seguros de que no voy a quemar gente, como ahora quemo libros?”*

## ÍCARO MONTGOLFIER WRIGHT

Estaba acostado y el viento que entraba por la ventana le soplaba en los oídos y en la boca entreabierta, murmurándole, mientras él soñaba. Era como el viento del tiempo, que ahondaba las cavernas de Delfos para decir lo que era necesario decir, de ayer, hoy y mañana. A veces una voz gritaba en la lejanía, a veces dos, una docena, toda una raza de hombres gritaba por su boca, pero las palabras eran siempre las mismas:

-¡Miren! ¡Aquí! ¡Arriba!

Pues de pronto, él, ellos, uno o muchos, se alzaban en sueños, y volaban. El aire se extendía en un mar tibio y suave donde él nadaba, incrédulo.

-¡Miren! ¡Aquí, arriba!

Pero él no le pedía al mundo que mirara, sólo quería alertar a sus propios sentidos para que vieran, olieran, gustaran, tocaran el aire, el viento, la luna que subía. Nadaba solo en el cielo. La Tierra pesada había desaparecido.

Pero espera, pensó, espera un momento.

Esta noche..., ¿qué noche es esta?

La noche anterior, por supuesto. La noche anterior al vuelo del primer cohete a la Luna. Fuera, en el suelo recocado del desierto, a cien metros de este cuarto, el cohete me espera.

Bien, ¿me espera de veras? ¿Hay realmente un cohete?

Aguarda, pensó, y se volvió de cara a la pared, sudando, con los ojos cerrados, y murmurando entre dientes: ¡Tienes que estar seguro! Tú, ahora. ¿Quién eres?

¿Yo?, pensó. ¿Mi nombre?

Jedediah Prentiss, nacido en 1938, graduado en 1959, nombrado piloto de cohete en 1965. Jedediah Prentiss... Jedediah.

El viento le arrebató el nombre. Estiró la mano tratando de alcanzarlo, gritando.

Luego, ya sereno, esperó a que el viento le devolviera el nombre. Esperó largo rato y sólo hubo silencio, y el corazón le latió mil veces, y luego sintió el movimiento.

El cielo se abrió como una flor azul y delicada. El mar Egeo agitó unos abanicos blandos y blancos en una distante marea vinosa.

En las olas que batían la playa, oyó su nombre.

*Ícaro.*

Y otra vez en un murmullo apagado:

*Ícaro.*

Alguien le sacudió el brazo y era su padre que lo llamaba y alejaba la noche. Y él, acostado, pequeño, vuelto a medias hacia la playa y el cielo profundo, sintió que el primer viento de la mañana encrespaba las plumas doradas, embebidas en cera ambarina, junto a su cama. Unas alas doradas se movían, casi vivas, en los brazos de su padre, y el muchacho sintió que el vello suave de los hombros se le rizaba estremeciéndose mientras miraba esas alas, y el acantilado, más allá.

-Padre, ¿cómo está el viento?

-Suficiente para mí, pero nunca suficiente para ti...

-Padre, no te preocupes. Las alas parecen torpes ahora, pero mis huesos en las plumas les darán fuerza, ¡mi sangre en la cera les dará vida!

-Mi sangre, mis huesos también, recuérdalo. Todo hombre les presta su propia carne a los hijos, y les pide que la cuiden bien. Prométeme no elevarte mucho, Ícaro. El sol, o mi hijo, el calor de uno o la fiebre del otro, podrían fundir estas alas. ¡Cuidado!

Y llevaron las espléndidas alas de oro a la mañana, y oyeron que la luz susurraba el nombre de Ícaro o algún nombre que se alzaba, giraba, y flotaba suspendido como una pluma en el aire.

*Montgolfier.*

Las manos tocaron unas cuerdas ardientes, una tela brillante, costuras calientes como el verano. Las manos alimentaron la llama susurrante con lana y paja.

*Montgolfier.*

Y la mirada subió por la creciente y la bajante, el vaivén del océano, la pera de plata que se mecía inmensamente y se llenaba aún con el aire tembloroso que subía en oleadas desde el fuego. Silencioso como un dios que cabeceaba dormitando sobre la campiña francesa, este delicado envoltorio de tela, este hinchido saco de aire horneado, se soltaría muy pronto. Subiría hacia los mundos azules del silencio, y él, Montgolfier, sentiría que su propio espíritu, y el de su hermano, navegarían también, callados, serenos, entre islas de nubes donde dormían los relámpagos incivilizados. En ese golfo ignoto, en ese abismo donde no podía oírse el canto de un pájaro ni el grito de un hombre, el globo callaría también. Y así, a la deriva, él, Montgolfier, y todos los hombres podrían oír la respiración inconmensurable de Dios y la marcha catedralicia de la eternidad.

-Ah... -Montgolfier se movió y la multitud se movió, a la sombra del globo caliente-. Todo está en orden, todo está listo.

Los labios le temblaron en sueños. Un siseo, un murmullo, un aleteo, un impulso.

De las manos de su padre un juguete saltó hacia el cielo raso, revoloteó en su propio viento, suspendido en el aire, mientras él y su hermano miraban cómo temblaba allá arriba, y oían cómo cuchicheaba, silbaba, y murmuraba el nombre de ellos.

*Wright.*

Susurros: viento, cielo, nube, espacio, ala, vuelo...

-¿Wilbur? ¿Orville? Miren: ¿cómo es posible?

Ah. Suspiró, en sueños.

El helicóptero de juguete zumbaba, golpeaba el cielo raso, murmuraba, águila, cuervo, gorrión, petirrojo, halcón. Murmuraba, águila, cuervo, gorrión, petirrojo, halcón. Murmuraba águila, murmuraba cuervo, y al fin bajó revoloteando a las manos de los niños con un susurro, una ráfaga de veranos futuros, un último aleteo y una última exhalación.

Sonrió, en sueños.

Vio que las nubes descendían precipitadamente por el cielo Egeo.

Sintió que el globo se tambaleaba, borracho, esperando el viento claro y vertiginoso.

Sintió que las arenas siseaban a orillas del Atlántico, deslizándose en las dunas suaves que le salvarían la vida, si el avecilla torpe fracasaba y caía. El armazón zumbó y cantó como un arpa.

Afuera, sintió que el cohete estaba preparado ya para alzarse sobre el desierto. Plegadas aun las alas de fuego, reteniendo el aliento de fuego, hablaría pronto en nombre de dos mil millones de hombres. Dentro de un momento él mismo despertaría y caminaría hacia el cohete.

Y se detendría al borde del acantilado.

A la sombra fresca del globo hinchido de calor.

Azotado por las arenas volantes que tamborileaban sobre Kitty Hawk.

Y se cubriría las muñecas, los brazos, las manos y los dedos jóvenes con una vaina de alas doradas embebidas en cera dorada.

Y tocaría por última vez el aliento retenido del hombre, el cálido suspiro de temor y de asombro, los soplos aspirados y canalizados que alzarían al cielo los sueños de los hombres.

Y encendería el motor.

Y tomaría la mano del padre y le desearía buena suerte con las propias alas, plegadas y listas, aquí, sobre el precipicio.

Luego el impulso y el salto.

Luego el cuchillo que corta las cuerdas para liberar el globo.

Luego el motor que se pone en marcha, y la hélice que lleva el aeroplano al aire.

Y la llave de contacto que enciende los motores del cohete.

Y juntos en un único salto, aletazo, impulso, batir y deslizamiento, de cara al sol, la luna, las estrellas, van sobre el Atlántico, el Mediterráneo; sobre los campos, los desiertos, las ciudades, las aldeas, en un silencio gaseoso, un susurro de plumas, una trepidación de maderas, una erupción volcánica, un rugido tímido y chisporroteante, el titubeo de la partida, la sacudida, y luego el ascenso regular, permanente. Y maravillosamente suspendidos, transportados asombrosamente, todos reírían y llorarían. O gritarían los nombres no nacidos aún, o los nombres de otros, muertos hace tiempo, y serían arrastrados por el viento de vino o el viento de sal o el sopro silencioso del globo o el viento del fuego químico. Todos sentirían el movimiento de las plumas brillantes, tensas en los omoplatos. Todos dejarían detrás el eco del vuelo, un sonido que da una vuelta a la Tierra, y otra vuelta, en el viento, y que habla otra vez

en otros años a los hijos de los hijos de los hijos, que duermen y escuchan el aire perturbado de la medianoche.

Arriba, y sin embargo más arriba aun. Una marea de primavera, un torrente de verano, un interminable río de alas.

El sonido de una campana.

No, murmuró, me despertaré en seguida. Espera...

El mar Egeo se deslizó bajo la ventana, desapareció. Las dunas del Atlántico, la campiña francesa se confundieron con el desierto de Nuevo México. En el cuarto el aire no rizaba ningún plumaje embebido en cera. Afuera no había ninguna pera esculpida por el viento, ninguna mariposa ronroneante. Afuera sólo había un cohete, un sueño combustible que para elevarse sólo esperaba la fricción de una mano.

En el último momento de sueño, alguien le preguntó cómo se llamaba.

Tranquilamente, dio la respuesta que él había oído durante horas, desde la medianoche.

-Ícaro Montgolfier Wright.

La repitió lentamente, para que el otro pudiera recordar el orden exacto de todas las letras.

-Ícaro Montgolfier Wright... Nacido novecientos años antes de Cristo. Escuela primaria: París, 1873. Escuela secundaria: Kitty Hawk, 1903. Diploma de la Tierra a la Luna, hoy mismo, Dios mediante, 1° de agosto de 1970. Muerto y enterrado, con suerte, en Marte, en el verano de 1999, año de Nuestro Señor.

Y salió a la vigilia.

Y no hubiera podido decir si había alguien o no detrás de él. Y no hubiera podido decir tampoco si esas voces que lo llamaban por sus tres nuevos nombres eran una voz o muchas, jóvenes o viejas, próximas o distantes, altas o bajas. No se dio vuelta.

Pues el viento se levantaba lentamente, y él dejó que ese viento lo llevara por el desierto hasta el cohete que estaba allí, esperándolo.

## FIN

Título Original: *Icarus Montgolfier Wright* © 1956 by Fantasy House, Inc.

Traducción de F. Abelenda.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.



## IDIPIO DE EL GORDO Y LA FLACA

Edición digital: g. masso o.  
México 2005

El la llamaba Stanley; ella a él, Ollie. Ella tenía 25 años, y él 32, cuando se conocieron en uno de esos cócteles en los que todo el mundo se pregunta qué diablos está haciendo ahí; pero nadie se va, así que todos beben demasiado y mienten sobre lo maravillosa que les parece la reunión.

Ambos andaban para acá y para allá en aquella selva de gente, sin encontrar un árbol a cuya sombra arrimarse. Sus pasos los llevaron a toparse en el centro de la insípida multitud. Tratando de cederse el paso mutuamente, se apartaron hacia un lado, y luego hacia el otro, varias veces, de tal forma que no podían pasar, hasta que ambos rieron. Él, por impulso, levantó su corbata con los dedos y la meneó, y ella inmediatamente se llevó una mano a la mollera, se desordenó el pelo y empezó a parpadear, con un gesto como de alguien a quien le han golpeado la cabeza.

—¡Stan! —exclamó él, al reconocer el ademán.

—¡Ollie! —respondió ella—. ¿Qué te has hecho?

—¿Por qué no me ayudas? —repuso él, mientras hacía ademanes toscos, propios de los obesos.

Ambos se tomaron del brazo en medio de sonoras carcajadas.

—Yo —empezó a decir ella, con un brillo cada vez más intenso en la cara—... yo conozco el lugar, a menos de tres kilómetros de aquí, donde está la escalinata de 131 peldaños por la que El Gordo y El Flaco, en 1932, subieron y bajaron aquella caja con un piano adentro.

—Bien, ¡larguémonos de aquí! —gritó él.

Un portazo en el auto, un rugido del motor, y la ciudad de Los Ángeles, a la luz del atardecer, fue pasando a toda carrera ante ellos.

Él frenó en donde ella le indicó que se estacionara.

—¡No lo puedo creer! ¿Es esa la escalinata?

—La misma, con sus 131 peldaños —respondió ella, mientras salía del auto—. Ven, Ollie.

—Como quieras, Stan.

Se quedaron un momento mirando hacia arriba la pronunciada pendiente de concreto. Entonces ella le pidió con voz maravillosamente dulce: "¡Sube! ¡Anda, sube!"

Él empezó a ascender, contando los escalones, primero en un susurro, pero a cada número que pronunciaba, su voz aumentaba un decibelio de alegría. Cuando llegó al 57, estaba perdido en el tiempo.

"¡Detente!", gritó ella, a lo lejos. "¡No te muevas de ahí!"

Él se quedó quieto y se volvió. Ella llevaba una cámara en las manos. Entonces él se llevó la mano instintivamente a la corbata, para hacerla revolotear al aire nocturno.

"¡Ahora, yo!", pidió la dama, y subió corriendo y le entregó la cámara. Él bajó a su vez, se volvió hacia arriba y la vio encogida de hombros y con el gesto de perplejidad y desamparo de Stan. Él oprimió el obturador, y deseó quedarse en aquel lugar para siempre.

Ella bajó lentamente los escalones que los separaban, lo miró directamente a los ojos y exclamó:

—¡Estás llorando!

Él la miró también a los ojos, que tenía casi tan húmedos como él los suyos, y le dijo:

—¡En menudo lío nos has vuelto a meter!

—¡Oh, Ollie! exclamó ella, y suspiró.

—¡Oh, Stan! —exclamó él, suspiró, y la besó suavemente. Luego, le preguntó—: ¿Vamos a comprendernos para siempre?

—¡Para siempre!

Desde aquella hora crepuscular en la escalinata, sus días fueron largos y estuvieron llenos de esa arrobadora risa que marca el pulso de todo gran idilio, al principio y al precipitado final. Dejaban de reír sólo para besarse, y dejaban de besarse sólo para reír.

Fueron a ver muchas películas, nuevas y viejas, pero principalmente las de El Gordo y El Flaco. Se aprendieron de memoria las mejores escenas, y las repetían a gritos cuando paseaban en auto por Los Ángeles, a medianoche. Ella dejó que su alma rebosara como una fuente y lo bañara a él, y era correspondida con el mismo gozo.

Durante aquel año subieron y bajaron la escalinata del piano por lo menos una vez al mes, y organizaron meriendas con champaña sobre los peldaños, en la parte media de esa cuesta, y así descubrieron algo increíble.

—Deben de ser nuestras bocas —dijo él—. Hasta que te conocí, ignoraba que tenía boca. La tuya es la más asombrosa del mundo, y me hace sentir que la mía lo es también. ¿Alguna vez te habían besado, pero de veras, antes de que yo te besara?

—¡Nunca!

—Ni a mí. ¡Haber vivido tanto tiempo sin conocer nuestras bocas!

—Querida boca —lo atajó ella—, cállate y bésame.

Pero al final del primer año descubrieron algo aún más increíble. Él trabajaba en una agencia de publicidad, y estaba anclado en Los Ángeles. Ella era empleada de una agencia de viajes, y en poco tiempo se iría a trabajar al extranjero. Esto los dejó anonadados; nunca lo habían considerado. Una noche se sentaron frente a frente, y ella le dijo lánguidamente:

—Adiós.

—¿Qué? —preguntó él.

—Veo venir el adiós.

Él la miró fijamente a la cara, y advirtió que su semblante no era triste como el de Stan en las películas, sino triste a su manera.

—Stan, tú nunca me dejarás...

Pero más que afirmación, fue una pregunta. De pronto, ella cambió de posición, y él parpadeó al mirarla, y le preguntó:

—¿Qué haces?

—¡Tonto!, estoy ante ti, de rodillas, pidiendo tu mano. Cásate conmigo, Ollie. Ven conmigo a Francia. Yo te mantendré mientras escribes la gran novela norteamericana.

—Pero...

—Te llevas tu máquina de escribir portátil, un montón de papel, y me llevas a mí. Anda, Ollie. ¿Vienes conmigo?

—¿Para irnos al infierno en un año y arder eternamente?

—¿Tanto miedo tienes, Ollie? ¿No crees en mí, o en ti, o en algo? ¡Dios mío! ¿Por qué serán tan cobardes los hombres?

Luego, ella insistió:

—Mira, nunca se lo había propuesto a nadie, y no lo volveré a hacer; me duelen las rodillas. ¿Qué dices?

—A mí me suena familiar esta conversación.

—La hemos tenido muchas veces desde hace un año, pero nunca pusiste atención; estabas en la Luna.  
—No; estaba irremediadamente enamorado.  
—Tienes un minuto para decidirte. Sesenta segundos —ella fijó la mirada en su reloj de pulsera.  
—Levántate —le dijo él, un tanto incómodo.  
—Si lo hago, será para salir e irme.  
—¡Stan! —gimió él.  
—¡Treinta segundos...! ¡Veinte, y ya sólo tengo doblada una rodilla...! ¡Diez! ¡Estoy levantando el otro pie...! ¡Cinco...! ¡Uno...!  
Ya estaba de pie. Y continuó:  
—Ahora me acerco a la puerta. Tú y yo somos personas muy especiales, Ollie, y no creo que vuelvan a aparecer en el mundo ejemplares de nuestra espléndida especie. Pero debo irme. Ahora, tengo la mano en picaporte, y...  
—Y... —repitió él, muy quedo.  
—Estoy llorando. Él empezó a levantarse, y ella meneó la cabeza.  
—No; no lo hagas. Si me tocas, vas a hacer que me arrepienta. Ya me voy. Pero iré a nuestra escalinata, sin piano, una vez al año, a la misma hora de aquella primera noche, y si estás ahí, te secuestró, o me secuestras.  
—Stan, Stan . . . —gimió él.  
—¡Dios mío! —gimió ella.  
—¿Qué?  
—¡Cómo pesa esta puerta! No puedo moverla —sollozó—. Ya se abre. Ya me fui.  
Y la puerta se cerró.

Él volvió a la escalinata el 4 de octubre de cada uno de los tres años siguientes, pero ella no acudió. Luego se le olvidó la cita dos años, y al sexto la recordó; fue al atardecer y subió, porque vio algo en la parte media de la cuesta. Era una botella de champaña, con un listón y una nota que decía: "¡Ollie, querido Ollie! Recordé la fecha, pero en París. La boca no es la de antes, pero está felizmente casada. Te quiere, Stan".

Después de eso, él ya no volvió a la escalinata.

De viaje por Francia, 15 años después, iba él caminando por los Campos Elíseos con su esposa y sus dos hijas, al atardecer. De pronto vio a una hermosa mujer que se le acercaba de frente, escoltada por un hombre maduro, muy serio, y un chico de pelo oscuro, muy guapo, que tendría unos 12 años.

Cuando se cruzaron, la misma sonrisa iluminó ambos rostros en el mismo instante.

Él jugueteó con su corbata.

Ella se alborotó el pelo.

No se detuvieron. Pero él oyó que ella decía: "¡En menudo lío nos has vuelto a meter!", y remataba la frase con aquel nombre que le era tan familiar, pues había sido suyo los años que había durado su idilio.

Sus hijas y su esposa lo miraron, y una de las muchachas le preguntó:

—¿Esa señora te llamó Ollie?

—¿Cuál señora?

—Papá —dijo la otra chica, acercándosele para verle los ojos—, ¿estás llorando!

—No.

—Sí; estás llorando ¿Verdad, mamá?

—Bien sabes que tu papá llora hasta cuando lee el directorio telefónico —comentó la esposa.

—No —repuso él—, sólo por 131 escalones y un piano. Recuérdenme que las lleve allá algún día.

Siguieron caminando, y él se volvió hacia atrás, en el preciso momento en que la mujer hacía lo mismo. Quizá él vio que ella articulaba con los labios las palabras "¡Hasta luego, Ollie!", o quizá no lo vio; pero sintió cómo su propia boca se movía para articular en silencio: "¡Hasta luego, Stan!"

Y siguieron caminando en direcciones opuestas por los Campos Elíseos, a los últimos rayos de aquel sol de octubre.

## INTERIM

*"Interin" es uno de los cuentos pertenecientes a "Carnaval Oscuro" (Dark Carnival), una de las primeras obras de Bradbury cuando no había abandonado el terror para introducirse en la ciencia-ficción, género que posteriormente le daría una gran fama.*

*"Interin", a pesar de su brevedad, es un cuento que engancha si se tiene un poco de receptividad al género de terror. Bradbury utiliza de forma muy inteligente nuestro respeto y temor a los muertos (los sentimientos que solemos sentir en nuestras visitas a los cementerios) y también consigue poner nervioso al lector interrumpiendo continuamente los diálogos que tienen los muertos en este relato.*

*En resumen, que es una lastima que Ray Bradbury abandonara tan pronto el género del horror, tenía todos los números para poder haber sido uno de los maestros de este género. Conseguir en sólo 500 palabras todas las sensaciones que he comentado es una pasada*

El susurro atravesó el territorio de un extremo a otro y el territorio no era muy grande: estaba limitado al este y al oeste por chopos, sicomoros y grandes robles y arbustos, y contenido al norte y al sur por una valla de ladrillos y hierro forjado. Poco antes del amanecer, este territorio fue atravesado de un extremo a otro por el susurro. Un pájaro, que estaba a punto de ponerse a cantar, permaneció en silencio y bajo la tierra se produjo una especie de débil pulsación y un rumor.

Los ataúdes, cada uno de ellos un útero de silencio, con su contenido rígido, cada uno de ellos profundamente enterrado, separado del resto, fueron siendo golpeados lentamente, con seguridad. Las tapas y partes laterales de las cajas enterradas respondieron con golpes lentos, uniformes, apagados. La tierra condujo cada uno de los sonidos de un lado a otro. Todo comenzó en una caja oscura y el código golpeó y golpeó pasando hasta la siguiente caja, donde una nueva, cansada y seca mano repitió el mensaje lenta y cansadamente. Y así se fue transmitiendo, hasta que los enterrados a mayor profundidad lo escucharon y, lentamente, comenzaron a comprender.

Al cabo de un tiempo, todo era como un gran corazón que palpitaba bajo la tierra. El murmullo sistólico continuó mientras el sol se preparaba, más allá del horizonte. El pájaro, sobre el árbol, torció su cabeza de ojos redondos, esperando. El corazón siguió palpitando.

Lenta y dolorosamente, el golpeteo pronunció el nombre.

(Ella era la que había sido enterrada en el extremo norte, bajo el árbol recubierto de musgo, hacía un año, justo poco antes del planeado nacimiento de su hijo. ¿La recuerda? ¡Era tan bonita!)

- Mrs. Latimore.

El latir del corazón martilleó, débil y lejano, bajo el apretado césped.

- ¿Has -preguntó incansablemente el latir del corazón- escuchado -siguió preguntando- lo -continuó preguntando- que -siguió insistiendo- le -continuó la pregunta- ha -siguió preguntando- ocurrido? - concluyó.

El latir del corazón se detuvo dramáticamente. Y los mil fríos contenidos de mil cajas profundamente enterradas, esperaron la contestación a la pregunta a la golpeante y lenta, muy lenta pregunta.

El sol colgaba justo por detrás de las lejanas colinas azules. Las estrellas brillaban fríamente.

Entonces, con uniformidad, con tranquilidad y lentitud, golpe tras golpe, con un sistólico ruido



sordo tras otro, sonó la contestación a la pregunta. El terreno se estremeció con ella y la repitió, una y otra vez martilleando y alejándose, en un silencio estremecedor, de sepultura en sepultura.

- Mrs. Latimore.

La pulsación profundizó más.

- Tendrá.

Lenta, muy lentamente.

- Su hijo hoy.

Y entonces se produjo un rápido y extraño staccato, como si miles de manos golpearan las tapas de los ataúdes, en una histeria interrogativa.

- ¿Cómo será? ¿Cómo puede ser? ¿A qué se parecerá? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

El machaqueo se desvaneció. El sol se elevó de nuevo.

Mientras el pájaro cantaba, profunda, muy profundamente, bajo la piedra sobre la que aparecía el nombre de Mrs. Latimore, se produjo un rasgueo y un retorcimiento y se escuchó un extraño sonido procedente de su caja enterrada, cubierto por la tierra húmeda.

## LA COSTA

Marte era una costa distante y los hombres cayeron en olas sobre ella. Cada ola era distinta y cada ola más fuerte. La primera ola trajo consigo a hombres acostumbrados a los espacios, el frío y la soledad; cazadores de lobos y pastores de ganado, flacos, con rostros descarnados por los años, ojos como cabezas de clavos y manos codiciosas y ásperas como guantes viejos. Marte no pudo contra ellos, pues venían de llanuras y praderas tan inmensas como los campos marcianos. Llegaron, poblaron el desierto y animaron a los que querían seguirlos. Pusieron cristales en los marcos vacíos de las ventanas, y luces detrás de los cristales.

Esos fueron los primeros hombres.

Nadie ignoraba quiénes serían las primeras mujeres.

Los segundos hombres debieran de haber salido de otros países, con otros idiomas y otras ideas. Pero los cohetes eran norteamericanos y los hombres eran norteamericanos y siguieron siéndolo, mientras Europa, Asia, Sudamérica, Australia contemplaban aquellos fuegos de artificio que los dejaban atrás. Casi todos los países estaban hundidos en la guerra o en la idea de la guerra.

Los segundos hombres fueron, pues, también norteamericanos. Salieron de las viviendas colectivas y de los trenes subterráneos, y después de toda una vida de hacinamiento en los tubos, latas y cajas de Nueva York, hallaron paz y tranquilidad junto a los hombres de las regiones áridas, acostumbrados al silencio.

Y entre estos segundos hombres había algunos que tenían un brillo raro en los ojos y parecían encaminarse hacia Dios...

**FIN**

Edición digital de Sadrac

# LA GUADAÑA

De repente se acabó el camino. Recorría el valle como cualquier otro camino, entre laderas de tierra yerma y pedregosa y encinas, y después junto a un gran campo de trigo solo en aquel desierto. Llegaba junto a la pequeña casa blanca que pertenecía al campo de trigo y allí desaparecía, como si ya no fuera necesario.

No importaba demasiado porque allí mismo se les había terminado la gasolina. Drew Erickson frenó el viejo cacharro y permaneció sentado allí, sin hablar, contemplándose las grandes y rugosas manos de granjero.

Molly dijo, sin moverse del rincón donde estaba, junto a él:

-Seguramente hemos tomado un desvío equivocado.

Drew asintió.

Los labios de Molly estaban casi tan blancos como su rostro, pero secos, mientras que su piel aparecía bañada de sudor. Su voz sonaba opaca, sin la menor expresión.

-Drew, ¿qué vamos a hacer ahora?

Drew se miró las manos. Manos de granjero a las que el viento, seco y hambriento, que nunca tenía bastante buena marga que comer, les había arrebatado la granja.

Los niños, que iban en el asiento de atrás, se despertaron y asomaron las cabezas por entre los bultos y mantas polvorientos, por encima del respaldo del asiento, y preguntaron:

-¿Por qué nos paramos, papá? ¿Vamos a comer ahora, papá? Papá, tenemos mucha hambre. ¿Podemos comer ahora, papá?

Drew cerró los ojos. Aborrecía la visión de sus manos.

Los dedos de Molly rozaron su muñeca con suavidad, dulcemente.

-Drew, quizá en esa casa nos podrían dar algo para comer.

Una arruga apareció junto a su boca.

-Mendigar –masculló-. Ninguno de nosotros ha mendigado nunca ni mendigaré ahora.

La mano de Molly se cerró sobre su muñeca. Al volverse vio sus ojos y también los de Susie y del pequeño que le miraban. Poco a poco fue cediendo la rigidez de su cuello y de su espalda. Su rostro se puso blando e inexpresivo, informe, como una cosa que ha sido golpeada con dureza durante demasiado tiempo. Bajó del coche y emprendió el camino hacia la casa. Caminaba sin seguridad, como un hombre enfermo o medio ciego.

La puerta de la casa estaba abierta. Drew llamó tres veces. En el interior sólo había un silencio y una cortina blanca en la ventana moviéndose en el aire pesado, caliente.

Lo sabía antes de entrar. Sabía que la muerte estaba dentro de la casa. Era ese tipo de silencio.

Cruzó por un pequeño vestíbulo a un cuarto de estar limpio y no muy grande. No pensaba en nada. Estaba más allá de todo pensamiento. Iba en dirección a la cocina, sin preguntar, como un animal.

Entonces, al mirar por una puerta abierta, vio al muerto.

Era viejo y descansaba sobre una cama limpia y blanca. Llevaba poco tiempo muerto porque aún no había perdido esa última expresión tranquila, de paz. Debió saber que iba a morir porque vestía sus ropas de enterrar: un viejo traje negro, limpio y aseado, una camisa blanca y una corbata negra.

En la pared, junto a su cama, se apoyaba una guadaña. Entre las manos del anciano había una espiga de trigo, todavía fresca. Una espiga madura, dorada y cargada de grano.

Drew entró en la habitación, de puntillas. Había cierto aire tranquilo en el muerto. Se quitó el sombrero viejo y polvoriento y se quedó junto a la cama, mirándole.

La hoja de papel, sin doblar, estaba sobre la almohada, al lado de la cabeza del anciano. Estaba allí para ser leído. Tal vez una petición para que se le enterrara, o de avisar a un pariente. Drew frunció el ceño mientras leía el texto, moviendo sus labios pálidos y resecos.

*Al que se encuentre junto a mí en mi lecho de muerte: Estando sano de juicio y solo en el mundo, como he declarado, yo, John Buhr, doy y lego esta granja con todas sus pertenencias al hombre que llegue. Sea cual sea su nombre o de donde proceda, no*

importa. La granja es suya, así como el trigo, la guadaña y la tarea que corresponda. Que lo acepte todo libremente, sin preguntas, y que tenga en cuenta que yo, John Buhr, soy sólo el que da, no el que manda. Y esto lo firmo y rubrico este día tercero de abril de 1938 (firmado) John Buhr. ¡*Kirie eleisón!*

Drew volvió sobre sus pasos a través de la casa y abrió la puerta de tela metálica.

-¡Ven, Molly! Que los niños se queden en el coche.

Molly entró en la casa y él la acompañó al dormitorio. Miró el testamento, la guadaña, y el campo de trigo sacudido por el viento caliente al otro lado de la ventana. Su pálida cara se tensó, se mordió los labios y se agarró a él.

-Es demasiado bueno para ser verdad. Debe haber algún truco.

-Nuestra suerte ha cambiado, simplemente -dijo Drew-. Tendremos trabajo, comida y un techo sobre nuestras cabezas para guardarnos de la lluvia.

Tocó la guadaña. Brillaba como una media luna. En su hoja habían grabadas unas palabras: «El que me empuña, empuña el mundo.» En aquel momento, las palabras no significaron nada para él.

-Drew -preguntó Molly, mirando las manos cruzadas del viejo-, ¿por qué..., por qué aprieta tan fuerte la espiga entre sus dedos?

Justo en aquel momento se rompió el silencio al llegar los niños corriendo hacia el porche. A Molly se le cortó el aliento.

Se quedaron a vivir en la casa. Enterraron al viejo en una colina, pronunciaron unas palabras apropiadas, regresaron, barrieron la casa, descargaron el coche y comieron algo, porque había comida en la cocina, montones de comida. Durante tres días no hicieron otra cosa que ordenar la casa, recorrer la tierra y dormir en buenas camas, y luego mirarse unos a otros sorprendidos porque todo hubiese ocurrido de aquel modo, y sus estómagos estaban llenos y había incluso un cigarro para que él fumara por las noches.

Detrás de la casa descubrió un pequeño granero y en el granero un toro y dos vacas; y había un pozo cubierto y un manantial debajo de unos árboles que lo mantenían fresco. Y en la caseta del pozo habían grandes trozos de ternera, tocino, cerdo y cordero, como para alimentar una familia cinco veces mayor durante un año, dos años, o tal vez tres. Había una mantequera y una caja de quesos, y grandes recipientes de metal para la leche.

En la cuarta mañana, Drew Erickson descansaba en la cama mirando la guadaña y comprendió que ya era hora de ponerse a trabajar porque en el campo grande el grano ya estaba maduro; lo había visto con sus propios ojos y no quería haraganear. Tres días de no hacer nada eran suficientes para cualquier hombre. Se levantó al despuntar el alba y se llevó la guadaña, sosteniéndola delante de él mientras caminaba hacia el campo. La levantó en sus manos y la blandió.

Era un campo de trigo muy grande. Demasiado para un solo hombre, pese a que un solo hombre lo había trabajado.

Al finalizar el primer día de trabajo, entró en la casa con la guadaña al hombro, en silencio, y había una expresión perpleja en su rostro. Nunca había visto un campo de trigo como aquél. Maduraba en grupos separados, cada uno apartado de los otros. No se lo comentó a Molly ni tampoco le contó otras cosas sobre el campo, como por ejemplo que el trigo se pudría a las pocas horas de haberlo cortado. El trigo no solía hacerlo. No estaba demasiado preocupado. Después de todo, tenían comida a mano.

Al día siguiente, el trigo que había cortado y que se estaba pudriendo, había arraigado y crecía de nuevo en forma de pequeños brotes verdes, con pequeñas raíces, nacido de nuevo.

Drew Erickson se frotó la barbilla, preguntándose cómo, qué y por qué se comportaba de ese modo, y qué beneficios podría reportarle pues así no podía venderlo. Un par de veces durante el día se dirigió hacia la colina donde estaba la tumba del viejo, sólo para asegurarse que el hombre seguía allí, quizá con la vaga esperanza que encontraría alguna idea sobre el campo. Miró hacia abajo y vio la cantidad de tierra que poseía. El trigo cubría unas tres millas en dirección a las montañas y tenía unos dos acres de anchura, en trozos de semillero, trozos de trigo maduro y trozos de trigo recién cortados por su mano. Pero el viejo no le comentó nada de esto; ahora su rostro estaba cubierto de tierra y piedras. La tumba estaba al sol, con viento y

con silencio. Así que Drew Erickson volvió a bajar para utilizar su guadaña, curioso, disfrutando porque le parecía importante. No sabía bien por qué, pero lo era. Muy, muy importante.

No podía dejar el trigo sin tocar. Siempre había nuevos trozos maduros; y, hablando con nadie en particular, pero en voz alta, se dijo:

-Si voy segando el trigo en los diez próximos años, no creo que pase por el mismo sitio dos veces. Es condenadamente grande el campo. -Meneó la cabeza-. Y ese trigo madura así. Nunca demasiado a la vez para que pueda cortar lo maduro cada día. Así no queda sino grano verde. Y a la mañana siguiente, seguro, otro trozo maduro...

Era pura idiotez cortar el grano cuando se pudría tan pronto como caía. Al final de la semana decidió no hacer nada en unos días.

Se quedó en la cama, escuchando el silencio de la casa que no era nada parecido a un silencio de muerte, sino el silencio de cosas que vivían bien y felizmente.

Se levantó, se vistió, y desayunó despacio. No iba a trabajar. Salió a ordeñar las vacas. Se quedó en el porche fumando un cigarrillo, anduvo un poco por el patio de atrás, volvió a entrar y preguntó a Molly qué había salido a hacer.

-Has salido a ordeñar las vacas.

-Oh, sí -dijo, y volvió a salir. Encontró a las vacas esperándole, llenas, y las ordeñó y puso la leche en los recipientes de metal en la caseta del pozo, pero pensando en otras cosas. El trigo. La guadaña.

Se pasó el resto de la mañana sentado en el porche liando cigarrillos. Hizo unos barcos de juguete para el pequeño Drew y para Susie, luego se fue a batir la leche para hacer mantequilla y separó el suero, pero el sol se le había metido en la cabeza y le dolía; en realidad le ardía. No tenía ganas de comer. Siguió contemplando el trigo que el viento doblaba, sacudía y volvía a levantar. Flexionó los brazos, los dedos, los apoyó en las rodillas cuando volvió a sentarse en el porche, hizo como si agarrara algo en el aire, le picaba todo. Las palmas de las manos le picaban y le ardían. Se puso en pie, se limpió las manos en los pantalones, volvió a sentarse, y trató de liar otro cigarrillo y se volvió loco con la picadura y las mezclas y lo tiró todo refunfuñando. Tenía una sensación como si le hubiesen cortado un tercer brazo, o que había perdido algo de sí mismo. Algo que tenía que ver con sus manos y sus brazos.

Oyó el viento murmurando en el campo.

A la una de la tarde no hacía otra cosa que entrar y salir de la casa, sin decidirse a hacer nada, pensando en cavar una zanja de riego, pero en realidad, pensando todo el tiempo en el trigo, en lo maduro y precioso que estaba y en como ansiaba ser cortado.

-¡Maldita sea!

Entró en el dormitorio y descolgó la guadaña. La tenía en las manos. Se sintió fresco. Las manos dejaron de picarle. La cabeza ya no le dolía. Había recuperado su tercer brazo. Volvía a estar intacto.

Era puro instinto. Tan ilógico como el rayo cayendo sin dañar. El grano debía cortarse cada día. Tenía que cortarse. ¿Por qué? Pues porque sí, y basta. Se echó a reír mirando la guadaña en sus manazas. Después, silbando, la llevó al campo de trigo maduro y se puso manos a la obra. Se dijo que estaba un poco loco. Pero bueno, en realidad era un campo de trigo de lo más corriente... O casi.

Los días fueron pasando como caballos mansos.

Drew Erickson empezó a considerar su trabajo como una especie de dolor seco, de hambre y necesidad. En su cabeza se iban amontonando las cosas.

Un mediodía, Susie y el pequeño Drew reían y jugaban con la guadaña mientras su padre comía en la cocina. Les oyó. Salió y se la quitó de las manos. No les gritó. Sólo pareció muy preocupado y después de aquel día guardaba la guadaña cuando no la utilizaba.

Ni un sólo día dejó de segar.

Arriba. Abajo. Arriba. Abajo y a través. Otra vez arriba, abajo y a través. Segando. Arriba. Abajo.

Arriba.

Piensa en el viejo y en el trigo que tenía en las manos cuando murió.

Abajo.

Piensa en esta tierra muerta, con trigo viviente en ella.

Arriba.

Piensa en el extraño dibujo de trigos verdes y maduros, en el modo como crece.

Abajo.

Piensa...

El trigo se agitaba como una marea amarilla junto a sus tobillos. Drew Erickson dejó caer la guadaña y se inclinó para sujetarse el estómago, con los ojos nublados. El mundo le daba vueltas.

-¡He matado a alguien! -jadeó, ahogándose, sujetándose el pecho, cayendo de rodillas junto a las espigas-. He matado a muchos...

El cielo giró como un tiovivo en la feria de Kansas. Pero sin música. Sólo un zumbido en sus oídos.

Molly estaba sentada ante la mesa azul de la cocina pelando patatas cuando entró dando traspies, arrastrando la guadaña tras él.

-¡Molly!

La vio nadar en el agua de sus ojos.

Pero estaba allí, sentada, con las manos abiertas, esperando a que él se desahogara.

-¡Recógelo todo! -le dijo mirando al suelo.

-¿Por qué?

-Porque nos vamos -dijo con voz apagada.

-¿Nos vamos?

-Es el viejo. ¿Sabes lo que hacía aquí? Es el trigo, Molly, y esta guadaña. Cada vez que se utiliza la guadaña en el trugal, muere un millar de personas. Les siegas y...

Molly se levantó, dejó el cuchillo y las patatas a un lado, y le dijo, comprensiva:

-Viajamos durante mucho tiempo y casi no comimos hasta que llegamos aquí, hace un mes, y tú no has dejado de trabajar todos los días y estás cansado...

-Oigo voces, voces tristes, ahí fuera. En el trigo -insistió-. Diciéndome que pare. ¡Pidiéndome que no les mate!

-¡Drew!

No la oía.

-El campo crece mal, salvaje, como desatinado. No te lo había dicho. Pero es malo.

Molly se le quedó mirando. Sus ojos eran como vidrios azules, sin expresión.

-Crees que estoy loco, pero espera a que te lo cuente todo. Oh, Molly, ayúdame. ¡Acabo de matar a mi madre!

-¡Basta! -le dijo ella con firmeza.

-Corté un tallo de trigo y la maté. La sentí morir. Así es como descubrí ahora mismo lo...

-¡Drew! -Su voz fue como un latigazo en su rostro, ahora asustada y furiosa-. ¡Cállate!

-Oh, Molly... -murmuró.

La guadaña cayó de sus manos al suelo, ruidosamente. Ella la recogió en un arranque de rabia y la apoyó en un rincón.

-Llevo diez años contigo. A veces no teníamos otra cosa que oraciones y polvo que llevarnos a la boca. Ahora, de pronto nos viene esta suerte y no puedes o no sabes soportarla.

Fue a buscar la Biblia al cuarto de estar.

Pasó rápidamente las páginas. Parecía el rumor del trigo movido por un viento suave.

-¡Siéntate y escucha! -le ordenó.

Les llegaron ruidos desde el exterior soleado. Los niños reían a la sombra de la gran encina, junto a la casa.

Leyó en la Biblia, alzando la vista de vez en cuando para ver los cambios en el rostro de Drew.

Desde entonces leyó algo de la Biblia todos los días. El miércoles siguiente, una semana después, cuando Drew se acercó caminando al pueblo, distante, para ver si había correspondencia, encontró una carta para ellos en la oficina de correos.

Cuando llegó a la casa parecía haber envejecido cien años.

Tendió la carta a Molly y le contó lo que decía con voz helada e insegura.

-Mi madre murió; el martes a la una de la tarde... Su corazón...

Todo lo que supo decir Drew Erickson fue:

-Mete a los niños en el coche. Cárgalo de comida. Nos vamos a California.

-Drew -dijo su mujer, con la carta en la mano.

-Tú también lo sabes, es tierra pobre para el trigo. Pero fíjate cómo crece y madura. Y no te lo he dicho todo. Madura a trozos, un poco cada día. No es normal. Y cuando lo corto..., se pudre. Y a la mañana siguiente ha rebrotado sin mi ayuda, y vuelve a crecer... El martes pasado, hace una semana, cuando lo corté, era como si cortara mi propia carne. Oí que alguien gritaba. Era como si..., y ahora, hoy, esta carta.

»Molly.

-Nos quedaremos aquí, donde es seguro que comeremos, dormiremos y tendremos una vida larga y llevadera. ¡No quiero que mis hijos vuelvan a pasar hambre, nunca más!

Por las ventanas se veía el cielo azul. El sol, inclinado, daba en mitad de la cara tranquila de Molly, haciéndole brillar uno de sus ojos azules. Cuatro o cinco gotas de agua colgaban y caían lentamente del grifo de la cocina, brillando, antes que él mirara. Tenía una expresión resignada y cansada. Movi6 la cabeza, apartando la mirada.

-De acuerdo –dijo-. Nos quedaremos.

-¡Nos quedamos! -dijo Molly.

Recogió la guadaña, abrumado. Las palabras grabadas en el metal aparecieron deslumbrantes. «¡El que me empuña, empuña el mundo!»

-Nos quedamos.

A la mañana siguiente se dirigió a la tumba del viejo. Había un solo brote de trigo, fresco, en el centro. El mismo brote, crecido, que el viejo había sostenido en las manos varias semanas atrás.

Habló con el viejo sin obtener respuestas.

-Trabajaste en el campo toda tu vida porque tenías que hacerlo, y un día te encontraste con tu propia vida creciendo allí. Supiste que era tu vida. La segaste. Y viniste a casa, te vestiste para la tumba, tu corazón falló y falleciste. Así fue como ocurrió, ¿no es verdad? Y me cediste la tierra, y cuando yo muera, imagino que deberé cederla a otro.

La voz de Drew reflejaba espanto.

-¿Cuánto tiempo hace que ocurre esto? ¿Nadie está enterado de este campo y de su utilización excepto el hombre de la guadaña...?

De repente se sintió muy viejo. El valle parecía antiguo, momificado, secreto, seco, torcido y poderoso. Cuando los indios bailaban en el prado, el campo ya estaba ahí. El mismo cielo, el mismo viento, el mismo trigo. ¿Y antes de los indios? Algún Cro-Magnon musculoso y despeinado, empuñando una tosca guadaña de madera, quizás, y trabajando con torpeza a través del trigo viviente...

Drew volvió al trabajo. Arriba, abajo. Arriba, abajo. Obsesionado con la idea de ser el que empuñaba la guadaña. Precisamente él. Se dio cuenta en un arranque de fuerza y de horror.

¡Arriba! «¡El que me empuña!» ¡Abajo! «¡Empuña el mundo!»

No tenía más remedio que aceptar el trabajo con cierta filosofía. Era simplemente el medio de tener casa y alimentos para su familia. Tenían derecho a comer y vivir decentemente, pensó, después de todos esos años.

Arriba y abajo. Cada grano era una vida que cortaba limpiamente por la mitad. Si lo planeaba cuidadosamente -miró el trigo- él, Molly y los niños podían vivir eternamente.

Cuando descubriera el lugar donde crecía el trigo que era Molly y Susie y el pequeño Drew, nunca lo cortaría.

Y de pronto, como un aviso, lo tuvo allí sin ruido.

Allí mismo, delante de él.

Otra pasada de la guadaña y los segaba a todos.

Molly, Drew, Susie. Era seguro. Temblando, se arrodilló y miró los pocos granos de trigo. Al tocarlos, brillaron.

¿Y si los hubiera cortado sin darse cuenta? Se puso en pie, recogió la guadaña y se apartó del trigo, pero se quedó un buen rato contemplándolo.

A Molly le pareció muy raro que llegara a casa tan pronto y que la besara en la mejilla, sin ninguna razón.

A la hora de la cena, Molly comentó:

-Hoy has terminado pronto. ¿Es..., es que el trigo sigue pudriéndose cuando cae?

Asintió, y se sirvió más carne. Ella sugirió:

-Deberías escribir a los de Agricultura y decirles que vengan a verlo.

-No.

-Era sólo una sugerencia.

-Tengo que quedarme aquí toda mi vida. -Se le dilataron los ojos-. No puedo dejar que vengan y me echen a perder el trigo; no sabrían dónde segar y dónde no. Podrían segar en la parte que no conviene.

-¿Qué quieres decir?

-Nada -respondió, sin dejar de masticar-. Nada, olvídalo.

De pronto soltó el tenedor y dijo:

-¡Quién sabe lo que querría hacer esa gente del gobierno! Incluso podrían..., incluso podrían querer arar todo el campo.

-Eso es precisamente lo que hace falta -asintió Molly-. Y empezar de nuevo, con semilla nueva.

Drew no pudo terminar de comer. Protestó:

-No voy a escribir a ningún gobierno, ni voy a entregar este campo a ningún forastero para que lo are. ¡Y basta! -exclamó, y salió dando un portazo.

Recorrió el lugar donde las vidas de su mujer y de sus hijos crecían al sol, y utilizó su guadaña al otro extremo del campo, donde sabía que no podía cometer ningún error.

Pero ya no le gustaba su trabajo. Al cabo de una hora sabía que había traído la muerte a tres de sus antiguos y queridos amigos de Missouri. Leyó sus nombres en el trigo cortado y no pudo seguir.

Metió la guadaña en la bodega y guardó la llave. Había acabado con la siega de una vez por todas.

Por la noche fumó su pipa en el porche y contó cuentos a los niños para oírles reír. Pero no rieron mucho. Parecían retraídos, cansados, extraños, como si ya no fueran sus hijos.

Molly se quejó de dolor de cabeza, estuvo haciendo cosas por la casa con poco ánimo, se acostó temprano y se sumió en un sueño profundo. También eso era raro. Molly siempre se quedaba hasta muy tarde y siempre llena de vida.

El campo de trigo ondulaba bajo la luz de la luna, y parecía un mar.

Necesitaba que lo segaran. Ciertas partes necesitaban ser cortadas ahora. Drew Erickson permaneció sentado, tragando saliva en silencio, esforzándose por no mirar.

¿Qué ocurriría en el mundo si no volvía a ir más al campo? ¿Qué pasaría con la gente a punto de morir y que esperaba la llegada de la guadaña?

Esperaría y vería.

Molly respiraba dulcemente cuando él fue a apagar la lámpara de petróleo y se metió en la cama.

No podía dormir. Oía el viento en el trigo, sentía deseos de emprender el trabajo con sus manos y sus dedos.

A media noche se encontró caminando en el campo, con la guadaña en las manos. Caminando como un loco, caminando asustado, medio despierto. No recordaba haber abierto la puerta de la bodega ni sacado la guadaña, pero allí estaba, caminando entre el grano a la luz de la luna.

Entre estos granos había muchos que eran viejos, estaban cansados y tenían grandes deseos de dormir. El interminable y silencioso sueño sin luna.

La guadaña le aprisionaba, se agarraba a sus palmas, le obligaba a caminar.

Sin saber cómo, debatiéndose, se liberó. La echó al suelo, salió corriendo entre el trigo, se detuvo en medio y cayó de rodillas.

-No quiero matar a nadie más -gimió-. Si trabajo con la guadaña mataré a Molly y a los niños. ¡No me pidas esto!

Las estrellas siguieron sentadas en el cielo, brillando.

Detrás de él oyó un ruido sordo, como un golpe.

Algo se elevó por encima de la colina hacia el cielo. Era como una cosa viva, con brazos de color rojo, lamiendo las estrellas. Sobre su cara cayeron unas pavesas. Un olor espeso, el olor caliente, a fuego, vino con ellas.

¡La casa!



Con un grito, se levantó pesadamente, desesperadamente, mirando la gran hoguera.

La pequeña casa blanca, con sus encinas, se retorció rugiendo en el estallido de fuego. El calor se arrastró colina arriba y él se encontró en medio. Cayó dando tumbos y lo dejó pasar sobre su cabeza.

Cuando llegó al pie de la colina no quedaba ya ni un madero, ni una cerradura ni un umbral que no estuviera envuelto en llamas. Hacía un ruido crujiente, como si estallara, como si se derrumbara.

Nadie gritaba dentro. Nadie salía corriendo, ni gritando.

-¡Molly! ¡Susie! ¡Drew! -gritó desde el patio.

No obtuvo respuesta. Entró corriendo hasta que sus cejas se quemaron y su piel se arrugó como papel ardiendo, encogiéndose, enroscándose en pequeños rizos.

-¡Molly! ¡Susie!

El fuego iba asentándose satisfecho. Drew corrió alrededor de la casa una docena de veces, completamente solo, buscando el modo de entrar. Luego se sentó donde el fuego iba asando su cuerpo y esperó a que todas las paredes se desplomaran, hasta que los últimos techos se combaran, cubriendo los suelos de yeso fundido y listones chamuscados. Allí estuvo hasta que las llamas murieron, el humo dejó de subir y llegó despacio el nuevo día; y no quedaba nada salvo rescoldos y ceniza, y un hedor ácido.

Sin tener en cuenta el calor que salía de las ruinas, Drew se metió dentro. Era aún muy oscuro para poder ver mucho. Un resplandor rojo se reflejaba en su cuello sudoroso. Estaba como un forastero en una tierra nueva y diferente. Aquí..., era la cocina. Sillas quemadas, la mesa, la cocina de hierro, los armarios. Aquí..., el vestíbulo. Ahí el salón y al otro lado la alcoba donde...

Donde Molly seguía viva.

Dormía entre vigas caídas y trozos retorcidos de alambre y metal.

Dormía como si nada hubiera ocurrido. Sus manos pequeñas y blancas estaban a sus costados cubiertos de pavesas. Su rostro tranquilo reposaba con un listón ardiendo sobre una mejilla.

Drew se detuvo, incrédulo. Entre las ruinas de su dormitorio humeante yacía sobre un lecho de pavesas, con su piel intacta, con su pecho subiendo y bajando, respirando.

-¡Molly!

Viva y durmiendo después del fuego, después que las paredes se habían desplomado rugiendo, después que los techos le habían caído encima y las llamas se habían alzado a su alrededor.

Sus zapatos desprendían humo después de haberse abierto paso entre montones de restos ardientes. Si se le hubieran quemado los pies y se les hubieran separado de los tobillos, no se habría dado cuenta.

-¡Molly!

Se inclinó sobre ella. Ni se movió, ni le oyó ni dijo nada. No estaba muerta. No estaba viva. Sólo yacía allí, rodeada de fuego que no la tocaba, ni la lastimaba en modo alguno. Su camión de algodón estaba manchado de cenizas, pero no quemado. Su pelo oscuro se apoyaba en un montón de brasas al rojo.

Le tocó la mejilla y estaba fresca, fresca en medio del infierno. Pequeños suspiros temblaron en sus labios entreabiertos, medio sonrientes.

Los niños también estaban bien. Detrás de una cortina de humo descubrió dos pequeñas figuras acurrucadas sobre el rescoldo, durmiendo.

Llevó a los tres al borde del campo de trigo.

-¡Molly, Molly, despierta! ¡Niños, niños, despierten!

Respiraban pero no se movieron, y siguieron durmiendo.

-¡Niños, despierten! Su madre está...

¿Muerta? No, muerta no. Pero...

Sacudió a los niños como si fueran los culpables. Pero como si nada; estaban sumidos en sus sueños. Volvió a dejarlos en el suelo y se quedó de pie, mirándolos, con su rostro surcado de arrugas.

Sabía por qué habían dormido durante el incendio y continuaban durmiendo ahora. Sabía por qué Molly yacía allí, sin querer volver a reír.

El poder de la guadaña y del trigo.

Sus vidas debían haber terminado ayer, 30 de mayo de 1938, pero se habían prolongado simplemente porque él se negó a segar el trigo. Debían haber muerto en el fuego. Así era como debió haber sido. Pero como él no había utilizado la guadaña, nada podía herirles. Una casa había ardido y se les había caído encima y todavía estaban vivos, sorprendidos a mitad de camino, ni muertos ni vivos. Simplemente..., esperando. Y por todo el mundo millares como ellos, víctimas de accidentes, fuegos, enfermedades, suicidios, esperaban, dormidos, como Molly y los niños. No podían vivir. Y todo porque un hombre tenía miedo de cosechar el grano maduro. Todo porque un hombre pensaba que podía dejar de trabajar con la guadaña y que nunca volvería a trabajar con ella.

Está bien, se dijo. Está bien. Volveré a usarla.

No se despidió de su familia. Se volvió con una ira latente, contenida. Encontró la guadaña. Caminó rápidamente y después comenzó a trotar, luego a correr a largas zancadas hasta el centro del campo, delirando, sintiendo el ansia en sus brazos a medida que el trigo azotaba sus piernas. Lo cruzó gritando y de pronto se paró.

-¡Molly! -gritó, y levantó la guadaña y la bajó.

-¡Susie! -exclamó después-. ¡Drew! -y volvió a manejar la guadaña.

Alguien gritó. No se volvió a mirar la casa destruida por el fuego.

Y entonces, sollozando desesperadamente, avanzó de nuevo por el trigo y segó de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. ¡Una, y otra, y otra vez! Fue dejando enormes cicatrices en el trigo verde, y en el trigo maduro, sin seleccionar, sin importarle, maldiciendo una y otra vez, jurando, riendo, con la hoja reluciendo a la luz del sol y cayendo bajo el sol con un zumbido cantarín. ¡Abajo!

Las bombas destruyeron Londres, Moscú y Tokio.

La hoja siguió segando enloquecida.

Y los hornos de Belsen y de Buchenwald ardieron.

La hoja iba despidiendo sangre roja.

Y los hongos vomitaron soles cegadores en White Sands, Hiroshima, Bikini y más arriba, a través de los cielos continentales de Siberia.

El grano lloraba como una lluvia verde, cayendo.

Corea, Indochina, Egipto, la India temblaron; Asia se estremeció, África despertó en la noche...

Y la guadaña siguió segando, chocando, cortando con la furia y la rabia de un hombre que había perdido tanto, tanto, que ya no le importaba lo que le estaba haciendo al mundo.

A pocas millas de la carretera principal, por un camino de tierra que no conduce a ninguna parte, sólo a unas pocas millas de la carretera abarrotada de tráfico en dirección a California.

Muy de vez en cuando, a lo largo de muchos años, un coche viejo se sale de la carretera, se detiene humeante delante de la ruina quemada de una casa blanca al final del camino de tierra, para pedir información al granjero que ven más allá, uno que trabaja como un loco, como una fiera, de día y de noche, sin parar nunca, en los interminables campos de trigo.

Pero no consiguen ayuda ni respuesta. El granjero está demasiado ocupado en el campo, incluso después de tantos años; demasiado ocupado segando el trigo verde en lugar del maduro.

Y Drew Erickson sigue con su guadaña, a la luz de un sol ciego y una mirada de fuego en sus ojos que nunca duermen, segando, segando, segando...

FIN

Título Original: *The Scythe* © 1943.

Escaneado, Revisado y Editado por Arácnido.

Revisión 3.

# LA LLAMADA

Hay un delicioso cuento de horror que sólo consta de dos frases:

El último hombre sobre la Tierra estaba solo en una habitación. Sonó una llamada a la puerta...

Dos frases y una elipsis de tres puntos suspensivos. El horror, naturalmente, no está en la misma historia; está en la elipsis, en la implicación: qué llamó a la puerta. Enfrentada con lo desconocido, la mente humana proporciona algo vagamente horrible.

Pero no fue horrible, en realidad.

El último hombre sobre la Tierra —o en el universo, es igual— estaba sentado solo en una habitación. Era una habitación bastante peculiar. Se había dedicado a averiguar la razón de esta peculiaridad. Su conclusión no le horrorizó, pero le molestó.

Walter Phelan, que había sido profesor adjunto de antropología en la Universidad Nathan hasta el momento en que, hacía dos días, la Universidad Nathan dejó de existir, no era hombre que se horrorizara fácilmente. Ni con un gran esfuerzo de imaginación se habría podido calificar a Phelan de figura heroica. Era de escasa estatura y carácter apacible. No se hacía mirar, y él lo sabía.

No es que ahora le preocupara su aspecto. Ahora mismo, en realidad, era incapaz de sentir gran cosa. De una forma abstracta, sabía que dos días antes, en el espacio de una hora, la raza humana había sido destruida, a excepción de él y, en algún lugar... una mujer. Y éste era un hecho que no preocupaba en modo alguno a Walter Phelan. Probablemente jamás la había visto y no le preocupaba demasiado que jamás llegara a verla.

Las mujeres no habían constituido un factor importante en la vida de Walter desde que Martha falleció un año y medio antes. No es que Martha hubiera sido una buena esposa... Era excesivamente dominante. Sí, había amado a Martha, de una forma profunda y tranquila. Ahora sólo tenía cuarenta años, y treinta y ocho cuando Martha falleció, pero la verdad es que desde entonces no había vuelto a pensar en las mujeres. Su vida fueron sus libros, los que había leído y los que había escrito. Ahora ya no tenía objeto seguir escribiendo libros, pero disponía del resto de su vida para leerlos.

Realmente, tener compañía habría sido agradable, pero se las arreglaría sin ella. Quizá al cabo de un tiempo llegara a disfrutar la compañía de algún zán, aunque no le parecía probable. Sus pensamientos eran tan extraños y distintos de los suyos, que la posibilidad de encontrar un tema de conversación interesante para ambos resultaba muy improbable. Eran inteligentes en cierto aspecto, pero también lo eran las hormigas. Ningún hombre ha logrado comunicarse jamás con una hormiga. Sin saber por qué, pensaba en los zán como si fueran hormigas, unas súper hormigas, aunque no se parecieran a ellas, y tenía el presentimiento de que los zán consideraban a la raza humana tal como la raza humana consideraba a las hormigas vulgares. Lo que habían hecho con la Tierra era lo que los hombres hacían con los hormigueros, aunque lo hubieran hecho de un modo más eficiente.

Pero le habían dado gran cantidad de libros. Fueron muy amables en eso, en cuanto él les dijo lo que quería. Y se lo dijo en el mismo momento de comprender que estaba destinado a pasar el resto de su vida en aquella habitación. El resto de su vida, o lo que los zán habían expresado con las palabras, pa-ra-siem-pre.

Incluso una mente brillante, y los zán tenían una mente brillante, tenía sus peculiaridades. Los zán habían aprendido a hablar el idioma de la Tierra en cuestión de horas, pero se empeñaban en separar las sílabas. Sin embargo, estamos divagando.

Sonó una llamada a la puerta.

Ahora ya está todo explicado, a excepción de los puntos suspensivos, la elipsis, y yo me encargaré de completarlos y demostrarles que no fue nada horrible.

Walter Phelan exclamó: «Adelante», y la puerta se abrió. Naturalmente, era un zan. Era exactamente igual que los demás zan; si había un medio de distinguirlos, Walter no lo había descubierto. Medía un metro y medio de altura y no se parecía a nada de lo que pudiera haber existido sobre la Tierra, es decir, nada que hubiera existido en la Tierra antes de que los zan aparecieran.

Walter dijo: «Hola, George.» Cuando se enteró de que ninguno de ellos poseía un nombre propio, decidió llamarlos a todos George, y a los zan no pareció importarles.

Este contestó: «Ho la, Wal ter.» Esto era el ritual, la llamada a la puerta y los saludos. Walter aguardó.  
—Pun to uno —dijo el zan—. Ha rás el - fa vor de sentar te con la si lla de ca ra al o tro la do.

Walter repuso:

—Ya me lo imaginaba, George. Esa pared es transparente por el otro lado, ¿verdad? -

—Es trans pa ren te.

Walter suspiró.

—Lo sabía. Esa pared es lisa y está vacía, no hay ningún mueble adosado a ella. Además, parece distinta de las otras paredes. Si insisto en sentarme de espaldas, ¿qué pasará? ¿Me mataréis? Casi lo desearía.

—Nos lle va ría mos tus li bros.

—Me has convencido, George. De acuerdo, me pondré de cara a la pared cuando lea. ¿Cuántos animales, aparte de mí, tenéis en este zoológico vuestro?

—Dos cien tos die ci séis.

Walter meneó la cabeza.

—No está completo, George. Incluso un zoológico de segunda fila puede superar al vuestro..., podría superarlo, quiero decir, si hubiera quedado algún zoológico de segunda fila. ¿Nos habéis escogido al azar?

—Mues tras al a zar, sí. To das las es pe cies ha brían si do de ma sia das. Un ma cho y u na hem bra de cien es pe cies.

—¿Con qué los alimentáis? Me refiero a los carnívoros.

—Fa bri ca mos co mi da sin té ti ca.

—Muy ingenioso. ¿Y la flora? También habéis reunido una buena colección, ¿verdad?

—La flo ra no ha si do da ña da por las vi bra cio nes. Si gue cre cien do.

—Me alegro por la flora. Así pues, no habéis sido tan duros con ella como con la fauna. Bueno, George, has empezado hablando del «punto uno». Deduzco que existe un punto dos. ¿Cuál es?

—Hay al go que no com pren de mos. Dos de los o tros a ni ma les duer men y no se des pier tan. Están fríos.

—Eso ocurre hasta en los zoológicos mejor organizados, George. Probablemente no les ocurra nada a excepción de que estén muertos.

—¿Muer tos? Es to sig ni fi ca de te ni dos. Na da los ha de te n ido. Ca da u no de e llos es ta ba so lo.

Walter miró fijamente al zan.

—¿Quieres decir, George, que no sabes lo que significa la muerte natural?

—La muer te es cuan do se ma ta a un ser, cuándo se de tie ne su vi da.

Walter Phelan parpadeó.

—¿Cuántos años tienes, George? —preguntó.

—Die ci séis..., no com pren de rás el sen ti do de la pa la bra. Tu pla ne ta ha gi ra do u nas sie te mil ve ces en tor no a tu sol. A ún soy jo ven.

Walter dejó escapar un silbido.

—Un niño de pecho —dijo. Reflexioné un momento—. Mira, George, tienes que saber ciertas cosas respecto al planeta donde ahora estás. Aquí hay un tipo que no existe en el lugar de donde tú vienes. Es un viejo con una barba, una guadaña y un reloj de arena. Tus vibraciones no le han matado.

—¿Qué es?

— Llámale La Parca, George. El Viejo de la Muerte. Nuestra gente y nuestros animales viven hasta que alguien, el Viejo de la Muerte, les arrebatara la vida.

—¿Ha de tener ni do a las dos crías tu ras? ¿De tenerá a más?

Walter abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla. Algún indicio en la voz de George le indicó que vería un ceño de preocupación en su rostro, en el caso de que tuviera un rostro reconocible como tal.

—¿Qué te parece si me llevas a ver esos animales que no se despiertan? —preguntó Walter—. ¿Está contra las reglas?

—Ven —dijo el zan.

Esto ocurrió por la tarde del segundo día. Fue a la mañana siguiente cuando regresaron los zan, varios de ellos. Se llevaron los libros y los muebles de Walter Phelan. Después, se lo llevaron a él. Se encontró en una habitación mucho más grande, a unos cien metros de distancia de la anterior.

Se sentó y esperó lo que vendría a continuación. Cuando llamaron a la puerta, supo lo que ocurriría y se puso cortésmente en pie mientras decía:

—Adelante.

Un zan abrió la puerta y se apartó ligeramente. Una mujer entró. Walter se inclinó.

—Walter Phelan —dijo—, en caso de que George no le haya informado de mi nombre. George intenta mostrarse educado, pero no conoce todas nuestras costumbres.

La mujer parecía tranquila; se alegró de constatarlo. Dijo:

—Yo me llamo Grace Evans, señor Phelan. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué me han traído aquí?

Walter la examinó mientras hablaba. Era alta, tan alta como él, y bien proporcionada. Daba la impresión de tener unos treinta años escasos, casi la misma edad que Martha. Poseía la misma tranquila confianza en sí misma que siempre había admirado en Martha, a pesar de que contrastara con su propia informalidad. En realidad, pensó, se parecía bastante a Martha.

—Creo que ya puede imaginarse la razón por la que la han traído aquí — repuso—, pero retrocedamos un poco. ¿Sabe qué ha sucedido?

— ¿Se refiere a que han... matado a todo el mundo?

—Sí. Siéntese, por favor. ¿Sabe cómo lo hicieron?

Ella se dejó caer en un cómodo sillón cercano.

—No —dijo—. No sé exactamente cómo. Creo que no importa demasiado, ¿verdad?

—No demasiado. Pero voy a explicarle toda la historia, todo lo que sé después de hacer hablar a uno de ellos y unir los cabos sueltos. No son muchos..., por lo menos, aquí no hay muchos. No sé si constituyen una raza muy numerosa en su lugar de origen, que no sé dónde está, aunque me imagino que debe de encontrarse fuera del sistema solar. ¿Ha visto la nave espacial en la que vinieron?

—Sí. Es casi tan grande como una montaña.

—Casi. Bueno, está equipada para emitir una especie de vibración... Ellos la llaman así en nuestro idioma, pero yo supongo que más que una vibración sonora es una onda radioeléctrica., que destruye cualquier clase de vida animal. La nave está protegida contra la vibración. No sé si su radio de acción es tan amplio como para aniquilar de una vez a todo el planeta, o si volaron en círculo en torno a la Tierra, emitiendo las ondas vibratorias. Pero la cuestión es que aniquiló inmediatamente a todos los seres vivos, y confío en que lo hicieran sin dolor. La única razón por la que nosotros, y los otros doscientos animales y pico de este zoológico, no hemos muerto también, es que nos hallábamos dentro de la nave. Nos han escogido como muestra. ¿Sabía que esto era un zoológico?

—Bueno, lo sospechaba.

—Las paredes frontales son transparentes por la cara exterior. Los zan han demostrado ser muy hábiles al reproducir en el interior de cada cubículo el hábitat natural de la criatura que contiene. Los cubículos, como éste donde nos encontramos, son de plástico, y ellos poseen una máquina capaz de fabricar uno en

menos de diez minutos. Si la Tierra hubiera tenido una máquina y un proceso como éste, no habría habido ningún problema de vivienda. Bueno, de todos modos, este problema ya no existe. Y me imagino que la raza humana — específicamente usted y yo— puede dejar de preocuparse por la bomba H y la próxima guerra. Es indudable que los zanos han resuelto un gran número de problemas.

Grace Evans sonrió ligeramente.

—Otro caso en qué la operación tuvo éxito, pero el paciente murió. Las cosas estaban realmente muy mal. ¿Se acuerda de cuándo le capturaron? Yo, no. Una noche me fui a dormir y me desperté en una jaula de la nave espacial.

—Yo tampoco me acuerdo —repuso Walter—. Tengo el presentimiento de que primero usaron las ondas a muy baja intensidad, lo justo para que perdiéramos el conocimiento. Después descendieron y recogieron muestras para su zoológico más o menos al azar. Cuando tuvieron las que deseaban, o las que cabían en su nave, abrieron la espita al máximo. Y eso fue todo. Hasta ayer no supe que cometieron un error al sobreestimarnos. Pensaban que éramos inmortales, como ellos.

—Que éramos... ¿qué?

—Se les puede matar, pero no saben lo que es la muerte natural. Por lo menos, hasta ayer. Dos de los nuestros fallecieron ayer.

—Dos de... ¡Oh!

—Sí, dos de nuestros animales que estaban en su zoológico. Dos especies que se han extinguido irrevocablemente. Y, por la forma en que los zanos miden el tiempo, los restantes miembros de cada especie no vivirán más que unos minutos. Supusieron que tenían especies permanentes.

—¿Quiere decir que no sabían lo que eran criaturas de corta vida?

—Así es —contestó Walter—. Uno de ellos es joven a los siete mil años, según me confesó él mismo. A propósito, ellos son bisexuales, pero no creo que se reproduzcan más que cada diez mil años. Cuando ayer se enteraron de la vida ridículamente corta que tenemos los animales terrestres, debieron de escandalizarse hasta la médula, si es que tienen médula. La cuestión es que han decidido reorganizar su zoológico: dos y dos en vez de uno y uno. Se imaginan que duraremos más si vivimos colectivamente en vez de individualmente.

—¡Oh! —Grace Evans se levantó y un ligero rubor cubrió su rostro—. Si usted cree..., si ellos creen... — Se dirigió hacia la puerta.

—Estará cerrada —dijo tranquilamente Walter Phelan—, pero no se preocupe. Quizá ellos lo crean, pero yo no lo creo. No necesita decirme que no se fijaría en mí aunque yo fuera el último hombre sobre la Tierra; sería absurdo en las actuales circunstancias.

—Pero ¿es que piensan tenernos encerrados, a los dos juntos, en esta habitación tan pequeña?

—No es tan pequeña; nos las arreglaremos. Yo puedo dormir bastante cómodamente en uno de esos mullidos sillones. Y no crea que no estoy totalmente de acuerdo con usted. Dejando aparte todas las consideraciones personales, el mínimo favor que podemos hacer a la raza humana es permitir que se extinga con nosotros y no perpetuarla para que la exhiban en un zoológico.

Ella dijo «Gracias» de forma casi inaudible, y el rubor desapareció de su cara. La ira se reflejaba en sus ojos, pero Walter sabía que no era por su causa. Con los ojos lanzando chispas como en ese momento, se parecía mucho a Martha, pensó.

Le sonrió y dijo:

—O si no...

Ella se levantó de un salto y por un momento él creyó que se acercaría y le pegaría. Después volvió a desplomarse en su asiento.

—Si usted fuera un hombre, pensaría en una forma de... ¿Ha dicho que se les puede matar? —Su voz era dura.

—¿A los zanos? Oh, desde luego. Los he estado estudiando. Su aspecto difiere totalmente del nuestro, pero creo que tienen un metabolismo parecido, el mismo tipo de sistema circulatorio, y probablemente el mismo tipo de sistema digestivo. Creo que cualquier cosa capaz de matarnos a nosotros podría matarlos a ellos.

—Pero usted ha dicho que...

—Oh, naturalmente, hay diferencias. Ellos no poseen el factor que hace envejecer a los hombres. O bien ellos tienen una glándula de la que el hombre carece, algo que renueve las células. Más frecuentemente que cada siete años, quiero decir.

Ella había olvidado su ira. Se inclinó ansiosamente hacia delante. Dijo:

—Creo que tiene razón. Sin embargo, no creo que sientan dolor, de ninguna clase.

El había estado esperando eso. Dijo:

—¿Qué le hace pensar así?

—Encontré un trozo de alambre en la mesa de mi cubículo y lo estiré frente a la puerta para que el zan se cayera. Así fue, y el alambre le hizo un corte en la pierna.

—¿Observó si le salía sangre roja?

—Sí, pero no pareció importarle. No se enfadó; ni siquiera hizo un solo comentario, lo único que hizo fue desatar el alambre. Al volver pocas horas después, el corte había desaparecido. Bueno, casi. Conseguí ver un pequeño rastro de él y por esto estoy segura de que era el mismo zan.

Walter Phelan asintió lentamente.

—Es natural que no se enfadara. No experimentan ninguna clase de emoción. Quizá, si matáramos a uno de ellos, ni siquiera nos castigarán. Se limitarían a darnos la comida por un agujero y no se acercarían a nosotros, nos tratarían como los hombres trataban a los animales de un zoológico que habían matado a su guardián. Probablemente se limitarían a asegurarse de que no atacáramos a otro de nuestros guardianes.

—¿Cuántos hay?

Walter repuso:

—Unos doscientos, según creo, en esta nave concreta. Pero, indudablemente, hay muchos más en el lugar de donde proceden. Sin embargo, tengo el presentimiento de que esto sólo constituye una avanzadilla, encargada de limpiar el planeta y preparar la ocupación de los zan.

—Resulta indudable que han hecho un buen...

Llamaron con los nudillos a la puerta y Walter Phelan dijo: «Adelante.» Un zan abrió la puerta y se quedó en el umbral.

—Hola, George —saludó Walter.

—Ho la, Wal ter. —El mismo ritual. ¿El mismo zan?

—¿Qué es lo que te preocupa?

—O tra cria tu ra duer me y no se des pier ta. U na lla ma da co ma dre ja.

Walter se encogió de hombros.

—Son cosas que ocurren, George. El Viejo de la Muerte. Ya te he hablado de él.

—Al go pe or. Un zan ha muerto. Es ta ma ña na.

—¿Es eso peor? —Walter le miró imperturbablemente—. Bueno, George, tendrás que acostumbrarte a ello, si pensáis quedaros aquí.

El zan no dijo nada. Se quedó donde estaba. Finalmente, Walter dijo:

—¿Y bien?

—Res pec to a la co ma dre ja, ¿re co mien das lo mis mo?

Walter se encogió de hombros nuevamente.

—Lo más probable es que no sirva de nada. Pero ¿por qué no?

El zan salió.

Walter oyó sus pasos, alejándose. Sonrió entre dientes.

—Quizá dé resultado, Martha —dijo.

—Mar... Yo me llamo Grace, señor Phelan. ¿Qué es lo que quizá dé resultado?

—Yo me llamo Walter, Grace. Dejémonos de formulismos. Verás, Grace, tú me recuerdas mucho a Martha. Era mi esposa. Falleció hace un par de años.

—Lo siento. Pero ¿qué es lo que quizá dé resultado? ¿De qué has hablado con el zan?

—Mañana lo sabremos —dijo Walter.

Y no pudo sacarle una palabra más.

Aquél era el tercer día de estancia de los zan. El día siguiente fue el último.

Era cerca de mediodía cuando apareció uno de los zan. Después del ceremonial, permaneció junto a la puerta, con un aspecto más extraño que nunca. Resultaría interesante poder describirlo, pero no existen palabras para hacerlo. Dijo:

—Nos mar cha mos. El con se jo se ha reu ni do y lo ha de ci di do.

—¿Acaso ha muerto otro de los vuestros?

—A no che. Es te es un pla ne ta de muer te.

Walter asintió.

—Vosotros habéis hecho vuestra parte. Dejáis a doscientos trece con vida, aparte de nosotros, pero esto no es demasiado entre muchos millones. No tengáis prisa en volver.

—¿Po de mos ha cer al go?

—Sí. Podéis daros prisa. Dejad nuestra puerta abierta y las demás cerradas. Nos ocuparemos de los otros.

El zan asintió y se fue.

Grace Evans se había levantado, y tenía los ojos brillantes; Preguntó:

—¿Cómo...? ¿Qué...?

—Espera —le advirtió Walter—. Déjame oírles despegar. Es un ruido que quiero oír y recordar.

El ruido se produjo a los pocos minutos, y Walter Phelan, adquiriendo súbitamente conciencia de lo tenso que estaba, se dejó caer en una silla y se relajó.

Repuso apaciblemente:

—En el Jardín del Edén también había una serpiente, Grace, y ella nos causó muchos problemas. Pero ésta nos los ha solucionado y ha compensado la acción de aquélla. Me refiero a la pareja de la serpiente que murió anteayer. Era una serpiente de cascabel.

—¿Quieres decir que por su causa murieron los dos zan? Pero...

Walter asintió.

—No sabían nada acerca de las serpientes. Cuando los zan me llevaron a ver las primeras criaturas que «estaban dormidas y no se despertaban», vi que una de ellas era una serpiente de cascabel. Tuve una idea, Grace. Se me ocurrió pensar que las criaturas venenosas eran unas especies características de la Tierra y que los zan no debían de conocerlas. Además, cabía la posibilidad de que su organismo fuera tan parecido al nuestro que el veneno les matara. De todos modos, no se perdía nada por intentarlo. Y ambas suposiciones fueron acertadas.

—¿Cómo lograste que la serpiente de cascabel...?

Walter Phelan esbozó una sonrisa.

—Les expliqué lo que es el cariño. Ellos no lo sabían. Sin embargo, descubrí que les interesaba conservar el mayor tiempo posible al miembro restante de las especies, para estudiarlo antes de su muerte. Les dije que moriría inmediatamente porque había perdido a su pareja, a menos que tuviera un cariño y afecto constantes. Se lo demostré con el pato, que era la otra criatura que había perdido a su pareja. Por fortuna, era un pato doméstico y no me resultó difícil estrecharlo contra mi pecho y acariciarlo, para enseñarles cómo debían hacerlo. Después dejé que ellos lo hicieran con el pato... y con la serpiente de cascabel.

Se levantó y desperezó. Después volvió a sentarse más cómodamente. Dijo:

—Bueno, ante nosotros se extiende un mundo que debemos organizar. Tendremos que sacar a los animales del arca, y antes habrá que pensar y decidir varias cosas. Podemos dejar en libertad a todos los animales salvajes que sean herbívoros, para que se las arreglen como puedan. En cuanto a los domésticos, es preferible que los conservemos y nos encarguemos de ellos; los necesitaremos. Pero los carnívoros, los



predadores... Bueno, habrá que decidirse. Pero mucho me temo que todo sea inútil, a menos que encontremos y sepamos manejar la máquina que usaban para fabricar alimentos sintéticos.

La miró fijamente.

—También hemos de pensar en la raza humana; habrá que tornar una decisión respecto a ella, una decisión muy importante.

Ella volvió a sonrojarse un poco, como el día anterior; se sentó rígidamente en la silla.

—No —dijo.

El simuló no haberlo oído.

—Ha sido una hermosa raza, incluso en el caso de que hubiera llegado a extinguirse. Ahora renacerá si nosotros hacemos que renazca, y puede que tropiece con grandes dificultades durante cierto tiempo, pero nosotros podemos reunir libros y conservar la mayoría de sus conocimientos intactos; los importantes, por lo menos. Podemos...

Se interrumpió al ver que ella se ponía en pie y se dirigía hacia la puerta. Así habría reaccionado Martha, pensó, en la época que él la cortejaba, antes de casarse.

Dijo:

—Piénsalo, querida, y tómate todo el tiempo que quieras. Pero vuelve.

Se oyó un portazo. El permaneció sentado, pensando en todas las cosas que debían hacerse en cuanto empezaran, pero sin prisas para empezarlas.

Y al cabo de un rato, oyó los vacilantes pasos de Grace que regresaba.

Sonrió ligeramente. ¿Ven? No fue horrible, en realidad.

El último hombre sobre la Tierra estaba sentado solo en una habitación. Sonó una llamada a la puerta...

## LA MEZCLADORA DE CEMENTO

-¡Ettil, el cobarde! ¡Ettil, el renegado! ¡Ettil, que no quiere participar en la gloriosa guerra de Marte contra la Tierra!

-¡Ettil, el padre de un hijo que crecerá a la sombra de esta horrible verdad! -dijeron las viejas de piel arrugada y ojos astutos-. ¡Qué vergüenza!

La mujer de Ettil lloraba en un rincón de la habitación. Las lágrimas caían como una lluvia, numerosas y frescas, sobre los azulejos.

-Oh, Ettil, ¿cómo puedes pensar así?

Ettil dejó a un lado el libro de metal con marco de oro que, rozado por los dedos, le había cantado una historia durante toda la mañana.

-He tratado de explicártelo -dijo-. Esto es una locura. Que Marte invada la Tierra... Nos matarán a todos. Me quedaré en Marte, a leer.

Un golpe brusco en la puerta. Tylla fue a abrir. Su padre entró rugiendo: -¿Es cierto lo que han dicho? ¿Mi yerno un traidor?

-Sí, padre.

-¿No vas a luchar en el ejército marciano?

-No, padre.

-¡Dioses! -El viejo enrojeció hasta las orejas-. ¡Qué oprobio! Te matarán.

-Y bueno, que me maten. No habrá más discusiones.

-¿Quién ha oído hablar alguna vez de un marciano que no quiera invadir la Tierra?

-Nadie. Admito que es algo increíble.

-Padre, ¿por qué no tratas de convencerlo? -preguntó Tylla.

-¿Convencer a un montón de estiércol? -gritó el suegro con los ojos brillantes. Se acercó a Ettil-. Brilla el sol, suena la música, las mujeres lloran, los niños saltan, todo como debe ser, los hombres desfilan valientemente, ¡y tú sentado aquí! ¡Qué vergüenza!

-¡Salga de mi casa! ¡Váyase al infierno con sus frases idiotas! -estalló Ettil-. ¡Lárguese!

¡Llévese sus medallas y sus tambores!

Ettil echó a empujones a su suegro mientras su mujer lloraba a gritos.

Un escuadrón militar cruzó la puerta.

-¿Ettil Vrye? -gritó una voz.

-Sí.

-¡Está usted arrestado!

-Adiós, querida. Me voy a la guerra con estos imbéciles -gritó Ettil, mientras los hombres vestidos con mallas de bronce lo arrastran hacia la puerta.

El calabozo era limpio y claro. Sin libros, Ettil se sentía nervioso. Se tomó de las rejas y observó los cohetes que subían en el aire nocturno. Las estrellas eran muchas y frías; cuando un cohete se lanzaba hacia ellas, parecían apartarse.

-Imbéciles -murmuraba Ettil-. Imbéciles.

Se abrió una puerta y entró un hombre con una especie de vehículo lleno de libros. Detrás del vehículo venía el comisionado militar.

-Ettil Vrye, nos gustaría saber por qué tenía usted estos libros ilegales terrestres en su casa.

Estos ejemplares de «Historias Maravillosas», «Cuentos Científicos» e «Historias Fantásticas».

Explíquese.

-Si van a matarme, mátenme de una vez. Esta literatura explica precisamente por qué no quiero ir a la Tierra. Explica por qué la invasión fracasará.

El comisionado frunció el ceño volviéndose hacia las revistas amarillentas.

-¿Cómo es eso?

-Tome cualquier ejemplar -dijo Ettil-. Cualquiera. Nueve de cada diez historias (publicadas entre los años 1929 y 1959, según el calendario terrestre) hablan de una invasión marciana que invade exitosamente la Tierra.

-Ah. -El comisionado sonrió, asintiendo con un movimiento de cabeza.

-Y que luego -dijo Ettil-, fracasa.

-¡Traición! ¡Literatura subversiva!

-Como guste, pero permítame que saque algunas conclusiones. Las invasiones fracasan, invariablemente, a causa de un hombre joven, generalmente delgado, generalmente irlandés, generalmente solo, llamado Mick o Rick o Jick, que destruye a los marcianos.

-¡No creerá eso!

-No, no creo que los terrestres puedan hoy hacer eso..., no. Pero tienen una tradición, ¿comprende, comisionado? Varias generaciones de niños han absorbido esos cuentos. No conocen sino una serie de invasiones sucesivamente aplastadas. ¿Puede decir usted otro tanto de la literatura de Marte?

-Creo que no.

-Sabe que no. Nunca hemos escrito esas historias tan fantásticas. Sólo atacamos y morimos.

-No comprendo su razonamiento. ¿Qué relación ve usted entre la guerra y estas revistas?

-La moral. Algo muy importante. Los terrestres saben que no pueden fracasar. Lo llevan dentro, como la sangre en las venas. Rechazaron todas las invasiones, aun aquellas maravillosamente organizadas. El haber leído durante su adolescencia todas esas historias les ha dado una fe que no conocemos. Nosotros, los marcianos, no estamos seguros. Nuestra moral es muy baja, a pesar del estrépito de tambores y cobres.

-¡Basta! ¡Traidor! -gritó el comisionado-. Arrojaremos al fuego estas revistas y haremos lo mismo con usted dentro de diez minutos. Elija, Etil Vrye: unirse a la legión de los guerreros o morir en la hoguera.

-Si hay que elegir entre dos muertes, elijo la hoguera.

Arrostraron a Etil hasta el patio. Allí vio cómo arrojaban al fuego sus revistas, tan cuidadosamente coleccionadas.

En el otro extremo del patio, en la sombra, vio la solemne y solitaria figura de su hijo, con los ojos amarillos, grandes y brillantes, llenos de pena y de miedo. El niño, silencioso, no se movía.

Miraba a su padre y sólo quería esconderse.

Etil miró el pozo de fuego. Sintió unas manos rudas que lo empujaban hacia el rojo perímetro de la muerte. Tragó saliva y gritó: -¡Un momento!

-¿Qué pasa?

-Me uniré a la legión de los guerreros -respondió Etil.

-¡Bien! Déjelo en libertad.

Las manos cayeron.

Etil se volvió y vio a su hijo que esperaba, allá en el otro extremo del patio. No sonreía, esperaba. En lo alto del cielo un dorado cohete incandescente subió entre las estrellas.

-Y ahora despediremos a estos valientes guerreros -dijo el comisionado.

La banda rompió a tocar, y el viento bañó suavemente con una dulce lluvia de lágrimas al ejército sudoroso. Los niños correteaban. Etil miró a su mujer, que lloraba de orgullo, y a su hijo, serio y callado.

Entraron marchando en la nave. Una compuerta se cerró de golpe.

Una válvula silbó.

-Hacia la Tierra y la destrucción -murmuró Etil.

-¿Qué? -preguntó alguien.

-Hacia la gloriosa victoria -dijo Etil con una mueca.

El cohete dio un salto.

El espacio, pensó Etil. Henos aquí, rodando entre las tintas negras y las luces rosadas del espacio.

Henos aquí, en un cohete lanzado hacia los terrestres para que, cuando alcen la cabeza, los ojos se les llenen de reflejos de miedo. ¿A qué se parece esto, estar lejos, muy lejos del hogar, de la mujer y los hijos?

-¡Destacamentos de combate! ¡Destacamentos de combate!

-Listos.

-¡Arriba! ¡Rápido!

Etil no se movió. Las dos manos frías se movieron ante él, en alguna parte.

Qué rápido ha sido todo, pensó. Hace un año un cohete terrestre llegó a Marte. Nuestros hombres de ciencia, con sus increíbles talentos telepáticos, copiaron la nave; nuestros

trabajadores, con sus fábricas increíbles, la reprodujeron cien veces. Ninguna otra nave ha llegado a Marte desde entonces y, sin embargo, ya todos hablamos perfectamente el idioma de la Tierra. Conocemos su cultura, su modo de pensar. Y ahora vamos a pagar el precio de nuestra inteligencia.

-¡Preparen las armas!

-¡Listos!

-¡Apunten!

-¿Distancia?

-¡Quince mil kilómetros!

-¡Al ataque!

Ettil trató de sostenerse clavándose fuertemente las uñas en la razón.

Silencio..., silencio, silencio. Espera.

-¡TIIII... TI... TIIII!

-¿Qué es eso?

-¡Una radio de la Tierra!

-¡Sintonicen!

-¡Están tratando de comunicarse con nosotros!

-¡TII... TII!

-¡Aquí están! ¡Escuchen!

-Aquí la Tierra, llamando a la flota de invasión marciana. ¡Les habla William Sommers, presidente de la Asociación de Productores Americanos!

Ettil se inclinó hacia adelante cerrando los ojos.

-Bienvenidos a la Tierra.

-¿Qué? -rugieron los hombres en el cohete-. ¿Qué dijo?

-¡Es una trampa!

Ettil se estremeció, abrió los ojos y miró con asombro la voz invisible que brotaba del techo.

-¡Bienvenidos a la Tierra! ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos a la Tierra industrial y verde! -declaró la amable voz-. Les damos la bienvenida con los brazos abiertos. ¡Que vuestra sangrienta invasión se transforme en una eterna amistad!

-¡Una trampa!

-Hace muchos años ya, nosotros los terrestres, renunciamos a la guerra, destruimos nuestras bombas atómicas. Todo el planeta es vuestro. Sólo les pedimos un poco de gracia, bondadosos invasores.

-¡No puede ser cierto! -murmuró una voz.

-Es una trampa.

-Aterrícen y sean bienvenidos, todos ustedes -dijo el señor William Sommers de la Tierra-.

Aterrícen en cualquier parte. ¡La Tierra es vuestra! ¡Todos somos hermanos!

Ettil se echó a reír. Todos se volvieron hacia él. Los marcianos parpadearon.

-¡Se ha vuelto loco!

Ettil no dejó de reír hasta que alguien lo golpeó.

Un hombre bajo y gordo que esperaba en la plataforma de cohetes, en Green Town, California, sacó un limpio pañuelo blanco y se enjugó la frente cubierta de sudor. Luego miró allá abajo a las cincuenta mil personas rodeadas por un cordón de policías. Todos miraban el cielo.

-¡Allá vienen!

Los cohetes marcianos surgieron de la luz.

El alcalde miró nerviosamente a su alrededor.

-¿Todos preparados?

-Sí, señor -dijo Miss California 1965.

-Sí -dijo Miss Estados Unidos 1940, que había venido corriendo a sustituir a Miss Estados Unidos 1966 que estaba enferma.

-Sí, viejo -dijo el campeón de los recolectores de frutillas del valle de San Fernando de 1956.

-¿Lista la banda?

La banda alzó sus instrumentos de cobre como si fuesen cañones. Los cohetes aterrizaron. La banda tocó «Allá voy, California», diez veces.

Desde el mediodía hasta la una, el alcalde pronunció un discurso con ademanes ante los silenciosos y desconfiados cohetes.

A la una y cuarto se abrieron las puertas de las naves.

La banda tocó «Oh, tú, hermoso país», tres veces.

Etil y los otros cincuenta marcianos saltaron a tierra con las armas preparadas.

El alcalde corrió hacia ellos con la llave de la Tierra en las manos.

La banda tocó «Santa Claus llega hoy a la Ciudad», y un coro traído de Long Beach cantó algo así como «Los Marcianos llegan hoy a la Ciudad».

Los marcianos vieron que nadie llevaba armas y se tranquilizaron un poco.

Desde la una y media hasta las dos y cuarto, el alcalde volvió a pronunciar su discurso pro marciano.

A las dos y media, Miss Estados Unidos 1940 se ofreció a besar a todos los marcianos si se ponían en fila.

A las dos y media y diez segundos, la banda tocó «¿Cómo están todos, cómo están?» para disimular la confusión creada por la sugerencia de Miss Estados Unidos 1940.

A las dos treinta y cinco, el campeón de los recolectores de frutillas de 1956 presentó a los marcianos un camión de dos toneladas lleno de frutillas.

A las dos treinta y siete, el alcalde repartió entre los marcianos unos pases gratuitos para los cines Elite y Majestic, uniendo a este regalo otro discurso que duró hasta después de las tres.

La banda tocó y las cincuenta mil personas cantaron «Pues son tan buenos muchachos».

Dieron las cuatro de la tarde.

Etil se sentó a la sombra del cohete, con dos de sus compañeros.

-¡Así que esto es la Tierra!

-Yo opino que hay que matar a estas sucias ratas -dijo un marciano-. No confío en ellos. Son astutos como serpientes. ¿Por qué nos reciben así?

Alzó una caja: -¿Qué me han dado aquí? Una muestra, dijeron. -El marciano leyó el marbete: BLIX EL NUEVO JABÓN EN ESCAMAS.

Etil sentía frío. Temblaba más que antes.

-¿No lo siente? -susurró-. La tensión. La maldad de todo esto. Algo nos va a suceder. Tienen algún plan sutil y horrible. Van a hacernos algo..., lo sé.

-¡Opino que hay que matarlos a todos!

-¿Cómo vas a matar a una gente que te llama «compañero» y «querido mío»? -preguntó otro marciano.

Etil sacudió la cabeza.

-Son sinceros. Y sin embargo, siento como si nos disolviésemos lentamente en un tanque de ácido. Tengo miedo, de veras. -Sondeó las mentes de la multitud-. Sí, son verdaderamente cordiales. Adelante, camaradas, bienvenidos, nos dicen. Un montón de gente común que adora por igual a perros, gatos y marcianos. Y sin embargo..., sin embargo...

La banda tocó «Barrilito de Cerveza». Por cortesía de la Cervecería Hagenback, de Fresno, California, se distribuyó cerveza gratis a todo el mundo.

Los marcianos se sintieron enfermos. Se pusieron a vomitar.

Etil, enfermo, se sentó bajo un sicomoro.

-Una conspiración, una horrorosa conspiración -gruñó, llevándose las manos al vientre.

-¿Qué comió? -preguntó el comisionado militar.

-Algo que llamaban copos de maíz -murmuró Etil.

-¿Y nada más?

-Una especie de cilindro de carne, dentro de un pan; y un líquido amarillo en un vaso frío, y algo así como un pescado... -suspiró Etil. Se le cerraban los ojos.

Los gemidos de los invasores marcianos se oían en todas partes.

-¡Maten a esas víboras! -gritó alguien débilmente.

-Calma -dijo el comisionado-. Han exagerado su hospitalidad, nada más.

Los pasos de los marcianos resonaban sobre el asfalto.

-¡Alerta, hombres! -susurró el comisionado.

En ese momento pasaban ante un instituto de belleza.

Del interior de la casa surgió una risa furtiva.

Una cabeza cobriza se asomó y desapareció como una muñeca. Un ojo azul brilló e hizo un guiño desde el agujero de una cerradura.

-Una conspiración -murmuró Etil-. Una conspiración como les dije. -Olores y perfumes, impulsados por ventiladores, llenaron el aire de la calle. Las mujeres estaban escondidas en cavernas, como criaturas submarinas, bajo conos eléctricos, con cabellos ondulados en raros torbellinos, con ojos maliciosos y duros, tímidos y animales; con bocas rojas como el neón incandescente.

-¡En el nombre de Dios! -gritó Etil, con los nervios deshechos-. ¡Volvamos a los cohetes!

¡Volvamos a casa! ¡Nos agarrarán! ¿No lo ven? ¡Esos horribles animales marinos, esas mujeres ocultas en sus frescas cavernas de piedra artificial!

-¡Cállese!

-¡Cierre la boca!

Etil dio un grito: -¡Van a arrojarse sobre nosotros, esgrimiendo cajas de bombones y chillando con sus bocas rojizas y grasientas! ¡Van a inundarnos con trivialidades, a destruir nuestra sensibilidad! Mírenlas, a punto de morir electrocutadas, con sus voces susurrantes, sus cantos y sus murmullos! ¿Se atreverían a entrar ahí?

-¿Por qué no? -preguntaron los otros marcianos.

-Los harán pedazos, los azotarán hasta que no quede de ustedes sino un marido, un hombre trabajador, el hombre que paga para que ellas puedan venir a sentarse aquí, a devorar sus malditos chocolates. ¿Piensan que podrían dominarlas?

-Sí, por todos los dioses.

A lo lejos se oyó una voz de mujer que decía: -¿No es gracioso ese del medio?

-Los marcianos no son tan malos después de todo. Son sólo hombres -dijo otra.

-¡Eh! ¡Yu-ju! ¡Marciano! ¡Eh!

Etil escapó dando gritos.

Se sentó en un parque, estremeciéndose, recordando la escena.

Alzó los ojos hacia el oscuro cielo de la noche, y se sintió tan lejos de su casa, tan desamparado.

Sentado aquí, entre los árboles inmóviles, podía ver a lo lejos a los guerreros marcianos que paseaban por las calles, con mujeres terrestres, o desaparecían en la fantasmal oscuridad de los palacios de las emociones pequeñas, para oír allí los horribles sonidos de unas cosas blancas que se movían sobre pantallas blancas. Y al lado de los marcianos se sentaban unas mujercitas de pelo rizado, con unas bolas de goma gelatinosa entre las mandíbulas y debajo de los asientos se endurecían otras bolas de goma con unas fósiles huellas que los dientecitos de gato de las mujeres habían impreso para siempre.

Etil comenzó a escribirle a su mujer, moviendo cuidadosamente la pluma sobre una hoja apoyada en la pierna.

Querida Tylla...

Pero lo interrumpieron. Una vieja aniñada, con una cara llena de arrugas, pálida y redonda, sacudió una pandereta bajo las narices de Etil, obligándole a alzar los ojos.

-Hermano -exclamó la vieja con los ojos brillantes-. ¿Has sido salvado?

-¿Estoy en peligro? -preguntó Etil, incorporándose y dejando caer la pluma.

-¡En terrible peligro! -lloró la mujer, golpeando la pandereta y clavando los ojos en el cielo-.

Oh, hermano, necesitas ser salvado urgentemente.

-Pienso lo mismo -dijo Etil, estremeciéndose.

-Hoy hemos salvado a muchos. Yo misma salvé a tres marcianos. ¿No está bien? -La mujer le mostró los dientes.

-Creo que sí.

La vieja parecía dominada por alguna sospecha. Se inclinó hacia Etil y le preguntó en voz baja: -Hermano, ¿has sido bautizado?

-No lo sé -murmuró Etil a su vez.

-¿No lo sabes? -gritó la mujer alzando la mano y la pandereta.

-¿Es como ser fusilado?

-Hermano -dijo la mujer-. Estás en un estado pecaminoso lamentable. Le echaremos la culpa a tu descuidada educación. Hermano, tienes que bautizarte si quieres ser feliz.

-¿Seré feliz aun en este mundo? -preguntó Etil.

-No pretendas manjares en tu plato -dijo la vieja-. Conténtate con unas viejas lentejas, pues nos espera otro mundo mejor que éste.

-Lo conozco -dijo Etil.

-Un mundo de paz -continuó la mujer.

-Sí.

-De leche y miel -dijo la vieja.

-Sí, sí.

-Y donde todos ríen.

-Ahora me doy cuenta -dijo Etil.

-Un mundo mejor.

-Mucho mejor. Sí, Marte es un hermoso planeta.

-Oye -dijo la mujer, estirándose y dándole, casi, con la pandereta en la cara, ¿te ríes de mí?

-¿Por qué? No. -Etil se sintió confuso y asombrado-. Pensé que hablaba usted de...

-No de ese malvado y viejo Marte. ¡Créeme! Los hombres como tú arderán siglos y siglos, y sufrirán, y se cubrirán de pústulas negras, y serán horriblemente torturados.

-Reconozco que la vida en la Tierra no es nada agradable. La ha descrito usted muy bien.

-¡Estás burlándote de mí otra vez! -gritó la mujer, enojada.

-No, no..., por favor. Soy un hombre ignorante.

-Bueno -dijo la mujer-, eres un pagano y los paganos no son gente buena. Toma este papel.

Ve a esa dirección mañana. Te bautizaremos y serás feliz. ¿Irás?

-Haré lo posible -dijo Etil, titubeando.

La mujer se fue calle abajo, golpeando su pandereta, cantando hasta desgañitarse: -¡Soy tan feliz, soy siempre tan feliz!

Aturdido, Etil volvió a su carta: Querida Tylla: Pensar que en mi ingenuidad pensé que los terrestres contraatacarían con fusiles y bombas. No, no. Cometí un triste error. Mick, o Rick, o Jick, esos apuestos jóvenes que salvan el mundo, no existen. No.

Hay rubios robots de rosados cuerpos de goma, reales, pero de algún modo irreales; vivos, pero de algún modo automáticos, que viven en cuevas. Tienen, además, una mirada fija, inmóvil, por haberse pasado innumerables horas mirando películas. Sólo tienen músculos en las mandíbulas: mastican incesantemente unos trozos de goma.

Y no sólo eso, querida Tylla, toda la civilización terrestre es algo semejante. Y hemos sido arrojados en esta civilización como un puñado de semillas en una mezcladora de cemento. Ninguno de nosotros podrá sobrevivir. Nos matarán a todos, pero no con una bala, sino con un amable apretón de manos. Nos destruirán a todos, pero no con un cohete, sino con un automóvil...

Alguien dio un grito. Un enorme ruido. Otro ruido. Silencio.

Etil alzó los ojos. A lo lejos, en la calle, habían chocado dos autos. Uno lleno de marcianos, el otro de terrestres. Etil volvió a su carta.

Querida, querida Tylla. Unos pocos números si me permites. Cuarenta y cinco mil personas se matan todos los años en este continente norteamericano, transformándose en jalea ahí mismo, en la misma lata, en los automóviles. Una jalea de sangre roja, con unos huesos blancos aquí y allá.

Miras por la ventana y ves a dos personas que hasta hace un momento no se conocían, cariñosamente acostadas juntas, muertas. Preveo que esas jóvenes brujas y esas gomas de mascar aplastarán, contaminarán, atraparán a nuestro ejército en los cines. Uno de estos días trataré de escapar e ir a Marte. Tendrá que ser pronto.

Las mujeres de este malvado planeta están ahogándose con una marea de sentimentalismo, de falso romance. Buenas noches, Tylla. Deséame buena suerte, pues moriré probablemente tratando de escapar. Besos a los niños.

Llorando en silencio, Etil dobló la carta y se prometió a sí mismo llevarla más tarde al correo del cohete.

Dejó el parque. ¿Qué podía hacer? ¿Escapar? ¿Pero cómo? ¿Ir al correo esa misma noche, robar uno de los cohetes y volver solo a Marte? ¿Sería posible? Sacudió la cabeza. Se sentía confundido.

Sólo sabía que si se quedaba en la Tierra pasaría a ser el esclavo de un montón de cosas que zumbaban, roncaban, silbaban y emitían nubes de humo y malos olores. Y en seis meses

sería el propietario de unas pesadillas profundas como océanos e infectadas de intestinos de increíble longitud a través de los cuales tendría que abrirse paso a la fuerza durante todas las noches.

No, no.

Ettil observó los rostros alucinados de los terrestres que desfilaban en sus ataúdes metálicos.

-Eh, usted La bocina de un auto. El largo féretro de un coche, negro y siniestro, se acercó a la acera. Un hombre se asomó a la ventanilla.

-¿Es usted marciano?

-Sí.

-Justo el hombre que busco. Suba, rápido... La gran ocasión de su vida. Suba. Iremos a hablar a un lugar tranquilo. Vamos, suba, no se quede ahí.

Como hipnotizado, Etttil entró al coche.

-¿Qué deseas, E.V.? ¿Un manhattan? Yo convido. ¡Yo y los Grandes Estudios! Mucho gusto de conocerte, E.V. Mi nombre es R.R. van Plank.

Etttil sintió que le estrujaban y le masajearan la mano. Estaban en una ratonera oscura, rodeados de música y camareros. Aparecieron dos copas. Van Plank, con las manos cruzadas sobre el pecho, observaba su descubrimiento marciano.

-E.V. -dijo al fin-, te necesito para esto. La más espléndida de mis ideas. Estaba en casa, sentado, y pensé: ¡Dios mío, que buena película sería! LOS MARCIANOS INVADEN LA TIERRA.

¿Qué necesito? Un consejero técnico. Subía a mi coche, te encontré, y aquí estamos. ¡Alcemos las copas! Por tu salud y tu futuro!

-Pero... -dijo Etttil.

-Sí, ya sé, necesitas dinero. Bueno, no faltará. Tengo aquí mismo una libreta de cheques muy apetitosa.

-No me gustan las golosinas terrestres...

-Muy gracioso, de veras. Bueno, te diré cómo imagino la película... -van Plank se inclinó hacia adelante, excitado-. Para empezar, una escena con marcianos que bailan y tocan el tambor. Al fondo unas grandes ciudades de plata...

-Pero las ciudades marcianas no son así...

-Tenemos que darle color, muchacho. Deja que el viejo arregle este asunto. Bueno, ahí están los marcianos, bailando alrededor del fuego.

-Nosotros no bailamos alrededor del fuego.

-En esta película bailarán alrededor del fuego -declaró van Plank con los ojos cerrados, orgulloso de su seguridad-. Luego aparecerán unas hermosas marcianas, altas y rubias.

-Las marcianas son morenas...

-Mira, E.V., así no podremos entendernos. Ah, me olvidaba, tendrás que cambiarte el nombre.

¿Cómo era?

-Etttil.

-Un nombre de mujer. Te voy a poner uno mejor: Joe. Te llamarás Joe. De acuerdo, Joe, como decía, nuestras marcianas serán rubias porque..., porque sí. Y en otra escena muy emocionante, la joven marciana salva de la muerte a todos los marcianos cuando un meteoro destroza el cohete. Una escena formidable. Me alegra haberte encontrado, Joe. Harás un buen negocio con nosotros, te lo aseguro.

Etttil se inclinó hacia adelante y tomó al hombre por la muñeca.

-Un momento. Quiero preguntarle algo.

-Seguro, Joe. Adelante.

-¿Por qué han sido tan amables con nosotros? Invadimos su planeta y nos reciben amablemente.

¿Por qué?

-No son muy inteligentes en Marte, ¿eh? Son bastante ingenuos, ya me doy cuenta. Mira, Joe, piensa un momento. Todos somos gente común, ¿no es así? -van Plank agitó una mano oscura adornada con esmeraldas-. En la Tierra estamos orgullosos de ser así.

»Éste es el siglo del hombre común, Bill, y estamos orgullosos de nuestra medianía. Sí, señor, una enorme familia amable... Todo el mundo ama a todo el mundo. Les entendemos,



Joe, y sabemos por qué han invadido la Tierra. Sabemos que ustedes se sentían muy solos en ese frío y pequeño Marte, y que envidiaban nuestras ciudades...

-Nuestra civilización es más antigua que la de ustedes.

-Por favor, Joe, no me gusta que me interrumpas. Déjame terminar y luego me dirás todo lo que quieras. Como te iba diciendo, se sentían muy solos allá arriba, y bajaron a ver nuestras ciudades y a nuestras mujeres y todo lo demás, y nosotros los recibimos con los brazos abiertos. Todos somos hermanos. Ustedes son hombres comunes, como nosotros. Y, además, Roscoe, esta invasión puede darnos algunos beneficios. Por ejemplo, esta película nos reportará una ganancia neta de mil millones de dólares. La semana próxima comenzaremos a vender una muñeca marciana a treinta dólares.

»Firmaremos también un contrato para vender un juego marciano a cinco. Hay muchas posibilidades.

-Ya veo -dijo Etil, echándose hacia atrás.

-Y luego, naturalmente, está ese nuevo y espléndido mercado.

-Piensa en los depiladores, las pastillas de goma y las pomadas para calzado que podremos venderles.

-Espere. Otra pregunta.

-Lárgala.

-¿Cómo se llama usted? ¿Qué quiere decir R.R.?

-Richard Robert.

Etil miró el cielo raso.

-¿Lo llamaron alguna vez, por casualidad, Rick?

-¿Cómo lo has adivinado, socio? Rick, exacto.

Etil suspiró y rió, rió. Extendió la mano.

-Así que..., ¿usted es Rick? ¡Rick!

-¿Dónde está el chiste?

-No lo entendería... Una broma de familia, ¡ja, ja! -Las lágrimas corrieron por las mejillas de Etil y le llegaron a la boca-. Así que usted es Rick. Oh, qué sorpresa..., y es divertido. Nada de músculos prominentes, nada de fuertes mandíbulas, nada de revólveres. ¡Sólo una cartera llena de dinero y unos anillos de esmeraldas, y una enorme barriga!

-Eh, cuidado con lo que dices. No soy, quizá, un Apolo, pero...

-Deme la mano, Rick. ¡Deseaba tanto conocerlo! Usted conquistará Marte. Armado de cocteleras, fichas de póquer, bolsas de goma, gorras cuadrículadas y botellas de ron.

-Sólo soy un humilde hombre de negocios -dijo van Plank, bajando modestamente los ojos-.

Eso es todo. Pero, como te decía, Marte será un gran mercado para los juegos automáticos y las historietas. Campo virgen. Les meteremos por los ojos unas cuantas cosas a los marcianos. ¡Se van a pelear por ellas, muchacho! Perfumes, trajes de París. Y zapatos nuevos...

-No usamos zapatos.

-Mira, Joe, ya arreglaremos eso. Se avergonzarán de no usar zapatos. ¡Y luego les venderemos el betún!

Van Plank palmeó a Etil.

-¿Trato hecho? ¿Serás el director técnico de mi película? Te daremos doscientos por semana para empezar. Y luego aumentaremos a quinientos. ¿Qué te parece?

-Me siento enfermo -dijo Etil. Había bebido el manhattan y estaba pálido.

-Caramba, lo siento. No sabía que eso podía hacerte mal. Vamos a tomar un poco de aire.

Al aire libre, Etil se sintió mejor.

-¿Así es que por eso nos recibieron en la Tierra?

-Claro, hijo. Cuando un terrestre puede ganarse honestamente un dólar, míralo, desborda de entusiasmo. Bueno, ésta es mi tarjeta. Ve a los estudios de Hollywood mañana por la mañana, a las nueve. Buenas noches, y... ¡Feliz invasión!

El automóvil se alejó.

Etil lo siguió con los ojos, incrédulo. Luego, frotándose la frente con la palma de la mano, echó a caminar por la calle, hacia el aeropuerto.

Los cohetes, silenciosos, resplandecían a la luz de la luna. De la ciudad llegaban los lejanos ruidos de las fiestas. En un puesto médico atendían un caso grave de depresión nerviosa: un joven marciano que, a juzgar por sus gritos, había visto demasiado, había bebido

demasiado, había oído demasiadas canciones en los fonógrafos rojos y amarillos de los cafés, y había sido perseguido alrededor de innumerables mesas por una mujer parecida a un elefante.

-No puedo respirar... -murmuraba el enfermo.

Al cabo de un año, ¿cuántos marcianos habrían muerto enfermos del hígado, de los riñones o del corazón? ¿Cuántos se habrían suicidado?

Etil se detuvo en medio de la desierta avenida.

Podía elegir: quedarse aquí, aceptar el empleo en el estudio, presentarse todas las mañanas al trabajo, como consejero técnico y al cabo de un tiempo decirle al productor que sí, de veras, había masacres en Marte; sí, las mujeres eran altas y rubias; sí, habían danzas rituales y sacrificios; sí, sí, sí, sí. O podía meterse en un cohete y volver, solo, a Marte.

-Pero, ¿y el año próximo? -se dijo.

Inaugurarían en Marte el club nocturno del Canal Azul, el casino de juegos de la Ciudad Antigua, en la misma ciudad. ¡Sí, en una de las antiguas ciudades de Marte! Tubos de neón, papeles sucios entre las ruinas, picnics en los viejos cementerios...

Pero no en seguida. Pronto llegaría a casa. Tylla estaría esperándolo con su hijo, y durante un tiempo podrían sentarse a orillas del canal a leer los viejos y hermosos libros, a saborear un vino suave y raro... Y hablarían y vivirían en paz hasta que los tubos de neón cayeran sobre ellos.

Y quizá pudieran irse entonces a las montañas azules y ocultarse allí un año o dos, hasta que llegasen los turistas a sacar sus instantáneas y decir que bonito era todo.

Etil volvió la cabeza y vio que un coche venía hacia él, haciendo eses, lleno de muchachos y muchachas vociferantes. Vio que los ocupantes del automóvil lo señalaban con el dedo y gritaban.

Oyó el ruido creciente del motor. El vehículo se lanzaba contra él a noventa kilómetros por hora.

Etil echó a correr.

Sí, sí, pensó cansadamente, con el coche ya encima, qué raro, que triste. Suena como..., como una mezcladora de cemento.

F I N

Título Original: *The Concrete Mixer* © 1949.  
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.  
Revisión 2.

## LA MULTITUD

EL SEÑOR SPALLNER se llevó las manos a la cara. Hubo una impresión de movimiento en el aire, un grito delicadamente torturado, el impacto y el vuelco del automóvil, contra una pared, a través de una pared, hacia arriba y hacia abajo como un juguete, y el señor Spallner fue arrojado afuera. Luego... silencio.

La multitud llegó corriendo. Débilmente, tendido en la calle, el señor Spallner los oyó correr. Hubiera podido decir que edad tenían y de que tamaño eran todos ellos, oyendo aquellos pies numerosos que pisaban la hierba de verano y luego las aceras cuadriculadas y el pavimento de la calle, trastabillando entre los ladrillos desparramados donde el auto colgaba a medias apuntando al cielo de la noche, con las ruedas hacia arriba girando aún en un insensato movimiento centrífugo.

No sabía en cambio de dónde salía aquella multitud. Miró y las caras de la multitud se agruparon sobre él, colgando allá arriba como las hojas anchas y brillantes de unos árboles inclinados. Era un anillo apretado, móvil, cambiante de rostros que miraban hacia abajo, hacia abajo, leyéndole en la cara el tiempo de vida o muerte, transformándole la cara en un reloj de luna, donde la luz de la luna arrojaba la sombra de la nariz sobre la mejilla, señalando el tiempo de respirar o de no respirar ya nunca más.

Qué rápidamente se reúne una multitud, como un iris que se cierra de pronto en el ojo, pensó Spallner.

Una sirena. La voz de un policía. Un movimiento. De la boca del señor Spallner cayeron unas gotas de sangre; lo metieron en una ambulancia. Alguien dijo  
- ¿Esta muerto?

Y algún otro dijo:  
-No, no está muerto.

Y el señor Spallner vio más allá en la noche, los rostros de la multitud y supo mirando esos rostros que no iba a morir. Y esto era raro. Vio la cara de un hombre, delgada, brillante, pálida; el hombre tragó saliva y se mordió los labios. Había una mujer menuda también, de cabello rojo y de mejillas y labios muy pintarrajeados. Y un niño de cara pecosa. Caras de otros. Un anciano de boca arrugada; una vieja con una verruga en el mentón. Todos habían venido... ¿de dónde? Casas, coches, callejones, del mundo inmediato sacudido por el accidente. De las calles laterales y los hoteles y de los autos, y aparentemente de la nada.

Las gentes miraron al señor Spallner y él miró y no le gustaron. Había algo allí que no estaba bien, de ningún modo. No alcanzaba a entenderlo. Esas gentes eran mucho peores que el accidente mecánico.

Las puertas de la ambulancia se cerraron de golpe. El señor Spallner podía ver los rostros de la gente, que espiaba y espiaba por las ventanillas. Esa multitud que llegaba siempre tan pronto, con una rapidez inexplicable, a formar un círculo, a fisgonear, a sondear, a clavar estúpidamente los ojos, a preguntar, a señalar, a perturbar, a estropear la intimidad de un hombre en agonía con una curiosidad desenfadada.

La ambulancia partió. El señor Spallner se dejó caer en la camilla y las caras le miraban todavía la cara, aunque tuviera cerrados los ojos.

Las ruedas del coche le giraron en la mente días y días. Una rueda, cuatro ruedas, que giraban y giraban chirriando, dando vueltas y vueltas. El señor Spallner sabía que algo no estaba bien. Algo acerca de las ruedas y el accidente mismo y el ruido de los pies y la curiosidad. Los rostros de la multitud se confundían y giraban en la rotación alocada de las ruedas.

Se despertó.

La luz del sol, un cuarto de hospital, una mano que le tomaba el pulso.  
-¿Cómo se siente? -le preguntó el médico.

Las ruedas se desvanecieron. El señor Spallner miró alrededor.

-Bien, creo.

Trató de encontrar las palabras adecuadas. Acerca del accidente.

-¿Doctor?

-¿Sí?

-Esa multitud... ¿Ocurrió anoche?

-Hace dos noches. Está usted aquí desde el jueves. Todo marcha bien, sin embargo. Ha reaccionado usted. No trate de levantarse.

-Esa multitud. Algo pasó también con las ruedas. Los accidentes... bueno, ¿traen desvaríos?

-A veces.

El señor Spallner se quedó mirando al doctor.

-¿Le alteran a uno el sentido del tiempo?

-Sí, el pánico trae a veces esos efectos.

-¿Hace que un minuto parezca una hora, o que quizá una hora parezca un minuto?

-Sí.

-Permítame explicarle entonces. -El señor Spallner sintió la cama debajo del cuerpo, la luz del sol en la cara. - Pensará usted que estoy loco. Yo iba demasiado rápido, lo sé. Lo lamento ahora. Salté a la acera y choqué contra la pared. Me hice daño y estaba aturdido, lo sé, pero todavía recuerdo. La multitud sobre todo. -Esperó un momento y luego decidió seguir, pues entendió de pronto por qué se sentía preocupado. - La multitud llegó demasiado rápidamente. Treinta segundos después del choque estaban todos junto a mí, mirándome... No es posible que lleguen tan pronto, y a esas horas de la noche.

-Le pareció a usted que eran treinta segundos -dijo el doctor-. Quizá pasaron tres o cuatro minutos. Los sentidos de usted...

-Sí, ya sé, mis sentidos, el choque. ¡Pero yo estaba consciente! Recuerdo algo que lo aclara todo y lo hace divertido. Dios, condenadamente divertido. Las ruedas del coche allá arriba. ¡Cuando llegó la multitud las ruedas todavía giraban!

El médico sonrió. El hombre de la cama prosiguió diciendo:

-¡Estoy seguro! Las ruedas giraban giraban rápidamente. Las ruedas delanteras. Las ruedas no giran mucho tiempo, la fricción las para. ¡Y éstas giraban de veras!

-Se confunde usted.

-No me confundo. La calle estaba desierta. No había un alma a la vista. Y luego el accidente y las ruedas que giraban aún y todas esas caras sobre mí, en seguida. Y el modo cómo me miraban. Yo sabía que no iba a morir.

-Efectos del shock -dijo el médico alejándose hacia la luz del sol.

El señor Spallner salió del hospital dos semanas más tarde. Volvió a su casa en un taxi. Habían venido a visitarlo en esas dos semanas que había pasado en cama, boca arriba, y les había contado a todos la historia del accidente y de las ruedas que giraban y la multitud. Todos se habían reído, olvidando en seguida el asunto.

Se inclinó hacia adelante y golpeó la ventanilla.

-¿Qué pasa?

El conductor volvió la cabeza.

-Lo siento, jefe. Es una ciudad del demonio para el tránsito. Hubo un accidente ahí enfrente. ¿Quiere que demos un rodeo?

-Sí. No. ¡No! Espere. Siga. Echemos una ojeada.

El taxi siguió su marcha, tocando la bocina.

-Maldita cosa -dijo el conductor-. ¡Eh, usted! ¡Sálgase del camino! -Serenos:- Qué raro... más de esa condenada gente. Gente alborotadora.

El señor Spallner bajó los ojos y se miró los dedos que le temblaban en la rodilla.

-¿Usted también lo notó?

-Claro -dijo el conductor-. Todas las veces. Siempre hay una multitud. Como si el muerto fuera la propia madre.

-Llegan al sitio con una rapidez espantosa -dijo el hombre del asiento de atrás.

-Lo mismo pasa con los incendios o las explosiones. No hay nadie cerca. Bum, y un montón de gente alrededor. No entiendo.

-¿Vió alguna vez algún accidente de noche?

El conductor asintió.

-Claro. No hay diferencia. Siempre se junta una multitud.

Llegaron al sitio. Un cadáver yacía en la calle. Era evidentemente un cadáver, aunque no se lo viera. Ahí estaba la multitud. Las gentes que le daban la espalda, mientras él miraba el taxi. Le daban la espalda. El señor Spallner abrió la ventanilla y casi se puso a gritar. Pero no se animó. Si gritaba podían darse vuelta. Y el señor Spallner tenía miedo de verles las caras.

-Parece como si yo tuviera un imán para los accidentes -dijo luego, en la oficina. Caía la tarde. El amigo del señor Spallner estaba sentado del otro lado del escritorio, escuchando-. Salí del hospital esta mañana y casi en seguida tuvimos que dar un rodeo a causa de un choque.

-Las cosas ocurren en ciclos -dijo Morgan.

-Deja que te cuente lo de mi accidente.

-Ya lo oí. Lo oí todo.

-Pero fue raro, tienes que admitirlo.

-Lo admito. Bueno, ¿tomamos una copa?

Siguieron hablando durante una media hora o más. Mientras hablaban, todo el tiempo, un relojito seguía marchando en la nuca de Spallner, un relojito que nunca necesitaba cuerda. El recuerdo de unas pocas cosas. Ruedas y caras.

Alrededor de las cinco y media hubo un duro ruido de metal en la calle. Morgan asintió con un movimiento de cabeza, se asomó a la ventana y miró hacia abajo.

-¿Qué te dije? Cielos. Un camión y un Cadillac color crema. Sí, sí.

Spallner fue hasta la ventana. Tenía mucho frío, y mientras estaba allí de pie se miró el reloj pulsera, la manecilla diminuta. Uno dos tres cuatro cinco segundos -gente que corría- ocho nueve diez once doce -gente que llegaba corriendo, de todas partes- quince dieciséis diecisiete dieciocho segundos -más gente, más coches, más bocinas ensordecedoras. Curiosamente distante, Spallner observaba la escena como una explosión en retroceso: los fragmentos de la detonación eran succionados de vuelta al punto de impulsión. Diecinueve, veinte, veintiún segundos, y allí estaba la multitud. Spallner los señaló con un ademán, mudo. La multitud se había reunido tan rápidamente.

Alcanzó a ver el cuerpo de una mujer antes que la multitud lo devorase.

-No tienes buena cara -dijo Morgan-. Toma. Termina tu copa.

-Estoy bien, estoy bien. Déjame solo. Estoy bien. ¿Puedes ver a esa gente? ¿Puedes ver la cara de alguno? Me gustaría que los viéramos de más cerca.

-¿A dónde diablos vas? -gritó Morgan.

Spallner había salido de la oficina. Morgan corrió detrás, escaleras abajo, precipitadamente.

-Vamos, y rápido.

-Tranquilízate, ¡no estás bien todavía!

Salieron a la calle. Spallner se abrió paso entre la gente. Le pareció ver a una mujer pelirroja con las mejillas y los labios pintarrajeados.

-¡Ahí! -Se volvió rápidamente hacia Morgan.- ¿La viste?

-¿A quién?

-Maldición, desapareció. Se perdió entre la gente.

La multitud ocupaba todo el sitio, respirando y mirando y arrastrando los pies y moviéndose y murmurando y cerrando el paso cuando el señor Spallner trataba de acercarse. Era evidente que la pelirroja lo había visto y había huido.

Vio de pronto otra cara familiar. Un niño pecoso. Pero hay tantos niños pecosos en el mundo. Y, de todos modos, no le sirvió de nada, pues antes que el señor Spallner llegara allí el niño pecoso corrió y desapareció entre la gente.

-¿Está muerta? -preguntó una voz-. ¿Está muerta?

-Está muriéndose -replicó alguien-. Morir antes que llegue la ambulancia. No tenían que haberla movido. No tenían que haberla movido.

Todas las caras de la multitud, conocidas y sin embargo desconocidas, se inclinaban mirando hacia abajo, hacia abajo.

-Eh, señor, no empuje.

-¿A dónde pretende ir, compañero?

Spallner retrocedió, y sintió que se caía. Morgan lo sostuvo.

-Tonto rematado. Todavía estás enfermo. ¿Para qué diablos has tenido que venir aquí?

-No sé, realmente no lo sé. La movieron, Morgan, alguien movió a la mujer. Nunca hay que mover a un accidentado en la calle. Los mata. Los mata.

-Sí. La gente es así. Idiotas.

Spallner ordenó los recortes de periódicos. Morgan los miró.

-¿De qué se trata? Parece como si todos los accidentes de tránsito fueran ahora parte de tu vida. ¿Qué son estas cosas?

-Recortes de noticias de choques de autos. y fotos. Míralas. No, no los coches -dijo Spallner-. La gente que está alrededor de los coches. -Señaló.- Mira. Compara esta foto de un accidente en el distrito de Wilshire con esta de Westwood. No hay ningún parecido. Pero toma ahora esta foto de Westwood y ponla junto a esta otra también del distrito de Westwood de hace diez años. -Mostró otra vez con el dedo.- Esta mujer está en las dos fotografías.

-Una coincidencia. Ocurrió que la mujer estaba allí en 1936 y luego en 1946.

-Coincidencia una vez, quizá. Pero doce veces en un período de diez años, en sitios separados por distancias de hasta cinco kilómetros, no. -El señor Spallner extendió sobre la mesa una docena de fotografías.- ¡Está en todas!

-Quizá es una perversa.

-Es más que eso. ¿Cómo consigue estar ahí tan pronto luego de cada accidente? ¿Y cómo está vestida siempre del mismo modo en fotografías tomadas en un período de diez años?

-Que me condenen si lo sé.

-Y por último, ¿por qué estaba junto a mí la noche del accidente, hace dos semanas?

Se sirvieron otra copa. Morgan fue hasta los archivos.

-¿Qué has hecho? ¿Comprar un servicio de recortes de periódicos mientras estabas en el hospital? -Spallner asintió. Morgan tomó un sorbo. Estaba haciéndose tarde. En la calle, bajo la oficina, se encendían las luces.- ¿A qué lleva todo esto?

-No lo sé -dijo Spallner; excepto que hay una ley universal para los accidentes. Se juntan multitudes. Siempre se juntan. Y como tú y como yo, todos se han preguntado año tras año cómo se juntan tan rápidamente, y por qué. Conozco la respuesta. Aquí está. -Dejó caer los recortes.- Me asusta.

-Esa gente... ¿no podrían ser buscadores de sensaciones escalofrantes, ávidos perversos a quienes complace la sangre y la enfermedad?

Spallner se encogió de hombros.

-¿Explica eso que se los encuentre en todos los accidentes? Notarás que se limitan a ciertos territorios. Un accidente en Brentwood atraer a un grupo. Uno Huntington Park a otro. Pero hay una norma para las caras, un cierto porcentaje que aparece en todas las ocasiones.

-No son siempre las mismas caras, ¿no es cierto? -dijo Morgan.

-Claro que no. Los accidentes también atraen a gente normal, en el curso del tiempo. Pero he descubierto que estas son siempre las primeras.

-¿Quiénes son? ¿Qué quieren? Haces insinuaciones, pero no lo dices todo. Señor, debes de tener alguna idea. Te has asustado a ti mismo y ahora me tienes a mí sobre ascuas.

-He tratado de acercarme a ellos, pero alguien me detiene y siempre llego demasiado tarde. Se meten entre la gente y desaparecen. Como si la multitud tratara de proteger a algunos de sus miembros. Me ven llegar.

-Como si fueran una especie de asociación.

-Algo tienen en común. Aparecen siempre juntos. En un incendio o en una explosión o en los avatares de una guerra, o en cualquier demostración pública de eso que llaman muerte. Buitres, hienas o santos. No sé que son, no lo sé de veras. Pero ir, a la policía esta noche. Ya ha durado bastante. Uno de ellos movió el cuerpo de esa mujer esta tarde. No debían haberla tocado. Eso la mató.

Spallner guardó los recortes en una valija de mano. Morgan se incorporó y se deslizó dentro del abrigo. Spallner cerró la valija.

-O también podría ser... Se me acaba de ocurrir.

-¿Qué?

-Quizá querían que ella muriese.

-¿Y por qué?

-¿Quién sabe. ¿Me acompañas?

-Lo siento. Es tarde. Te veré mañana. Que tengas suerte. -Salieron juntos.- Dale mis saludos a la policía. ¿Piensas que te crearán?

-Oh, claro que me crearán. Buenas noches.

Spallner iba con el coche hacia el centro de la ciudad, lentamente.

-Quiero llegar -se dijo-, vivo.

Cuando el camión salió de una callejuela lateral directamente hacia él, sintió que se le encogía el corazón pero de algún modo no se sorprendió demasiado.

Se felicitaba a sí mismo (era realmente un buen observador) y preparaba las frases que les diría a los policías cuando el camión golpeó el coche. No era realmente su coche, y en el primer momento esto fue lo que más lo preocupó. Se sintió lanzado de aquí para allá mientras pensaba, que vergüenza, Morgan me ha prestado su otro coche unos días mientras me arreglan el mío y aquí estoy otra vez. El parabrisas le martilló la cara. Cayó hacia atrás y hacia adelante en breves sacudidas. Luego cesó todo movimiento y todo ruido y sólo sintió el dolor.

Oyó los pies de la gente que corría y corría. Alargó la mano hacia el pestillo de la portezuela. La portezuela se abrió y Spallner cayó afuera, mareado, y se quedó allí tendido con la oreja en el asfalto, oyendo cómo llegaban. Eran como una vasta llovizna, de muchas gotas, pesadas y leves y medianas, que tocaban la tierra.

Esperó unos pocos segundos y oyó cómo se acercaban y llegaban. Luego, débilmente, expectante, ladeó la cabeza y miró hacia arriba.

Podía olerles los alientos, los olores mezclados de mucha gente que aspira y aspira el aire que otro hombre necesita para vivir. Se apretaban unos contra otros y aspiraban y aspiraban todo el aire de alrededor de la cara jadeante, hasta que Spallner trató de decirles que retrocedieran, que estaban haciéndolo vivir en un vacío. Le sangraba la cabeza. Trató de moverse y notó que a su espina dorsal le había pasado algo malo. No se había dado cuenta en el choque, pero se había lastimado la columna. No se atrevió a moverse.

No podía hablar. Abrió la boca y no salió nada, sólo un jadeo.

-Denme una mano -dijo alguien-. Lo daremos vuelta y lo pondremos en una posición más cómoda.

Spallner sintió que le estallaba el cerebro.

-¡No! ¡No me muevan!

-Lo moveremos -dijo la voz, como casualmente.

-¡Idiotas, me matarán, no lo hagan!

Pero Spallner no podía decir nada de esto en voz alta, sólo podía pensarlo.

Unas manos le tomaron el cuerpo. Empezaron a levantarlo. Spallner gritó y sintió que una náusea lo ahogaba. Lo enderezaron en un paroxismo de agonía.

Dos hombres. Uno de ellos era delgado, brillante, pálido, despierto, joven. El otro era muy viejo y tenía el labio superior arrugado.

Spallner había visto esas caras antes. Una voz familiar dijo:

-¿Está... está muerto?

Otra voz, una voz memorable, respondió:

-No, no todavía, pero morirá antes que llegue la ambulancia.

Toda la escena era muy tonta y disparatada. Como cualquier otro accidente. Spallner chilló histéricamente ante el muro estólido de caras. Estaban todas alrededor, jueces y jurados con rostros que había visto ya una vez.

En medio del dolor, contó las caras.

El niño pecos. El viejo del labio arrugado. La mujer pelirroja, de mejillas pintarrajeadas. Una vieja con una verruga en la mejilla.

Sé por qué están aquí, pensó Spallner. Están aquí como están en todos los accidentes. Para asegurarse de que vivan los que tienen que vivir y de que mueran los que tienen que morir. Por eso me levantaron. Sabían que eso me mataría. Sabían que seguiría vivo si me dejaban solo.

Y así ha sido siempre desde el principio de los tiempos, cuando las multitudes se juntaron por vez primera. De ese modo el asesinato es mucho más fácil. La coartada es muy simple; no sabían que es peligroso mover a un herido. No querían hacerle daño.

Los miró, allá arriba, y sintió la curiosidad que siente un hombre debajo del agua mientras mira a los que pasan por un puente. ¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen y cómo llegan aquí tan pronto? Ustedes son la multitud que se cruza siempre en el camino, gastando el buen aire tan necesario para los pulmones de un moribundo, ocupando el espacio que el hombre necesita para estar acostado, solo. Pisando a las gentes para que se mueran de veras, y no haya ninguna duda. Eso son ustedes, los conozco a todos.

Era un monólogo cortés. La multitud no dijo nada. Caras. El viejo. La mujer pelirroja.

-¿De quién es esto? -preguntaron:

Alguien levantó la valija de mano.

-¡Es mía! Ahí están mis pruebas contra ustedes!

Ojos, invertidos, encima. Ojos brillantes bajo cabellos cortos o bajo sombreros.

En algún sitio... una sirena, llegaba la ambulancia. Pero mirando las caras, las facciones, el color, la formas de las caras, Spallner supo que era demasiado tarde.

Lo leyó en aquellas caras. Ellos sabían. Trató de hablar. Le salieron unas sílabas:

-Pa... parece que me uniré a ustedes... Creo... que ser, un miembro del grupo... de ustedes....

Cerró luego los ojos, y esperó al empleado de la policía que vendría verificar la muerte.



## LLEGARÁN SUAVES LLUVIAS

En la sala la voz del reloj dijo ¡Tic-tac, siete en punto, hora de levantarse, hora de levantarse, siete en punto! como si temiera que nadie lo hiciera. La casa matutina permaneció vacía. El reloj siguió sonando, repitiendo y repitiendo sus sonidos en el vacío. ¡Siete nueve, hora del desayuno, siete nueve!

En la cocina la estufa para el desayuno dio un suspiro silbante y lanzo de su tibio interior ocho rebanadas de pan perfectamente tostado, ocho huevos fritos con la yema intacta, dieciséis rebanadas de tocino, dos cafés y dos vasos con leche fría.

"Hoy es agosto 4, 2026", dijo una segunda voz proveniente del techo de la cocina, "en la ciudad de Allendale, California". Repitió la fecha tres veces para ayudar a la memoria. "Hoy es el cumpleaños del señor Featherstone. Hoy es el aniversario de boda de Tilita. Es momento de pagar el seguro, así como las cuentas del agua, el gas y la electricidad"

En alguna parte de los muros, los reveladores trabajaron, loas cintas de memoria se deslizaron bajo ojos eléctricos.

¡Ocho uno, tic-tac, ocho uno exactamente, hora de salir a la escuela, hora de salir al trabajo, corran, corran, ocho uno! Pero no hubo puertas que se cerraran ni los tapetes sintieron el suave paso de las suelas de goma. Afuera llovía. La caja de clima de la puerta principal canto suavemente: "Lluvia, lluvia, salgan; gabardinas para hoy...". Y la lluvia golpeo sobre la casa vacía, produciendo ecos.

Afuera, el garage emitió sonidos y levanto su puerta para dejar ver el automóvil que esperaba. Después de una larga espera la puerta bajo de nuevo.

A las ocho treinta los huevos se habían resecado y el pan tostado parecía de piedra. Una espátula de aluminio los raspó echándolos en el fregadero, en donde agua caliente los hizo pasar por una garganta metálica que los digirió y mandó por las tuberías al distante mar. Los trastes sucios se colocaron en una lavadora caliente, y surgieron brillantes y secos.

Nueve quince, canto el reloj hora de limpiar.

De sus madrigueras en la pared, pequeños ratones robot salieron disparados. Los cuartos se llenaron de actividad con los pequeños animales de limpieza, todos goma y metal. Se topaban las sillas, haciendo girar sus terminales con mostachos, amasando el pelo de la alfombra, sorbiendo suavemente el polvo oculto. Después, como invasores misteriosos, regresaron a sus escondrijos. Sus ojos eléctricos color rosa se apagaron. La casa estaba limpia.

Diez en punto.

El sol salió después de la lluvia. La casa permaneció sola en una ciudad de ruinas y cenizas. Era la única casa en pie. Por la noche, la ciudad en ruinas despedía un brillo radioactivo que podía verse a millas de distancia.

Diez quince.

El sistema de riego del jardín empezó a funcionar formando fuentes doradas que llenaron el suave aire matutino con trozos de brillo. El agua golpeo el cristal de las ventanas, escurriendo por el descarado lado oeste en donde la casa había quedado quemada y totalmente desprovista de su pintura blanca. Toda la cara oeste de la casa se veía negra, excepto en cinco lugares. Ahí la silueta en pintura de un hombre podando el césped. Allá, como en una fotografía, una mujer inclinada para cortar flores. UN poco mas lejos, sus imágenes quemadas sobre la madera en un instante titánico, un niño pequeño, con las manos abiertas al aire; un poco más arriba, la imagen de una pelota al vuelo, y frente al niño una niña, con la manos levantada para recibir una pelota que nunca llego.

Los cinco puntos de pintura el hombre, la mujer, los niños, la pelota quedaban. El resto era una delgada capa carbonizada.

La suave lluvia del riego lleno el jardín con una luz descendente.

Hasta este día, que bien que se había conservado la casa. Con cuanto cuidado había preguntado "¿quién está ahí?", "¿cuál es la clave de acceso?" y, al no obtener respuesta de los solitarios zorros y plañideros gatos, había cerrado sus ventanas y bajado los postigos con una preocupación de solterona por la autoprotección, que rallaba en paranoia mecánica.

La casa temblaba con cualquier sonido. Si un gorrión rozaba una ventana, el postigo se activaba. El ave, asustada, se ¡se alejaba! No, ¡ni siquiera un ave debe tocar la casa!

La casa era un altar con diez mil servidores, grandes, pequeños, serviciales, atentos, en coros. Pero los dioses se habían ido y el ritual de la religión continuaba sin sentido ni utilidad.

Medio día

Un perro aulló suavemente, temblando, en la galería frontal. La puerta del frente reconoció la voz del perro y se abrió. El perro, alguna vez enorme y gordo, pero ahora en los huesos y cubierto de llagas, entro y recorrió la casa, dejando un rastro de lodo. Detrás de él se movieron los ratones enojados, enojados por tener que levantar el lodo, enojados por la molestia.

Porque ni un fragmento de hoja se colaba bajo la puerta, sino cuando los paneles de los muros se abrían y entonces las ratas con cepillos de metal rápidamente lo sacaban. El polvo, pelo o papel ofensor, atrapado en diminutas fauces de acero, se llevaba rápido a las madrigueras. De ahí iba de bajada por tuberías que desembocaban en el sótano, para arrojarlo a la ventanita abierta de un incinerador sentado como un Baal maligno en un oscuro rincón.

El perro corrió escaleras abajo, aullando históricamente frente a cada puerta, dándose cuenta al fin, al mismo tiempo que la casa, que sólo había silencio.

Olfateó el aire y arañó la puerta de la cocina. Detrás de la puerta, la estufa estaba haciendo panqueques que llenaban la casa con un rico olor a horneado y con el aroma de la miel de maple.

El perro echaba espuma por la boca, tirado frente a la puerta, olfateando, con los ojos transformados en ascuas. Corrió ciegamente en círculos, mordiéndose la cola, cayo en una especie de frenesí y murió. Quedó tirado en la sala durante una hora.

Dos en punto, canto una voz.

Detectando delicadamente la descomposición, por fin, los regimientos de ratones salieron con tanta suavidad como hojas grises llevadas por un viento eléctrico.

Dos quince.

El perro había desaparecido.

En el sótano, el incinerador brilló de pronto y en un remolino de chispas salió por la chimenea.

Dos treinta y cinco.

Surgió mesa de bridge de las paredes del patio. Revolotearon los naipes cayendo en cascada. Se manifestaron Martinis sobre una banca de roble, acompañados por emparedados de ensalada y huevo. Se escucho música.

Pero las mesas estaban en silencio y los naipes sin tocar.

A las cuatro en punto las mesas se doblaron como grandes mariposas regresando a través de los paneles de las paredes.

Cuatro treinta.

Brillaron las paredes del cuarto de los niños.

Tomaron forma los animales: jirafas amarillas, leones azules, anulopes color de rosa, panteras lila haciendo cabriolas en una sustancia cristalina. Las paredes eran de cristal. Daban hacia el color y la fantasía. Filmes ocultos entraron en funcionamiento a través de engranes bien aceitados y las paredes cobraron vida. El piso del cuarto de los niños estaba tejido para parecer una pradera sembrada con cereales. ¡Sobre esto corrieron cucarachas de aluminio y grillos de hierro, y en el caliente aire inmóvil mariposas de delicada tela roja se balancearon en un fuerte aroma de huellas animales! Se escuchaba un sonido semejante a una gran colmena amarilla dentro de un oscuro fuelle, el perezoso sonido de un león ronroneando. Y el golpeteo de patas de okapí y el murmullo de fresca lluvia selvática, al igual que el de otros cascacos, sobre el pasto seco del verano. Ahora las paredes se disolvieron hacia distancias cubiertas por diversas hierbas, milla a milla, y hacia un cálido celaje infinito. Los animales se alejaron hacia zarzales y abrevaderos.

Era la hora de los niños.

Cinco en punto.

El baño se lleno con clara agua caliente.

Seis, siete, ocho en punto.

Los platos de la cena manipulados como si fueran trucos de magia y en el estudio un clic. En el atril metálico frente al hogar, en el que ahora brillaba cálidamente el fuego, surgió un habano, con media pulgada de suave ceniza gris, humeando, en espera.

Nueve en punto.

Las camas calentaron sus circuitos ocultos porque aquí las noches eran frías.

Nueve cinco.

Una voz hablo desde el techo del estudio.

"Señora McClellan, ¿que poema le gustaría esta noche?"

La casa estaba silenciosa.

La voz dijo por ultimo: "Ya que usted no expresa preferencia, seleccionaré un poema al azar". Surgió suave música como fondo para la voz. "Sara Teasdale. Según recuerdo, su favorita..."

*Llegarán suaves lluvias y el aroma de la tierra,  
y golondrinas volando en círculos con suave aleteo;  
Y ranas en los estanques cantarán por la noche,  
y los ciruelos silvestres de trémulo blanco.*

*Los petirrojos vestirán su emplumada llama,  
cantando sus antojos sobre una baja alambrada.*

*Y nadie sabrá de la guerra, nadie  
se preocupara al final cuando haya concluido.*

*A nadie le importara, ni a ave ni a árbol,  
si la humanidad pereció por completo;*

*Y la Primavera misma, cuando despierte al amanecer  
apenas se dará cuenta que desaparecieron".*

El fuego ardió en el hogar de piedra y el habano cayó formando un montículo de ceniza inmóvil sobre el cenicero. Las sillas vacías se enfrentaron unas a otras entre los muros silenciosos y la música continuó.

A las diez en punto la casa empezó a morir.

El viento soplo. Una rama de árbol penetró al caer a través de la ventana de la cocina. Solvente de limpieza, embotellado, salpicó la estufa. ¡El cuarto quedo en llamas en un instante! "¡Fuego!" grito una voz. Las luces de la casa destellaron, las bombas de agua lanzaron agua desde el techo, pero el solvente se extendió sobre el linóleo, lamiendo, devorando bajo la puerta de la cocina mientras las voces se transformaron en coro: "¡Fuego, fuego, fuego!"

La casa intento salvarse así misma. Las puertas cerraron herméticamente, pero el calor rompió las ventanas y el viento soplo y avivo el fuego. La casa perdió terreno conforme el fuego, en 10 millones de furiosas chispas, se desplazó con flameante facilidad de un cuarto a otro y subió las escaleras. Mientras, escurridizas ratas de agua salieron chillando de los muros, lanzaron su agua a lo lejos y salieron a conseguir mas. Y el rocío de los muros dejo caer regaderas de lluvia mecánica.

Pero era demasiado tarde. En alguna te, con un suspiro, una bomba se detuvo. La lluvia extinguidora ceso. El suministro de reserva de agua que había proporcionado baños y lavado trastes durante muchos tranquilos días se había terminado.

El fuego crepitó subiendo las escaleras. Se alimento con Picassos y Matisses en las salas superiores, como si fueran bocados exquisitos, horneando la carne aceitosa, transformando con ternura los lienzos en crujientes trozos negros.

¡Ahora el fuego se poso en las camas, estuvo en las ventanas, cambio el color de las cortinas!

Y entonces llegaron refuerzos.

Surgiendo de las trampas del ático, ciegos rostros robot vieron hacia abajo con las bocas de grifo dejando caer químicos verdes.

El fuego retrocedió, como incluso un elefante debe hacerlo al ver una serpiente muerta. Ahora había veinte serpientes desplazándose por el suelo, exterminando el fuego con un claro veneno frío de espuma verde.

Pero el fuego era inteligente. Había enviado flamas fuera de la casa, hacia arriba, atravesando el ático hasta llegar a las bombas que ahí estaban. ¡Una explosión! El cerebro del ático que controlaba las bombas se despedazó en una metralla de bronce que cayó sobre las vigas.

El fuego se apresuro a entrar a cada armario y se apoderó de las ropas ahí colgadas.

La casa se estremeció, hueso de nogal sobre hueso; su esqueleto desnudo retorciéndose por el calor, su alambre, sus nervios revelados como si un cirujano hubiera arrancado la piel

para dejar las venas y capilares rojos en el aire rojo escaldado. ¡Ayuda, ayuda! ¡Fuego! ¡Corran, corran! El fuego destrozó los espejos como si fueran el primer frágil hielo invernal y las voces plañeron fuego, fuego, corran, corran, como una trágica rima infantil, una docena de voces, agudas, graves, como niños muriendo en un bosque, solos, solos. Y las voces apagándose conforme los cables perdieron sus cubiertas como si fueran castañas calientes, dos, tres, cuatro, cinco voces murieron.

En el cuarto de los niños la selva tropical ardió. Los leones azules rugieron, las jirafas púrpura saltaron. Las panteras corrieron en círculos, cambiando de color, y diez millones de animales, corriendo frente al fuego, desaparecieron hacia un distante río hirviente...

Diez voces más murieron. en el último instante, bajo la avalancha de fuego, otros coros, sin darse cuenta, podían escucharse dando la hora, ejecutando música, cortando el césped a control remoto o colocando frenéticamente una sombrilla, y en el brusco abrir y cerrar de la puerta del frente sucediendo mil cosas, como una relojería cuando cada reloj suena la hora de manera insana antes o después del otro, una escena de confusión maníaca y sin embargo de unidad. ¡Cantando, gritando, unos cuantos últimos ratones de limpieza se enfrentaban con bravura a la tarea de llevar las horribles cenizas lejos! Y una voz, con sublime despreocupación por la situación, leía poesía en voz alta en el feroz estudio, hasta que se quemaron todos los carretes de película, hasta que todos los alambres se marchitaron y los circuitos se agrietaron.

El fuego hizo explotar la casa y la dejó caer, arrojando oleadas de chispa y humo.

En la cocina, un instante antes de la lluvia de fuego y madera, se podía ver la estufa preparando desayunos a una velocidad sicopática, diez docenas de huevos, seis hogazas de pan tostado, veinte docenas de tiras de tocino, los cuales, consumidos por el fuego, hicieron que la estufa trabajara otra vez ¡silbando histéricamente!

Colapso. El ático cayó sobre la cocina y la sala. La sala en el desván, el desván en el subdesván. El congelador, la mecedora, las cintas de película, los circuitos, las camas, todos como esqueletos arrojados en un profundo túmulo acumulado.

Humo y silencio. Una gran cantidad de humo.

El amanecer apareció débilmente al este. Entre las ruinas, un muro permaneció solo. Dentro del muro, una última voz dijo, una y otra vez, incluso cuando el sol se levantó para iluminar las ruinas y el vapor:

"Hoy es agosto 5, 2026; hoy es agosto 5, 2026, hoy es..."

## LOS HOMBRES DE LA TIERRA

Quienquiera que fuese el que golpeaba la puerta, no se cansaba de hacerlo.

La señora Ttt abrió la puerta de par en par.

- ¿Y bien?

- ¡Habla usted inglés! - El hombre, de pie en el umbral, estaba asombrado.

- Hablo lo que hablo - dijo ella.

- ¡Un inglés admirable!

El hombre vestía uniforme. Había otros tres con él, excitados, muy sonrientes y muy sucios.

- ¿Qué desean? - preguntó la señora Ttt.

- Usted es marciana. - El hombre sonrió. - Esta palabra no le es familiar, ciertamente. Es una expresión terrestre. - Con un movimiento de cabeza señaló a sus compañeros. - Venimos de la Tierra. Yo soy el capitán Williams. Hemos llegado a Marte no hace más de una hora, y aquí estamos, ¡la Segunda Expedición! Hubo una Primera Expedición, pero ignoramos qué les pasó. En fin, ¡henos aquí! Y el primer habitante de Marte que encontramos ¡es usted!

- ¿Marte? - preguntó la mujer arqueando las cejas.

- Quiero decir que usted vive en el cuarto planeta a partir del Sol. ¿No es verdad?

- Elemental - replicó ella secamente, examinándolos de arriba abajo.

- Y nosotros - dijo el capitán señalándose a sí mismo con un pulgar sonrosado - somos de la Tierra.

¿No es así, muchachos?

- ¡Así es, capitán! - exclamaron los otros a coro.

- Este es el planeta Tyr - dijo la mujer -, si quieren llamarlo por su verdadero nombre.

- Tyr, Tyr. - El capitán rió a carcajadas. - ¡Qué nombre tan lindo! Pero, oiga buena mujer, ¿cómo habla usted un inglés tan perfecto?

- No estoy hablando, estoy pensando - dijo ella - ¡Telepatía! ¡Buenos días! - y dio un portazo.

Casi en seguida volvieron a llamar. Ese hombre espantoso, pensó la señora Ttt.

Abrió la puerta bruscamente.

- ¿Y ahora qué? - preguntó.

El hombre estaba todavía en el umbral, desconcertado, tratando de sonreír. Extendió las manos.

- Creo que usted no comprende...

- ¿Qué?

El hombre la miró sorprendido:

- ¡Venimos de la Tierra!

- No tengo tiempo - dijo la mujer -. Hay mucho que cocinar, y coser, y limpiar... Ustedes, probablemente, querrán ver al señor Ttt. Está arriba, en su despacho.

- Sí - dijo el terrestre, parpadeando confuso -. Permítame ver al señor Ttt, por favor.

- Está ocupado.

La señora Ttt cerró nuevamente la puerta.

Esta vez los golpes fueron de una ruidosa impertinencia.

- ¡Oiga! - gritó el hombre cuando la puerta volvió a abrirse -. ¡Este no es modo de tratar a las visitas!

- Y entró de un salto en la casa, como si quisiera sorprender a la mujer.

- ¡Mis pisos limpios! - gritó ella -. ¡Barro! ¡Fuera! ¡Antes de entrar, límpiese las botas!

El hombre se miró apesadumbrado las botas embarradas.

- No es hora de preocuparse por tonterías - dijo luego -. Creo que ante todo debiéramos celebrar el acontecimiento. - Y miró fijamente a la mujer, como si esa mirada pudiera aclarar la situación.

- ¡Si se me han quemado las tortas de cristal - gritó ella -, lo echaré de aquí a bastonazos!

La mujer atisbó unos instantes el interior de un horno encendido y regresó con la cara roja y transpirada. Era delgada y ágil, como un insecto. Tenía ojos amarillos y penetrantes, tez morena, y una voz metálica y aguda.

- Espere un momento. Trataré de que el señor Ttt los reciba. ¿Qué asunto los trae?

El hombre lanzó un terrible juramento, como si la mujer le hubiese martillado una mano.

- ¡Dígale que venimos de la Tierra! ¡Que nadie vino antes de allá!

- ¿Que nadie vino de dónde? Bueno, no importa - dijo la mujer alzando una mano -. En seguida vuelvo.

El ruido de sus pasos tembló ligeramente en la casa de piedra.

Afuera, brillaba el inmenso cielo azul de Marte, caluroso y tranquilo como las aguas cálidas y profundas de un océano. El desierto marciano se tostaba como una prehistórica vasija de barro. El calor crecía en temblorosas oleadas. Un cohete pequeño yacía en la cima de una colina próxima y las huellas de unas pisadas unían la puerta del cohete con la casa de piedra.

De pronto se oyeron unas voces que discutían en el piso superior de la casa. Los hombres se miraron, se movieron inquietos, apoyándose ya en un pie, ya en otro, y con los pulgares en el cinturón tamborilearon nerviosamente sobre el cuero.

Arriba gritaba un hombre. Una voz de mujer le replicaba en el mismo tono. Pasó un cuarto de hora. Los hombres se pasearon de un lado a otro, sin saber qué hacer.

- ¿Alguien tiene cigarrillos? - preguntó uno.

Otro sacó un paquete y todos encendieron un cigarrillo y exhalaban lentas cintas de pálido humo blanco. Los hombres se tironearon los faldones de las chaquetas; se arreglaron los cuellos.

El murmullo y el canto de las voces continuaban. El capitán consultó su reloj.

- Veinticinco minutos - dijo -. Me pregunto qué estarán tramando ahí arriba. - Se paró ante una ventana y miró hacia afuera.

- Qué día sofocante - dijo un hombre.

- Sí - dijo otro.

Era el tiempo lento y caluroso de las primeras horas de la tarde. El murmullo de las voces se apagó. En la silenciosa habitación sólo se oía la respiración de los hombres. Pasó una hora.

- Espero que no hayamos provocado un incidente - dijo el capitán. Se volvió y espío el interior del vestíbulo.

Allí estaba la señora Ttt, regando las plantas que crecían en el centro de la habitación.

- Ya me parecía que había olvidado algo - dijo la mujer avanzando hacia el capitán -. Lo siento - añadió, y le entregó un trozo de papel -. El señor Ttt está muy ocupado. - Se volvió hacia la cocina. - Por otra parte, no es el señor Ttt a quien usted desea ver, sino al señor Aaa. Lleve este papel a la granja próxima, al lado del canal azul, y el señor Aaa les dirá lo que ustedes quieren saber.

- No queremos saber nada - objetó el capitán frunciendo los gruesos labios -. Ya lo sabemos.

- Tienen el papel, ¿qué más quieren? - dijo la mujer con brusquedad, decidida a no añadir una palabra.

- Bueno - dijo el capitán sin moverse, como esperando algo. Parecía un niño, con los ojos clavados en un desnudo árbol de Navidad -. Bueno - repitió -. Vamos, muchachos.

Los cuatro hombres salieron al silencio y al calor de la tarde.

Una media hora después, sentado en su biblioteca, el señor Aaa bebía unos sorbos de fuego eléctrico de una copa de metal, cuando oyó unas voces que venían por el camino de piedra. Se inclinó sobre el alféizar de la ventana y vio a cuatro hombres uniformados que lo miraban entornando los ojos.

- ¿El señor Aaa? - le preguntaron.

- El mismo.

- ¡Nos envía el señor Ttt! - gritó el capitán.

- ¿Y por qué ha hecho eso?

- ¡Estaba ocupado!

- ¡Qué lástima! - dijo el señor Aaa, con tono sarcástico -. ¿Creerá que estoy aquí para atender a las gentes que lo molestan?

- No es eso lo importante, señor - replicó el capitán.

- Para mí, sí. Tengo mucho que leer. El señor Ttt es un desconsiderado. No es la primera vez que se comporta de este modo. No mueva usted las manos, señor. Espere a que termine. Y preste atención. La gente suele escucharme cuando hablo. Y usted me escuchará cortésmente o no diré una palabra.

Los cuatro hombres de la calle abrieron la boca, se movieron incómodos, y por un momento las lágrimas asomaron a los ojos del capitán.

- ¿Le parece a usted bien - sermonizó el señor Aaa - que el señor Ttt haga estas cosas?

Los cuatro hombres alzaron los ojos en el calor.

- ¡Venimos de la Tierra! - dijo el capitán.

- A mí me parece que es un mal educado - continuó el señor Aaa.

- En un cohete. Venimos en un cohete.

- No es la primera vez que Ttt comete estas torpezas.

- Directamente desde la Tierra.

- Me gustaría llamarlo y decirle lo que pienso.

- Nosotros cuatro, yo y estos tres hombres, mi tripulación.
- ¡Lo llamaré, sí, voy a llamarlo!
- Tierra. Cohete. Hombres. Viaje. Espacio.
- ¡Lo llamaré y tendrá que oírme! - gritó el señor Aaa, y desapareció como un títere de un escenario.

Durante unos instantes se oyeron unas voces coléricas que iban y venían por algún extraño aparato. Abajo, el capitán y su tripulación miraban tristemente por encima del hombro el hermoso cohete que yacía en la colina, tan atractivo y delicado y brillante.

El señor Aaa reapareció de pronto en la ventana, con un salvaje aire de triunfo.

- ¡Lo he retado a duelo, por todos los dioses! ¡A duelo!
- Señor Aaa... - comenzó otra vez el capitán con voz suave.
- ¡Lo voy a matar! ¿Me oye?
- Señor Aaa, quisiera decirle que hemos viajado noventa millones de kilómetros.

El señor Aaa miró al capitán por primera vez.

- ¿De dónde dice que vienen?

El capitán emitió una blanca sonrisa.

- Al fin nos entendemos - les murmuró en un aparte a sus hombres, y le dijo al señor Aaa -: Recorrimos noventa millones de kilómetros. ¡Desde la Tierra!

El señor Aaa bostezó.

- En esta época del año la distancia es sólo de setenta y cinco millones de kilómetros. - Blandió un arma de aspecto terrible. - Bueno, tengo que irme. Lleven esa estúpida nota, aunque no sé de qué les servirá, a la aldea de Iopr, sobre la colina y hablen con el señor Iii. Ése es el hombre a quien quieren ver. No al señor Ttt. Ttt es un idiota, y voy a matarlo. Ustedes, además, no son de mi especialidad.

- Especialidad, especialidad - baló el capitán -. ¿Pero es necesario ser un especialista para dar la bienvenida a hombres de la Tierra?

- No sea tonto, todo el mundo lo sabe.

El señor Aaa desapareció. Apareció unos instantes después en la puerta y se alejó velozmente calle abajo.

- ¡Adiós! - gritó.

Los cuatro viajeros no se movieron, desconcertados. Finalmente dijo el capitán:

- Ya encontraremos quien nos escuche.
- Quizá debiéramos irnos y volver - sugirió un hombre con voz melancólica -. Quizá debiéramos elevarnos y descender de nuevo. Darles tiempo de organizar una fiesta.
- Puede ser una buena idea - murmuró fatigado el capitán.

En la aldea la gente salía de las casas y entraba en ellas, saludándose, y llevaba máscaras doradas, azules y rojas, máscaras de labios de plata y cejas de bronce, máscaras serias o sonrientes, según el humor de sus dueños.

Los cuatro hombres, sudorosos luego de la larga caminata, se detuvieron y le preguntaron a una niñita dónde estaba la casa del señor Iii.

- Ahí - dijo la niña con un movimiento de cabeza.

El capitán puso una rodilla en tierra, solemnemente, cuidadosamente, y miró el rostro joven y dulce.

- Oye, niña, quiero decirte algo.

La sentó en su rodilla y tomó entre sus manazas las manos diminutas y morenas, como si fuera a contarle un cuento de hadas preciso y minucioso.

- Bien, te voy a contar lo que pasa. Hace seis meses otro cohete vino a Marte. Traía a un hombre llamado York y a su ayudante. No sabemos qué les pasó. Quizá se destrozaron al descender. Vinieron en un cohete, como nosotros. Debes de haberlo visto. ¡Un gran cohete! Por lo tanto nosotros somos la Segunda Expedición. Y venimos directamente de la Tierra...

La niña soltó distraídamente una mano y se ajustó a la cara una inexpresiva máscara dorada. Luego sacó de un bolsillo una araña de oro y la dejó caer. El capitán seguía hablando. La araña subió dócilmente a la rodilla de la niña, que la miraba sin expresión por las hendiduras de la máscara. El capitán zarandeo suavemente a la niña y habló con una voz más firme:

- Somos de la Tierra, ¿me crees?
- Sí - respondió la niña mientras observaba cómo los dedos de los pies se le hundían en la arena.
- Muy bien. - El capitán le pellizcó un brazo, un poco porque estaba contento y un poco porque quería que ella lo mirase. - Nosotros mismos hemos construido este cohete. ¿Lo crees, no es cierto?

La niña se metió un dedo en la nariz.

- Sí - dijo.

- Y... Sácate el dedo de la nariz, niña... Yo soy el capitán y...  
- Nadie hasta hoy cruzó el espacio en un cohete - recitó la criatura con los ojos cerrados.  
- ¡Maravilloso! ¿Cómo lo sabes?  
- Oh, telepata... - respondió la niña limpiándose distraídamente el dedo en una pierna.  
- Y bien, ¿eso no te asombra? - gritó el capitán -. ¿No estás contenta?  
- Será mejor que vayan a ver en seguida al señor Iii - dijo la niña, y dejó caer su juguete -. Al señor Iii le gustará mucho hablar con ustedes.

La niña se alejó. La araña echó a correr obedientemente detrás de ella.

El capitán, en cuclillas, se quedó mirándola, con las manos extendidas, la boca abierta y los ojos húmedos.

Los otros tres hombres, de pie sobre sus sombras, escupieron en la calle de piedra.

El señor Iii abrió la puerta. Salía en ese momento para una conferencia, pero podía concederles unos instantes si se decidían a entrar y le informaban brevemente del objeto de la visita.

- Un minuto de atención - dijo el capitán, cansado, con los ojos enrojecidos -. Venimos de la Tierra, en un cohete; somos cuatro: tripulación y capitán; estamos exhaustos, hambrientos, y quisiéramos encontrar un sitio para dormir. Nos gustaría que nos dieran la llave de la ciudad, o algo parecido, y que alguien nos estrechara la mano y nos dijera: «¡Bravo!» y «¡Enhorabuena, amigos!» Eso es todo.

El señor Iii era alto, vaporoso, delgado, y llevaba unas gafas de gruesos cristales azules sobre los ojos amarillos. Se inclinó sobre el escritorio y se puso a estudiar unos papeles. De cuando en cuando alzaba la vista y observaba con atención a sus visitantes.

- No creo tener aquí los formularios - dijo revolviendo los cajones del escritorio -. ¿Dónde los habré puesto? Deben de estar en alguna parte... ¡Ah, sí, aquí! - Le alcanzó al capitán unos papeles. - Tendrá usted que firmar, por supuesto.

- ¿Tenemos que pasar por tantas complicaciones? - preguntó el capitán.

El señor Iii le lanzó una mirada vidriosa.

- ¿No dice que viene de la Tierra? Pues tiene que firmar.

El capitán escribió su nombre.

- ¿Es necesario que firmen también los tripulantes?

El señor Iii miró al capitán, luego a los otros tres y estalló en una carcajada burlona.

- ¡Que ellos firmen! ¡Ah, admirable! ¡Que ellos, oh, que ellos firmen! - Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se palmeó una rodilla y se dobló en dos sofocado por la risa. Se apoyó en el escritorio. - ¡Que ellos firmen!

Los cuatro hombres fruncieron el ceño.

- ¿Es tan gracioso?

- ¡Que ellos firmen! - suspiró el señor Iii, debilitado por su hilaridad -. Tiene gracia. Debo contárselo al señor Xxx.

Examinó el formulario, riéndose aún a ratos.

- Parece que todo está bien. - Movi6 afirmativamente la cabeza. - Hasta su conformidad para una posible eutanasia - cloqueó.

- ¿Conformidad para qué?

- Cállese. Tengo algo para usted. Aquí está. La llave.

El capitán se sonrojó.

- Es un gran honor...

- ¡No es la llave de la ciudad, Imbécil! - ladró el señor Iii -. Es la de la casa. Vaya por aquel pasillo, abra la puerta grande, entre y cierre bien. Puede pasar allí la noche. Por la mañana le mandaré al señor Xxx.

El capitán titubeó, tomó la llave y se quedó mirando fijamente las tablas del piso. Sus hombres tampoco se movieron. Parecían secos, vacíos, como si hubiesen perdido toda la pasión y la fiebre del viaje.

- ¿Qué le pasa? - preguntó el señor Iii -. ¿Qué espera? ¿Qué quiere? - Se adelantó y estudió de cerca el rostro del capitán. - ¡Váyase!

- Me figuro que no podría usted... - sugirió el capitán -, quiero decir... En fin... Hemos trabajado mucho, hemos hecho un largo viaje y quizá pudiera usted estrecharnos la mano y darnos la enhorabuena - añadió con voz apagada -. ¿No le parece?

El señor Iii le tendió rígidamente la mano y le sonrió con frialdad.

- ¡Enhorabuena! - y apartándose dijo -: Ahora tengo que irme. Utilice esa llave.



Sin fijarse más en ellos, como si se hubieran filtrado a través del piso, el señor Iii anduvo de un lado a otro por la habitación, llenando con papeles una cartera. Se entretuvo en la oficina otros cinco minutos, pero sin dirigir una sola vez la palabra al solemne cuarteto inmóvil, cabizbajo, de piernas de plomo, brazos colgantes y mirada apagada.

Al fin cruzó la puerta, absorto en la contemplación de sus uñas...

Avanzaron pesadamente por el pasillo, en la penumbra silenciosa de la tarde, hasta llegar a una pulida puerta de plata. La abrieron con la llave, también de plata, entraron, cerraron, y se volvieron.

Estaban en un vasto aposento soleado. Sentados o de pie, en grupos, varios hombres y mujeres conversaban junto a las mesas. Al oír el ruido de la puerta miraron a los cuatro hombres de uniforme.

Un marciano se adelantó y los saludó con una reverencia.

- Yo soy el señor Uuu.

- Y yo soy el capitán Jonathan Williams, de la ciudad de Nueva York, de la Tierra - dijo el capitán sin mucho entusiasmo.

Inmediatamente hubo una explosión en la sala.

Los muros temblaron con los gritos y exclamaciones. Hombres y mujeres gritando de alegría, derribando las mesas, tropezando unos con otros, corrieron hacia los terrestres y, levantándolos en hombros, dieron seis vueltas completas a la sala, saltando, gesticulando y cantando.

Los terrestres estaban tan sorprendidos que durante un minuto se dejaron llevar por aquella marea de hombros antes de estallar en risas y gritos.

- ¡Esto se parece más a lo que esperábamos!

- ¡Esto es vida! ¡Bravo! ¡Bravo!

Se guiñaban alegremente los ojos, alzaban los brazos, golpeaban el aire

- ¡Hip! ¡Hip! - gritaban.

- ¡Hurra! - respondía la muchedumbre.

Al fin los pusieron sobre una mesa. Los gritos cesaron. El capitán estaba a punto de llorar:

- Gracias. Gracias. Esto nos ha hecho mucho bien.

- Cuéntenos su historia - sugirió el señor Uuu.

El capitán carraspeó y habló, interrumpido por los ¡oh! y ¡ah! del auditorio. Presentó a sus compañeros, y todos pronunciaron un discursito, azorados por el estruendo de los aplausos.

El señor Uuu palmeó al capitán.

- Es agradable ver a otros de la Tierra. Yo también soy de allí.

- ¿Qué ha dicho usted?

- Aquí somos muchos los terrestres.

El capitán lo miró fijamente.

- ¿Usted? ¿Terrestre? ¿Es posible? ¿Vino en un cohete? ¿Desde cuándo se viaja por el espacio? - Parecía decepcionado. - ¿De qué... de qué país es usted?

- De Tuieeol. Vine hace años en el espíritu de mi cuerpo.

- Tuieeol. - El capitán articuló dificultosamente la palabra. - No conozco ese país. ¿Qué es eso del espíritu del cuerpo?

- También la señorita Rrr es terrestre. ¿No es cierto, señorita Rrr?

La señorita Rrr asintió con una risa extraña.

- También el señor Www, el señor Qqq y el señor Vvv.

- Yo soy de Júpiter - dijo uno pavoneándose.

- Yo de Saturno - dijo otro. Los ojos le brillaban maliciosamente.

- Júpiter, Saturno - murmuró el capitán, parpadeando.

Todos callaron; los marcianos, ojerosos, de pupilas amarillas y brillantes, volvieron a agruparse alrededor de las mesas de banquete, extrañamente vacías. El capitán observó, por primera vez, que la habitación no tenía ventanas. La luz parecía filtrarse por las paredes. No había más que una puerta.

- Todo esto es confuso. ¿Dónde diablo está Tuieeol? ¿Cerca de América? - dijo el capitán.

- ¿Que es América?

- ¿No ha oído hablar del continente americano y dice que es terrestre?

El señor Uuu se irguió enojado.

- La Tierra está cubierta de mares, es sólo mar. No hay continentes. Yo soy de allí y lo sé.

El capitán se echó hacia atrás en su silla.

- Un momento, un momento. Usted tiene cara de marciano, ojos amarillos, tez morena.

- La Tierra es sólo selvas - dijo orgullosamente la señorita Rrr -. Yo soy de Orri, en la Tierra; una civilización donde todo es de plata.

El capitán miró sucesivamente al señor Uuu, al señor Www, al señor Zzz, al señor Nnn, al señor Hhh y al señor Bbb, y vio que los ojos amarillos se fundían y apagaban a la luz, y se contraían y dilataban. Se estremeció, se volvió hacia sus hombres y los miró sombríamente.

- ¡Comprenden qué es esto?

- ¿Qué, señor?

- No es una celebración - contestó agotado el capitán -. No es un banquete. Estas gentes no son representantes del gobierno. Esta no es una surprise party. Mírenles los ojos. Escúchenlos.

Retuvieron el aliento. En la sala cerrada sólo había un suave movimiento de ojos blancos.

- Ahora entiendo - dijo el capitán con voz muy lejana - por qué todos nos daban papelitos y nos pasaban de uno a otro, y por qué el señor Iii nos mostró un pasillo y nos dio una llave para abrir una puerta y cerrar una puerta. Y aquí estamos...

- ¿Dónde, capitán?

- En un manicomio.

Era de noche. En la vasta sala silenciosa, tenuemente alumbrada por unas luces ocultas en los muros transparentes, los cuatro terrestres, sentados alrededor de una mesa de madera conversaban en voz baja, con los rostros juntos y pálidos. Hombres y mujeres yacían desordenadamente por el suelo. En los rincones oscuros había leves estremecimientos: hombres o mujeres solitarios que movían las manos. Cada media hora uno de los terrestres intentaba abrir la puerta de plata.

- No hay nada que hacer. Estamos encerrados.

- ¿Creen realmente que somos locos, capitán?

- No hay duda. Por eso no se entusiasmaron al vernos. Se limitaron a tolerar lo que entre ellos debe de ser un estado frecuente de psicosis. - Señaló las formas oscuras que yacían alrededor. - Paranoicos todos. ¡Qué bienvenida! - Una llamita se alzó y murió en los ojos del capitán. - Por un momento creí que nos recibían como merecíamos. Gritos, cantos y discursos. Todo estuvo muy bien, ¿no es cierto? Mientras duró.

- ¿Cuánto tiempo nos van a tener aquí?

- Hasta que demos que no somos psicópatas.

- Eso será fácil.

- Espero que sí.

- No parece estar muy seguro

- No lo estoy. Mire aquel rincón.

De la boca de un hombre en cuclillas brotó una llama azul. La llama se transformó en una mujercita desnuda, y susurrando y suspirando se abrió como una flor en vapores de color cobalto.

El capitán señaló otro rincón. Una mujer, de pie, se encerró en una columna de cristal; luego fue una estatua dorada, después una vara de cedro pulido, y al fin otra vez una mujer.

En la sala oscurecida todos exhalaban pequeñas llamas violáceas móviles y cambiantes, pues la noche era tiempo de transformaciones y aflicción.

- Magos, brujos - susurró un terrestre.

- No, alucinados. Nos comunican su demencia y vemos así sus alucinaciones. Telepatía. Autosugestión y telepatía.

- ¿Y eso le preocupa, capitán?

- Sí. Si esas alucinaciones pueden ser tan reales, tan contagiosas, tanto para nosotros como para cualquier otra persona, no es raro que nos hayan tomado por psicópatas. Si aquel hombre es capaz de crear mujercitas de fuego azul, y aquella mujer puede transformarse en una columna, es muy natural que los marcianos normales piensen que también nosotros hemos creado nuestro cohete.

- Oh - exclamaron sus hombres en la oscuridad.

Las llamas azules brotaban alrededor de los terrestres, brillaban un momento, y se desvanecían. Unos diablillos de arena roja corrían entre los dientes de los hombres dormidos. Las mujeres se transformaban en serpientes aceitosas. Había un olor de reptiles y bestias.

Por la mañana todos estaban de pie, frescos, contentos, y normales. No había llamas ni demonios. El capitán y sus hombres se habían acercado a la puerta de plata, con la esperanza de que se abriera.

El señor Xxx llegó unas cuatro horas después. Los terrestres sospecharon que había estado esperando del otro lado de la puerta, espiándolos por lo menos durante tres horas. Con un gesto les pidió que lo acompañaran a una oficina pequeña.

Era un hombre jovial, sonriente, si se lo juzgaba por su máscara. En ella estaban pintadas no una sonrisa, sino tres.

Detrás de la máscara, su voz era la de un psiquiatra no tan sonriente.

- Y bien, ¿qué pasa?

- Usted cree que estamos locos, y no lo estamos - dijo el capitán.

- Yo no creo que todos estén locos - replicó el psiquiatra señalando con una varita al capitán -. El único loco es usted. Los otros son alucinaciones secundarias.

El capitán se palmeó una rodilla.

- ¡Ah, es eso! ¡Ahora comprendo por qué se rió el señor Iii cuando sugerí que mis hombres firmaran los papeles!

El psiquiatra rió a través de su sonrisa tallada.

- Sí, ya me lo contó el señor Iii. Fue una broma excelente. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Alucinaciones secundarias. A veces vienen a verme mujeres con culebras en las orejas. Cuando las curo, las culebras se disipan.

- Nosotros nos alegraremos de que nos cure. Siga.

El señor Xxx pareció sorprenderse

- Es raro. No son muchos los que quieren curarse. Le advierto a usted que el tratamiento es muy severo.

- ¡Siga curándonos! Pronto sabrá que estamos cuerdos.

- Permítame que examine sus papeles. Quiero saber si están en orden antes de iniciar el tratamiento. - Y el señor Xxx examinó el contenido de una carpeta. - Sí. Los casos como el suyo necesitan un tratamiento especial. Las personas de aquella sala son casos muy simples. Pero cuando se llega como usted, debo advertírsele, a alucinaciones primarias, secundarias, auditivas, olfativas y labiales, y a fantasías táctiles y ópticas, el asunto es grave. Es necesario recurrir a la eutanasia.

El capitán se puso en pie de un salto y rugió:

- Mire, ¡ya hemos aguantado bastante! ¡Sométnos a sus pruebas, verifique los reflejos, auscúltenos, exorcícenos, pregúntenos!

- Hable libremente.

El capitán habló, furioso, durante una hora. El psiquiatra escuchó.

- Increíble. Nunca oí fantasía onírica más detallada.

- ¡No diga estupideces! ¡Le enseñaremos nuestro cohete! - gritó el capitán.

- Me gustaría verlo. ¿Puede usted manifestarlo en esa habitación?

- Por supuesto. Está en ese fichero, en la letra C.

El señor Xxx examinó atentamente el fichero, emitió un sonido de desaprobación, y lo cerró solemnemente.

- ¿Por qué me ha engañado usted? El cohete no está aquí.

- Claro que no, idiota. Ha sido una broma. ¿Bromea un loco?

- Tiene usted unas bromas muy raras. Bueno, salgamos. Quiero ver su cohete.

Era mediodía. Cuando llegaron al cohete hacía mucho calor.

- Ajá.

El psiquiatra se acercó a la nave y la golpeó. El metal resonó suavemente.

- ¿Puedo entrar? - preguntó con picardía.

- Entre.

El señor Xxx desapareció en el interior del cohete.

- Esto es exasperante - dijo el capitán, mordisqueando un cigarro -. Volvería gustoso a la Tierra y les aconsejaría no ocuparse más de Marte. ¡Qué gentes más desconfiadas!

- Me parece que aquí hay muchos locos, capitán. Por eso dudan tanto quizá.

- Sí, pero es muy irritante.

El psiquiatra salió de la nave después de hurgar, golpear, escuchar, oler y gustar durante media hora.

- Y bien, ¿está usted convencido? - gritó el capitán como si el señor Xxx fuera sordo.

El psiquiatra cerró los ojos y se rascó la nariz.

- Nunca conocí ejemplo más increíble de alucinación sensorial y sugestión hipnótica. He examinado el «cohete», como lo llama usted. - Golpeó la coraza. - Lo oigo. Fantasía auditiva. - Inspiró. - Lo huelo. Alucinación olfativa inducida por telepatía sensorial. - Acercó sus labios al cohete. - Lo gusto. Fantasía labial.

El psiquiatra estrechó la mano del capitán:

- ¿Me permite que lo felicite? ¡Es usted un genio psicópata! Ha hecho usted un trabajo completo. La tarea de proyectar una imaginaria vida psicópata en la mente de otra persona por medio de la telepatía, y evitar que las alucinaciones se vayan debilitando sensorialmente, es casi imposible. Las gentes de mi

pabellón se concentran habitualmente en fantasías visuales, o cuando más en fantasías visuales y auditivas combinadas. ¡Usted ha logrado una síntesis total! ¡Su demencia es hermosísimamente completa!

El capitán palideció:

- ¿Mi demencia?

- Sí. Qué demencia más hermosa. Metal, caucho, gravitadores, comida, ropa, combustible, armas, escaleras, tuercas, cucharas. He comprobado que en su nave hay diez mil artículos distintos. Nunca había visto tal complejidad. Hay hasta sombras debajo de las literas y debajo de todo. ¡Qué poder de concentración! Y todo, no importan cuándo o cómo se pruebe, tiene olor, solidez, gusto, sonido. Permítame que lo abrace. - El psiquiatra abrazó al capitán. - Consignaré todo esto en lo que será mi mejor monografía. El mes que viene hablaré en la Academia Marciana. Mírese. Ha cambiado usted hasta el color de sus ojos, del amarillo al azul, y la tez de morena a sonrosada. ¡Y su ropa, y sus manos de cinco dedos en vez de seis! ¡Metamorfosis biológica a través del desequilibrio psicológico! Y sus tres amigos...

El señor Xxx sacó un arma pequeña:

- Es usted incurable, por supuesto. ¡Pobre hombre admirable! Muerto será más feliz. ¿Quiere usted confiarme su última voluntad?

- ¡Quieto por Dios! ¡No haga fuego!

- Pobre criatura. Lo sacaré de esa miseria que lo llevó a imaginar este cohete y estos tres hombres. Será interesantísimo ver cómo sus amigos y su cohete se disipan en cuanto yo lo mate. Con lo que observe hoy escribiré un excelente informe sobre la disolución de las imágenes neuróticas.

- ¡Soy de la Tierra! Me llamo Jonathan Williams y estos...

- Sí, ya lo sé - dijo suavemente el señor Xxx, y disparó su arma.

El capitán cayó con una bala en el corazón. Los otros tres se pusieron a gritar.

El señor Xxx los miró sorprendido.

- ¿Siguen ustedes existiendo? ¡Soberbio! Alucinaciones que persisten en el tiempo y en el espacio. - Apuntó hacia ellos. - Bien, los disolveré con el miedo.

- ¡No! - gritaron los tres hombres.

- Petición auditiva, aun muerto el paciente - observó el señor Xxx mientras los hacía caer con sus disparos.

Quedaron tendidos en la arena, intactos, inmóviles. El señor Xxx los tocó con la punta del pie y luego golpeó la coraza del cohete.

- ¡Persiste! ¡Persisten! - exclamó y disparó de nuevo su arma, varias veces, contra los cadáveres. Dio un paso atrás. La máscara sonriente se le cayó de la cara.

- Alucinaciones - murmuró aturdidamente -. Gusto. Vista. Olor. Tacto. Sonido.

El rostro del menudo psiquiatra cambió lentamente. Se le aflojaron las mandíbulas. Soltó el arma. Miró alrededor con ojos apagados y ausentes. Extendió las manos como un ciego, y palpó los cadáveres, sintiendo que la saliva le llenaba la boca.

Movió, débilmente las manos, desorbitado, babeando.

- ¡Váyanse! - les gritó a los cadáveres -. ¡Váyase! - le gritó al cohete.

Se examinó las manos temblorosas.

- Contaminado - susurró -. Víctima de una transferencia. Telepatía. Hipnosis. Ahora soy yo el loco. Contaminado. Alucinaciones en todas sus formas. - Se detuvo y con manos entumecidas buscó a su alrededor el arma. - Hay sólo una cura, sólo una manera de que se vayan, de que desaparezcan.

Se oyó un disparo.

Los cuatro cadáveres yacían al sol; el señor Xxx cayó junto a ellos

El cohete, reclinado en la colina soleada, no desapareció.

Cuando en el ocaso del día la gente del pueblo encontró el cohete, se preguntó qué sería aquello. Nadie lo sabía; por lo tanto fue vendido a un chatarrero, que se lo llevó para desmontarlo y venderlo como hierro viejo.

Aquella noche llovió continuamente. El día siguiente fue bueno y caluroso.

**FIN**

Edición electrónica de Matocool

## REMEDIO PARA MELANCÓLICOS

-Busquen ustedes unas sanguijuelas, sángenla -dijo el doctor Gimp.  
-Si ya no le queda sangre -se quejó la señora Wilkes-. Oh, doctor, ¿qué mal aqueja a nuestra Camillia?  
-Camillia no se siente bien.  
-¿Sí, sí?  
El buen doctor frunció el ceño.  
-Camillia está decaída.  
-¿Qué más, qué más?  
-Camillia es la llama trémula de una bujía, y no me equivoco.  
-Ah, doctor Gimp -protestó el señor Wilkes-. Se despide diciendo lo que dijimos nosotros cuando usted llegó.  
-¡No, más, más! Denle estas píldoras al alba, al mediodía y a la puesta de sol. ¡Un remedio soberano!  
-Condenación. Camillia está harta de remedios soberanos.  
-Vamos, vamos. Un chelín y me vuelvo escaleras abajo.  
-¡Baje pues, y haga subir al Demonio!  
El señor Wilkes puso una moneda en la mano del buen doctor.  
El médico, jadeando, aspirando rapé, estornudando, se lanzó a las bulliciosas calles de Londres, en una húmeda mañana de la primavera de 1762.  
El señor y la señora Wilkes se volvieron hacia el lecho donde yacía la dulce Camillia, pálida, delgada, sí, pero no por eso menos hermosa, de inmensos y húmedos ojos lilas, la cabellera un río de oro sobre la almohada.  
-Oh -Camillia sollozaba casi-. ¿Qué será de mí? Desde que llegó la primavera, tres semanas atrás, soy un fantasma en el espejo: me doy miedo. Pensar que moriré sin haber cumplido veinte años.  
-Niña -dijo la madre-, ¿qué te duele?  
-Los brazos, las piernas, el pecho, la cabeza. Cuántos doctores, ¿seis? Todos me dieron vuelta como una chuleta en un asador. Basta ya. Por Dios, déjenme morir intacta.  
-Qué mal terrible, qué mal misterioso -dijo la madre-. Oh, señor Wilkes, hagamos algo.  
-¿Qué? -preguntó el señor Wilkes, enojado-. ¡Olvídate del médico, el boticario, el cura, ¡y amén! Me han vaciado el bolsillo. Qué quieres, ¿que corra a la calle y traiga al barrendero?  
-Sí -dijo una voz.  
Los tres se volvieron, asombrados.  
-¡Cómo!  
Se habían olvidado totalmente de Jamie, el hermano menor de Camillia. Asomado a una ventana distante, se escarbaba los dientes, y contemplaba la llovizna y el bullicio de la ciudad.  
-Hace cuatrocientos años -dijo Jamie. -Con calma se ensayó, y con éxito. No llamemos al barrendero, no, no. Alcen a Camillia, con cama y todo, llévenla abajo y déjenla en la calle, junto a la puerta.  
-¿Por qué? ¿Para qué?  
-En una hora desfilan mil personas por la puerta. -Los ojos le brincaban a Jamie mientras contaba.- En un día, pasan veinte mil personas a la carrera, cojeando o cabalgando. Todos verán a mi hermana enferma, todos le contarán los dientes, le tirarán de las orejas, y todos, todos, sí, ofrecerán un remedio soberano. Y uno de esos remedios puede ser el que ella necesita.  
-Ah -dijo el señor Wilkes, perplejo.  
-Padre -dijo Jamie sin aliento-. ¿Conociste alguna vez a un hombre que no creyera ser el autor de la Materia Médica? Este ungüento verde para el ardor de garganta, aquella cataplasma de grasa de buey para la gangrena o la hinchazón. Pues bien, ¡hay diez mil boticarios que se nos escapan, toda una sabiduría que se nos pierde!  
-Jamie, hijo, eres increíble.  
-¡Cállate! -dijo la señora Wilkes-. Ninguna hija mía será puesta en exhibición en esta ni en ninguna calle. . .

-¡Vamos, mujer! -dijo el señor Wilkes-. Camillia se derrite como un copo de nieve y dudas en sacarla de este cuarto caldeado. Jamie, ¡levanta la cama!

La señora Wilkes se volvió hacia su hija.

-¿Camillia?

-Me da lo mismo morir a la intemperie -dijo Camillia- donde la brisa fresca me acariciará los bucles cuando yo. . .

-¡Tonterías! -dijo el padre-. No te morirás. Jamie, ¡arriba! ¡Ajá! ¡Eso es! ¡Quítate del paso, mujer! Arriba, hijo, ¡más alto!

-Oh -exclamó débilmente Camillia-. Estoy volando, volando...

De pronto, un cielo azul se abrió sobre Londres. La población, sorprendida, se precipitó a la calle, deseosa de ver, hacer, comprar alguna cosa. Los ciegos cantaban, los perros bailoteaban, los payasos cabriolaban, los niños dibujaban rayuelas y se arrojaban pelotas como si fuera tiempo de carnaval.

En medio de todo este bullicio, tambaleándose, con las caras encendidas, Jamie y el señor Wilkes trasportaban a Camillia, que navegaba como una papisa allá arriba, en la cama-berlina, con los ojos cerrados, orando.

-¡Cuidado! -gritó la señora Wilkes-. ¡Ah, está muerta! No. Allí. Bájenla suavemente...

Por fin la cama quedó apoyada contra el frente de la casa, de modo que el río de humanidad que pasaba por allí pudiese ver a Camillia, una muñeca Bartolemy grande y pálida, puesta al sol como un trofeo.

-Trae pluma, tinta y papel, muchacho -dijo el padre-. Tomaré nota de los síntomas y de los remedios. Los estudiaremos a la noche. Ahora...

Pero ya un hombre entre la multitud contemplaba a Camillia con mirada penetrante.

-¡Está enferma! -dijo.

-Ah -dijo el señor Wilkes, alegremente-. Ya empieza. La pluma, hijo. Listo. ¡Adelante, señor!

-No se siente bien. -El hombre frunció el ceño. -Está decaída...

-No se siente bien... Está decaída... -escribió el señor Wilkes, y de pronto se detuvo.- ¿Señor? -Lo miró con desconfianza.- ¿Es usted médico?

-Sí, señor.

-¡Me pareció haber oído esas palabras! Jamie, toma mi bastón, ¡échalo de aquí! ¡Fuera, señor, fuera!

Ya el hombre se alejaba blasfemando, terriblemente exasperado.

-No se siente bien, y está decaída... ¡bah! -imitó el señor Wilkes, y se detuvo. Pues ahora una mujer, alta y delgada como un espectro recién salido de la tumba, señalaba con un dedo a Camillia Wilkes.

-Vapores -entonó.

-Vapores -escribió el señor Wilkes, satisfecho.

-Fluido pulmonar -canturreó la mujer.

-¡Fluido pulmonar! -escribió el señor Wilkes, radiante-. Bueno, esto está mejor.

-Necesita un remedio para la melancolía -dijo la mujer débilmente-. ¿Hay en esta casa tierra de momias para hacer una pócima? Las mejores momias son las egipcias, árabes, hirasfatas, libias, todas muy útiles para los trastornos magnéticos. Pregunten por mí, la Gitana, en Flodden Road. Vendo piedra perejil, incienso macho...

-Flodden Road, piedra perejil... ¡más despacio, mujer!

-Opobálsamo, valeriana pónica...

-¡Aguarda, mujer! ¡Opobálsamo, sí! ¡Que no se vaya, Jamie!

Pero la mujer se escabulló, nombrando medicamentos.

Una muchacha de no más de diecisiete años, se acercó y observó a Camillia Wilkes.

-Está. . .

-¡Un momento! -El señor Wilkes escribía febrilmente.- Trastornos magnéticos, valeriana pónica. ¡Diantre! Bueno, niña, ya. ¿Qué ves en el rostro de mi hija? La miras fijamente, respiras apenas. ¿Bueno?

-Está... -La extraña joven escudriñó profundamente los ojos de Camillia y balbuceó:- Sufre de... de...

-¡Dílo de una vez!

-Sufre de... de... ¡oh!

Y la joven, con una última mirada de honda simpatía, se perdió en la multitud.

-¡Niña tonta!

-No, papá -murmuró Camillia, con los ojos muy abiertos-. Nada tonta. Veía. Sabía. Oh, Jamie, corre a buscarla, ¡díle que te explique!

-¡No, no ofreció nada! En cambio la gitana, ¡mira su lista!

-Ya sé, papá.

Camillia, más pálida que nunca, cerró los ojos.

Alguien carraspeó.

Un carnicero, de delantal ensangrentado como un campo de batalla, se atusaba el mostacho fiero.

-He visto vacas con esa mirada -dijo-. Las curé con aguardiente y tres huevos frescos. En invierno yo mismo me curo con este elixir...

-¡Mi hija no es una vaca, señor! -El señor Wilkes dejó caer la pluma.- ¡Tampoco es carnicero, y estamos en primavera! ¡Apártese, señor! ¡Hay gente que espera!

Y en verdad, ahora una inmensa multitud, atraída por los otros, clamaba queriendo aconsejar una pócima favorita, o recomendar un sitio campestre donde llovía menos y había más sol que en toda Inglaterra o el Sur de Francia. Ancianos y ancianas, doctos como todos los viejos, se atropellaban unos a otros en una confusión de bastones, en falanges de muletas y de báculos.

-¡Atrás! ¡Atrás! -gritó, alarmada, la señora Wilkes-. ¡Aplastarán a mi hija como una cereza tierna!

-¡Fuera de aquí!

Jamie tomó los báculos y muletas y los lanzó por encima de la multitud, que se alejó en busca de los miembros perdidos.

-Padre, me desmayo, me desmayo -musitó Camillia.

-¡Padre! -exclamó Jamie-. Sólo hay un medio de impedir este tumulto. ¡Cobrarles! ¡Que paguen por opinar sobre esta dolencia!

-Jamie, ¡tú sí que eres mi hijo! Pronto, muchacho, ¡pinta un letrero! ¡Escuchen, señoras y señores! ¡Dos peniques! ¡A la cola, por favor, formen fila! Dos peniques por cada consejo. Muestran el dinero, ¡así! Eso es. Usted, señor. Usted, señora. Y usted, señor. ¡Y ahora la pluma! ¡Comencemos!

El gentío bullía como un mar encrespado. Camillia abrió un ojo y volvió a desmayarse.

Crepúsculo, las calles casi desiertas, sólo algunos vagabundos. Se oyó un tintineo familiar y los párpados de Camillia temblaron como alas de mariposa.

-¡Trescientos noventa y nueve, cuatrocientos peniques!

El señor Wilkes echó en la alforja la última moneda de plata.

-¡Listo!

-Tendré un coche fúnebre hermoso y negro -dijo la joven pálida.

-¡Cállate! ¿Quién pudo imaginar, oh familia mía, que tanta gente, doscientos, pagaría por darnos su opinión?

-Sí -dijo la señora Wilkes-. Esposas, maridos, hijos, todos hacen oídos sordos, nadie escucha a nadie. Por eso pagan de buen grado a quien los escucha. Pobrecitos, todos creyeron hoy que ellos y sólo ellos conocían la angina, la hidropesía, el muermo, sabían distinguir la baba de la urticaria. Y así hoy somos ricos, y doscientas personas se sienten felices, luego de haber descargado frente a nuestra puerta toda su ciencia médica.

-Cielos, costó trabajo alejarlos. Al fin se fueron, mordisqueando como cachorros.

-Lee la lista, padre -dijo Jamie-. De las doscientas medicinas, ¿cuál será la verdadera?

-No importa -murmuró Camillia, suspirando-. Oscurece ya, y esos nombres me revuelven el estómago. Quisiera ir arriba.

-Sí, querida. ¡Jamie, ayúdame!

-Por favor -dijo una voz.

Los hombres, que ya se encorbaban, se irguieron para mirar.

El que había hablado era un barrendero de apariencia y estatura ordinarias, de cara de hollín, y en medio de la cara dos ojos azules y traslúcidos y la hendedura blanca de una sonrisa de marfil. De las mangas, de los pantalones, cada vez que se movía, o hablaba con voz serena, o gesticulaba, brotaba una nube de polvo.

-No pude llegar antes a causa del gentío -dijo el hombre, que tenía en las manos una gorra sucia-. Iba ya para casa, y decidí venir. ¿He de pagar?

-No, barrendero, no es necesario -dijo Camillia.

-Espera... -protestó el señor Wilkes.

Pero Camillia lo miró dulcemente y el señor Wilkes calló.

-Gracias, señora. -La sonrisa del barrendero resplandeció como un rayo de sol en el crepúsculo. -Tengo un solo consejo.

Miraba a Camillia. Camillia lo miraba.

-¿No es hoy la noche de. San Bosco, señor, señora?

-¿Quién lo sabe? ¡Yo no, señor! -dijo el señor Wilkes.

-Yo creo que es la noche de San Bosco, señor. Y además, es noche de plenilunio. Pues bien -prosiguió el barrendero humildemente, sin poder apartar la mirada de la hermosa joven enferma-, tienen que dejar a la hija de ustedes a la luz de esta luna creciente.

-¡A la intemperie y a la luz de la luna! -exclamó la señora Wilkes.

-¿No vuelve lunáticos a los hombres? -preguntó Jamie.

-Perdón, señor. -El barrendero hizo una reverencia.- Pero la luna llena cura a todos los animales enfermos, ya sean humanos o simples bestias del campo. El plenilunio es un color sereno, una caricia reposada, y modela delicadamente el espíritu, y también el cuerpo.

-Pero, ¿y si llueve? -dijo la madre, inquieta.

-Lo juro -prosiguió rápidamente el barrendero-. Mi hermana padecía de esta misma desmayada palidez. Una noche de primavera la dejamos como una maceta de lirios, a la luz de la luna. Ahora vive en Sussex, verdadero espejo de salud recobrada.

-¡Salud recobrada! ¡Plenilunio! Y no nos costará un solo penique de los cuatrocientos que nos dieron hoy, madre, Jamie, Camillia.

-¡No! -dijo la señora Wilkes-. No lo permitiré.

-Madre -dijo Camillia, mirando ansiosamente al barrendero.

El barrendero de cara tiznada contemplaba a Camillia, y su sonrisa era como una cimitarra en la oscuridad.

-Madre -dijo Camillia-. Es un presentimiento. La luna me curará, sí, sí.

La madre suspiró.

-Este no es mi día, ni mi noche. Déjame besarte por última vez, entonces. Así.

Y la madre entró en la casa.

El barrendero se alejaba ahora, haciendo corteses reverencias.

-Toda la noche, entonces, recuérdelo, a la luz de la luna, y que nadie la moleste hasta el alba. Que duerma usted bien, señorita. Sueñe, y sueñe lo mejor. Buenas noches.

El hollín se desvaneció en el hollín; el hombre desapareció.

El señor Wilkes y Jamie besaron la frente de Camillia.

-Padre, Jamie -dijo la joven-. No hay por qué preocuparse.

Camillia quedó sola, mirando fijamente a lo lejos.

Allá, en la oscuridad, parecía que una sonrisa titilaba, se apagaba, y se encendía otra vez, y luego se perdía en una esquina.

Camillia aguardó a que saliera la luna.

La noche en Londres, voces soñolientas en las tabernas, portazos, despedidas de borrachos, tañidos de relojes. Camillia vio una gata que se deslizaba como una mujer envuelta en pieles; vio a una mujer que se deslizaba como una gata, sabias las dos, silenciosas, egipcias, oliendo a especias. Cada cuarto de hora llegaba desde la casa una voz:

-¿Estás bien, hija?

-Sí, padre.

-¿Camillia?

-Madre, Jamie, estoy muy bien.

Y al fin:

-Buenas noches.

-Buenas noches.

Se apagaron las últimas luces. La ciudad dormía.

La luna se asomó.



Y a medida que la luna subía, los ojos de Camillia se agrandaban y miraban las alamedas, los patios, las calles, hasta que por fin, a media noche, la luna iluminó a Camillia, y la muchacha fue como una figura de mármol sobre una tumba antigua.

Un movimiento en la oscuridad. Camillia aguzó el oído.

Una suave melodía brotaba del aire.

Un hombre esperaba en la calle sombría.

Camillia contuvo el aliento.

El hombre avanzó hacia la luz de la luna, tañendo suavemente un laúd. Era un hombre bien vestido, de rostro hermoso, y, al menos ahora, solemne.

-Un trovador -dijo en voz alta Camillia.

El hombre, con un dedo sobre los labios, se acercó silenciosamente, y se detuvo pronto junto al lecho.

-¿Qué hace aquí, señor, a estas horas? -preguntó la joven. No sabía por qué, pero no tenía miedo.

-Un amigo me envió a ayudarte.

El hombre rozó las cuerdas del laúd, que canturrearon dulcemente. Era hermoso, en verdad, envuelto en aquella luz de plata.

-Eso no puede ser -dijo Camillia-. Me dijeron que la luna me curaría.

-Y lo hará, doncella.

-¿Qué canciones canta usted?

-Canciones de noches de primavera, de dolores y males sin nombre. ¿Quieres que nombre tu mal, doncella?

-Si lo sabe...

-Ante todo, los síntomas: fiebres violentas, fríos súbitos, pulso rápido y luego lento, arranques de cólera, luego una calma dulcísima, accesos de ebriedad luego de beber agua de pozo, vértigos cuando te tocan así, nada más...

El hombre rozó la muñeca de Camillia, que cayó en un delicioso abandono.

-Depresiones, arrebatos -prosiguió el hombre-. Sueños...

-¡Basta! -exclamó Camillia, fascinada-. Me conoce usted al dedillo. Nombre mi mal, ¡ahora!

-Lo haré. -El hombre apoyó los labios en la palma de la mano de Camillia, y la joven se estremeció violentamente.- Tu mal se llama Camillia Wilkes.

-Qué extraño. -Camillia tembló, y en los ojos le brilló un fuego de lilas.- ¿De modo que soy mi propia dolencia? ¡Qué daño me hago! Ahora mismo, sienta mi corazón.

-Lo siento, sí.

-Los brazos, las piernas, arden con el calor del verano.

-Sí. Me queman los dedos.

-Y ahora, al viento nocturno, mire cómo tiemblo, ¡de frío! Me muero, me muero, ¡lo juro!

-No dejaré que te mueras -dijo el hombre en voz baja.

-¿Es usted un doctor, entonces?

-No, soy sólo tu médico, tu médico vulgar y común, como esa otra persona que hoy adivinó tu mal. La muchacha que iba a nombrarlo y se perdió en la multitud.

-Sí. Vi en sus ojos que ella sabía. Pero ahora me castañetean los dientes. Y no tengo manta con que cubrirme.

-Déjame sitio, por favor. Así. Así. Veamos: dos brazos, dos piernas, cabeza y cuerpo. ¡Estoy todo aquí!

-Pero, señor...

-Para sacarte el frío de la noche, claro está.

-Oh, ¡si es como un hogar! Pero señor, señor, ¿no lo conozco? ¿Cómo se llama usted?

La cabeza del hombre se alzó rápidamente y echó una sombra sobre la cabeza de la joven. En el rostro del hombre resplandecían los ojos azules y .cristalinos y la hendidura de marfil de la sonrisa.

-Bueno, Bosco, por supuesto --dijo.

-¿No es ése el nombre de un santo?

-Dentro de una hora me llamarás así, sin duda.

Acercó la cabeza. Y entonces, en el hollín de la sombra, Camillia, llorando de alegría, reconoció al barrendero.

-Oh, ¡el mundo da vueltas! ¡Me siento morir! ¡El remedio, dulce doctor, o todo se habrá perdido!

-El remedio -dijo el hombre-. Y el remedio es este...

En alguna parte, los gallos cantaban. Un zapato, lanzado desde una ventana, pasó por encima de ellos y golpeó una cerca. Después todo fue silencio, y luna...

-Chist...

El alba. El señor y la señora Wilkes bajaron en puntillas las escaleras y espiaron la calle. - Muerta de frío, después de una noche terrible, ¡estoy segura!

-¡No, mujer, mira! ¡Vive! Tiene rosas en las mejillas. No, más que rosas. Duraznos, ¡cerezas! Mírala cómo resplandece, ¡toda blanca y rosada! Nuestra dulce Camillia, viva y hermosa, sana una vez más.

Padre y madre se inclinaron junto al lecho de la joven dormida.

-Sonríe, está soñando. ¿Qué dice?

-El remedio -suspiró la joven-, el remedio soberano.

-¿Cómo, cómo?

La joven volvió a sonreír, en sueños, con una blanca sonrisa.

-Un remedio -murmuró-, ¡un remedio para la melancolía!

Camillia abrió los ojos.

-Oh, ¡madre! ¡Padre!

-¡Hija! ¡Niña! ¡Ven arriba!

-No. -Camillia les tomó las manos, tiernamente.-¿Madre? ¿Padre?

-¿Sí?

-Nadie nos verá. El sol asoma apenas. Por favor, bailemos juntos.

Resistiéndose, celebrando no sabían qué, los padres bailaron.

*Digitalizado por G. Masso  
México 2002*

## REUNIÓN DE FAMILIA

—Ahí vienen —dijo Cecy, tendida en la cama.

—¿De dónde son? —gritó Timothy desde el umbral.

—Algunos vienen de Europa, algunos de Asia, algunos de las Islas, algunos de la América del Sur —dijo Cecy, los ojos cerrados, las pestañas largas, de color castaño, y temblorosas.

Timothy se adelantó sobre las tablas desnudas de la habitación del piso de arriba.

—¿Quiénes son?

—¡El tío Einar y el tío Fry, y también el primo William, y veo a Frulda y Helgar y la tía Alorgiana y la prima Vivian, y veo al tío Johann! ¡Vienen todos rápido!

—¿Están arriba en el cielo? —gritó Timothy, y los ojitos grises se le encendieron.

De pie junto a la cama, Timothy era realmente un niño de catorce años. Afuera soplaba el viento, y sólo las estrellas iluminaban la casa oscura.

—Vienen por el aire y viajando por tierra firme, de muchos modos —dijo Cecy, somnolienta. No se movía en la cama: pensaba para sí misma y contaba lo que iba viendo—. Veo una figura parecida a un lobo que viene vadeando las aguas bajas de un río oscuro, justo sobre la cascada, y la luz de las estrellas se le refleja en la piel. Veo una hoja castaña de roble que flota lejos y arriba en el cielo. Veo un murciélago pequeño que se acerca volando. Veo muchas otras cosas, corriendo entre los árboles de los bosques y deslizándose entre las ramas más altas; ¡y todos vienen en esta dirección!

—¿Estarán aquí mañana a la noche? —Los dedos de Timothy apretaron la ropa de cama. La araña que llevaba en la solapa de la chaqueta osciló como un péndulo negro, bailando excitadamente. Timothy se inclinó sobre su hermana.— ¿Estarán todos aquí a tiempo para la reunión de familia?

—Sí, sí, Timothy, sí —suspiró Cecy, poniéndose tiesa—. No me preguntes más. Vete ahora. Déjame visitar los sitios que más me gustan.

—Gracias, Cecy —dijo Timothy.

Afuera en el pasillo, corrió al dormitorio. Hizo apresuradamente la cama. Había despertado pocos minutos antes, a la caída del sol, y se sentía tan excitado pensando en la fiesta que cuando aparecieron las primeras estrellas fue a verla a Cecy. Ahora Cecy dormía profundamente y no se oía ningún sonido. La araña colgaba en un lazo de plata del cuello delgado de Timothy, que se lavaba la cara.

—Piénsalo un poco, Araña, ¡mañana a la noche es la Víspera de Todos los Santos!

Alzó la cabeza y se miró en el espejo. Era el único espejo en toda la casa. La madre se lo había regalado, y sólo porque Timothy estaba enfermo. Oh, si no fuera por lo menos un niño achacoso. Abrió la boca y se examinó los dientes inadecuados y pobres. Eran apenas unos granos de maíz incrustados en las mandíbulas: redondos, blandos y pálidos. Timothy se sintió menos animado.

Era ya de noche y encendió una vela. Estaba agotado. En la semana anterior toda la familia había vivido de acuerdo con las antiguas costumbres. Durmiendo de día, levantándose a la caída de la tarde. Timothy tenía unas marcadas ojeras azules.

—Araña, no sirvo —le dijo en voz baja, a la pequeña criatura—. Ni siquiera puedo acostumbrarme a dormir de día como los otros.

Tomó el candelero. Oh, tener dientes fuertes, con incisivos como clavos de acero. Manos fuertes, también, o una mente fuerte. Ser capaz, por ejemplo, de enviar afuera la propia mente, como hacía Cecy. Pero no, él era el imperfecto, el enfermo. Llegaba al colmo de tenerle miedo a la oscuridad; se estremeció y acercó la llama de la vela. Los hermanos le tomaban el pelo. Bion y Leonard y Sam. Se retan de él porque dormía en una cama. El caso de Cecy era diferente: necesitaba la comodidad de la cama para enviar la mente a otras regiones, a cazar. Pero Timothy, ¿dormía él en una maravillosa caja pulida como los otros? ¡No! La madre le había permitido tener una cama propia, un cuarto propio y un espejo propio. No era raro que la familia lo evitara, como a un crucifijo en manos de un hombre pío. Si por lo menos le brotaran unas alas en los hombros. Se desnudó la espalda, y miró. Suspiró de nuevo. Nada. Nunca.

Abajo se oían unos sonidos excitantes y misteriosos: los crespones negros que rozaban los pasillos y los cielos rasos y las puertas. El chisporroteo de unos cirios negros que ardían en el pozo de la escalera de baranda. La voz de la madre, alta y firme. La voz del padre, como un eco en el sótano húmedo. Bion que venía de la vieja casa de campo trayendo a cuestras unas jarras de dos galones.

—Tengo que ir ahora a la fiesta, Araña —dijo Timothy.

La araña giró en el extremo del hilo, y Timothy se sintió solo. Puliría cajas, traería hongos venenosos y arañas, colgaría crespones, pero cuando la fiesta comenzase lo ignorarían del todo. Cuanto menos se viera o se dijera de aquel hijo imperfecto, mejor que mejor.

Abajo, por toda la casa, corría Laura.

—¡Reunión de familia —gritaba alegremente—. ¡Reunión de familia!

Las pisadas de Laura en todas partes a la vez.

Timothy pasó de nuevo por el cuarto de Cecy, y ella estaba durmiendo, tranquila. Una vez al mes iba al piso de abajo. El resto del tiempo se lo pasaba en cama. Encantadora Cecy. Timothy tenía ganas de preguntarle: «¿Dónde estás ahora, Cecy? ¿Y en quién? ¿Y qué está pasando? ¿Has ido más allá de las montañas? ¿Y qué ocurre allí?» Pero no se detuvo y fue al cuarto de Ellen.

Ellen estaba sentada en su escritorio, clasificando mechones de pelo rubio, rojo y negro y pequeñas cimitarras de uñas. Había juntado todo en su trabajo de manicura en el salón de belleza de Mellin Village, a veinte kilómetros de distancia. En un rincón del cuarto había un cajón de caoba, con el nombre de Ellen.

—Vete —dijo Ellen, sin volverse hacia Timothy—. No puedo trabajar si estás ahí papando moscas.

—¡La Víspera de Todos los Santos, Ellen, qué maravilla! —dijo Timothy tratando de mostrarse amable.

—Hum. —Ellen puso unas muestras de uñas en un saquito blanco, y lo clasificó.— ¿Qué puede significar para tí? ¿Qué sabes de eso? Te asustarlas de veras. Vuelve a la cama.

Timothy sintió que le ardía la cara.

—Me necesitan para pulir y trabajar y ayudar a servir.

—Si no te vas ahora mismo mañana encontrarás en la cama una docena de ostras crudas —dijo Ellen, inexpresiva—. Adiós, Timothy.

Timothy, furioso, corrió escaleras abajo y tropezó con Laura.

—¡Mira por dónde vas! —chilló Laura apretando los dientes.

Laura se alejó desliziéndose. Timothy corrió a la puerta abierta del sótano, y respiró el aire que venía de abajo y olía a tierra húmeda.

—¿Padre?

—Es casi la hora —gritó el padre, al pie de los escalones—. ¡Date prisa o estarán aquí antes que estemos listos!

Timothy titubeó sólo un instante, pero alcanzó a oír el millón de otros sonidos de la casa. Los hermanos iban y venían como trenes en una estación, hablando y discutiendo. Si uno se detenía un rato en algún sitio toda la gente de la casa pasaba por allí llevando cosas en las manos pálidas. Leonard y la valijita negra de médico, Samuel y el libraco polvoriento encuadernado en hueso bajo el brazo, arrastrando más crespones negros, y Bion que salía, iba hasta el coche, y traía muchos más galones de líquido.

El padre dejó de pulir y miró ceñudamente a Timothy. Golpeó el enorme cajón de caoba.

—Vamos, lustra, así podemos empezar con otra. Mueve esos huesos.

Mientras enceraba la superficie del cajón, Timothy miró adentro.

—El tío Linar es un hombre grande, ¿no es cierto, papá?

—Hum.

—¿Cómo es de grande ?

—Ahí tienes el cajón.

—Sólo preguntaba. ¿Dos metros?

—Hablas mucho.

Alrededor de las nueve Timothy salió al clima de octubre. Durante dos horas, en el viento ahora tibio, ahora frío, caminó por los prados juntando hongos venenosos y arañas. Estaba otra vez excitado, y el corazón le golpeaba en el pecho. ¿Cuántos parientes había dicho la madre que vendrían? ¿Setenta? ¿Cien? Pasó junto a una granja. Si ustedes llegaran a saber qué está ocurriendo en nuestra casa, les dijo a las ventanas brillantes. Subió a una loma y miró la ciudad, a kilómetros de distancia, que se disponía a dormir; el reloj de la plaza era alto, blanco y redondo. La ciudad tampoco sabía. Timothy llevó a la casa muchas jarras de arañas y hongos.

En la capillita subterránea se celebró una corta ceremonia. Los ritos fueron los mismos de otros años. El padre entonó las líneas oscuras, las hermosas manos blancas de mamá se movieron, en las bendiciones invertidas, y todos los niños estaban allí, excepto Cecy, que estaba acostada arriba, en cama. Pero Cecy los acompañaba también. Uno la veía: miraba ahora desde los ojos de Bion, y luego desde Samuel, y luego desde mamá, y al fin algo se movía y Cecy entraba en uno, un instante y se iba de nuevo.

Timothy le rezó al Oscuro sintiendo un nudo en el estómago...

—Por favor, por favor, ayúdame a crecer, ayúdame a ser como mis hermanas y mis hermanos. No dejes que sea diferente. Si por lo menos pudiera poner pelo a las figuras plásticas como Ellen, o conseguir

que la gente se enamore de mí como hace Laura, o leer libros raros como Sam, o tener un empleo respetable como Leonard y Bion. O aun tener una familia algún día, como mama y papá...

A medianoche una tormenta martilleó la casa. Los rayos golpearon afuera con descargas asombrosas, redondas y blancas como la nieve. Se oía el ruido de un huracán que se acercaba, tanteando, succionando, arrastrándose y husmeando la húmeda tierra nocturna. De pronto la mitad de los goznes de la puerta de calle saltó en pedazos, y la puerta colgó torcida e inútil, ¡y entraron atropellándose el abuelo y la abuela que venían del lejano y viejo país!

Desde entonces la gente fue llegando a toda hora. Un aleteo en la ventana lateral, un golpe seco en el porche de adelante, un llamado atrás. Unos sonidos moribundos en el sótano; el viento del otoño cantó en la garganta de la chimenea. La madre llenó el enorme tazón de cristal con el fluido escarlata que Bion había traído en las jarras. El padre iba de cuarto en cuarto encendiendo más cirios. Laura y Ellen machacaron más acónito. Y Timothy, en medio de tanta excitación, miraba a un lado y a otro, con las manos caídas y temblorosas, y la cara inexpresiva. Ruido de puertas, risas, el sonido del líquido que se vertía en las copas, oscuridad, viento, el trueno membranoso de las alas, el rumor blando de los pasos, los saludos de bienvenida, la vibración transparente de las puertas de vidrio, las sombras que pasaban, venían, iban, oscilaban.

—Bueno, bueno, ¡y este tiene que ser Timothy!

—¿Qué?

Una mano helada tomó la mano de Timothy. Una cara larga y velluda se inclinó mirándolo.

—Buen muchacho, hermoso muchacho —dijo el desconocido.

—Timothy —dijo la madre—, este es el tío Jason.

—Hola, tío Jason.

—Y en este lado...

La madre se llevó al tío Jason. El tío Jason miró por encima de la capa que le cubría el hombro y le guiñó un ojo a Timothy.

Timothy se quedó solo.

Lejos, a mil kilómetros, en la oscuridad iluminada por las velas; se oyó una voz aflautada. Era Ellen.

—Y mis hermanos, son listos. ¿A que no sabes de qué se ocupan, tía Morgiana?

—No tengo la menor idea.

—Tienen una casa de servicios fúnebres en la ciudad.

La tía Morgiana abrió la boca, asombrada.

—¡Qué!

—¡Sí! —Una risa chillona.— ¿No es maravilloso?

Timothy estaba muy quieto.

Una pausa en la risa.

—Traen el alimento diario para mamá, papá y todos nosotros —dijo Laura—. Excepto, por supuesto, Timothy...

Un silencio incómodo. La voz del tío Jason pidió explicaciones.

—Hablen. ¿Qué pasa con Timothy?

—Oh, Laura, qué lengua larga —dijo la madre.

Laura siguió hablando. Timothy cerró los ojos.

—A Timothy no... bueno... no le gusta la sangre. Es un niño delicado.

—Aprenderá —dijo la madre—. Aprenderá. Es mi hijo y aprenderá. Sólo tiene catorce.

—Pero yo me crié con eso —dijo el tío Jason, y la voz fue de un cuarto a otro. El viento tocaba los árboles de afuera, como arpas. La llovizna golpeó los vidrios—. Me crié con eso...

La voz se fue apagando.

Timothy se mordió los labios y abrió los ojos.

—Bueno, sólo yo tengo la culpa. —Ahora la madre se llevaba a los otros a la cocina.— Traté de obligarlo. No se puede obligar a los niños, se ponen enfermos, y luego pierden el gusto. Miren a Bion, ya tenía trece años cuando...

—Entiendo —murmuró el tío Jason—. Timothy irá adelante.

—Estoy segura —dijo la madre, firmemente.

Las sombras cruzaban una y otra vez la docena de cuartos mohosos, y la luz temblaba en las velas. Timothy tenía frío. Sintió el olor del sebo caliente y casi sin pensarlo tomó un cirio y caminó por la casa fingiendo que enderezaba los crespones.

—Timothy —murmuró alguien, detrás de una pared empapelada, siseando, chirriando, suspirando—, Timothy le tiene miedo ala oscuridad.

La voz de Leonard. ¡Odioso Leonard!

—Me gustan las velas, eso es todo —dijo Timothy, en un murmullo de reproche.

Más relámpagos, más truenos. Cataratas de risa. Golpes sordos y secos y gritos y el susurro de las ropas. Una niebla viscosa entró arrastrándose por la puerta. Entre la niebla, plegando las alas, apareció un hombre alto.

—¡Tío Einar!

Timothy echó a correr, y las piernas delgadas lo llevaron directamente a través de la niebla, bajo las sombras verdes de las alas. Se arrojó en los brazos de Einar, y Einar lo alzó.

—¡Tienes alas, Timothy! —Einar hizo volar al niño, liviano como una flor de cardo.— ¡Alas, Timothy, vuela! —Las caras giraban allá abajo. La oscuridad daba vueltas. La casa desapareció. Timothy se sintió como una brisa. Movi6 los brazos como alas, los dedos de Einar lo recogieron y lo tiraron de nuevo hacia el cielo raso. El cielo raso se precipitó hacia abajo como una pared carbonizada.— ¡Vuela, Timothy! —gritó Einar, con voz baja y profunda—. ¡Vuela, con alas! ¡Alas!

Timothy sintió un verdadero éxtasis en los omóplatos, como si le crecieran allí unas raíces, que estallaban y florecían en membranas nuevas y húmedas. Balbuceó sin sentido, y el tío Einar lo arrojó de nuevo al aire.

El viento de otoño se quebró como una marea sobre la casa, la lluvia cayó estrepitosamente, sacudiendo las vigas, y la luz furiosa de las velas osciló en los candeleros. Y los cien parientes de distintos tamaños y formas salieron de los cuartos encantados y negros, y rodearon al tío Einar que echaba al niño como un bastón de mando al estruendo del espacio.

—¡Basta! —gritó Einar al fin.

Timothy, depositado en las maderas del piso, feliz, agotado, cayó contra el tío Einar, sollozando.

—¡Tío, tío, tío!

—¿Era bueno volar, eh, Timothy? —dijo el tío Einar, inclinándose, palmeándole la cabeza a Timothy—. Bueno, bueno.

Se acercaba la hora del alba. La mayoría ya había llegado y estaba preparándose para ir a la cama y pasar el día durmiendo, inmóviles y silenciosos hasta la siguiente caída del sol, cuando saldrían gritando de los cajones de caoba, listos para la fiesta.

El tío Einar, seguido por docenas de otros, fue hacia el sótano. La madre los llevó a las hileras superpuestas de cajones pulidos. Einar, alzando las alas como lienzos de color verde mar, se movía por el pasillo con un silbido raro; cuando las alas tocaban las paredes o el techo se oía un sonido leve de tambores.

Arriba, Timothy descansaba acostado, tratando de aficionarse a la oscuridad. Podían hacerse tantas cosas en la oscuridad, que la gente no criticaría nunca, porque no lo ven a uno. Le gustaba la noche, pero era un gusto limitado: a veces había tanta noche que Timothy se rebelaba y gritaba.

En el sótano, unas puertas de caoba se cerraron desde adentro, recogidas por manos pálidas. En los rincones, algunos parientes daban tres vueltas en círculo antes de acostarse, las manos sobre la cabeza, los ojos cerrados. El sol se levantó. Todos dormían.

La caída del sol. La fiesta estalló como un nido de murciélagos golpeado de pleno: chillidos que se extienden alrededor, aleteos, diseminaciones. Las tapas de los cajones se alzaron ruidosamente. Las pisadas subieron corriendo desde el sótano húmedo. Se admitieron unos huéspedes tardíos que llegaban pateando las puertas de adelante y de atrás.

Llovía, y los visitantes empapados dejaron las capas, los sombreros adornados con bolitas de agua, los velos rociados en las manos de Timothy, que llevó todo a un armario. Los cuartos estaban atestados. La risa de un primo, que salía de una habitación, tropezaba con la pared de otra, rebotaba, se ladeaba y volvía a las orejas de Timothy desde una cuarta habitación: una risa certera y cínica.

Una rata cruzó el piso corriendo.

—¡Te conozco, sobrina Leibersroutert! —exclamó el padre.

La rata dio unas vueltas en espiral alrededor de los pies de tres mujeres y desapareció en un rincón. Poco después una hermosa mujer salió de la nada y se quedó de pie en el rincón, sonriéndoles a todos con una sonrisa blanca.

Algo se apretaba contra el vidrio mojado de la ventana de la cocina. Suspiraba y sollozaba y llamaba golpeando continuamente, apretado contra el vidrio, pero Timothy no podía hacer nada, no veía nada. Se imaginaba a sí mismo afuera, mirando hacia adentro. La lluvia le caía encima, el viento lo empujaba, y el

interior salpicado de velas era realmente atractivo. Se bailaban ya unos valeses; unas figuras altas y delgadas pirueteaban al compás de una música exótica. Las botellas en alto irradiaban estrellas de luz; unos terrones pequeños se desmigajaban en los cascos, y una araña cayó y cruzó silenciosamente el piso, caminando.

Timothy se estremeció. Estaba otra vez dentro de la casa. La madre lo llamaba pidiéndole que corriese aquí, allí, que ayudara, sirviera, saliese de la cocina ahora, trayendo esto, aquello, los platos, la comida, y así una y otra vez. Timothy estaba fuera de la fiesta, que se movía alrededor. Las docenas de gentes muy altas apretaban a Timothy, lo apartaban con los codos.

Al fin Timothy se alejó deslizándose escaleras arriba.

Llamó en voz baja:

—Cecy. ¿Dónde estás ahora, Cecy?

Cecy esperó largo rato antes de contestar.

—En el valle del imperio —murmuró débilmente—. Junto al mar de las sales, cerca de los manantiales de barro, el vapor y la quietud. Dentro de la mujer de un granjero. Sentada en el porche de adelante. Cuando yo lo quiero, la mujer se mueve, o hace alguna cosa, o piensa. El sol se pone.

—¿Cómo es el sitio, Cecy?

—Se alcanza a oír el siseo del barro —dijo Cecy, pausadamente, como si hablara en una iglesia—. Unas cabecitas grises de vapor se alzan en el barro como hombres calvos, asomándose en el jarabe espeso, subiendo por los canales tórridos. Las cabezas grises se abren de arriba abajo como si fuesen de goma, caen con un ruido de labios húmedos, y en los desgarrones del tejido aparece un plumaje de vapor. Y hay un olor de quemazones sulfurosas y de tiempo viejo. El dinosaurio ha estado cociéndose allí desde hace diez millones de años.

—¿No está listo todavía, Cecy?

—Sí está listo, casi listo. —Los labios serenos de Cecy se movieron en el sueño. Unas palabras lánguidas le cayeron lentamente de la boca.— Estoy dentro del cráneo de la mujer, mirando, contemplando el mar que no se mueve. Hay un silencio temeroso. Espero a mi marido, sentada en el porche. De cuando en cuando un pez salta en el agua, cae de nuevo: una figura dibujada a la luz de las estrellas. El valle, el mar, unos pocos autos, el porche de madera, mi mecedora, yo misma, la quietud de la noche.

—¿Y ahora, Cecy?

—Me levanto de la mecedora —dijo Cecy.

—¿Sí?

—Cruzo el porche y voy hacia los manantiales de barro. Unos aviones vuelan en el cielo, como pájaros prehistóricos. Está todo tan tranquilo, hay tanta quietud.

—¿Cuánto tiempo estarás dentro de ella, Cecy?

—Hasta que haya escuchado y mirado y sentido bastante. Hasta que haya cambiado la vida de esta mujer, de algún modo. Cruzo el porche pisando las tablas de madera, y mis pies golpean las tablas cansadamente, lentamente.

—¿Y ahora?

—Ahora los vapores de azufre están todos alrededor. Observo las burbujas que estallan y desaparecen. Un pájaro vuela junto a mi cabeza, y se aleja chillando. ¡De pronto soy el pájaro! Y mientras vuelo, mis nuevos ojos de cuentas de vidrio ven allá abajo a una mujer, en un sendero de tablas de madera, y ella se adelanta dando dos o tres pasos hacia los manantiales de barro. Oigo un sonido, como una piedra que se hunde en las profundidades blandas. Sigo volando, en círculos. Veo una mano descolorida, como una araña, que se retuerce y desaparece en el estanque de lava gris: La lava se cierra. Ahora voy de vuelta a casa, ¡rápido, rápido, rápido!

Algo golpeó la ventana estremeciendo los vidrios. Timothy se sobresaltó.

Cecy abrió los ojos, brillantes, felices, satisfechos.

—¡Estoy en casa! —dijo.

Luego de una pausa Timothy aventuró:

—Ya empezó la fiesta. Han venido todos.

—¿Por qué estás aquí entonces? —Cecy tomó la mano de Timothy.— Bueno, pregúntame. —La muchacha sonrió apenas.— Pregúntame lo que querías preguntarme.

—No vine a preguntarte nada —dijo Timothy—. Bueno, casi nada. Bueno... ¡oh, Cecy! —Las palabras salieron rápidamente, sin interrupciones.— Quiero hacer algo en la fiesta, para que todos me miren, para ser tan bueno como ellos, para no sentirme solo, pero no sé hacer nada, y, bueno, pensé que quizá tú pudieras...

—Puedo —dijo Cecy, cerrando los ojos, sonriendo para adentro—. Enderézate. Quédate muy quieto. —Timothy obedeció.— Ahora cierra los ojos y no pienses en nada.

Timothy se quedó allí de pie, muy quieto, y pensó en nada, o por lo menos pensó que no pensaba en nada.

Cecy suspiró.

—¿Vamos abajo, Timothy?

Como una mano en un guante, Cecy estaba dentro de Timothy.

—¡Miren todos!

Timothy alzó el vaso de líquido tibio y rojo. Lo mantuvo en alto para que todos los de la casa se volvieran y lo viesan. ¡Tíos, tías, primos, hermanos, hermanas!

Se bebió el vaso de un trago.

Extendió la mano hacia su hermana Laura. La miró a los ojos, hablándole con una voz delicada e imperiosa. Laura callaba, inmóvil. Timothy se acercó más a ella, sintiéndose alto como un árbol. La fiesta fue deteniéndose, y la gente rodeó a Timothy, observando. Desde las puertas de los otros cuartos, unas caras espiaban. Nadie se reía. Mamá estaba asombrada. Papá parecía estupefacto, pero complacido a la vez, y más y más orgulloso.

Timothy mordió a Laura dulcemente, en la vena del cuello. Las llamas de las velas oscilaron como borrachas. El viento subió afuera y se arremolinó en los techos. Los parientes miraban desde todas las puertas. Timothy se llevó a la boca unos hongos venenosos, los tragó, se golpeó los costados con los brazos y giró en círculos.

—¡Mira, tío Einar, puedo volar, al fin!

Las manos batieron el aire. Los pies subieron y bajaron como émbolos. Timothy vio que las caras de los otros desfilaban rápidamente.

En lo alto de las escaleras, aleteando, oyó que la madre gritaba, lejos, allá abajo.

—¡Basta, Timothy!

—¡Eh! —gritó Timothy, y se arrojó al hueco de la escalera.

A mitad de camino, las alas que creía tener, se le disolvieron de pronto. Timothy chilló. El tío Einar lo alcanzó en el aire.

Timothy aleteó rápidamente en brazos de Einar. Una voz espontánea le salió de los labios.

—¡Aquí Cecy! ¡Aquí Cecy! ¡Vengan a verme todos, arriba, el primer cuarto a la izquierda!

Un prolongado gorjeo de risas. Timothy apretó la lengua contra los dientes, para que no salieran las palabras.

Todos retan ahora. Einar dejó a Timothy en el suelo. Corriendo entre la oscuridad amontonada de los parientes que iban escaleras arriba a felicitar a Cecy, Timothy cerró ruidosamente la puerta de calle.

—¡Cecy, te odio, te odio!

Bajo el sicómoro, en las sombras de la noche, Timothy vomitó la cena, sollozó amargamente, y se echó en una pila de hojas de otoño. Se quedó allí, quieto, y sacó del bolsillo de la blusa una caja de cerillas. La araña salió de la caja, caminó por el brazo de Timothy, le exploró el cuello y subió hasta la oreja haciéndole cosquillas. Timothy sacudió la cabeza.

—No, Araña, no.

El toque leve de una pluma que le tanteaba el tímpano. Timothy se estremeció.

—¡No, Araña!

De algún modo, ahora lloraba menos.

La araña viajó por la mejilla de Timothy, se detuvo debajo de la nariz, miró adentro como examinando el cerebro, y luego trepó delicadamente al perfil de la nariz, y allí se sentó a mirar a Timothy con unos ojos de gema verde hasta que Timothy sintió que no podía contener una risa ridícula.

—Veté, Araña.

Timothy se sentó, y las hojas crujieron. La luz de la luna brillaba en el campo. De la casa venía un débil rumor: la gente se divertía ahora con el juego de Espejo, Espejo. Unos gritos ahogados, mientras trataban de identificar a aquellos cuyas imágenes no aparecían, no habían aparecido nunca, en ningún espejo.

—Timothy. —Las alas del tío Einar se extendieron y doblaron y llegaron con un sonido de tambores. Timothy sintió que lo alzaban como un dedal y se encontró instalado en el hombro de Einar.— No te sientas mal, sobrino Timothy. A cada uno lo que le corresponde, a cada uno su propio camino. Las cosas son mucho mejores para ti, Timothy. Mucho más vivas. El mundo está muerto para nosotros. Hemos visto tanto, créeme. La vida es mejor para aquellos que viven menos. Vale más cada kilo, Timothy, no lo olvides.



El resto de la negra madrugada, desde la medianoche en adelante, el tío Einar llevó a Timothy por la casa, de cuarto en cuarto, saludando y cantando. Una horda de recién llegados reanimó la alegría. Una tataratatar y mil veces más tatarabuela llegó envuelta en una mortaja egipcia. No dijo nada y se quedó apoyada en la pared, muy derecha, como una quemada tabla de planchar; en las concavidades de los ojos había un centelleo distante, sabio, silencioso. Al desayuno, a las cuatro de la mañana, mil tatarabuelas insólitas estaban sentadas tiesamente a la cabecera de la mesa más larga.

Los numerosos primos jóvenes se entretenían junto al tazón de cristal. Los ojos hundidos y oliváceos, las caras cónicas y demoníacas y las cabelleras rizadas de color bronce flotaban sobre la mesa de las bebidas, y los cuerpos blandos y duros a la vez, en parte de muchacha y en parte de muchacho, se apoyaban unos en otros, malhumorados y borrachos. El viento se alzó todavía más, las estrellas brillaron con una intensidad ardorosa, se redoblaron los ruidos, las danzas se apresuraron, las bebidas fueron más eficaces. Había allí miles de cosas que Timothy podía oír y mirar. Las sombras se enturbiaban y burbujeaban, las caras numerosas pasaban, una y otra vez...

La fiesta contuvo el aliento. Se oyeron a lo lejos las campanas del reloj del pueblo, que daba las seis. La fiesta concluía. Siguiendo el ritmo de las campanadas, un centenar de voces comenzó a entonar canciones de cuatrocientos años atrás, canciones que Timothy no podía conocer. Entrelazando los brazos, moviéndose en círculos, todos cantaron; y en alguna parte, en la lejanía helada de la mañana, el reloj del pueblo dio la última campanada y calló.

Timothy cantó. No conocía las palabras ni la melodía, y sin embargo las palabras y la melodía le sonaban exactamente en la garganta. Timothy alzó los ojos hacia la puerta cerrada en lo alto de la escalera.

—Gracias, Cecy —murmuró—. Te perdono, gracias.

Aflojó el cuerpo y dejó que las palabras le brotaran libremente en los labios, con la voz de Cecy.

Se oyeron adioses, entre idas y venidas. Mamá y papá se quedaron en la puerta para dar la mano y besar a todos los parientes. Más allá de la puerta abierta el cielo se coloreó en el este. Entró un viento frío. Y Timothy sintió que lo movían y lo instalaban primero en un cuerpo y luego en otro. Sintió que Cecy lo metía en la cabeza del tío Fry y que podía mirar ahora desde la cara de cuero arrugado, y que saltaba luego en un torbellino de hojas sobre la casa y las colinas somnolientas...

Luego, descendiendo en un camino polvoriento, Timothy sintió los ojos enrojecidos, y la piel velluda envuelta en la luz de la mañana, mientras dentro del primo William jadeaba escurriéndose entre unos matorrales y luego desaparecía...

Como un guijarro en la boca del tío, Timothy voló en un trueno membranoso, llenando el cielo. Y en seguida se encontró en su propio cuerpo y para siempre. El alba crecía. Los últimos parientes se abrazaban y lloraban y pensaban que el sitio era un sitio cada vez menos adecuado, para todos ellos. En otro tiempo se habían reunido todos los años, pero ahora pasaban décadas entre una fiesta y otra.

—¡No lo olvides! —llamó alguien—. ¡Nos encontraremos en Salem en 1970!

Salem. La mente entumecida de Timothy repitió las palabras. Salem, 1970. Y allí estarían el tío Fry y una anciana mil veces abuela de mortaja mustia, y el padre y la madre y Ellen y Laura y Cecy y todos los demás. ¿Pero estaría él, Timothy? ¿Quién le aseguraba que estaría vivo entonces?

Una última ráfaga marchita y allí fueron todos, tantas bufandas, tantos apresurados mamíferos, tantas hojas setas, tantos sonidos arracimados y quejosos, tantas medianoches y locuras y sueños.

Mamá cerró la puerta. Laura tomó una escoba.

—No —dijo mamá—. No limpiaremos esta noche. Ahora tenemos que dormir.

La familia desapareció en el sótano y escaleras arriba. Y Timothy, cabizbajo, cruzó el vestíbulo abrumado de crespones. Pasando junto a un espejo se miró la pálida mortalidad de la cara, fría y temblorosa.

—Timothy —dijo mamá. Se acercó a Timothy y le tocó la cara—. Hijo —continuó—, te queremos. No lo olvides. Todos te queremos. No importa que seas distinto, no importa si un día nos dejas. —Mamá le besó la mejilla.— Y si mueres un día, cuidaremos de que tus huesos descansen en paz, te lo aseguro. Iré a visitarte en las Vísperas de Todos los Santos y te llevaré al sitio más seguro.

La casa estaba en silencio. A lo lejos el viento pasó por encima de una loma llevando una última carga de murciélagos oscuros, resonando, revoloteando.

Timothy subió los escalones, uno por uno, llorando todo el tiempo.

## SUEÑO DE FIEBRE

Lo habían puesto entre sábanas tersas, limpias, recién lavadas. Sobre la mesa, bajo la luz rosada del velador, había siempre un vaso de jugo de naranja, espeso y fresco. Bastaba que Charles llamase para que papá y mamá asomaran en seguida las cabezas y vieran cuán enfermo estaba. La acústica del cuarto era buena; se oían las gárgaras de la garganta enlozada, en el cuarto de baño, a la mañana; la lluvia que repiqueteaba en el techo, los ratones sigilosos que se escurrían entre paredes secretas, o el canario que cantaba en la planta baja. Si uno prestaba atención, no era tan malo estar enfermo.

Septiembre avanzaba y las tierras ardían en el otoño. Charles tenía trece años. Llevaba tres días en cama cuando sintió por primera vez aquel terror.

La mano le empezó a cambiar. La mano derecha. Charles la miraba y la mano estaba caliente y sudorosa, allí, sola, sobre el cubrecama. Tembló de pronto, sacudiéndose levemente. Luego se quedó quieta y cambió de color.

Esa tarde vino el doctor y le golpeó el pecho, delgado como el parche de un tambor pequeño.

-¿Cómo estás? -preguntó el doctor sonriendo-. Ya lo sé, no me lo digas: «El resfrío está bien, doctor, pero yo me siento horriblemente.» ¡Ja, ja!

El médico se rió de su propia broma, tantas veces repetida.

Para Charles, allí, acostado, esa bufonada terrible y vieja era ya, casi, una realidad. La broma se le deslizó en la mente. La mente se apartó sintiendo un terror pálido. El doctor no entendía cuán crueles eran esas bromas.

-Doctor -murmuró Charles, abatido y descolorido-. La mano, ya no es mi mano. Esta mañana se convirtió en otra cosa. Quiero que usted me la cambie de nuevo. ¡Doctor, doctor!

El doctor mostró los dientes y le acarició la mano.

-Yo la veo bien, hijo. Soñaste, nada más. Fue un sueño de la fiebre.

-Pero cambió, doctor, oh, doctor -gritó Charles alzando penosamente la mano agitada y pálida-. ¡Cambió!

El doctor guiñó un ojo.

-Te daré una píldora rosada para eso. -Puso una tableta sobre la lengua de Charlie-. ¡Traga!

-¿Hará que mi mano cambie y sea yo otra vez?

-Sí, sí.

Había silencio en la casa cuando el doctor se alejó en el automóvil, bajo el cielo de septiembre, tranquilo y azul. Lejos, en la planta baja, en el mundo de la cocina, sonaba el tic-tac de un reloj. Charles, acostado, se miraba la mano.

No era aún como antes. Seguía siendo otra cosa.

Afuera soplaban el viento. Las hojas golpeaban los vidrios fríos.

A las cuatro le cambió la otra mano. Parecía casi una fiebre. Latía y se transformaba, célula a célula. Palpitaba como un corazón caliente. Las uñas se le pusieron azules, y luego rojas. Tardó casi una hora en cambiar, y al fin pareció casi una mano como todas. Pero no era como todas. Ya no era él. Charles, tendido, inmóvil, fascinado y horrorizado a la vez, cayó en un sueño pesado.

A las seis mamá trajo la sopa. Charlie no la tocó.

-No tengo manos -dijo con los ojos cerrados.

-Tus manos están perfectamente bien -dijo mamá.

-No -gimió Charlie-. No tengo manos. Me siento como si tuviese muñones. Oh, papá, mamá, ayúdame, ayúdame, estoy muy asustado.

Mamá tuvo que darle de comer.

-Mamá -dijo Charlie-, llama al doctor, otra vez. Sé buena. Estoy tan enfermo...

-El doctor vendrá esta noche, a las ocho -dijo mamá, y salió del cuarto.

A las siete, la noche envolvía la casa. Charles, sentado en la cama, sintió que se le transformaba una pierna, y luego la otra.

-¡Mamá! ¡Ven, pronto! -gritó.

Pero cuando mamá llegó ya no pasaba nada.

Mamá se fue; y Charlie, otra vez acostado, ya no luchó mientras las piernas le latían y latían, se calentaban al rojo, y el calor de ese cambio febril se difundía por el cuarto. El fuego le trepó de los dedos a los tobillos, y de los tobillos a las rodillas.

-¿Puedo entrar?

El doctor sonreía, en el vano de la puerta.

-¡Doctor! -gritó Charles-. Pronto, ¡levante las mantas!

El doctor levantó pacientemente las mantas.

-Ya veo. Sano y fuerte. Estás sudando, sin embargo. Un poco de fiebre. Te dije que no te movieras, criatura. -Pellizcó la húmeda mejilla rosada-. ¿Te hicieron bien las píldoras? ¿Se te curó la mano?

-No, no; ahora es también la otra mano y las piernas. –

Bueno, bueno, tendré que darte tres píldoras más, una para cada extremidad, ¿eh, mi muchachito? -rió el médico.

-¿Me harán bien? Doctor, por favor, por favor, ¿qué tengo?

-Una escarlatina leve, complicada con un resfrío.

-¿Es un germen que vive y tiene en mí más gérmenes?

-Sí.

-¿Está seguro que esto es una escarlatina? ¡No hizo ningún análisis!

-Bueno, algo sé de enfermedades -dijo el doctor secamente tomándole el pulso al niño.

Charles se quedó acostado, sin hablar, hasta que el doctor empezó a guardar los instrumentos en el maletín negro. Entonces, en el cuarto silencioso la voz de Charles se alzó en un débil sonido. Habló con los ojos brillantes, recordando.

-Leí un libro una vez. Trataba de árboles petrificados. Decía cómo caían los árboles y se pudrían, y los minerales se metían en la madera y crecían, y entonces parecían árboles, pero no, eran piedras.

En el cuarto tranquilo y caldeado, el médico oyó la respiración de Charles.

-¿Y bien? -preguntó.

-Estuve pensando -dijo Charles al cabo de un rato-. ¿Crecen los gérmenes? Quiero decir: en la clase de biología nos hablaron de animales unicelulares, amebas y otras cosas, que hace millones de años se juntaron y formaron el primer cuerpo. Y luego se juntaron más células y crecieron y así nació un pez y al fin aparecimos nosotros. Y todos nosotros somos un montón de células que se juntaron para ayudarse, ¿no es así?

Charles se humedeció los labios. El médico se inclinó sobre la cama.

-¿De qué hablas?

-Tengo que decírselo, doctor, oh, sí, ¡tengo que decírselo! -exclamó Charles-. ¿Qué pasaría, eh, piense, por Dios, qué pasaría si unos microbios se juntaran otra vez como en los tiempos antiguos, y luego, reproduciéndose?...

Charles tenía ahora las manos sobre el pecho, y las manos se le movían, trepando.

-¡Y decidieran ocupar una persona! -gritó Charles.

-¿Ocupar una persona?

-Sí, transformarse en una persona. En mí, en mis manos, ¡en mis pies! ¿Qué sucedería si una enfermedad supiera cómo matar a una persona y luego seguir viviendo?

Charles chilló.

Tenía las manos en el cuello.

El doctor se adelantó, gritando.

A las nueve el padre y la madre escoltaron al doctor hasta el automóvil, le dieron el maletín y se quedaron conversando en el frío viento nocturno.

-Cuiden que tenga las manos atadas a las piernas -dijo el doctor-. No quiero que se lastime.

La madre retuvo un momento el brazo del médico.

-¿Mejorará, doctor?

El doctor le palmeó el hombro.

-¿No soy acaso el médico de la familia, desde hace treinta años? Es la fiebre. Se imagina cosas.

-Pero esas lastimaduras en el cuello, por poco se estrangula.

-Manténgalo atado. Mañana estará bien.

El coche se alejó por el oscuro camino de septiembre.

A las tres de la mañana, Charles estaba todavía despierto en el cuarto en sombras. Sentía la cama húmeda bajo la cabeza y la espalda. Se le estaba transformando el cuerpo. No se movía, y miraba el vasto cielo raso desierto con una concentración demente. Durante un rato había gritado, debatiéndose, pero ahora estaba débil y ronco, y la madre se había levantado varias veces a refrescarle la frente con una toalla mojada. Ahora yacía en silencio, con las manos atadas a las piernas.

Sentía el cambio en las paredes del cuerpo y en los órganos. Los pulmones le ardían como fuelles encendidos de alcohol rosado. El cuarto parecía iluminado por el resplandor trémulo de una hoguera.

Ahora ya no tenía cuerpo. Todo había desaparecido. El cuerpo estaba ahí, debajo, pero parecía la inmensa pulsación de una droga ardiente y letárgica. Era como si una guillotina lo hubiese separado limpiamente de la cabeza, que yacía brillante sobre la almohada de medianoche, y el cuerpo, abajo, vivo, perteneciese a algún otro. La enfermedad había devorado el cuerpo, reproduciéndolo luego en un doble afiebrado. Allí estaba el vello de las manos, y las uñas y las cicatrices y los dedos de los pies, y el lunar en la cadera derecha, todo de nuevo y perfecto.

Estoy muerto, pensó Charles. Me han matado, y sin embargo todavía vivo. Mi cuerpo está muerto, es toda enfermedad, y nadie lo sabrá nunca. Caminaré y no seré yo, seré otra cosa. Seré algo dañino, maligno, tan poderoso y maligno que es casi inconcebible. Algo que se comprará zapatos y beberá agua y se casará algún día, quizá, y que hará en el mundo un daño que nadie hizo hasta ahora.

El calor le invadía el cuello, las mejillas, como un vino caliente. Sentía los labios, los párpados como hojas en llamas. Las ventanas de la nariz espiraban débiles fuegos azules.

Esto será todo, pensó. Se me meterá en la cabeza y en el cerebro y me cambiará los ojos y todos los dientes y las huellas del cerebro y todos los pelos y los pliegues de las orejas, y no quedará nada de mí.

Sintió que el cerebro se le llenaba de mercurio caliente. Sintió que el ojo izquierdo se le enroscaba como un caracol, se retraía, se transformaba. Estaba ciego del ojo izquierdo, ya no le pertenecía. Había pasado a territorio enemigo. Había perdido la lengua, no la sentía ya. La mejilla derecha se le había dormido. El oído izquierdo dejó de oír. Ya era de otro. De esa cosa que estaba haciendo, de ese mineral que reemplazaba a la madera, de esa enfermedad que sustituía a la célula animal sana.

Trató de gritar y consiguió gritar, con una voz aguda y ronca, en el cuarto, cuando ya le zozobraba el cerebro y perdía el ojo derecho y el oído derecho y quedaba ciego y sordo, todo llamas, todo terror, todo pánico, todo muerte.

El grito cesó antes que la madre entrara corriendo en el cuarto.

Era una mañana clara y hermosa y el viento ayudó al doctor a subir por el sendero que llevaba a la casa. Arriba, en la ventana, estaba el niño, de pie, totalmente vestido. No contestó cuando el doctor lo saludó con la mano y gritó:

-¿Qué es esto? ¿Levantado? ¡Santo Dios!

Corriendo casi, el doctor, subió las escaleras y entró jadeando en el cuarto.

-¿Qué haces levantado? -le preguntó al niño. Le auscultó el pecho delgado, le tomó el pulso y la temperatura-. ¡Increíble! ¡Absolutamente increíble! Sano. Sano. ¡Dios!

-Nunca más me enfermaré -declaró el niño firmemente, siempre de pie, mirando hacia afuera por la ventana abierta-. Nunca.

-Así lo espero. Pero Charles, tienes muy buen aspecto.

-¿Doctor?

-¿Sí, Charles?

-¿Puedo ir a la escuela, ahora?

-Mañana, espera a mañana. ¿Por qué esa prisa?

-Me gusta la escuela. Y los chicos. Quiero jugar con ellos, y pelear con ellos, y escupirles, y tironear las trenzas a las chicas y estrecharle la mano a la maestra y frotarme las manos en todos los abrigos del guardarropa, y quiero crecer y viajar y casarme y tener muchos hijos, ir a las bibliotecas y ver libros y..., ¡quiero hacer todo eso! -dijo el niño con la mirada fija en la mañana de septiembre-. ¿Cómo me llamó usted?

-¿Qué dices? -preguntó el doctor, perplejo-, Charles, no te he llamado de ningún otro modo.

El chico se encogió de hombros.

-Mejor eso en vez de ningún nombre, supongo.

-Me alegra que quieras volver a la escuela -dijo el doctor.

-Tengo muchas ganas -sonrió el niño-. Gracias por su ayuda, doctor. Deme la mano.

-Con mucho gusto.

Se dieron la mano, gravemente, y el viento claro sopló por la ventana abierta. Se estrecharon la mano casi un minuto, el chico sonriéndole al viejo, dándole las gracias.

Después, riendo, el chico corrió con el doctor escaleras abajo y luego hacia el automóvil. El padre y la madre los siguieron para asistir a la feliz despedida.

-¡Fuerte como un roble! -dijo el doctor-. ¡Increíble!

-Sí, fuerte -dijo el padre-. Se desató anoche, solo. ¿No es verdad, Charles?

-¿Sí? -dijo el niño.

-¡Te desataste! ¿Cómo?

-Oh -dijo el niño-, eso fue hace mucho tiempo.

-¡Hace mucho tiempo!

Todos se rieron y mientras se reían, el niño, en silencio, movió el pie descalzo y rozó apenas unas hormigas rojas que se escurrían por la acera. Secretamente, con los ojos brillantes, mientras los padres y el viejo doctor conversaban, vio que las hormigas vacilaban, se estremecían y se quedaban quietas sobre el cemento. Sintió que estaban frías ahora.

-¡Adiós!

El doctor partió saludando con la mano.

El chico caminó delante de los padres, mirando a lo lejos, hacia la ciudad, y empezó a tararear una canción: *Los días felices de la escuela*.

-Qué alegría verlo sano otra vez -dijo el padre.

-Escúchalo, sueña con ir otra vez a la escuela.

El chico se volvió, en silencio. Abrazó al padre y a la madre, con fuerza. Los besó varias veces. Luego, sin una palabra, subió la escalera y entró en la casa.

En el vestíbulo, antes que llegaran los otros, abrió rápidamente la puerta de la jaula, metió la mano, y acarició al canario amarillo, *una* vez.

Luego cerró la puerta de la jaula, dio un paso atrás, y esperó.

FIN

Título Original: *Fever Dream* © 1948.

Edición Digital de Aracnido.

Revisión 2.

## TIEMPO DE PARTIR

El pensamiento creció tres días y tres noches. Durante el día lo llevaba en la cabeza como un durazno todavía verde. De noche le permitía tomar carne y sustancia, suspendido en el aire callado, coloreado por la luna del campo y las estrellas del campo; y le daba vueltas y vueltas en el silencio que precede al alba. En la cuarta mañana el hombre extendió una mano invisible, tomó el durazno, y se lo comió.

Se levantó rápidamente, quemó las cartas viejas, metió unas pocas en una diminuta valija, y se puso el traje de medianoche y una corbata color pluma brillante de cuervo, como si estuviese de luto. Sintió que su mujer, en la puerta, detrás, lo observaba con los ojos de un crítico que puede saltar al escenario, en cualquier momento, e interrumpir la función. Pasó junto a ella, rozándola.

- Perdón - murmuró.

- ¡Perdón! - gritó la mujer - ¿Y eso es todo lo que me dices? Escabulléndote, preparando un viaje.

- Yo no lo preparé; ocurrió - dijo el hombre -. Hace tres días tuve la premonición. Supe que iba a morir.

- No digas tonterías - dijo la mujer -. Me pones nerviosa...

Los ojos del hombre reflejaban débilmente el horizonte.

- Siento que la sangre me corre más despacio. Me escucho los huesos y es como si estuviese en una bohardilla escuchando como crujen la vigas y se deposita el polvo.

- Tienes apenas setenta y cinco años - dijo la mujer -. Estás de pie sobre tus piernas, ves, oyes, comes y duermes bien, ¿no es verdad? ¿Qué charla es esta?

- La lengua natural de la existencia, hablándome - dijo el viejo -. La civilización nos ha apartado de nuestra propia naturaleza. Piensa en los paganos de las islas...

- ¡No se me antoja!

- Los paganos de las islas sienten cuando van a morir. Se despiden entonces de los amigos y abandonan los bienes terrenales...

- ¿Y las mujeres, no tienen voz ni voto?

- Dejan a sus mujeres algunos bienes terrenales.

- No faltaba más.

- Y otros a sus amigos...

- ¡Eso lo veremos!

- Y otros a sus amigos. Luego, al atardecer, se van remando en sus canoas, y nunca regresan.

La mujer lo miró de arriba abajo como si el viejo fuese una pila de leña seca lista para el hacha.

- ¡Deserción! - dijo.

- No, no, Mildred; muerte, pura y simplemente. Tiempo de Partir, así lo llaman.

- ¿Y nadie tomó nunca otra canoa y siguió a esos imbéciles, para saber a dónde iban?

- Por supuesto que no - dijo el viejo, ligeramente irritado -. Eso lo echaría todo a perder.

- ¿Quieres decir que tenían mujeres y amigas bonitas en otra isla?

- No, no, pero el hombre necesita soledad, serenidad, cuando la savia empieza a enfriarsele.

- Si pudieras probarme que esos tontos murieron realmente, me callaría. - La mujer guiñó un ojo - ¿Encontraron alguna vez los huesos en esas islas?

- Sólo sé que zarpan, simplemente, al atardecer, como animales que presienten el Gran Momento. Si hay algo más, no lo sé ni me importa.

- Bueno, yo lo sé y me importa - dijo la anciana -. Estuviste leyendo más artículos en National Geographic acerca del Osario de Elefantes.

- ¡Cementerio, no osario! - gritó el viejo.

- Cementerio, osario. Creí que había quemado las revistas, ¿tienes ejemplares escondidos?

- Escucha, Mildred - dijo el viejo severamente, tomando la maleta -. Mi mente señala el norte; nada de cuanto digas podrá volverme hacia el sur. Estoy en comunión con los manantiales secretos e infinitos del alma primitiva.

- ¡Estás en comunión con lo último que lees en esa revista de trotadores de pantanos! - La vieja apuntó con un dedo. - ¿Crees que no tengo memoria?

Los hombros del viejo cedieron.

- No pasemos lista otra vez, por favor.

- ¿Qué me dices del episodio del mamut velludo? - preguntó la mujer -. Cuando descubrieron el elefante helado en la tundra rusa, hace treinta años... Qué idea tuvieron, tú y Sam Hartz, ese viejo loco: correr a Siberia y acaparar el mercado mundial de carne envasada de mamut. Te oigo aún: «Imagina los precios que pagarán los miembros de la National Geographic Society. ¡Recibir en la casa de uno la carne tierna del mamut velludo siberiano, de diez mil años de edad, extinguido hace diez mil años!» Aún llevo encima las cicatrices.

- Las veo claramente - dijo el viejo.

- ¿Y cuando fuiste a buscar la tribu perdida de los osseos, o lo que fuese, en algún sitio de Wisconsin? Te ibas al pueblo los sábados por la noche y te emborrachabas, y al fin te caíste en la cantera y te rompiste la pierna y pasaste allí tres noches.

- Tu memoria - dijo el viejo - es perfecta.

- Y ahora me hablas de nativos paganos y del Tiempo de Partir. Te diré qué tiempo es: ¡es Tiempo de Quedarse en Casa! Es tiempo en que la fruta no cae del árbol a la mano. Hay que ir a buscarla caminando a la frutería. ¿Y por qué hay que ir caminando? Alguien en esta casa, no lo nombraré, desarmó el automóvil, como si fuese un reloj, hace algunos años y lo desparramó en el jardín. Otros diez años y sólo quedará un montoncito de herrumbre. ¡Mira por la ventanal Es tiempo de rastrillar y quemar las hojas. Tiempo de podar y de serruchar la leña. Tiempo de limpiar las estufas y poner las persianas. Tiempo de reparar las tejas. Tiempo de todo eso y si crees que vas a evitarlo, piénsalo mejor:

El viejo se llevó la mano al pecho.

- Me duele que no confíes en mi propia sensibilidad natural ante el Destino inminente.

- A mí me duele que National Geographic caiga en manos de viejos locos. Lo lees y en seguida caes en esos sueños que tengo que barrer. A los editores de la Geographic y de la Popular Mechanics habría que traerlos a la bohardilla, el garaje y el sótano para que vieran ahí esos botes, helicópteros y máquinas volantes de alas de murciélago, todo sin terminar. No sólo para que los vieran, sino también para que se los llevaran a sus casas.

- Habla, habla - dijo el viejo -. Aquí estoy, como una piedra blanca que se hunde en la Marea del Olvido. Por Dios, mujer, ¿no puedo alejarme para morir en paz?

- Ya te llegará el Olvido cuando te encuentren caído en la leñera, frío como el mármol.

- ¡Pilatos! - bufó el viejo -. El reconocimiento de la propia finitud no es sólo vanidad.

- Tú la mascas como si fuese tabaco.

- ¡Basta! - dijo el viejo -. Mis bienes terrenales están apilados en el porche del fondo. Dáselos al Ejército de Salvación.

- ¿Las Geographic también?

- ¡Sí, maldición, las Geographic también! Y ahora, apártate.

- Si vas a morir no necesitarás esa valija - dijo ella.

- ¡Quita esas manos, mujer! Quizá demore algunas horas. ¿Por qué privarme de los últimos consuelos del mundo? Esta tendría que ser una tierna escena de despedida. Mira en cambio, recriminaciones, sarcasmos, dudas sembradas a todos los vientos.

- Muy bien - dijo la vieja -. Vete al bosque; y pasa ahí una noche de frío.

- No tengo por qué ir al bosque.

- ¿Y a qué otro lugar puede ir a morir un hombre en Illinois?

- Bueno - dijo el viejo, y se detuvo -. Bueno, están también los anchos caminos.

- Donde te aplastarán, claro; me había olvidado.

- ¡No, no! - El viejo cerró los ojos y los abrió. - Los desiertos caminos laterales que no van a ninguna parte, que van a todas partes, por los bosques nocturnos, los desiertos, hacia lagos distantes...

- Me imagino que no alquilarás una canoa y te iras remando. ¿Recuerdas aquella vez que zozobraste y por poco te ahogas en el Muelle de los Bomberos?

- ¿Quién habló de canoas?

- ¡Tú! Los isleños, los paganos que parten en canoas hacia la inmensidad de lo desconocido.

- Eso es en los Mares del Sur. Aquí el hombre tiene que buscar a pie sus fuentes naturales, su fin natural. Podría caminar por la costa del lago Michigan, las dunas, el viento, las grandes rompientes.

- Willie, Willie - dijo la vieja dulcemente, sacudiendo la cabeza -. Oh, Willie, ¿qué haré sin ti?

El viejo bajó la voz.

- Déjame seguir mi idea - dijo.

- Sí - dijo la vieja serenamente -. Sí.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

- Vamos, vamos - dijo el viejo.

- Oh, Willie... - La vieja lo miró largamente - ¿Crees de veras, de todo corazón, que no vivirás?  
El viejo se vio reflejado, diminuto pero perfecto, en los ojos de la mujer, y apartó la mirada, turbado.  
- Durante toda la noche pensé en la marea universal que trae y se lleva al hombre. Ahora es de mañana y te digo adiós.

- ¿Adiós?

Parecía que la vieja no hubiese oído nunca esa palabra.

La voz del viejo vaciló.

- Claro que si insistes, Mildred, me quedaré,

- ¡No! - La mujer se dominó y se sonó la nariz:

- ¡Tú sientes lo que sientes y yo no puedo impedírtelo!

- ¿Estás segura?

- El que está seguro eres tú, Willie - dijo ella, - Véte ahora. Llévate el abrigo: Las noches son frías

- Pero...

La mujer corrió, le trajo: el abrigo, le dio un beso en la mejilla y retrocedió rápidamente antes que pudiese alcanzarla.

El viejo se quedó allí, buscando palabras, mirando de soslayo el sillón junto al fuego. La mujer abrió la puerta de calle.

- ¿Llevas comida?

- No la necesito... - El viejo hizo una pausa. - Llevo un sándwich de jamón cocido en la valija. Uno, nada más. Pienso que no...

El viejo salió por la puerta y bajó las escaleras y tomó el sendero del bosque. De pronto se dio vuelta como para decir algo, pero cambió de idea, agitó la mano y se alejó.

- Bueno, Will - gritó la mujer -. No exageres. No camines demasiado la primera hora. Si te cansas, siéntate. Si tienes hambre, come. Y...

Pero aquí tuvo que interrumpirse y volverse y sacar el pañuelo.

Un momento después miró el sendero, y parecía que nadie hubiese pasado por allí en los últimos diez mil años. Tan desierto estaba que tuvo que entrar y cerrar la puerta.

Noche, las nueve, las nueve y cuarto, las estrellas brillantes, la luna redonda, las luces rosadas de las ventanas, las cometas de fuego en las chimeneas que suspiran calor. Bajo las chimeneas, ruido de marmitas y sartenes, cubiertos, fuego en el hogar, como un enorme gato de color anaranjado. En la cocina, el horno de hierro llameante, ollas que hierven, burbujean, fríen. Vapores y humos en el aire. De vez en cuando, la anciana se volvía y escuchaba con los ojos y la boca, el mundo fuera de la casa, fuera del fuego y la comida.

Las nueve y media, allá lejos un ruido sólido, entrecortado.

La anciana se enderezó y dejó la cuchara.

Afuera, otra vez, los golpes secos, sólidos a la luz de la luna. El ruido continuó durante tres o cuatro minutos, y la vieja se movió apenas, apretando los labios o los puños con cada nuevo golpe. Luego, la mujer se lanzó al fogón, a la mesa; revolviendo, vertiendo, levantando, llevando, ordenando.

En seguida se oyeron otros ruidos en la oscuridad, más allá de las ventanas. Un rumor de pasos lentos en el sendero, zapatos pesados en el porche.

La vieja se acercó a la puerta y esperó el llamado.

No se oyó nada.

La Vieja esperó un minuto.

Afuera en el porche un bulto se sacudía y se movía de un lado a otro, tímidamente.

Al fin la vieja suspiró y le gritó a la puerta.

- Will, ¿eres tú quien respira ahí?

Ninguna respuesta. Un silencio tímido en el porche.

La mujer abrió bruscamente la puerta.

El viejo estaba allí, con un increíble haz de leña en los brazos. La voz llegó desde detrás de la leña:

- Vi humo en la chimenea; pensé que quizá necesitarías leña.

La vieja se hizo a un lado. El viejo entró y puso la leña cuidadosamente junto al hogar, sin mirar a la mujer.

La vieja fue al porche y recogió la valija y entró; cerró la puerta.

Vio que él se había sentado a la mesa.

Revolvió la sopa que hervía en la cocina.

- ¿El asado está en el horno? - preguntó el viejo lentamente.



La mujer abrió la puerta del horno. El vapor flotó en el cuarto envolviendo al viejo. El viejo cerró ojos.

- ¿Qué es ese otro olor?, - preguntó un momento después -. ¿El olor a quemado?

La mujer esperó un momento, de espaldas, y dijo:

- National Geographics.

El viejo asintió lentamente, sin decir nada.

Luego la comida apareció sobre la mesa, caliente y trémula. Luego de un momento de silencio la vieja se sentó y miró a su marido, sacudió la cabeza, miró otra vez, y sacudió de nuevo la cabeza.

- ¿Quieres pedir tú la bendición? - dijo.

- ¡Tu! - dijo el viejo.

Sentados en la habitación cálida junto al fuego brillante, inclinaron las cabezas y cerraron los ojos. La mujer sonrió y comenzó:

- Gracias, Señor...

**FIN**

Edición digital de Sadrac

## UN CETRO FINAL, UNA CORONA DURADERA

*De nuevo, Bradbury aborda su tema recurrente: la nostalgia, la entrañable fidelidad a esos «trastos viejos» que el progreso tecnológico va arrumbando a un ritmo cada vez más acelerado. Aunque en este relato, casi alegórico, el «trasto viejo» adquiere las proporciones de todo un país.*

—¡Allí está!

Los dos hombres miraron hacia abajo. El helicóptero también se inclinó a un lado. La costa aparecía más lejos.

—No. Es sólo una roca y algo de musgo...

El piloto levantó la cabeza, lo cual indicó la elevación del helicóptero, que giró y se alejó del paraje. Las blancas rocas de Dover desaparecieron. Pasaron por encima de verdes prados, yendo atrás y adelante, como una gigantesca libélula que daba vueltas por entre las ráfagas heladas del invierno que ponía escarcha en sus alas.

—¡Espera! ¡Allí! ¡Desciende!

El aparato descendió y la hierba subió. El acompañante del piloto, lanzando un gruñido, abrió la portezuela, y, como si fuera una máquina necesitada de lubricante, se dejó caer cuidadosamente en tierra. Corrió. Al perder el aliento, aflojó el paso para gritar débilmente contra el viento:

—¡Harry!

Su grito consiguió que una forma encorvada, cerca de la loma fronteriza, se levantara tambaleándose y echara a correr.

—¡Yo no he hecho nada!

—¡No es la justicia, Harry! ¡Soy yo! ¡Sam Welles!

El viejo que huía ante él aflojó la marcha y se detuvo rígidamente al borde del arrecife que dominaba el mar, sujetándose la larga barba con las enguantadas manos.

Samuel Welles, jadeando, corrió hacia él, pero al llegar a su altura no le tocó, como temiendo que volviese a huir.

—Harry, maldito idiota. Llevo semanas buscándote. Temí no poder encontrarte.

—Y yo temía que me encontraras.

Harry, que había tenido los ojos cerrados, los abrió para contemplar temblorosamente su barba, sus guantes y a su amigo Samuel. Allí estaban los dos ancianos, muy grises, muy fríos, sobre una elevación de piedra desnuda, un día de diciembre. Se conocían desde hacía tanto tiempo, tantos años, que podían leer sus mutuos pensamientos en sus respectivas expresiones. Su boca y sus ojos, por consiguiente, eran semejantes. Podían haber sido antiguos hermanos. La única diferencia estaba en el individuo que se había como despegado del helicóptero. Bajo sus ropas oscuras se podía divisar una incongruente camisa hawaiana, multicolor. Harry trataba de no mirarla.

De pronto, sus ojos se encontraron.

—Harry, he venido a avisarte.

—No es preciso. ¿Por qué crees que me escondía? ¿Es éste, acaso, el último día?

—Sí, el último.

No se movieron, reflexionando ambos sobre lo mismo.

Mañana, Navidad. Y ahora estaban en la tarde de la Nochebuena, cuando se marchaban las últimas embarcaciones. En Inglaterra, una roca en un mar de agua y niebla, sería un monumento de mármol escrito por la lluvia y enterrado en la bruma. Al día siguiente, sólo las gaviotas poseerían la isla. Y mil millones de mariposas «monarch» volarían en junio como adornos de un desfile frente al mar.

Harry, con los ojos fijos en la marea, dijo:

—Al crepúsculo todos esos malditos idiotas habrán abandonado la isla, ¿en?

—Exactamente.

—Mala cosa. Y tú, Samuel, ¿has venido a raptarme?

—A convencerte, sería más propio.

—¿Convencerme? ¡Dios santo, Sam!, ¿no me conoces desde hace cincuenta años? ¿No has podido adivinar que desearía ser el último hombre de toda Bretaña? No, eso no suena bien, ¿... de toda la Gran Bretaña?

«El último hombre de toda la Gran Bretaña —pensó Harry—. ¡Oh!, Dios, esto suena bien. Es la gran campana de Londres que se oye en medio de todas las lloviznas, a través del tiempo de estos extraños día y hora, cuando el último, el último excepto uno, abandone este montículo racial, esta tumba verde en medio de un mar de luz helada. El último..., el último. »

—Escucha, Samuel. Mi tumba está cavada. Y no quiero abandonarla.

—¿Quién te meterá dentro?

—Yo, cuando llegue el momento.

—¿Y quién la cubrirá?

—Hay polvo para cubrir el polvo, Sam. El viento lo hará. ¡Ah, Dios mío! —sin querer, las palabras se escaparon de entre sus labios. Quedó asombrado al ver que sus lágrimas se helaban al descender de sus cegados ojos—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué tantas despedidas? ¿Por qué se han ido las últimas embarcaciones del Canal, los últimos reactores? ¿Adonde se marcha la gente, Sam? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido?

—Pues es muy sencillo, Harry —repuso Samuel Welles, quedamente—. El clima de aquí es muy malo. Siempre lo fue. Nadie se atrevía a comentarlo siquiera, ya que no podía encontrarse una solución. Pero ahora Inglaterra ha terminado. El futuro pertenece a...

Los ojos de ambos se dirigieron al sur.

—¿A las malditas islas Canarias?

—A Samoa.

—¿A las costas brasileñas?

—No te olvides de California, Harry.

Los dos se echaron a reír.

—California... ¡Por todos los diablos! ¡Un lugar divertido! Y sin embargo, ¿no había este mediodía un millón de ingleses desde Sacramento a Los Angeles?

—Y otro millón en Florida.

—Dos millones hacia abajo, sólo en los últimos cuatro años.

Ambos asintieron ante el cálculo.

—Bien, Samuel, el hombre dice una cosa. El sol dice otra. De modo que el hombre hace lo que su piel le dice a su sangre. Y la sangre al fin dice: «Al sur. » Lleva dos mil años diciéndolo. Pero nosotros fingíamos no oírlo. Un hombre con su primer bronceado a causa de los rayos del sol es un hombre en medio de un nuevo amor, lo sepa o no lo sepa. Finalmente, se tumba bajo un cielo extraño y le dice a la cegadora luz: «¡Enséñame, oh, Dios mío, enséñame!»

Samuel Welles meneó la cabeza con cierto temor.

—Sigue hablando así y no tendré que raptarte.

—No, el sol puede haberte enseñado a ti, Samuel, pero no a mí. Ojalá pudiese. Lo cierto es que no será muy divertido estar solo. No puedo discutir contigo, Sam, ni convencerte para que te quedes y formemos la pareja de antaño, tú y yo, como cuando éramos chicos, ¿eh?

Golpeó rudamente el codo de su amigo.

—Diantre, me haces pensar que soy un desertor del rey y la patria.

—No es cierto. Tú no abandonas nada, ya que aquí no hay nadie. ¿Quién habría soñado, de chicos, en 1980, que llegaría el día en que una promesa de verano perpetuo llevaría a John Bull a las cuatro esquinas de un más allá<sup>3</sup>?

—Toda mi vida he pasado frío, Harry. Son muchos años de ponerme ropa y no tener bastante carbón en la estufa. Son muchos años en que el cielo no aparecía más que por una grieta entre dos nubes el primer día de junio, y en que ni el olor a heno iniciaba junio o un día seco y ventoso agosto. Y esto año tras año. Y no lo resisto más, Harry, no puedo.

—Ni lo necesitas. Nuestra raza ha padecido mucho. Tú te lo has ganado, te mereces este largo retiro, este largo descanso en Jamaica, Puerto Príncipe o Pasadena. Dame la mano. ¡Y estréchala con fuerza otra vez! Este es un gran momento de la historia. ¡Tú y yo lo estamos viviendo ahora!

---

<sup>3</sup> John Bull es el personaje alegórico representativo de Inglaterra, como el Tío Sam lo es de Estados Unidos. (N. del T.)

—Seguro, por Dios.

—Mira, Sam, cuando te hayas ido y te hayas establecido en Sicilia, Sidney, o en Orange Navel, California, cuenta este «momento» a la Prensa. Podrías llenar una columna. ¿Y los libros de historia? Bien, ¿no podría haber en ellos media página dedicada a nosotros dos, el último en marcharse y el último en quedarse? Sam, ¡oh!, Sam, me estás rompiendo los huesos de la mano, pero estrecha fuerte, muy fuerte, porque ésta es nuestra despedida final.

Estaban de pie, jadeando, con los ojos arrasados en llanto.

—Harry, ¿quieres acompañarme hasta el helicóptero?

—No. Temo a esos malditos aparatos. La idea del sol en medio de un día oscuro podría asaltarme y obligarme a volar contigo.

—¿Qué mal hay en ello?

—¿Mal? ¡Oh!, Samuel, yo debo guardar nuestras costas de cualquier invasión. Los normandos, los vikingos, los sajones. En los años venideros recorreré toda la isla, manteniendo la guardia desde Dover hacia el norte, en torno a los arrecifes, para después regresar de nuevo a Folkestone.

—¿Te invadirá Hitler, amigo?

—Tal vez sí, él con sus fantasmas de acero.

—¿Y cómo lucharás contra él, Harry?

—¿Crees que caminaré solo? No, por el camino puedo encontrar a César en una playa. Le gustaba mucho, de modo que dejó un par de caminos. Marcharé por esos caminos y pediré a esos fantasmas que rechacen a los de los invasores. Sí, es cosa mía evocar o no evocar fantasmas, elegir o no toda la maldita historia de esta isla, ¿no crees?

—Ciertamente.

El último hombre se volvió hacia el norte, luego al oeste y por fin al sur.

—Y cuando lo haya visto todo, desde aquel castillo al faro de allá, y escuchado las batallas y los cañonazos de la Primera Guerra Mundial, y las gaitas de Escocia con su agrio sonido, cada semana del Año Nuevo, Sam, bajaré por el Támesis, y cada 31 de diciembre, hasta el fin de mis días, el vigilante nocturno de Londres, o sea yo mismo, yo, sí, efectuará sus rondas y hará sonar las campanas de las antiguas iglesias. Las naranjas y los limones son las campanas de San Clemente. Y las campanas de Bow, las de Santa Margarita y San Pablo. Haré bailar las cuerdas de las campanas en tu honor, Sam, y espero que el viento frío sople hacia el cálido sur, donde tú estarás poniendo algunos pelos grises en tus orejas tostadas por el sol.

—Yo estaré escuchando, Harry.

—¡Escucha más aún! Me sentaré en la Cámara de los Lores y en el Parlamento, y haré debates, perdiendo ahora y ganando después. Y puedes afirmar que nunca en la historia tantos debieron tanto a tan pocos, y escucharé las sirenas de las canciones antiguas y olvidadas, y todo cuanto se radió antes de nacer nosotros. Y unos instantes antes del primero de enero, treparé y me alojaré con los ratones en el Big Ben, cuando resuene el reloj con el cambio de año. Y sin duda, en algún momento, me sentaré en la piedra de Scone.

—¡Oh, no!

—¿No? O en el lugar donde estaba antes de que la enviaran al sur, a la bahía del verano. Y dame una especie de cetro, una serpiente hibernada tal vez, atontada por la nieve de un parque decembrino. Y coloca una corona de pasta sobre mi cabeza. Y llámame amigo de Ricardo, Enrique, pariente proscrito de Isabel I y II. Solo en el desierto de Westminster con el callado Kipling y la historia bajo el pie, muy anciano, quizá loco, gobernante y gobernado. ¿No podría elegirme a mí mismo rey de las neblinosas islas?

—Tal vez, ¿y quién te censuraría por ello?

Samuel Welles volvió a abrazar con fuerza a su amigo y luego echó a correr hacia el aparato. De pronto se volvió para exclamar:

—¡Dios mío! Acaba de ocurrírseme. Tu nombre es Harry. Un nombre estupendo para un rey.

—No es malo.

—Perdóname por dejarte.

—El sol lo perdona todo, Samuel. Vete donde quieras.

—Pero, ¿me perdonará Inglaterra? —Inglaterra está en el lugar donde esté su gente, Y yo me quedo con los huesos viejos. Tú te vas con la sangre caliente, Sam, y debes tratar de conseguir un buen bronceado.

—Adiós.

—Que Dios vaya contigo. ¡Oh, tú y esa maldita camisa de colores!

El viento gimió entre ambos y, por más que gritaron, ya no se oyeron. Agitaron las manos y Samuel trepó al aparato, que ascendió con rapidez y flotó como una enorme flor blanca de verano.

Y el último hombre se quedó de pie en el risco, sollozando.

«Harry, ¿no odias los cambios? ¿No estás contra el progreso? ¿No comprendes los motivos de todo esto? ¿No entiendes que los buques, los aviones, los reactores y la promesa de un clima amable, han alejado de aquí a todo el mundo? ¡Oh!, sí, lo entiendo, lo entiendo. ¿Cómo podrían resistirse cuando un agosto perenne les aguarda tan cerca?»

En cierta ocasión, el agosto en las islas británicas duró sólo media hora, no, cinco minutos, unos segundos, para alejarse de nuevo hacia el sur, hacia el verano eterno. Y los sueños, la gente y las máquinas se marcharon al sur como enormes aves que; al llegar, ya no pensaron en regresar al norte para emparejarse y por eso anidaron en bandadas trashumantes a lo largo de las costas ecuatoriales.

Estadísticas. Dos millones de personas llegaron, casi de la noche a la mañana, a Sudamérica. Cinco millones se esparcieron por las cálidas praderas africanas. Diez millones aterrizaron poco después, en Cabo Kennedy, en Taos y en Santa Bárbara. Diez millones, millón más o menos, en Australia, Madagascar y el mar de Tasmania. ¡Un terremoto absoluto del clima y noventa mil aparatos voladores habían estremecido y tentado a los hombres a abandonar sus viejas costumbres, y a repartirlos como granos de dorada arena en los oasis de los desiertos para vivir eternamente mejor!

¡Sí, sí! Harry lloró, rechinó los dientes y se inclinó al borde del promontorio para blandir sus puños hacia el aparato que se desvanecía en el cielo.

—¡Traidores! ¡Volved! No podéis abandonar la vieja Inglaterra, no podéis dejar Pip y Humbug, el duque de Hierro y Trafalgar, la Guardia Real bajo la lluvia, Londres ardiendo, las bombas que caen y las sirenas, el nuevo bebé mantenido en alto en el balcón del palacio real, la procesión funeraria de Churchill aún en la calle... sí, ¡aún en la calle! Ni a César, que no se ha presentado ante el Senado, ni las extrañas cosas ocurridas esta noche en Stonehenge. ¡No podéis abandonar todo esto, todo esto!

De rodillas, al borde del acantilado, como el último rey de Inglaterra, Harry Smith lloró a solas.

El helicóptero ya había desaparecido en dirección a las islas de agosto, donde el verano canta su dulzura con los pájaros.

El anciano se volvió a contemplar el paisaje y pensó que todo estaba igual que cien mil años antes. Un gran silencio y unas inmensas tierras áridas, y ahora, ya muy tarde, la concha vacía de las ciudades, y el rey Enrique, o el viejo Harry, que era ya el noveno de la dinastía.

Anduvo ciegamente por la hierba y encontró su bolsa de libros y unos pedazos de chocolate en un saco. Cogió su Biblia, las obras de Shakespeare, las ya muy leídas de Johnson, así como las siempre comentadas de Dickens, Dryden y Pope, y se quedó de pie en la carretera que daba la vuelta a Inglaterra.

Mañana, Navidad. Deseaba felicidad para todo el mundo. Sus siervos, esparcidos por todo el globo, ya tenían el regalo del sol. Suecia estaba vacía. Los noruegos habían huido. Ya nadie vivía en los climas helados de Dios. Todos se calentaban en los hogares continentales de las mejores tierras, con vientos cálidos y cielos amables. No más luchas por sobrevivir. Los hombres, nacidos de nuevo en Cristo al día siguiente, viviendo ya en los parajes del sur, habrían vuelto realmente a un pesebre eterno y siempre lleno.

Y esta noche, en alguna iglesia, él pediría perdón por haberlos llamado traidores.

—Una última cosa, Harry —se dijo—. Azul.

—¿Azul? —se preguntó a sí mismo.

—Por el camino encontrarás tiza azul. ¿No se pintaron alguna vez con ella los ingleses?

—Sí, hombres azules, de pies a cabeza.

—Nuestros finales son nuestros principios, ¿eh?

Se ajustó bien el gorro. El viento era frío. Y sabía a los primeros copos de nieve.

—¡Oh, notable muchacho! —exclamó, inclinándose desde una ventana imaginaria para contemplar la mañana de Navidad, como un viejo vuelto a nacer, jadeando de alegría—. Delicioso chiquillo, ¿está aún gran pájaro, el pavo, colgado en el escaparate de la gallinería?

—Está aún colgado allí —respondió el chiquillo.

—¡Ve y cómpralo! Vuelve con el tendero y te daré un chelín. Vuelve antes de cinco minutos y te daré una corona.

Y el chico fue a comprar el pavo.

Y abrochándose el abrigo, acarreado sus libros, el viejo Harry Ebenezer Scrooge Julio César Pickwick Pip y otro medio millar marcharon juntos por la carretera bajo el tiempo invernal. La carretera era larga y agradable. Las olas cañoneaban la costa. El viento era como las gaitas del norte.

Diez minutos más tarde, cuando había atravesado cantando una colina, a juzgar por su aspecto, todas las tierras de Inglaterra parecieron dispuestas a esperar a la gente que, muy pronto, cualquier día de la historia, podía llegar...

## USHER II

ABRIL DE 2005

-«Durante todo un día de otoño, triste, oscuro y silencioso, cuando las nubes colgaban opresivas y bajas en los cielos, yo había estado cruzando, montado a caballo, una región singularmente lóbrega, y de pronto, cuando ya se cerraban las sombras de la noche, me encontré delante de la melancólica Casa Usher .. »

El señor William Stendahl dejó de recitar. Allí, sobre una colina baja y negra, estaba la Casa, y la piedra angular tenía una inscripción: 2005 A.D.

-Ya está terminada -dijo el señor Bigelow, el arquitecto-. Aquí tiene la llave, señor Stendahl.

Las dos figuras se alzaban inmóviles en la tranquila tarde otoñal. Los planos azules crujían sobre la hierba de color de cuervo.

-La Casa Usher -dijo el señor Stendahl con satisfacción-. Proyectada, construida, comprada, pagada. ¿El señor Poe no estaría encantado?

El señor Bigelow entornó los ojos.

-¿Era esto lo que quería, señor?

-¡Sí!

-¿El color está bien? ¿Es desolado y terrible?

-¡Muy desolado, muy terrible!

-¿Las paredes son... lívidas?

-¡Asombrosamente lívidas!

-¿La laguna es bastante negra y siniestra?

-Increíblemente negra y siniestra.

-Y los juncos, no sé si sabe usted, señor Stendahl, que los hemos teñido, ¿tienen ahora el color gris y ébano apropiado?

-¡Son horribles!

El señor Bigelow consultó sus planos arquitectónicos.

-La Casa, la laguna, el suelo, señor Stendahl, «enfrian y acongojan el corazón, entristecen el pensamiento».

-Señor Bigelow, vale lo que cuesta, hasta el último centavo. Dios mío, ¡qué hermosa es!

-Gracias. He tenido que trabajar a ciegas. Por fortuna, tenía usted sus propios cohetes, o no hubiésemos podido traer la mayor parte del equipo. Ya habrá observado usted el permanente crepúsculo, el invariable mes de octubre, la tierra desnuda, estéril, muerta. Hemos trabajado mucho. Matamos todo. Diez mil toneladas de DDT No ha quedado una rana, una víbora, ni siquiera una mosca marciana. Crepúsculo permanente, señor Stendahl, estoy orgulloso. Unas máquinas ocultas oscurecen el sol. Todo es siempre adecuadamente «siniestro».

Stendahl respiró la tristeza, la opresión, los vapores pestilentes, toda la «atmósfera» tan delicadamente concebida y adaptada. ¡Y la Casa! ¡Ese horror tambaleante, la laguna maléfica, los hongos, la extendida putrefacción! ¿Quién podía adivinar si era o no de material plástico?

Stendahl miró el cielo de otoño. En algún sitio, allá arriba, más allá, muy lejos, estaba el sol. En algún sitio era abril en Marte, un mes amarillo de cielo azul. En algún sitio, allá arriba, descendían las naves con una estela de llamas, dispuestas a civilizar un planeta maravillosamente muerto. Pero el fragor de los cohetes no llegaba a este mundo sombrío y silencioso, a este antiguo mundo otoñal y a prueba de ruidos.

-Ahora que mi tarea ha terminado -dijo el señor Bigelow, intranquilo-, ¿puedo preguntarle qué va a hacer usted con todo esto?

-¿Con Usher? ¿No lo ha adivinado?

-No.

-¿El nombre de Usher no significa nada para usted?

-Nada.

-Bueno, ¿y este nombre: Edgar Allan Poe?

El señor Bigelow meneó la cabeza.

-Por supuesto -gruñó delicadamente el señor Stendahl, con desaliento y desprecio a la vez-. ¿Cómo pude pensar que conoce al bendito señor Poe? Murió hace mucho tiempo, antes que Lincoln. Quemaron todos sus libros en la Gran Hoguera. Hace ya treinta años...

-Ali -dijo juiciosamente el señor Bigelow-. ¡Uno de aquéllos!

-Sí, Bigelow, uno de aquéllos. Allí ardieron Poe y Lovecraft y Hawthorne y Ambrose Bierce, y todos los cuentos de miedo, de fantasía y de horror, y con ellos los cuentos del futuro. Implacablemente. Se dictó una ley. Oh, no era casi nada al principio. Mil novecientos cincuenta y mil novecientos sesenta. Primero censuraron las revistas de historietas, las novelas policiales, y por supuesto, las películas, siempre en nombre de algo distinto: las pasiones políticas, los prejuicios religiosos, los intereses profesionales. Siempre había una minoría que tenía miedo de algo, y una gran mayoría que tenía miedo de la oscuridad, miedo del futuro, miedo del presente, miedo de ellos mismos y de las sombras de ellos mismos.

-Ya.

-Tenían miedo de la palabra «política», que entre los elementos más reaccionarios acabó por ser sinónimo de comunismo, de modo que pronunciar esa palabra podía costarle a uno la vida. Y apretando un tornillo aquí y una tuerca allá, presionando, sacudiendo, tironeando, el arte y la literatura fueron muy pronto como una gran pasta de caramelo, retorcida y aplastada, sin consistencia y sin sabor. Poco después las cámaras cinematográficas se detuvieron, los teatros quedaron a oscuras, y de las imprentas que antes inundaban el mundo con un Niágara de material de lectura, brotó una materia inofensiva e insípida, como de un cuentagotas. ¡Oh, hasta el «entretenimiento» era extremista, se lo aseguro!

-¿De veras?

-Así es. El hombre, decían, ha de afrontar la realidad. ¡Ha de afrontar el Aquí y el Ahora! Todo lo demás tiene que desaparecer. ¡Las hermosas mentiras literarias, las ilusiones de la fantasía, han de ser derribadas en pleno vuelo! Y las alinearon contra la pared de una biblioteca un domingo por la mañana, hace treinta años. Alinearon a Santa Claus, y al jinete sin Cabeza, y a Blanca Nieves y Pulgarcito, y a Mi Madre la Oca.... Oh, ¡qué lamentos!, y quemaron los castillos de papel y los sapos encantados y a los viejos reyes, y a todos los que «fueron eternamente felices», pues estaba demostrado que nadie fue eternamente feliz, y el «había una vez» se convirtió en «no hay más». Y las cenizas del fantasma Rickshaw se confundieron con los escombros del país de Oz, e hicieron unos paquetes con los huesos de Ozma y Glinda la Buena, y destrozaron a Polícromo en un espectroscopio y sirvieron a Jack Cabeza de Calabaza con un poco de merengue en el baile de los biólogos. La Bella Durmiente despertó con el beso de un hombre de ciencia y expiró con el fatal pinchazo de su jeringa. Hicieron que Alicia bebiera algo de una botella que la devolvió a un tamaño donde no podía seguir gritando «más curioso y más curioso» y rompieron el Espejo de un martillazo y acabaron con el Rey Rojo y la Ostra.

El señor Stendahl apretó los puños, jadeante, el rostro enrojecido. ¡Oh Dios, no había pasado tanto tiempo!

En cuanto al señor Bigelow, la larga explosión del señor Stendahl lo había dejado estupefacto. Al fin parpadeó y dijo:

-Lo siento. No sé de qué me habla usted. Sólo nombres para mí. He oído decir que la Gran Hoguera fue una cosa buena.

-¡Fuera! -gritó Stendahl-. ¡Su trabajo ha terminado, y ahora déjeme solo, idiota!

El señor Bigelow llamó a los carpinteros y se alejó.

El señor Stendahl se quedó solo ante la Casa.

-Oídmelos todos -les dijo a los invisibles cohetes-. Vine a Marte para alejarme de vosotros, gente de Mente Limpia, pero llegáis en enjambres cada vez más espesos, como moscas a la carroña. Pues bien, ha



llegado mi hora. Os daré una buena lección por lo que le hicisteis al señor Poe en la Tierra. ¡Desde hoy, cuidado! ¡La Casa Usher está abierta!

Y alzó al cielo un puño amenazante.

El hombre salió del cohete con aire despreocupado. Le echó una mirada a la Casa, y una expresión de irritación y disgusto le ensombreció los ojos grises. Cruzó el foso y se acercó al hombrecito que esperaba allí.

-¿Usted es Stendahl?

-Yo soy Garrett, inspector de Climas Morales.

-¿De modo que al fin llegaron a Marte, ustedes los de; Clima Moral? Me estaba preguntando cuándo aparecerían.

-Llegamos la semana pasada. Muy pronto todo será aquí limpio y ordenado como en la Tierra -dijo Garrett, y sacudió irritado una tarjeta de identidad, señalando la Casa-. ¿Por qué no me dice que es esto, Stendahl?

-Un castillo encantado, si le parece.

-No me gusta, Stendahl, no me gusta. El sonido de esa palabra encantado

-No es nada complicado. En el año de gracia dos mil cinco, he construido un santuario mecánico: murciélagos de cobre que vuelvan en rayos electrónicos, ratas de bronce que corretean por sótanos de material plástico, esqueletos robots que bailan, vampiros robots, arlequines, lobos, fantasmas blancos, productos todos de la química y el ingenio del hombre.

-Lo que me temía -dijo Garrett sonriendo pacíficamente-. Tendremos que echar abajo la casa, señor Stendahl.

-Sabía que vendrían ustedes, tan pronto como se enteraran.

-Hubiera venido antes, pero en Climas Morales queríamos estar seguros de las intenciones de usted. Los desmanteladores y la brigada de incendios, podemos tenerlos aquí a la hora de la cena. Y a medianoche no quedará de su Casa ni los cimientos. Señor

Stendahl, me parece usted un poco bobo. Gastar en una tontería dinero ganado con trabajo. Por lo menos le ha costado a usted tres millones de dólares...

-Cuatro millones. Pero en mi juventud, señor Garrett, heredaré veinticinco millones. Me puedo permitir este gasto. Es una lástima, sin embargo, haber terminado la Casa no hace más de una hora y que ya se precipiten sobre ella usted y sus desmanteladores ¿No podría dejarme disfrutar de mi juguete durante digamos, veinticuatro horas?

-Ya conoce usted la ley. Es muy estricta. Nada de libros, nada de Casas, nada que pueda sugerir de alguna manera fantasmas, vampiros, hadas y otras criaturas de la imaginación.

- ¡Pronto quemarán a los Babbitt!

-Usted nos dio mucho que hacer, señor Stendahl. Consta en nuestros registros. Hace veinte años. En la Tierra. Usted y su biblioteca.

-Sí, yo y mi biblioteca. Y unos pocos más como yo. Oh, ya nadie se acordaba de Poe, de Oz y de los otros. Pero yo tenía mi pequeño refugio. Unos pocos ciudadanos conservamos nuestras bibliotecas hasta que llegaron ustedes, con antorchas e incineradores, y destrozaron y quemaron mis cincuenta mil libros. Un día atravesaron también con un palo el corazón del día de Todos los Muertos, y les dijeron a los productores de cine que si querían hacer algo se limitasen a repetir y a repetir, una y otra vez, a Ernest Hemingway. ¡Dios santo, cuántas veces he visto *Por quién doblan las campanas!* Treinta versiones diferentes. Todas realistas. ¡Oh, el realismo! ¡Oh el aquí, oh el ahora, oh el infierno!

-Es inútil amargarse.

-Señor Garrett, usted tiene que presentar un informe completo, ¿no es así?

-Sí.

-Aunque sólo sea por curiosidad, entre y mire un rato. No tardaremos más de un minuto.

-Muy bien. Guíeme. Y nada de trampas. Estoy armado.

La puerta de la Casa Usher se abrió rechinando, y dejó escapar un viento de humedad, y se oyeron unos gemidos y unos suspiros muy hondos, como si grandes fuelles subterráneos respiraran en lejanas catacumbas.

Una rata corrió por el suelo de piedra. Garrett, gritando, le dio un puntapié. La rata rodó, y de su piel de nailon brotó una increíble horda de moscas metálicas.

-¡Asombroso! -Garrett se inclinó y miró.

Una vieja bruja estaba sentada en un nicho y barajaba con temblorosas manos de cera un mazo anaranjado y azul de naipes de Tarot. Sacudió la cabeza, y le siseó a Garrett a través de la boca desdentada, golpeando los naipes grasientos con las puntas de los dedos.

-¡La muerte! -gritó.

-A esto, precisamente, me refería -dijo Garrett-. ¡Deplorable!

-Permitiré que usted mismo la quemé.

-¿De veras? -dijo Garrett satisfecho. En seguida frunció el entrecejo-. He de reconocer que se lo toma usted muy bien.

-Me basta haber podido crear este sitio. Poder decir que lo hice. Decir que he creado un ambiente medieval en un mundo moderno e increíble.

-Yo mismo no puedo dejar de admirar el genio inventivo de usted, señor.

Garrett miró una niebla que pasaba, susurrando y susurrando, y que parecía una hermosa y vaporosa mujer. En el fondo de un pasillo húmedo giraron unas ruedas, y como hilos de caramelo lanzados por una máquina centrífuga, las neblinas flotaron murmurando en los aposentos silenciosos.

Un gorila brotó de la nada.

-¡Cuidado! -gritó Garrett.

Stendahl golpeó levemente el pecho negro del gorila.

-No tema. Un robot. Cobre y otros materiales, como la bruja. ¿Ve? -Tocó la piel descubriendo unos tubos de metal.

-Sí. -Garrett alargó tímidamente una mano-. Pero ¿por qué? ¿Por qué todo esto, señor Stendahl? ¿Qué lo obsesiona?

-La burocracia, señor Garrett. Ahora no puedo explicárselo. Pero el gobierno lo sabrá muy pronto. -Y Stendahl hizo una seña al gorila---. Bien. Ahora.

El gorila mató al señor Garrett.

-¿Estamos listos, Pikes?

Pikes, inclinado sobre la mesa, alzó los ojos.

-Sí, señor.

-Ha hecho usted un espléndido trabajo.

-Bueno, para eso me pagan, señor -dijo Pikes suavemente mientras levantaba el párpado de plástico del robot y ajustaba con precisión el ojo de vidrio a los músculos de goma -Ya está.

-La vera efigie del señor Garrett.

Pikes señaló la mesa rodante donde yacía el cadáver del verdadero señor Garrett.

-¿Qué hacemos con él, señor?

-Quémelo, Pikes. No necesitamos dos Garrett, ¿no es cierto?

Pikes arrastró la mesa hasta el incinerador de ladrillo.

-Adiós -dijo, metió dentro al señor Garrett y cerró la puerta.

-Adiós.

Stendahl miró al robot.

-¿Recuerda las instrucciones, Garrett?

-Sí, señor. -El robot se sentó en la mesa muy tieso-. Vuelvo a Climax Morales. Redactaré un informe complementario. Demoren intervención cuarenta y ocho horas. Continúo investigando.

-Bien, Garrett. Adiós.

El robot corrió hacia el cohete de Garrett, entró, y se fue volando.

Stendahl se volvió.

-Bueno, Pikes, ahora enviaremos las últimas invitaciones para esta noche. Creo que nos divertiremos, ¿no es cierto?

-Teniendo en cuenta que hemos esperado veinte años, ¡será toda una fiesta! -Se guiñaron los ojos.

Las siete. Stendahl miró su reloj. Era casi la hora. Hizo girar la copa de jerez en la mano, y luego se sentó, tranquilamente. Sobre él, entre las vigas de roble, los murciélagos, de delicados huesos de cobre ocultos bajo la carne de caucho, chillaban y lo miraban parpadeando. Stendahl levantó la copa hacia ellos.

-Por nuestro éxito -dijo.

Y reclinándose en el sofá cerró los ojos y consideró otra vez el asunto. Con qué placer recordaría esta noche cuando fuera viejo. El gobierno antiséptico pagaba al fin sus conflagraciones y sus terrores literarios. Oh, cómo habían crecido en él la furia y el odio a lo largo de los años. Oh, cómo el plan había cobrado forma lentamente en su mente aletargada, hasta el día en que había conocido a Pikes, tres años atrás.

Ah, sí, Pikes. Pikes, corroído por una amargura profunda, como un oscuro pozo de ácido verde. ¿Quién era Pikes? El más grande de todos. Pikes, el hombre de diez mil caras, una furia, una humareda, una niebla azul, una lluvia blanca, un murciélago, una gárgola, un monstruo, ¡eso era Pikes! ¿Superior a Lon Chaney, padre? Stendahl, que había visto a Lon Chaney noche tras noche, en películas viejas, muy viejas, meditó unos instantes. Sí, superior a Chaney. ¿Superior a aquella otra vieja momia? ¿Cómo se llamaba? ¿Karloff? Muy superior. ¿Lugosi? La comparación era odiosa. No, no había más que un Pikes. Y le habían prohibido todas sus fantasías. No había lugar para él en la Tierra, ni gente que pudiera admirarlo. ¡Ni siquiera podía representar ante un espejo, ante sí mismo!

¡Pobre, imposible y derrotado Pikes! ¡Qué habrás sentido, Pikes, aquella noche en que arrancaron tus películas de las cámaras, como si les sacaran las entrañas, tus propias entrañas, para arrojarlas luego en rollos y pilas a las llamas de un horno! ¿Habrás sufrido tanto como yo cuando destruyeron mis cincuenta mil libros sin una disculpa? Sí, sí. Stendahl sintió que una furia insensata le helaba las manos. Cómo no iba a ser natural que en incontables medias noches conversaran consumiendo interminables cafeteras, y que de esas conversaciones y de ese fermento amargo saliera... la Casa Usher.

Se oyeron las campanadas de una gran iglesia. Llegaban los invitados.

Stendahl, sonriendo, fue a recibirlos.

Adultos sin memoria, los robots esperaban. Vestidos de seda verde como los charcos de los bosques, envueltos en sedas del color de las ranas y los helechos, ellos esperaban. Envueltos en pieles amarillas, como el sol y la arena, los robots esperaban. Aceitados, con huesos de tubos de bronce sumergidos en gelatina. En cajas de madera, en ataúdes fabricados para los que no estaban vivos ni muertos, los metrónomos esperaban que los pusieran en marcha. Un olor de lubricación y bronce torneado. Un silencio de cementerio. Sexuados, pero sin sexo, los robots. Nominados, pero sin nombre, con todas las características humanas menos la humanidad, en una muerte que ni siquiera era muerte, ya que nunca había sido vida, los robots miraban fijamente las tapas cerradas de sus cajas, esas cajas en las que alguien había grabado las letras E.O.B. Y de pronto rechinaron los clavos. De pronto se levantaron las tapas, hubo sombras en las cajas, y una mano apretó una lata de aceite. Se oyó el leve tictac de un reloj, luego otro y otro, hasta que el sótano se convirtió en una inmensa y ronroneante relojería. Los párpados de goma se abrieron y descubrieron los ojos de mármol; las narices palpitaron; los robots se levantaron vestidos con una velluda piel de mono, o una piel blanca de conejo; Tweedledum detrás de Tweediedee, la Tortuga y el Ratón, cadáveres de ahogados en un mar de sal y algas, ahorcados de rostros violáceos y ojos desorbitados y viscosos, seres de hielo y de ardientes oropeles, enanos de arcilla y gnomos de pimienta, Tik-Tok, Ruggedo, Santa Claus precedido por un torbellino de nieve, Barba Azul con patillas de acetileno, y nubes sulfurosas con lenguas de fuego verde, y por último un dragón gigantesco y escamoso que llevaba un horno en el vientre cruzó la puerta con un grito, un rugido, un silencio, un torrente, una ráfaga. Diez mil tapas cayeron. La relojería invadió Usher. La noche estaba encantada.

Una cálida brisa pasó sobre el paisaje. Los invitados llegaron en cohetes que abrasaban el cielo y transformaban el otoño en primavera.

Los hombres vestidos de etiqueta salieron de los cohetes, y detrás de ellos salieron las mujeres con peinados muy altos y complicados.

-¡Así que esto es Usher!

-¿Pero dónde está la puerta?

En ese momento apareció Stendahl. Las mujeres reían y parloteaban. El señor Stendahl levantó una mano imponiendo silencio. Se volvió, miró una alta ventana de castillo y llamó:

-Rapunzel, Rapunzel, suéltale el pelo.

Y allá arriba, una hermosa doncella se inclinó sobre el viento de la noche, y se soltó el cabello dorado. Y el cabello flotó y se retorció y fue una escalera, y los invitados subieron riendo, y entraron en la Casa.

¡Muy eminentes sociólogos! ¡Inteligentes psicólogos! ¡Tremendamente importantes políticos, bacteriólogos y neurólogos! Allí estaban, entre paredes húmedas.

-¡Bienvenidos!

El señor TVron, el señor Owen, el señor Dunne, el señor Lang, el señor Steffen, el señor Fletcher, y dos docenas más.

-Pasen, pasen.

La señorita Gibbs, la señorita Pope, la señorita Churchill, la señorita Blunt, la señorita Drummond y una veintena de otras resplandecientes mujeres.

Personas eminentes, sí, eminentes todas ellas, miembros de la Sociedad de Represión de la Fantasía, enemigos de la fiesta de Todos los Muertos y de día de Guy Fawkes, cazadores de murciélagos, incendiarios de libros, portadores de antorchas; ciudadanos pacíficos y limpios, ciudadanos que habían, todos ellos, esperado a que los hombres toscos llegaran a Marte, enterraran a los marcianos, limpiaran las ciudades, construyeran pueblos, repararan las carreteras y suprimieran todos los peligros. Después, cuando ya todo estaba tranquilo, vinieron ellos, los aguafiestas, gentes con ojos de color de yodo y sangre de mercuriocromo a imponer sus Climas Morales, a repartir bondad. ¡Y éstos eran los amigos de Stendahl! Sí, con cuidado, con mucho cuidado, los había buscado, uno por uno, y en el último año pasado en la Tierra se había hecho amigo de todos ellos.

-¡Bienvenidos a las antecámaras de la Muerte! -les gritó.

-Hola, Stendahl, ¿qué es esto?

-Ya lo verán, Que se desvista todo el mundo. Entren en estos cuartos y cámbiense de ropa. Los hombres aquí, las mujeres allá.

Los invitados, un poco intranquilos, no se movieron.

-No sé si debemos quedarnos -dijo la señorita Pope-. No me gusta el aspecto de todo esto. Es casi... una blasfemia.

-¡Qué tontería! Es un baile de disfraces.

-Parece algo ilegal -gruñó el señor Steffens.

Stendahl se echó a reír.

-Vamos, vamos, diviértanse. Mañana todo esto será una ruina. Entren en los cuartos.

La Casa resplandeció, de vida y color. Los arlequines corrían con gorros de cascabeles; los ratones blancos bailaban unas cuadrillas al compás de una música que unos enanos tocaban con arcos diminutos en violines diminutos; en las vigas chamuscadas ondeaban los banderines, nubes de murciélagos volaban entre unas gárgolas, y de las bocas de las gárgolas salía un vino fresco, puro y espumante. Un arroyo serpenteaba por las siete salas del baile de máscaras. Los invitados lo probaban y descubrían que era jerez. Los invitados salían de los cuartos transformados en personajes de otra época, con los rostros cubiertos por antifaces, perdiendo al ponerse las máscaras todo derecho a querellarse con la fantasía y el terror. Las mujeres vestidas de rojo se reían desplazándose por los salones. Los hombres las cortejaban

bailando. Y en las paredes había sombras, aun donde no había cuerpos, y aquí y allá había espejos que no reflejaban ninguna imagen.

-¡Todos nosotros vampiros! -rió el señor Fletcher-. ¡Muertos!

Las siete salas eran de distinto color: una azul, una morada, una verde, una anaranjada, una blanca, una violeta, y la última amortajada en terciopelo negro. En esta sala negra un reloj de ébano daba sonoramente la hora. Y los invitados, ya casi borrachos, corrían por las salas entre fantásticos robots, entre ratones y Sombrereros Locos, gnomos y gigantes, Gatos Negros y Reinas Blancas, y bajo los pies de los bailarines el suelo latía pesadamente como un oculto corazón delator,

-Señor Stendahl.

Un murmullo.

-Señor Stendahl.

Un monstruo, con el rostro de la Muerte, se detuvo junto a Stendahl. Era Pikes.

-Quiero hablar con usted.

-¿Qué pasa?

Pikes extendió una mano esquelética con unas cuantas ruedas, tuercas, tornillos y pernos calcinados o fundidos a medias.

Stendahl los contempló largamente. Luego llevó a Pikes a un pasillo.

-¿Garrett? -susurró.

Pikes asintió.

-Ha mandado a un robot. Cuando limpié el horno, encontré esto.

Pikes y Stendahl miraron las fatídicas piezas.

-Esto significa que la policía llegará en cualquier momento -dijo Pikes-. Y arruinarán nuestros planes.

Stendahl observó a los bailarines; un torbellino de gente amarilla, anaranjada y azul. La música barría los salones neblinosos.

-No sé. Tendría que haber adivinado que Garrett no vendría en persona. No es tan tonto. Pero, espere...

-¿Qué pasa?

-Nada. No pasa nada. Garrett nos envió un robot. Bien, pero nosotros le enviamos otro... Si no lo examina con cuidado, no notará la diferencia.

-¡Por supuesto!

-La próxima vez vendrá él mismo, pues pensará que no hay peligro. Es posible que se presente en cualquier momento, ¡en persona! ¡Más vino, Pikes!

Se oyó un enorme tañido.

-Apuesto a que es él. Hágalo pasar.

Rapunzel se soltó el cabello dorado.

-¿El señor Stendahl?

-¿El señor Garrett? ¿El verdadero señor Garrett?

Garrett examinó las paredes húmedas y a la gente que daba vueltas.

-El mismo. He creído conveniente una inspección personal. No se puede confiar en los robots, menos aún en los ajenos. Antes de salir para aquí he citado a los desmanteladores. Llegarán dentro de una hora, preparados para echar abajo esta horrible guarida.

Stendahl se inclinó ceremoniosamente.

-Gracias por advertírmelo. Mientras tanto, podría usted divertirse. ¿Un poco de vino?

-No, gracias. ¿Qué pasa aquí? ¿A qué extremos puede llegar un hombre?

-Véalo usted mismo, señor Garrett.

-El crimen -dijo Garrett.

-El más repugnante.

Una mujer chilló. La señorita Pope llegó corriendo, con la cara blanca como un queso.

-¡Ha ocurrido algo horrible! ¡Un mono ha estrangulado a la señorita Blunt y la ha metido en una chimenea!

Stendahl y Garrett se volvieron y vieron una larga cabellera amarilla desparramada al pie de la chimenea. Garrett dio un grito.

-¡Horroroso! -sollozaba la señorita Pope. De pronto dejó de llorar. Parpadeó y miró-. ¡Señorita Blunt!

-Sí, aquí estoy -dijo la señorita Blunt.

-¡Pero si acabo de ver cómo la metían en la chimenea!

-No -dijo la señorita Blunt riéndose-. Era un robot. Un perfecto facsímil.

-Pero, pero...

-No llore, querida. Estoy perfectamente bien. Voy a verme a mí misma. ¡Pues sí, aquí estoy! En la chimenea, como usted dijo. Tiene gracia, ¿eh?

Y la señorita Blunt se fue, riéndose.

-¿Quiere un vaso de vino, Garrett?

-Creo que sí. Este asunto me ha puesto los nervios de punta. Dios mío, qué lugar. Merece verdaderamente que lo echemos abajo. Durante un momento creí...

Garrett bebió. Otro alarido. El piso se abrió mágicamente y cuatro conejos blancos descendieron por una escalera llevando en hombros al señor Steffens. Y allá fue el señor Steffens, al fondo de un foso, y allá lo dejaron amordazado y atado, bajo la cuchilla de acero de un gran péndulo oscilante que ahora descendía y descendía, acercándose cada vez más al cuerpo ultrajado del señor Steffens.

-¿Soy yo el que está ahí abajo? -preguntó el señor Steffens apareciendo al lado de Garrett. Se inclinó sobre el pozo-. Qué extraño, qué curioso es verse morir.

El péndulo dio un golpe final.

-Qué realismo -dijo Steffens alejándose.

-Otro vaso de vino, señor Garrett.

-Sí, por favor.

-Esto no durará. Pronto llegarán los desmanteladores.

-Gracias a Dios.

Y por tercera vez, un grito.

-¿Ahora qué? -dijo Garrett, receloso.

-Ahora me toca a mí -dijo la señorita Drummond-. Miren.

Y poco después una segunda señorita Drummond chillaba dentro de un ataúd mientras la metían debajo del suelo, en una tierra húmeda.

-Pero cómo, yo recuerdo esto -jadeó el investigador de Climas Morales-. Estaba en los viejos libros prohibidos. El enterramiento prematuro. Y lo demás. La fosa, el péndulo, y el mono, la chimenea y los asesinatos de la calle Morgue. ¡Sí! ¡En uno de los libros que quemé!

-Otro trago, Garrett. No mueva la copa.

-¡Dios mío, qué imaginación!

Y en seguida vieron morir a otros cinco. Uno en la boca de un dragón, los otros arrojados a las aguas negras de una laguna, donde se hundieron y desaparecieron.

-¿Le gustaría ver lo que hemos proyectado para usted? -preguntó Stendahl.

-¿Por qué no? ¿Qué importa? Pronto vamos a destruir este infierno. Es usted horrible, Stendahl.

-Venga por aquí.

Y Stendahl llevó abajo a Garrett, a través de numerosos pasillos, y otra vez más abajo por escaleras de caracol, hacia el interior de la tierra, hacia las catacumbas.

-¿Qué quiere mostrarme? -preguntó Garrett.

-Su propia muerte.  
-¿La muerte de mi doble?  
-Sí. Y otra cosa.  
-¿Qué?  
-El Amontillado -dijo Stendahl adelantándose y alzando una linterna deslumbrante.

Unos esqueletos se asomaban levantando las tapas de los ataúdes. Garrett, con un gesto de repugnancia, se llevó una mano a la nariz.

-¿El qué?  
-¿No ha oído hablar usted del Amontillado?  
-No.  
-¿No reconoce usted eso? -Stendahl le señaló una celda.  
- ¿Tendría que reconocerlo?

Stendahl sonrió y sacó de entre los pliegues de su capa una paleta de albañil.

-¿Y esto?  
-¿Qué es?  
-Venga.

Entraron en la celda y Stendahl encadenó a Garrett, que estaba casi borracho.

-Por Dios, ¿qué hace usted? -gritó Garrett sacudiendo las cadenas.  
-Me siento irónico. No interrumpa a un hombre que se siente irónico. No sea descortés. Ya está.  
-¡Me ha encadenado!  
-Es cierto.  
-Pero ¿qué pretende?  
-Dejarlo en esta celda.  
-Usted bromea.  
-Una broma muy graciosa.  
-¿Dónde está mi doble? ¿No vamos a ver cómo lo matan?  
-No hay doble.  
-Pero ¿y los otros?  
-Los otros están muertos. Los que usted vio matar eran los verdaderos. Los dobles, los robots, miraban solamente.

Garrett calló.

-Ahora usted debe decir: «¡Por amor de Dios, Montresor!» -continuó Stendahl-. Y yo contestaré: «¡Sí, por amor de Dios!». ¿No quiere usted decirlo? Vamos. Dígalo.  
-Imbécil.  
- ¿Tengo que repetírselo? Dígalo. Diga: «¡Por amor de Dios. Montresor!».

Garrett se sentía más despejado.

-No lo diré, idiota. Sáqueme de aquí.  
-Póngase eso -dijo Stendahl, tirándole algo que campanilleaba y tintineaba.  
-¿Qué es?  
-Un gorro de cascabeles. Póngaselo y quizá lo deje salir.  
-¡Stendahl!  
-Le he dicho que se lo ponga.

Garrett obedeció. Los cascabeles repicaron.

-¿No siente usted como si esto hubiera sucedido antes? -Preguntó Stendahl, y comenzó a trabajar con la paleta, un mortero y unos ladrillos.  
-¿Qué hace?  
-Estoy amurallándolo. Ya hay una hilera. Ahora va otra.  
-¡Usted está loco!  
-No lo discuto.

Stendahl1 mojó un ladrillo en el mortero, cantando entre dientes. Ahora había golpes y gritos y llantos en la celda cada vez más oscura. La pared crecía lentamente.

-Un poco más de ruido, por favor -dijo Stendahl-. Representemos bien la escena.

-¡Déjeme salir! ¡Déjeme salir!

Sólo faltaba un ladrillo. Los gritos eran ahora continuos.

-¿Garrett? -llamó Stendahl en voz baja. Garrett calló-. ¿Sabe usted por qué le hago esto? Porque quemó los libros del señor Poe sin haberlo leído. Le bastó la opinión de los demás. Si hubiera leído los libros, habría adivinado lo que yo le iba a hacer, cuando bajamos hace un momento. La ignorancia es fatal, señor Garrett.

Garrett no replicó.

-Quiero que esto sea perfecto -dijo Stendahl levantando la linterna para que la luz cayera sobre la encogida figura de Garrett-. Agite suavemente los cascabeles. -Los cascabeles tintinearón-. Ahora diga usted: «¡Por amor de Dios, Montresor!»; es posible que lo deje salir.

La luz de la linterna alumbró la cara de Garrett. Garrett titubeó y luego dijo grotescamente:

-Por amor de Dios, Montresor.

-Ah -exclamó Stendahl con los ojos cerrados. Colocó el último ladrillo y lo aseguró con una capa de cemento-. Requiescat in pace, querido amigo.

Salió de prisa de la catacumba.

El sonido de un reloj de medianoche hizo que todo se detuviera en las siete salas de la Casa.

Apareció la Muerte Roja.

Stendahl se volvió un momento en el umbral y luego echó a correr fuera de la Casa, más allá del foso, donde esperaba un helicóptero.

-¿Listo, Pikes?

-Listo.

-¡Vamos allá!

Miraron la Casa, sonriendo. Las paredes empezaron a abrirse por el medio, como en un terremoto, y mientras Stendahl observaba la magnífica escena, oyó a Pikes que recitaba detrás de él en un tono bajo y cadencioso:

-«Cuando vi que las enormes paredes se hundían, sentí un vértigo... Se oyó un largo ruido tumultuoso, como la voz de innumerables cataratas, y la laguna profunda y oscura que había a mis pies se cerró triste y silenciosamente sobre las ruinas de la casa Usher.»

El helicóptero se elevó sobre las aguas hirvientes del lago y voló hacia el oeste.